

¿QUÉ PASA CUANDO SE CRUZAN EL AMOR,
LA VENGANZA Y LA TRAICIÓN?

CYNTHIA WILA

emecé

EL CUERPO PROHIBIDO

El cuerpo prohibido

El cuerpo prohibido

Cynthia Wila

Índice de contenido

[Portadilla](#)

[El cuerpo prohibido](#)

[Legales](#)

A Gabriel, por ese «tinto por un sueño», que me enamoró.

Todos los personajes y circunstancias de esta novela son ficticios, más allá de utilizarse algunos sucesos y nombres de personalidades de la historia argentina. Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.

Soy, t́citos amigos, el que sabe que no hay otra venganza que el olvido ni otro perd3n.

JORGE LUIS BORGES,
«Soy», en *La rosa profunda*.

I

—Como la Cenicienta —intervino el analista. Y dio por finalizada la sesión.

Camila permaneció unos segundos recostada en el diván sin moverse. A veces las verdades pueden dejarnos ciegos por un rato, pensó.

Su respiración era lenta; la mirada clavada en un punto fijo del techo, casi en penumbras. Así se sentía en ese momento.

Cuando Patricio Blanchet se levantó para abandonar el sillón, pudo sentir su perfume moviéndose en el espacio de aire que los separaba. Ese aroma de hombre acompañó sus pasos hacia la salida haciendo aún más evidente su silencio.

Lo siguió con la vista. Era muy alto, seguramente pasaba el metro ochenta; la espalda ancha y unas piernas bien formadas con muslos que parecían siempre contraídos. Tal vez por su profesión o debido a esa personalidad indescifrable que la mantenía intrigada, no solía hablar demasiado: ni antes ni después de terminar los encuentros. Sus labios, de proporciones desiguales, estaban cerrados al diálogo. Pero esos ojos intensos reflejaban mensajes ocultos que sus pacientes intentaban descubrir, como quien trata de encajar la pieza que falta en un rompecabezas.

Patricio la esperaba en el escritorio de estilo inglés ubicado a unos metros del diván. Camila Infraga Mitre, por fin, se incorporó. Pagó sus honorarios y lo saludó con gesto pobre.

Una atmósfera densa la rodeó al salir del edificio. Como de costumbre, cruzó al bar ubicado en la esquina y pidió un cortado espumoso. Hoy —más que nunca— necesitaba esos minutos de soledad que a veces la relajaban y otras la empujaban a mortificarse.

Solo le había descrito la escena del accidente: ¿Qué tenía que ver el hecho de haber perdido un zapato al desmayarse con el cuentito de la *Cenicienta*? Era lógico que se le cayera luego de semejante golpe pues se había desvanecido al instante.

Las preguntas se sucedían a borbotones en su mente, aunque siempre ligadas a las mismas cosas. Y eso la confundía más.

«Yo tenía seis años, no me acuerdo casi nada. Decidieron que mamá viajase con sus padres en avión directo de Punta del Este a Buenos Aires, y nosotras nos fuimos con papá en el auto. En la ruta una piedra le rompió el parabrisas. Paró en una estación de servicio para limpiar los vidrios que quedaron a los costados. Le ofrecieron cambiarlo, pero debía esperar un par de horas para eso, y esperar siempre le molestaba. Ya sabe, ansioso e impaciente. Entonces siguió por la ruta con toda la parte delantera del coche despejada, sin vidrio. Un inconsciente. Era verano y hacía mucho calor. El aire cálido parece que lo hizo cabecear; perdió el control por un segundo y se fue contra un árbol al costado del camino. Creo que mi hermana y yo estábamos dormidas cuando chocó. Me desmayé en el acto, Caro se rompió la clavícula y mi papá las costillas. Lo único que recuerdo de ese momento es que perdí una sandalia que adoraba. Era blanca con tacón de madera. Solo me quedó una.»

—¡Y a Patricio únicamente se le ocurrió decir: *como la Cenicienta!* —murmuró enojada para sí.

En el cuento de los hermanos Grimm, la protagonista no recibía ninguna gratificación. Por el contrario, era objeto de exigencias que la humillaban constantemente. Sin embargo, el maltrato de la madrastra y sus hermanas simbolizaba una rivalidad fraterna que las mantenía unidas a su manera. Su propio nombre —Cenicienta— refería a la condición de vivir entre cenizas; cuestión que la degradaba respecto de las demás. Su existencia quedaba a la espera de un superhéroe que la rescatara de una vida miserable, que incluía un duelo no resuelto por la muerte de su madre. Entonces, sobre el final, un príncipe hermoso operaba de redentor y lograba liberarla de toda su desgracia.

La fábula mencionaba a una mujer que padecía y a otras que la hacían sufrir. El varón venía a poner un corte a esta situación dolosa, pero, en definitiva, no parecía ser el protagonista de la historia.

Al fin, Camila pudo hilvanar algo de lo que había ocurrido en su terapia: solo se trataba de mujeres... La madre de Cenicienta, al igual que su propia madre, metida en cada una de las cuestiones de su vida.

Los cuentos de hadas tenían por costumbre intimidar a sus heroínas describiendo un mundo con gente malvada empeñada en hacerles daño. ¿Qué estaba tratando de sugerirle su analista con esta analogía?

Sus intervenciones la empujaban a buscar dentro de ella la responsabilidad que le cabía en cada situación de la que se quejaba. Quizás por eso había aludido a la Cenicienta aquella tarde, en la que Camila no paraba de querellar a su marido desde que entró. No recordaba muy bien cómo había llegado al relato del accidente, lo cierto fue que, de iniciar la sesión a puro reproche contra su esposo, terminó hablando del viaje de sus padres y su desmayo. Otra vez aparecía en escena como la pobre desgraciada que había perdido la conciencia y ¡un zapato! Cuando en verdad, había sido la única que no sufrió daño: su padre terminó con las costillas rotas y su hermana con la clavícula fracturada. Ella, nada. Pero en su discurso afluía como la víctima.

—¡Basta! —dijo de pronto. Ya no soportaba el cúmulo de preguntas y más preguntas que no paraban de torturar su cabeza. Pagó al mozo con una sonrisa y se marchó. Ese detalle jamás faltaba: aunque estuviera de mal humor, siempre sonreía ante la gente.

Durante el trayecto hacia la oficina de su marido llamó Irma, la nueva secretaria, para recordarle que esa noche cenarían con el grupo de inversores que llegaba del Sur. Lucio estaría de buen ánimo, y ella debería simular gestos amables como venía haciendo desde hacía un año.

Reclinó la cabeza hacia atrás y se acomodó en el asiento del vehículo. La sesión con Patricio, sus palabras y el calor agobiante de la tarde la habían dejado exhausta.

Cerró los ojos y comenzó a evocar situaciones cargadas de sufrimiento. Más que recordar, eran difíciles de olvidar aquellas imágenes llenas de dolor. ¿Era posible olvidarse de todo y empezar de nuevo?, pensó.

Infidelidad... esa palabra la perseguía desde niña. En rigor, desde antes de su nacimiento. Ya su abuela le había advertido del tema. Como una parte más de los cuentos que le relataba de pequeña, siempre aludía a la tal Pasífae, la princesa de Colquis de la mitología griega que fue dada en matrimonio al Rey Minos de Creta. Las numerosas infidelidades de su esposo la habían enfurecido de tal manera, que ideó una venganza y le lanzó un conjuro para que ninguna amante se atreviera a sus brazos: en cada una de sus relaciones eyacularía víboras y escorpiones dentro del vientre de sus compañeras, y con ello las condenaría a la muerte.

«Todos los hombres son infieles. Hay que pagarles con la misma moneda. ¡Venganza! Eso es lo único que calma. Recuérdalo siempre, *chérie*», le decía con el dedo en alto. Como para olvidarlo...

Nacida en París, Ivonne Lafont, la abuela de Camila, había crecido en medio de un clima candente producto de una Primera Guerra Mundial que devastó las economías europeas.

La política restrictiva de préstamos aplicada por los Estados Unidos en una época que pedía a gritos su colaboración, influyó en las finanzas del Viejo Continente perjudicando a Francia frente a las deudas contraídas con el país americano. La estrategia consistía en sortear los compromisos adquiridos con las indemnizaciones devengadas por Alemania en su favor, sin prever que el antiguo invasor jamás le pagaría.

Las presiones contra el país germano que había quedado en ruinas generaron una inflación imposible de manejar, lo cual incitó a su acreedor a tomar cartas en el asunto: en 1923 el ejército francés y su aliado de Bélgica ocuparon la franja alemana del Ruhr, centro de producción de carbón, hierro y acero; a Francia la tentaba la riqueza de esas tierras.

Si bien la ocupación no pretendía ser violenta, existieron incidentes de sabotajes promovidos por pequeños grupos de resistencia civil armada que obligaron a Francia a reprimir y ejecutar. La contienda se cobró la vida de manifestantes huelguistas y algunos soldados franceses, entre los que se encontraba Bernard Lafont, padre de Ivonne, quien, tras salvar su pellejo durante la Primera Guerra, falleció de septicemia luego de haber sido baleado en un enfrentamiento con jóvenes alemanes.

La pequeña Ivonne vio llegar a la ciudad el contingente de oficiales que volvían a su patria; caminaban por el centro de una hilera de gente que se había aglutinado allí para esperarlos. Los sanos estaban primeros en la fila; atrás, rezagados marchaban los heridos. Algunas mujeres tiraban flores a su paso; otras, en cambio, escondían su llanto entre pañuelos blancos por aquellos que habían muerto. Ivonne cayó en la cuenta de que todas ellas tenían algo en común: vestían de manera humilde y en sus rostros podía verse el sufrimiento.

Carol Lafont, su madre, vio que dos soldados sostenían a Bernard al final del camino. Corrió y se abalanzó sobre él: «Está grave», dijo su compañero.

Luego de llevarlo al hogar, Carol tomó la mano de Ivonne y la arrastró desesperada en busca de algún médico para salvar a su marido. Llegó al hospital en un grito suplicando que la acompañaran a su casa pues Bernard no podía moverse. Pero nadie tuvo tiempo para ella; estaban demasiado ocupados con aquellos que podían pagar para ser atendidos. Y la mujer no tenía recursos.

Con diez años, la niña comprendió que solo los pobres luchaban en el frente y solo ellos eran los que morían. Esa impresión quedó grabada de manera tan fuerte en su memoria que, a partir de entonces, se instaló en su mente una idea que la acompañaría siempre: su corazón estaría del lado de quienes padecieran injusticias.

La pérdida definitiva de un papá al que no había conocido demasiado, puso a Ivonne ante otro desafío: debió enfrentar la depresión de una madre cuyo duelo no cedería con el tiempo en ese mundo de tiranos y comunistas. Así creció la joven, sufriendo por su padre fallecido y por la escasa presencia de una mamá abúlica que la privó de cariño.

A poco de cumplir los quince años, ya trabajaba como mesera en el bar de la familia de una amiga íntima. Sirviendo jarras de cerveza helada para soportar el calor de un verano agobiante, su mirada quedó capturada por el hijo de un importante terrateniente argentino que estaba de paseo por París y se deslumbró con ella en cuanto la vio.

Ivonne admiraba el estilo malevo de los hombres latinos, que conocía muy bien debido al triunfo de Carlos Gardel en sus tierras; el extranjero de veintinueve años que la pretendía se peinaba a la gomina como el cantante, y sus modos reflejaban los de esos machos rudos de Buenos Aires que penaban por amor en las frases de los tangos.

La diferencia de edad entre ambos no impidió que ella se fuera con él hacia América para casarse bien lejos de su historia, en busca de un futuro diferente. Logró su cometido, pero la vida no le sería tan simple: con el tiempo conocería el precio de vivir con la soberbia de aquel hombre.

Mientras el reconocido diario *El Mundo* destacaba el enlace del hijo de Don Antonio Infraga Mitre con una bella francesa, la alta sociedad argentina les dio la espalda. A pesar de los buenos modales y su hermosura, se notaba que la joven foránea no tenía clase ni distinción, y tampoco la instrucción adecuada para estar a la altura de semejante prometido. Pero la boda se realizó igual y los amigos de la familia asistieron simulando cortesía a pesar del desacuerdo.

En el país se vivía un clima de exaltación: el radical Hipólito Yrigoyen triunfaba de manera abrumadora en los comicios accediendo a su segunda presidencia con setenta y seis años, sin saber por entonces que no lograría terminar su mandato.

En septiembre de 1930, el Gobierno constitucional fue interrumpido por el primer golpe militar producido en la Argentina: a la cabeza estaba José Félix Uriburu. Había triunfado el nacionalismo oligárquico y, otra vez, Ivonne Lafont debía vivir sus días en medio del reguero fascista que ahora se expandía por aquella tierra tan lejana de la suya, que creyó libre de dictadores.

Reconocido como Presidente por una cuestionada acordada de la Corte Suprema de Justicia que originó la doctrina de Gobiernos de Facto, el militar decidió conformar su gabinete con algunos civiles de elite a los cuales admiraba. La designación de José Pérez como Ministro de Economía, amigo íntimo de Don Antonio Infraga Mitre, fortaleció sus finanzas y la de sus allegados, que se vieron favorecidas de manera inescrupulosa en un mundo lacerado por la depresión económica consecuente al *crack* en la bolsa de Wall Street.

La familia, vinculada a los sectores más conservadores, entabló estrechas relaciones con los militares que ostentaban el mando y, en especial, con Agustín Pedro Justo, quien sucedería a Uriburu en la presidencia.

En medio de un régimen represivo, de poco recato y miramientos, con un esposo oligarca que se juzgaba superior y por esos tiempos ya no le prestaba demasiada atención, Ivonne dio a luz a sus gemelos en soledad; Edgardo y Francisco eran sanos y fuertes, pero tenían un padre ausente como lo había tenido ella.

Ivonne criaba a sus hijos con la ayuda de mucamas y amas de llave que pululaban por su casa, y pasaba los veranos en el casco de estilo colonial que los Infraga Mitre poseían en el Valle de Punilla. La estancia contaba con quinientas hectáreas propias y era una de las más bellas de las sierras cordobesas. Rodeada de una arboleda única, sus paredes blancas, las rejas negras frente a los ventanales y las tejas color ocre constituían la réplica exacta de casonas españolas antiguas.

Ivonne permanecía horas en el mirador ubicado en la punta del ala derecha de la hacienda, que conformaba una torre de forma cilíndrica en cuyo extremo se podía avistar la hermosura de los montes. En ese caserón inmenso de arquitectura europea, en compañía de los niños y sus abuelos, la joven francesa sorteaba los días de verano, mientras Antonio Segundo, su marido, pasaba semanas enteras en Buenos Aires alejado de ella.

Ivonne imaginaba que él la engañaba con otras; a pesar de no tener estudios no era tonta. Le había encontrado rastros de labial en sus pañuelos y hasta una nota en el bolsillo del pantalón garabateada en letra media gótica que hablaba de amor y de esperanzas. En un principio lloró frente a esa revelación que le impedía seguir alimentando de dudas sus sospechas. La angustia duró bastante y no hallaba consuelo en ninguna de las funciones que su título le exigía como señora del hogar. Tampoco contaba con amigas en la sociedad porteña: la habían rechazado de entrada y eso era lo mismo que haberla excomulgado de por vida.

Solo María, la niñera de sus hijos, se había convertido en su compañera de confesiones y la consolaba prestándole el oído y los consejos de una mujer de pueblo. Era una viuda cincuentona oriunda de la provincia de Entre Ríos a quien los avatares de la vida de campo habían dejado sin familia. De modos simples y carácter suave, María se había propuesto estar cerca de su patrona pues la apenaba tanto su dolor como su soledad. Por eso trataba de cuidarla como a una hija, poniendo los esfuerzos de la

madre que no había podido ser.

—No sufra más por el patrón, señora mía —le dijo un día que la encontró en medio de una congoja—. *Usté* es hermosa y joven todavía, no debería quedarse acá moqueando. Vaya nomás a hacer su vida y deje que el señorito note sus ausencias. Ya va ver cómo aparece rapidito. La venganza es lo único que calma, mi querida —selló mientras le peinaba los cabellos.

Ivonne tardó bastante en internalizar las palabras de la nodriza. Sin embargo, los susurros de María, aunque llenos de caricias, le enseñaron que el lamento de un corazón herido solo podía callarse con más heridas. Y esa lección quedó marcada a fuego en su memoria.

* * *

Al tiempo que los niños crecían y se ponían vigorosos, su madre también lo hacía. Se había convertido en una joven de formas generosas cuya belleza era admirada por todo hombre que cruzara su camino.

A esa altura, Ivonne ya comprendía qué significaba pertenecer a la elite de oligarcas argentinos que —sin nombramientos gubernamentales— controlaban política y económicamente el país desde las sombras. Propietarios de grandes extensiones de tierras en la provincia de Buenos Aires y alrededores, solían tener alianzas estrechas con las Fuerzas Armadas y con la Iglesia Católica. Ciertamente era que algunos habían adquirido sus campos con trabajo y esfuerzo, pero también sobre la base de relaciones oportunas que permitieron comprarle bienes al Estado a mejor precio.

Los Infraga Mitre eran una de las familias burguesas que habían consolidado esa columna vertebral de notables argentinos, y por eso llevaban en la sangre el gen del orgullo y la insolencia. En cualquier momento del año organizaban reuniones ostentosas para agasajar a sus amigos militares tanto en la casa de Buenos Aires como en la estancia de Córdoba. Las propiedades se llenaban de agregados castrenses que no tenían empacho en presentarse con el uniforme immaculado repleto de medallas sobre el pecho; y lo lucían con alarde. Por las viviendas desfilaban no solo presidentes, sino también ministros, tenientes y almirantes. A veces solos; otras, venían acompañados por sus esposas, si las tenían y lo deseaban. La orden impuesta por el dueño de casa era bien clara: la vajilla debía relucir, la comida ser exquisita y las mujeres vestirse de gala.

Corría el mes de octubre de 1931 y el clima agradable de las sierras prometía una noche espléndida para la fiesta que se realizaría en la hacienda. Los sirvientes ya habían establecido todo según las disposiciones del patrón: canapés variados servidos de entrada, cordero patagónico de primer plato, y de postre la *crème brûlée* que la doña del señor Antonio Segundo les había enseñado a preparar.

Si bien Ivonne estaba acostumbrada a las reuniones exhibicionistas que armaba Don Antonio, su suegro, para consolidar alianzas con el Gobierno, solía quedarse al margen de las presentaciones formales que se daban entre los caballeros. Trataba de mantenerse alejada de todo, pues le parecía un circo montado para sostener lo que ella juzgaba infame. La milicia le traía malos recuerdos: imágenes de un padre que había muerto cuando ella era apenas una niña por una causa que nada tenía que ver con sus afectos.

Pero esa noche era especial: su suegro cumplía sesenta años, por lo que no solo debería presentarse y lucir bella, sino fingir un talante agradable para que los hombres dieran su aprobación. Debía emperifollarse como uno más de los objetos de la casa para armar la parodia de la familia frente a los invitados; recibir a esa gente arrogante le resultaba insoportable.

Se decidió por un vestido de tela laminada que llegaba hasta el piso y terminaba en una pequeña cola

combinado con guantes de raso al tono; el género suave y su belleza europea le daban el aspecto de una diosa griega.

En los últimos tiempos poco se cruzaba con su marido: de día no lo veía, y por las noches él aparecía de vez en cuando para recordarle que ella seguía siendo suya a pesar de la distancia. Decía estar muy ocupado en cuestiones laborales, por eso se ausentaba durante semanas. Pero jamás faltaba a una tertulia dispuesta por Don Antonio, su padre.

—Estás hermosa esta noche —le dijo el esposo apenas la vio entrar a la sala. Y tomándola del brazo, la acercó hasta un grupo de invitados que acababan de llegar.

Entre ellos se encontraban el Presidente José Félix Uriburu; su esposa, Aurelia Madero Buján; el Ministro del Interior, Octavio Sergio Pico, y algunos militares que el joven no conocía.

—Buenas noches —saludó Antonio Segundo con cortesía—. Les presento a mi mujer: Ivonne Lafont de Infraga Mitre.

Los hombres saludaron con reverencia a la dama, besando uno a uno la mano enfundada que ella extendía a su tiempo en señal de buenas formas.

—Encantada de conocerla —habló la voz profunda del último en inclinarse—. Teniente Coronel Alberto Montier, para servirle —y la besó apretándole de manera sugestiva los dedos mientras le sostenía la mirada. Alta, blanca, delgada y elegante, Ivonne había capturado al instante la atención del militar.

Ella sintió un escalofrío y se apartó del grupo al cabo de segundos. Decidió mantenerse esquivo, como era su costumbre, pero los acontecimientos de la noche no le darían tregua.

Los jefes de Gobierno y sus allegados comieron y bebieron en abundancia, rieron con aplomo —al mejor estilo militar—, y conversaron con familiares y amigos en un ambiente agradable. Hasta el Presidente Uriburu sonrió más de lo habitual ante las ocurrencias de su amigo Infraga Mitre; las puntas de su bigote espeso subían y bajaban en señal de distensión.

Las mujeres, por su lado, chusmeaban en un grupo apartado acerca de las nuevas tendencias en boga, que incluían faldas ceñidas para marcar el talle, cinturones angostos, sombreros y guantes. Y criticaban las extravagancias de algunas damas de edad cuyos vestidos rebalsaban de bordados en pedrería que habían caído en desuso.

No se sabía bien si el Teniente Montier estaba o no casado, lo cierto fue que había llegado solo a la reunión esa noche. Su porte viril y las facciones de estilo europeo no pasaban desapercibidos ante las miradas femeninas, en cualquier sitio donde se presentara. Estaba acostumbrado a que esa forma de andar erguido y su rango en la milicia llamaran la atención, sin embargo ese día fue él quien quedó impactado: desde que llegó a la casa se sintió perturbado por la joven extranjera que lo había encandilado con su hermosura. Había escuchado por boca del marido que era oriunda de París y que tenían dos hijos. De su familia de origen nada se comentaba.

Ella no pronunció palabra durante la cena; sentada al lado de su esposo comía bocados pequeños y bebía solo agua. Parecía apenas un adorno más de la mesa, el marido no la observaba ni la atendía.

El Teniente, que no podía apartarle la mirada, había captado la falta de acercamiento entre ambos: la modosidad de ella, la indiferencia de él. Se detuvo sin disimulo en las facciones de Ivonne: ojos claros barridos por pestañas color arena, el cabello rubio con ondas cortas peinadas a la moda, su rostro limpio, sin excesos de polvo, y unos labios gruesos pintados de rojo que lo estaban enloqueciendo.

Una de las damas que captó su alteración le había dicho al oído que no era una muchacha de clase. Sin embargo, pensó él, sus modos sofisticados parecían los de una princesa: el movimiento gentil de sus manos, la mirada pudorosa que mantenía sobre el mantel con un parpadeo suave, y la postura recta del torso que resaltaba su cuello femenino.

Montier percibió un arrebató poco común, pues solía controlar sus emociones. Pero ahora, frente a ella, sentía que la situación lo erotizaba.

Al final de la comida, cuando algunos de sus colegas bailaban con sus esposas y otros, enfrascados en un diálogo candente con los dueños de casa consumían puros cubanos bajo el fresco de la galería, Ivonne ya se había retirado de la mesa. Montier decidió aprovechar la distracción de los caballeros para acercarse al manjar que hasta ahora solo había degustado con la vista. La buscó por el comedor, en la cocina y en la biblioteca contigua a la sala, pero no pudo hallarla. Preso de una ansiedad desbordante, subió las escaleras que daban a los cuartos y, por fin, la encontró saliendo de uno de ellos. Se cruzaron en el pasillo, cuando ella cerraba la puerta tras la espalda.

—¿Necesita algo? —preguntó Ivonne sorprendida al verlo en el segundo piso.

—Sí —contestó el Teniente al instante—, hablar con usted. Le tomó la mano sin permiso y la introdujo al mismo dormitorio del que había salido.

Ella se quedó muda, con las pupilas agrandadas por la inesperada reacción del hombre que la había estremecido horas atrás.

Montier percibió la agitación de su pulso y eso lo excitó aún más. En lugar de soltarle la muñeca, la arrimó contra él arrugando su cintura. Le habló a centímetros de los labios, con tono de mando y aliento a vino tinto.

—No sé quién es usted, ni cómo llegó a parar aquí. Pero le juro que voy a hacerla mía en cuanto vuelva de viaje. —Y le tapó la boca con su lengua.

II

De camino al encuentro con su esposo, Camila no paraba de pensar en la historia de sus abuelos, de sus padres, y en la suya.

Edgardo, su padre, también había engañado a su mamá logrando de esa forma rotular con el mismo mote infame la vida que compartían. Parecía que el escudo de la prestigiosa familia tenía por nombre una sola palabra: infidelidad, y con ella cargaba el peso de su sentencia.

Por eso, Camila concluyó que todo aparentaba repetirse. Como si sus ancestros hubiesen tallado una ruta y ella se encargara de seguirla de un modo inevitable.

Lucio... seductor, galante, infiel. Los adjetivos se sucedían como sinónimos en serie. ¿Ése era el príncipe que su padre le había prometido de pequeña que le buscaría algún día para desposarla? Tal vez sí, pensó. Y si no él: ¿quién?

Otra vez su mente la enfrentaba con la fantasía de un superhéroe que la rescataría del abismo, sin que ella tuviera que mover un dedo para cambiar su destino.

Recordó aquella primera función del Teatro Colón que presenció en el palco de su amiga Laura Calderón hacía diez años. Lucio estaba sentado enfrente, y a su lado se encontraba la hermosa Karina Luan, su novia.

Camila, vestida con minifalda y una blusa dorada que contrastaba con el cabello negro despeinado en sus hombros, pudo sentir la insolencia de esa mirada sobre su figura durante toda la función. En un principio percibió incomodidad y decidió salir a tomar un trago en el entreacto. El hombre, atrevido y provocador, la siguió.

—Estoy enamorado de tu pelo —comentó—, y quiero conocerte.

La confesión impactó en los oídos de Camila como un absurdo, haciéndola reír sin disimulo. Y de esa manera, con una sonrisa que se instaló en su rostro durante el resto de la gala, la joven le abrió la puerta a un destino que no prometería grandes dichas.

La pasión inicial fue tan fuerte que, a pesar de la oposición de los padres de ella, decidieron convivir al mes de haberse conocido. A Lucio le tomó solo un par de días dejar a Karina; la atracción por Camila era mucho más intensa que cualquier otra pollera. Ella reía en los brazos de él, cantaba, bailaba, se sentía enamorada por primera vez. Los abrazos de Lucio la hacían olvidarse del mundo, y su boca la incitaba a todo.

Si bien ya había estado con otros hombres, la energía poderosa de ese joven la enloquecía. Pasaban las horas encerrados en el departamento de la calle Virrey del Pino que él había alquilado hacía pocos meses. No contestaban los llamados y se negaban a todas las invitaciones de sus conocidos. Solo querían amarse. Y a eso dedicaron su tiempo y sus emociones.

A los dos años de una convivencia que oscilaba entre buen sexo y peleas sin sentido, donde la pasión jugaba el papel dominante incitando a una reconciliación deliciosa, Lucio le propuso matrimonio y ella no dudó en dar el sí.

Una mañana de invierno, que no auguraba buen clima para el vínculo, los sorprendió entrando al Registro Civil de la Avenida Córdoba rodeados de familiares íntimos y algunos pocos amigos.

Lo cierto era que Lucio no le caía bien a casi nadie: demasiado engraido, celoso, demandante y muy pagado de sí mismo. Una exageración florida para simular atributos de los que carecía por completo. En suma: no era generoso sino mezquino, no era agradecido sino olvidadizo, no era laborioso sino holgazán, y no sería leal sino infiel. No obstante, también podía resultar un compañero amable y comprensivo; el calor que contribuía a pasar los inviernos con brazos que enlazaban en señal de protección. Eso era Lucio Gastaldi, un hombre cuyas formas escondían su esencia más noble. Y la gente lo juzgaba por lo que veía de él, que distaba mucho de lo que en realidad era.

Camila lo conocía bien, sabía de sus temores escondidos, de la avidez de caricias que le fueron negadas por una madre devota del alcohol a quien tuvo que cuidar desde pequeño, y de un padre incierto al que jamás conoció; de esa historia familiar inconclusa que lo llenaba de complejos. Por ello se enamoró de todos sus aspectos y, en especial, de los que el mundo desconocía. Y por eso también, lo justificaba ante el resto como una leona.

Durante los primeros tiempos intentaron concebir un hijo con resultado fallido a pesar del empeño. Los días previos al período de Camila estaban colmados de incertidumbre, y cada mes vivenciaban lo mismo: nada sucedía. Empezaron las visitas a los médicos y los análisis con el fin de diagnosticar la posibilidad de algún problema para concebir. Descubrieron que Lucio tenía un trastorno que podría mejorar con una cirugía. El deseo de ambos era tan fuerte que decidieron llevarla a cabo. Tres años después, luego de haber superado la operación y frente a la falta de mejoría en la aptitud del esperma como se esperaba, a pesar de la poca convicción de él, emprendieron un costoso tratamiento de fecundación asistida.

Camila se medicó hasta los dientes con hormonas que estimularon su ovulación y le modificaron la silueta; había engordado cinco kilos que no le sentaban mal, pero ella los detestaba. Sin embargo, el anhelo de maternidad lo valía, y en eso concentró sus energías negociando con la repulsa que le provocaba su imagen alterada en el espejo. Además del sobrepeso, estaba fastidiosa. No solo habían aumentado sus caderas, sino también sus disgustos. Y por las noches la ansiedad le quitaba el sueño.

Lucio, en cambio, parecía más sereno. Su parte en el asunto estaba saldada: había puesto el cuerpo para una cirugía cuyo propósito solo se relacionaba con el bebé buscado. De no haber existido ese diagnóstico que proclamaba la falta de potencia en sus espermatozoides, jamás hubiera accedido a intervenir. Esto lo hice por vos, le repetía a cada instante. Y ahora le tocaba a ella entregarse para el impulso que requería el tratamiento.

—¿De qué te quejás? —le increpaba él—. A mí me cortaron la ingle y me dejaron una marca de por vida. Lo tuyo es una pavada al lado de lo que yo soporté.

—Vos no entendés nada, como siempre —cerraba ella.

Los cruces terminaban en un mutismo que sellaba la boca de ambos, cuya matriz estaba cargada de enojos que tenían otro nombre. Así fue como, en lugar de vivir con serenidad la búsqueda de un hijo tan deseado, la transitaban con reproches.

Nadie podía aventurar que el escaso éxito obtenido en la ovulación o el único embrión de calidad que lograron implantarle y que se desprendió al cabo de cuatro días, fueran producto de los malos trances con su marido durante el proceso. Lo cierto fue que, luego de aquel ensayo, Camila no quiso volver a intentarlo. Y Lucio tampoco insistió para persuadirla.

Como consecuencia de semejante esfuerzo que no dio su fruto, comenzaron a tratarse mucho peor que de costumbre. Ella se quejaba de todo, de su forma de encarar el negocio inmobiliario que le había cedido en bandeja su madre enferma pues las fuerzas ya no le daban, la poca astucia que ponía para concretar inversiones rentables y las horas escasas que le dedicaba al trabajo. No era como su padre, le decía a menudo, que había logrado el éxito económico pasando por el mismo rubro, pero con el ímpetu de un hombre que exudaba lucidez y sabía aprovechar las ventajas del mercado en ese momento; aptitudes que su marido no tenía.

Siempre lo comparaba con él, y Lucio estaba empezando a hastiarse de esa parte felina que su mujer volcaba en sus debilidades. Camila parecía el alcohol derramado sobre las heridas que aún no habían terminado de sanar. Y por eso, el efecto que ella deseaba producir en él al instigarlo para actuar de otra manera, se convertía en su contrario: su marido se alejaba cada vez más de las obligaciones y las finanzas de la familia comenzaron a flaquear en una época propicia para abultarlas.

Luego del estallido inflacionario de finales de los años ochenta, la Argentina pareció respirar con medidas políticas que intentaron reconstruir las capacidades de un país devastado. Con el tiempo, se produjo el alejamiento del monstruo inflacionario y un ritmo de crecimiento vertiginoso. Existía liderazgo político, confianza en un mercado estable y augurios de un porvenir luminoso. Pero todo eso no duraría demasiado.

En este marco, Camila luchaba en vano por despertar a su marido del letargo con argumentos que no hacían el menor esfuerzo por evitar herirlo. Hasta le había propuesto conformar una sociedad con su padre, a quien las medidas económicas implementadas parecían tratar de maravillas, por lo que decidió invertir un dinero considerable en tierras patagónicas que, según decía, le dejarían ganancias impensadas a su familia.

Frente a la negativa constante de su esposo, que prefería morirse de hambre antes de concederle favores a Edgardo Infraga Mitre, a quien juzgaba un engreído, Camila decidió aflojar su presión con él y comenzar a analizarse. Había escuchado que la hermana de su amiga Laura Calderón, a causa de un tratamiento psicológico que inició con un renombrado profesional, mejoró en poco tiempo de la anorexia nerviosa que sufría hace años.

—Creo que te va a hacer bien, Camila —le decía Laura en un café de la Avenida Santa Fe.

—¿Tan mal me ves, entonces? —replicaba ella.

—La verdad, sí. Todo este tema del embarazo que no fue y de las inconstancias financieras de Lucio, pienso que te afectaron más de lo que parece. Cada vez que nos vemos me hablás de lo mismo con fastidio. No te veo feliz.

Esa última frase salida del pecho de su amiga con crudeza, disparó sin anestesia en los oídos de Camila como una verdad que no quería enfrentar. No obstante, escucharla de ese modo, sin tamiz, le produjo una angustia que aflojó esa misma noche y la tendió sobre la cama que compartía con su marido para llorar en soledad durante horas. Al día siguiente, luego de haber dormido poco y pensado más que de costumbre, decidió que lo intentaría y concretó la cita con el profesional que le habían sugerido.

A pesar de haber estado sentada en el café de enfrente con media hora de antelación, llegó cinco minutos más tarde de lo convenido. Era la primera vez que haría terapia: estaba nerviosa e indecisa. En realidad, no sabía bien por qué se sentía de esa manera, quizás los temores por abordar una historia familiar intensa, o las cuestiones de su matrimonio a las que debería aludir, la estaban amarrando a la silla y no la dejaban moverse para salir a enfrentar el desafío. Al fin, pagó su cortado y cruzó aprisa la calle para tocar el timbre a tiempo.

El analista la hizo esperar más minutos en la puerta y, luego de un rato que ya se hacía tedioso, apareció en el umbral.

Era muy alto, de pecho abierto que mantenía erguido bajo una impecable camisa blanca. Su rostro no era hermoso, sino antojadizo. Una cara tallada por arrugas de tiempo y erudición. Resaltaba una mirada verde que no se esforzaba por desviarse de los ojos de ella, lo cual le generaba más ansiedad que la padecida en el bar.

Habló primero él, con voz serena y tono firme la invitó a tomar asiento a un lado del escritorio, se ubicó enfrente y le dijo:

—Cuénteme: ¿qué la trae por acá?

Ella tragó saliva, levantó las cejas y parpadeó varias veces en señal de confusión.

—Perdón por haber llegado tarde —inició con una sonrisa. Y prosiguió—: Una amiga me comentó que no me veía bien.

Patricio la miró.

—Más allá de lo que diga su amiga: ¿Usted cómo se ve?

Se hizo un silencio incómodo. Camila bajó la vista y luego de unos segundos respondió:

—Mal.

—¿Y qué cree que la tiene tan mal? —Ella no contestó.

El analista dejó pasar un instante y volvió a hablar:

—¿Por qué está acá, Camila?

La joven levantó la mirada y su voz sonó conmovida.

—Porque no quiero ser igual a mi mamá. En realidad, no quiero ser como ninguna de las mujeres de mi familia.

—Ajá. —Patricio movió su cabeza de manera imperceptible. Entendía la potencia de esos dichos, pero era una primera entrevista como para ponerlos en juego. Antes de ahondar en ello, debía conocer un poco más acerca de su historia. Por eso se guardó la información para otro momento y continuó—: ¿Con quién vive?

—Con mi marido, no tenemos hijos.

—¿Ah, no?

—No, intentamos con fertilización pero no hubo caso, no resultó.

—¿Y cómo está usted con ese tema?

—Me costó asumirlo, pero ahora estoy mejor. Si viene, será naturalmente.

—¿Cuántos años tiene?

—Treinta y ocho.

—¿Y su marido?

—Lucio tiene cuarenta y tres.

—¿Hace mucho que están juntos?

—Sí, mucho: casi diez años —sonrió—. Cuando lo conocí yo era tan inocente... tan soñadora...

—¿Y qué le quitó esa inocencia, Camila?

Ella se sorprendió con la pregunta y no supo qué decir.

Así se inició el primer encuentro entre ambos, preludeo de una serie de entrevistas que se desarrollarían durante las próximas semanas en las cuales el analista trataría de recabar más datos de su nueva paciente.

Patricio le adelantó que el tratamiento no contaba con un tiempo preestablecido de duración, que las sesiones serían de cuarenta minutos pero que podrían extenderse o acortarse a su consideración, y le informó sus honorarios. Ella estuvo de acuerdo y convinieron empezar de inmediato; las dudas que la azuzaban antes se habían convertido ahora en un interés apremiante por comenzar.

En ese momento no pudo definirlo, pero la mirada punzante del terapeuta, su cuidado al preguntar, y esa aura de saber, la incentivaron para decidirse.

Llegó a la segunda cita mucho más nerviosa que la primera vez. Al entrar al consultorio, Camila no sabía si extenderle la mano o saludarlo con un beso. Se decidió por lo segundo, y lo besó en la mejilla. Patricio no pareció apático, pero tampoco demasiado cordial; una actitud que indicaba precaución. ¿Por qué tenía que reparar en ello?

Se sentó y permaneció muda durante segundos. La vez anterior no pudo observar en detalle el lugar, en realidad había estado concentrada en otras cosas.

El ambiente era amplio. Un ventanal enorme recortaba el follaje de árboles añejos a modo de

paisaje. Desde allí ingresaba la luz tenue de la tarde, que iluminaba el diván ubicado en un extremo de la habitación. En las paredes colgaban cuadros con distintos estilos: pericones del uruguayo Carlos Páez Vilaró y óleos en réplica de Picasso. El piso de madera parecía recién lustrado y una alfombra persa rectangular tendida en medio de la sala le daba elegancia al contexto.

El analista, ubicado en un sillón próximo a la paciente, aguardaba hasta que ella estuviese lista para comenzar.

Camila llevaba un pantalón negro de tela fina que parecía diseñado para captar la atención masculina. Una blusa de mangas cortas al tono completaba el conjunto. Los cabellos largos, llenos de vida, caían a ambos lados de sus hombros. La tez era blanca, sin imperfecciones, y los ojos parecían perdidos. Mientras miraba cada detalle del lugar, Patricio la esperaba en silencio. Luego de un rato, ella comenzó a hablar:

—Me gusta su consultorio —dijo en medio de una sonrisa.

—¿Ah, sí?

—Sí, es muy comfortable.

—Bueno, ya que se siente cómoda: hable.

—No sé por dónde empezar.

—Comience por donde quiera.

Camila suspiró. Trenzó los dedos y se miró las palmas.

—No sé si mi madre fue feliz en su vida —dijo con la vista sobre las manos—. ¿Conoce la historia del Barón Hirsch?

* * *

Nacido en 1831 en Múnich, provincia alemana de Baviera, Maurice de Hirsch creció en una familia de fortuna y heredó el título de un padre cuya sangre provenía de la nobleza. Durante su juventud, se relacionó con aristócratas europeos y personalidades políticas de alta alcurnia. Luego de haber pactado con los otomanos consiguió la concesión para construir el Expreso de Medio Oriente, ferrocarril que unió los extremos de Viena y Constantinopla, y entonces sus ganancias se volvieron desmedidas. Era filántropo, judío y multimillonario. No obstante su pasar holgado, le dolía tanto la ignorancia y pobreza del pueblo judío que vivía bajo el Imperio Turco, que decidió apoyar financieramente a muchas instituciones benéficas dedicadas a la ayuda de sus hermanos.

Las órdenes del zar ruso que perjudicaban a las juderías instaladas en su territorio y el surgimiento de pogromos que odiaban a ese pueblo, fueron el punto de inflexión para que el Barón Hirsch pensara en el exilio de sus hermanos hacia otras tierras.

Con sede en Londres, en 1891 creó una fundación para otorgar préstamos a colonos judíos que desearan establecerse en los Estados Unidos. Financió la construcción de escuelas y hospitales, y fundó colonias agrícolas que se extendieron hasta Sudamérica para que pudieran dejar la miseria, trabajar y ser libres.

Debido al antisemitismo del zar y sus ministros, solo a pedido del Barón los judíos recibieron permiso para salir del país. La familia Glottros tomó la oportunidad de oro que le brindaba el destino y decidió abandonar ese mundo de persecución y barbarie. Tras un largo viaje que prometía luz a su futuro, llegaron a la Argentina, al corazón de la provincia de Entre Ríos, y allí instalaron sus esfuerzos conformando uno de los primeros grupos de gauchos judíos que poblaron las llanuras. Con los años, aprendieron a conocer el oficio del arado, convirtiéndose en jinetes orgullosos que adoraban los trabajos de campo y la escarcha del rocío al despuntar el día. Pudieron amar, casarse y formar prole, cultivando

la semilla del pan y de la sangre en una tierra fértil que al fin guardaba promesas para ellos.

Érica Glottros era la nieta menor de uno de esos gauchos entrerrianos que, a pesar de crecer en cautiverio, habían logrado morir en libertad bajo un techo de paja propio.

Para 1955, con veintidós años de edad, Érica ya se había convertido en una joven bella de carácter humilde. Si bien las tareas rurales le daban subsistencia a su familia, a esa altura el mundo se estaba modificando y la muchacha tenía deseos de progresar. Por eso se empleó como camarera en el Hotel Victoria, ubicado a distancia de Villa Domínguez, lugar donde residía con sus padres. Los dueños le permitían instalarse allí de lunes a viernes y regresar a su hogar los fines de semana. Así podría mantener un trabajo que le permitiera ahorrar para solventar los estudios de enfermería que tenía pensado iniciar cuando juntara el dinero suficiente.

En unos de los viajes que los gemelos Infraga Mitre solían realizar a pedido de su padre para concretar la compra de haciendas por el interior del país, atraídos por los magníficos paisajes ribereños y la tertulia que se realizaría en pocos días, decidieron permanecer una semana en la provincia de Entre Ríos.

Se instalaron en el Hotel Victoria, ubicado en el barrio Las Ranas de la ciudad del mismo nombre. Si bien la casona databa de principios de siglo, era grande, limpia y acogedora. Las habitaciones daban a un patio central extenso, en donde por las noches se avistaban estrellas de cielos límpidos que incitaban al romance de los huéspedes.

Los muchachos eligieron el cuarto más elegante, con pisos de madera y camas talladas en roble. Lo impecable del ropaje y ese modo de andar con el cuello tensado, les imprimía el sello indiscutido de la oligarquía porteña que a menudo visitaba el lugar. Los dueños de la estancia lo habían percibido al instante, y por ello se desvivían en atenciones mostrándose más amables que de costumbre. Le habían encomendado a Érica especial cuidado en el tendido de las camas y la limpieza del baño. Todo debía lucir perfecto para el confort de los señoritos burgueses, y ella tenía que estar atenta a sus inquietudes.

En el día se los veía poco; estaban tapados de reuniones con inmobiliarios de la zona y algunos propietarios de los campos en los que tenían mayor interés. Volvían exhaustos y hambrientos.

La señora Durk, dueña de la hostería, era la encargada de la cocina. Durante la estadía de los jóvenes, se esmeró en preparar succulentas comidas para el deleite de sus huéspedes: locro, empanadas de carne cortada a cuchillo, tortas fritas y en especial *chupín*, delicia a base de un pescado típico del río Paraná cocinado al vino tinto en ollas de hierro.

Mientras las manos diligentes de Érica iban y venían con bandejas repletas de sabores, el ambiente se llenaba de olor a clavel, ajo y especias.

La muchacha llevaba puesta una pollera diminuta que no podía vérsela de frente pues el delantal que iniciaba en su pecho la tapaba entera. Mas cuando daba la vuelta para regresar a la cocina, los ojos de los gemelos quedaban prendidos de esas piernas que se movían al compás de sus caderas generosas.

—No parece criolla —comentó Edgardo a su hermano.

—¿Lo decís por su cola? —preguntó Francisco sonriente.

—Lo digo por el color de la piel y esos ojos azules —continuó Edgardo sin dejar de mirarla.

—Acá se instalaron muchos extranjeros. Quizás provenga de otra raza.

—¡Qué importa de dónde viene! Si se presta para el juego, esta noche dormís en otro cuarto.

La cena concluyó y los hombres se fueron al jardín para fumar puros; habían adquirido el hábito de su padre. Antes de salir, Edgardo encargó a la joven que les sirviera coñac en el parque.

—Te pido que cuando venga ella, desaparezcas —dijo a Francisco.

La muchacha tardó un buen rato en llegar; traía licor y masas elaboradas con pasta de almendras.

—¡Qué buena atención tiene este lugar! —exclamó Francisco—. Le agradezco, señorita. ¿Cuál es su nombre?

—Érica, señor. Para servirle —contestó ella flexionando las rodillas en señal de reverencia.

Edgardo fulminó a Francisco con la mirada y este supo que su hermano no estaba de ánimo para la humorada. Tomó la copa y dos galletas del plato y desapareció al instante. Ella estaba a punto de hacer lo propio, pero Edgardo la detuvo por la espalda con una mano al hombro.

—Esperá.

Érica giró la cabeza sorprendida.

—Me gustaría que te quedaras un momento —le dijo.

—¿Desea que le traiga algo más, señor?

—No quiero que me llames más señor. Mi nombre es Edgardo. Pronuncialo —le pidió.

—Eh... Edgardo... —obedeció.

El hombre dejó el cigarro, le aferró la muñeca y la arrimó hasta la parte del patio más iluminada, donde la única lámpara encendida le daba vida al zaguán. Érica, sorprendida, se dejó llevar sin objeciones. Edgardo tomó su cara con ambas manos para mirar en detalle la piel rosada y sus facciones. Los ojos eran aún más claros de lo que suponía, y la boca parecía delineada por un artista.

—¿De dónde sos? —le preguntó a media voz.

—Mis abuelos eran rusos. Pero yo nací en Villa Domínguez. «Y tengo sangre judía», pensó pero no lo dijo.

—Vengo seguido a estos pueblos y jamás vi una cara tan hermosa. ¿Por qué bajás los párpados? No podés negarle al mundo esa mirada tan dulce —le susurró Edgardo al oído. Y comenzó a besarle el cuello que encontró frente a sus labios.

Érica no se movió. El único contacto que había mantenido con el sexo masculino fue con un compañero de la escuela a los catorce años. La cuestión no había pasado de un par de encuentros en la plaza cercana y caminatas inocentes de la mano. Ni siquiera le habían rozado los hombros. El tiempo siguió y ella pareció olvidarse de los hombres: quería trabajar, ahorrar dinero y acumular estudio. Pero ahí estaba ahora, con este señor importante de Buenos Aires que la hacía temblar bajo la luna y, por eso, no sabía cómo actuar, qué hacer ni qué decir para que no se notara su inexperiencia.

Edgardo la sintió paralizada y enderezó su cabeza para mirarla de frente.

—¿Estás asustada?

—Sí. —La respuesta fue casi imperceptible pero inmediata.

—No voy a hacerte daño, nena. Confiá en mí —y se acercó de nuevo para probar su boca.

La lengua de Érica se impregnó del sabor dulzón del licor y su mezcla con el habano. El beso del hombre se le antojó sabroso e instigador. Y terminó entregándole su pureza sobre la cama perfectamente prolija que ella misma había tendido horas antes para él, sin saber entonces que allí dejaría su virginidad esa misma noche.

A la madrugada siguiente, la joven descubrió que se había dormido desnuda en la pieza de un huésped y que las sábanas blancas estaban manchadas de sangre. ¡Su sangre!

Horrorizada, saltó del colchón haciendo el menor ruido para no despertarlo, se calzó la minifalda, el delantal y la blusa, y salió de la habitación lo más aprisa que pudo. Por suerte era temprano y los demás dormían, pero no respiró tranquila hasta alcanzar su cuarto. Una vez allí, se quitó la ropa, tomó un baño y trató de ordenar las imágenes que su mente le entregaba con insistencia para mortificarla aún más. ¿Qué demonios había hecho? ¿En qué estaba pensando al dejarse llevar por las palabras de un joven astuto que solo pretendía llevarla a su dormitorio? Pero había sido tan dulce, tan comprensivo... ¿Y ahora, qué pasaría? El señorito volvería a su tierra y ella quedaría allí plantada, desflorada y a punto de perder el trabajo. «Sos chiquita y eso me gusta. Me voy a mover despacio, no quiero lastimarte», le susurró al segundo de abordarla con esa cosa enorme que podría haberla herido. Pero no fue así, por el contrario, ayudó a que ella se ensanchase y entonces todo fue mágico... Al terminar de moverse, la abrazó y besó sus labios con ternura. Y no la soltó hasta quedarse dormido. ¿Le habría molestado que ella fuese virgen e inexperta? No parecía, más bien lo sintió suave, hasta afectuoso había sido por momentos. Edgardo...

¡Qué nombre tan bello, y qué marca dejaría en su historia! Ojala no tuviera que marcharse...

Los gemelos aparecieron a media mañana para desayunar. Érica, que ya se había repuesto un poco de los nervios, preparaba jugo de naranja fresco para los recién llegados. Edgardo la observó desde su mesa; ella, de espaldas, trataba de no voltearse para evitar sus ojos.

—¿Cómo la pasaste con la mucamita? —soltó Francisco.

—La mucamita resultó una nena sin experiencia —contestó Edgardo de mal humor.

—¿Me estás diciendo que te tocó una virgencita? ¡Qué fastidio!

—Te estoy diciendo que me gustó. Y te digo algo más: ninguna de las mujeres de clase que conozco huelen como ella —cerró su hermano segundos antes de que Érica se apersonara con la jarra de café.

Francisco la miró sin disimulo, estudiando su semblante de manera exagerada. Ella, con las mejillas arreboladas, llenaba los tazones sin levantar la vista del mantel. Y Edgardo, que sentía incomodidad con la insolencia de su hermano, se paró de un salto y se marchó a la calle.

Érica no se cruzó con los gemelos durante todo el día, ni tampoco en la noche. Aparentemente habían cenado afuera y regresado tarde. Ella, por su parte, no pudo comer ni dormir. El estómago se le había hecho un nudo que ninguna de las imágenes recientes lograba deshacer. El señorito burgués no solo había evitado saludarla esa mañana, se había escapado apenas ella se arrimó. Y el hermano tras él, luego de tomar un sorbo apresurado de café y lanzar insultos al viento por quemarse el paladar.

La muchacha, confundida frente a la indiferencia del hombre que la acarició y rasgó la noche anterior, se fue hacia la cocina y luego al cuarto de baño ubicado en la parte trasera, y lloró largos minutos con la cabeza apoyada sobre la puerta. ¿Qué tenía de malo para ser tan despreciable? ¿Por qué no la habían querido hasta ahora? Era pobre pero no analfabeta. Su sangre era foránea, sin embargo había nacido en esas tierras. Solo eso sabía el tal Edgardo de su vida. Nada más. Pero quizá buscaba una dama de clase, como esas pagadas de sí mismas que se aventuraban al hotel de vez en cuando. O tal vez ya la había conseguido y la tenía bien guardada. Las ideas corrían sin borde por la mente de Érica encerrada en el baño todavía. Hasta que oyó la voz chillona de la Durk y no le quedó más remedio que olvidarse del mozo, dejar de moquear y salir a su encuentro.

Los días pasaban y Érica no había vuelto a saber de los hermanos. Se turnaba con otra mucama para el aseo de los cuartos y esa semana tenía a su cargo los de la segunda planta; no pudo enterarse si los jóvenes, ubicados en las habitaciones del primer piso, habían dormido en la hostería las noches anteriores. Tampoco se animaba a preguntar por ellos a nadie; el repentino interés causaría una señal de alarma que deseaba evitar. La señora Durk no era mala, pero tenía prohibido a su personal inmiscuirse en las cuestiones privadas de los huéspedes. Por supuesto que eso refería a la discreción en el trato y a la ausencia de preguntas personales, no a las relaciones íntimas entre empleados y visitantes que la mujer daba por descartadas.

Al cabo de tres mañanas sin toparse con ellos, durante la limpieza que hacía de la recepción la muchacha encontró el libro donde se registraban los ingresos y salidas. Buscó sin que la vieran siguiendo con su dedo índice el listado que revisaba. No conocía el apellido de los gemelos, así que optó por enfocarse en los nombres. Entonces los reconoció, estaban en la columna de *Salidas: Francisco Infraga Mitre: 3 de marzo. Edgardo Infraga Mitre: 3 de marzo.*

Se habían marchado el mismo día que los vio por última vez.

Érica lloró durante un mes sin parar. Nadie lo sabía; ella desgranaba su pena en soledad, sobre el colchón de su pieza al terminar la jornada. Sin embargo, todos notaron que su expresión vivaz había mutado, algo que no podían descifrar había partido su corazón y su sonrisa.

El otoño pasó muy despacio, como suelen pasar las horas cuando la espera no encuentra sentido. Él se esfumó con el viento de la primera fresca, y la joven seguía aguardando un milagro que lo trajera de nuevo hasta sus brazos. No obstante, ella desconocía que, a pesar de las vueltas que Edgardo le dio al asunto, no podía sacársela de su mente.

Al escapar del hotel aquella mañana de marzo impregnado con el aroma de su cuerpo, se dedicó a averiguar los antecedentes de la muchacha con gente que pudiera darle datos confiables. El mejor para esos menesteres era Don Cristóbal Sastre, peón de uno de los estancieros que los hermanos estaban visitando, quien había trabajado para su padre algunos años atrás. Edgardo fue directo a su contacto: necesitaba información con apremio.

¡Claro que Don Cristóbal sabía de los Glottros! El pueblo era chico y la vida de todos, conocida. Familia proveniente del extranjero, judíos rusos que llegaron para poblar los campos. Buena gente, trabajadores. Un poco conservadores y celosos de sus costumbres, solo eso. ¿La niña? Un encanto. Nada ligerita, todo lo contrario. Pacata la gurisa, siempre sonriente y bien dispuesta para el trabajo. Quería estudiar enfermería, por eso se había ido de la casa. Pero volvía toditos los fines de semana para dormir con su gente. Bonita había resultado la mocosa.

Francisco asaltó a su hermano con determinación: ¡Una judía, ni se te ocurra! Y Edgardo, a pesar del entusiasmo que tenía por la chica, obedeció la orden a rajatabla: esa misma tarde partieron para Buenos Aires cancelando reuniones y desechando la invitación de unos amigos para la tertulia que se armaría en dos días. Francisco complacido por haberlo persuadido; su hermano con la piel todavía encendida por la jovencita que acababa de abandonar.

Una vez en el hogar, Edgardo no lograba sacarla de su mente. Sentía culpa por haberla llevado a su cama y escapado después como una rata, sin despedirse o escribirle una nota. Pero Francisco le había dejado la cabeza agujereada con todas esas argumentaciones acerca del incendio que se armaría con su padre de insistir en un romance con la foránea. ¡Judía! Ellos, de familia de estirpe, de domingos de misa, en estrechas relaciones con la iglesia católica —por entonces enemiga de las decisiones adoptadas por el Presidente Juan Domingo Perón—, y ahora íntimos de los jefes del movimiento golpista que se adueñarían del país tras su derrocamiento. Ellos, una de las familias más aristocráticas de Buenos Aires, mezclando sangre con esos extranjeros de poca clase que encima descendían de otra raza. ¿Se había vuelto loco?

El mes se fue entre reuniones, salidas con amigos y presentaciones formales que habían congeniado los Infraga Mitre con los Linares Basualdo para lograr la unión entre sus hijos, y así la de sus familias. Los Linares Basualdo tenían tres hijas que si bien no eran bellas, contaban con el apellido y la fortuna suficientes para atraer a los pretendientes de mayor rango entre los solteros porteños. Francisco picó el anzuelo y se comprometió con la menor de ellas, una muchacha de palabras escasas que no parecía tener muchas luces. Edgardo, sin embargo, lejos de mostrar interés alguno por las jóvenes, se excusaba con frecuencia al enterarse de que vendrían a cenar a su casa. Simplemente desaparecía. Su mellizo, que lo conocía demasiado, sabía de su desapego y del nombre que tenía su nostalgia. Pero no le daba el brazo a torcer: ya se le pasaría la locura por el recuerdo de esa forastera.

Tras el bombardeo a la Plaza de Mayo en junio de 1955 producto del levantamiento militar para deponer al Gobierno peronista, el invierno comenzó a caldearse mucho más de lo esperado. Y Edgardo sintió que era tiempo de poner fin a sus penas.

Una mañana de viento helado y cielo limpio, se escapó de Buenos Aires sin avisar de su partida; los acontecimientos de la vida civil estaban ya cargados de adrenalina como para que alguien diera cuenta de su ausencia. Luego de haber lidiado con sus ideas concluyó que su destino no podía tener otro nombre más que el de ella. Y se marchó a buscarla a pesar del tiempo transcurrido desde la primera vez que la hizo suya.

Al llegar a Victoria, fue directamente al hotel donde se conocieron. Y allí la vio apenas hubo entrado. Érica, en cuclillas, recogía los restos de un vaso que acababa de caerse. Se llevaba un dedo a la boca para absorber la sangre que brotaba por un corte diminuto provocado con un pedazo de vidrio. Edgardo se acercó, bajó hasta el suelo y le tomó la mano que sangraba todavía. Ella levantó la cabeza asustada, aturdida, creyendo que estaba alucinando.

—Vine a buscarte. —Fueron las primeras palabras del hombre. Y las que permanecieron en la memoria de la joven por el resto de su vida.

Después de amarse durante tres días sin descanso y contarse parte de la historia de cada uno, se presentaron en casa de los padres de ella para anunciar que se casarían tan pronto pudieran organizar todo en Buenos Aires. Los Glottros quedaron asombrados con la noticia, en rigor no esperaban grandes alegrías de su hija menor en cuestiones de pareja. A pesar de la sorpresa, obtuvieron su consentimiento. Pero el caos se armó al llegar a la capital y presentarla como prometida de Edgardo.

Antonio Segundo bramó hecho una furia por sus ocurrencias. En plena crisis, con un país en llamas que requería poner el foco en la ayuda a los rebeldes que estaban planificando una *Revolución Libertadora* con el fin de salvar al pueblo de las políticas anticristianas de Perón; ¿justo en ese momento Edgardo se traía del interior a una judía rusa y pretendía su aprobación? ¡Una locura!

La ira de su padre duró lo necesario para que Ivonne decidiera meterse en el asunto. ¿Qué demonios pretendía de su hijo que no fuera más que seguirle el ejemplo? Sus propias elecciones no podían sostener los fundamentos que ahora quería poner en juego: él también se había casado con una extranjera casi paria que estaba sola en la vida. No era judía, cierto, pero eso poco importaba para Edgardo, cuánto menos debería interesarle a él. Provenía de un buen hogar, tenía familia y su hijo estaba enamorado. Más que suficiente para dar por terminado el tema. Llevarle la contra no tenía sentido. Además era una bella muchacha y parecía bien dispuesta para el matrimonio.

Debido a los acontecimientos rabiosos que coronaron el país a partir de septiembre de ese año y culminaron con la cesión del mando de Perón a los militares, el hombre desvió su atención de Edgardo y su enamorada. Quizás pudo aflojar la irritación que le provocaba el asunto porque a su propio padre, Don Antonio, la joven le había caído en gracia de entrada. El abuelo de Edgardo quedó encantado con la calidez de Érica y su buen trato con todos, pero en especial con él, por quien sentía adoración. Con el correr de los meses, ella fue ganando el cariño y la confianza de su familia política. Y los años demostrarían que podría convertirse en una buena esposa, dedicada a sus hijos, que amaría a su marido más allá de cualquier precio.

* * *

Patricio escuchó atentamente la historia de amor que Camila le había relatado. A pesar de intuir que se trataba de sus padres, recién en ese momento ella aludió directamente al tema.

—Los niños tardaron en llegar. Tuvieron que esperar seis años para mi nacimiento. Pensaban que ya no pasaría, hasta que un día mi mamá quedó embarazada. Y luego vino mi hermana al poco tiempo —agregó.

—¿Cuánto hace que su marido y usted lo están intentando? —preguntó el analista. Y Camila enmudeció.

—Seis años... —respondió con gesto de sorpresa.

—¿Qué la sorprende?

—Es que recién ahora me doy cuenta de que algunas cosas se repiten en mi pareja. La cuestión de la maternidad, por ejemplo, parece un calco de lo vivido por mi madre. Ella también tardó años en quedar embarazada.

—¿También como quién?

—Como yo.

—Sin embargo hay una diferencia. Su madre pudo concebir; usted hasta el momento no lo ha logrado. Camila sintió una puntada en el pecho y una ráfaga de ira cruzó por su mente.

—¿Qué me está diciendo?

—Apenas la verdad —señaló Patricio. Y advirtiendo el estado de su paciente, decidió avanzar—:

¿Qué otras cosas cree que se repiten?

Camila lo miró sorprendida.

—No lo sé. Yo me parezco a ella, pero reniego de eso. Mi madre es una buena mujer, sin embargo fue demasiado sumisa para mi gusto. Y su esposo se encargó de arruinarle la vida.

—¿Cómo es eso? —indagó el analista.

—Mi padre es un hombre de carácter, mal carácter le diría. Celoso, intransigente. Y ella se dedicó a obedecerlo sin cuestionar. Todo se hizo a su antojo. Mi madre jamás tuvo voz en esa casa, ni siquiera en lo atinente a su propia vida. Él decidía por todas nosotras.

—Como su abuelo —apuntó el analista.

Camila dudó unos minutos antes de responder.

—No. Mi abuelo era siniestro, apoyó las peores dictaduras en beneficio propio y jamás le importó el sufrimiento de la gente. Papá, en cambio, es un buen hombre. Siempre se ocupó de ayudar a sus peones y de darles un buen trato. Incluso muchas veces tuvo el coraje de enfrentarse con su padre. Y además, ama profundamente a mi mamá.

—Ah bueno, empiezan a aparecer algunas diferencias.

Camila sonrió.

—Sí.

—¿Y su abuela? —preguntó Patricio.

—¿La abuela Ivonne? Fue la mujer más hermosa que conocí. Me dejó más enseñanzas que mi madre. A ella también trataba de instruirla acerca de los hombres y el matrimonio, pero mamá no podía escucharla; el único discurso acreditado para ella era el de su marido. Y así le fue.

—¿Cómo le fue?

—¡Como el reverendo culo! —exclamó sin reservas. Y al instante pidió disculpas.

—No tiene que disculparse. Puede decir todo lo que venga a su mente. Si tiene ganas de insultar, hágalo. Este es su espacio, Camila.

La sesión no duró mucho más; ya habían pasado cincuenta minutos desde el inicio. No obstante, Camila sintió deseos de seguir hablando con Patricio. Necesitaba contar su historia, abrir las vivencias íntimas de su pasado y asociarlas con las cuestiones que se repetían en el presente. Por eso se fue con avidez: de sentarse frente a él y de rastrear en sus ojos las señales provocadas por sus ideas al escucharla, de sentir esa mirada que le dejaba los poros abiertos sobre el diván. Así partió, y así volvió, a la semana entrante.

* * *

Al cabo de dos meses, Camila comenzó la entrevista hablando de Lucio.

—Él me necesita —sentenció.

—¿Usted es el agua que ha de beber? —preguntó el analista.

—No entiendo.

—Puede que esté confundiendo la necesidad con el deseo. Las necesidades se relacionan con lo biológico: de alimentarnos, de respirar, pero no con las emociones. Los afectos, en cambio, tienen que ver con el deseo. Cuando la necesidad irrumpe en los afectos, los vínculos pueden volverse patológicos. Usted dice que su marido la necesita, entonces le pregunto: ¿cree que está con usted por necesidad o por amor?

—Él me dice que me ama...

—Y usted dice que él la necesita.

—¿Usted cree que Lucio no me quiere? —preguntó Camila confundida.

—Y usted, ¿qué piensa?

—No lo sé. Yo lo quiero, creo que él también, a su manera, egoísta como es.

—Bueno, Lucio tal vez la quiera como él puede querer, lo importante es saber si esta manera de querer a usted la hace feliz —intervino Patricio.

Se hizo un silencio que el analista sostuvo por varios segundos. Camila inmediatamente pensó en su padre.

—Mi padre también quería a su mujer de la misma forma. Sin embargo, a pesar de mostrarse inquebrantable, en el fondo dependía de ella.

—Bueno, parece que, otra vez, aparecen facetas distintas de su padre, ¿verdad? —dijo Patricio. Camila sonrió, pero él se mantuvo gélido.

—Digo que mi padre era dependiente porque en apariencia, él mostraba decisión, pero puertas adentro del dormitorio le consultaba a mi madre acerca de todo. La palabra de ella, aunque suave y modesta, era determinante para él.

—Entonces su madre sí se hacía oír. Y su padre la escuchaba más de lo que todos creían.

—Así es. Pero eso no impidió que toda la vida la degradara con otros amoríos. Aunque igualmente se jactaba de no tener una querida como los demás de su condición. Era conocido por todos que sus socios, esos terratenientes adinerados, las tenían en las narices de sus mujeres y algunos hasta habían formado familia con hijos.

—Y su madre, Camila: ¿sabía de las infidelidades?

—Sí, lo sabía.

—Usted dijo que su padre la consultaba en todo y que la palabra de ella era determinante para él. ¿Cuál cree entonces que debió ser la parte de su madre en todo este asunto de las otras mujeres que su esposo frecuentaba?

—¿Me está queriendo decir que mi mamá lo permitió?

—Fue usted quien aludió al permiso, yo solo le hice una pregunta —cerró él—. Vamos a terminar acá —le dijo, dejando a Camila boquiabierta a los diez minutos de haber iniciado la sesión.

Luego de ese encuentro, Camila comenzó a revolotear un poco más hondo en el asunto e inició sus sesiones con profundos cuestionamientos acerca de su posición dentro del matrimonio, que la llevaban una y otra vez a la misma conclusión: «Más allá de mis quejas, soy igual a mi mamá: le sirvo, lo atiendo, lo complazco, y vivo para él. Ni en la cama me animo a rechazarlo cuando no siento ganas».

Érica, su madre, le había marcado aquello desde antes de conocer la vida amorosa: «Siempre hay que estar dispuesta para el marido con total entrega. Nunca le digas que no». Y Camila, identificada con ese mandato, recibía a su hombre sin apetito; cuestión que se volvió rutinaria, destruyendo por completo sus antojos por él.

Como las consecuencias de algunas renunciadas salen a la luz años más tarde, con el desarrollo del análisis Camila empezó a vislumbrar que, tal como lo hizo su madre al casarse con Edgardo, había resignado muchas cosas desde que conoció a Lucio. Al terminar el secundario, cursó varios seminarios de filosofía; por entonces se preguntaba por el sentido de la vida. Desde muy joven amó la estética de algunos autores y siempre quiso saber más acerca de la ideología de otros filósofos, cuyas citas admiraba pues aludían a cuestiones que la obsesionaron desde la adolescencia: la mentira, el amor, la fidelidad y las creencias.

De Nietzsche, por ejemplo, recordaba:

Lo que me preocupa no es que me hayas mentido, sino que, de ahora en adelante, ya no podré creer en ti. Todo lo que se hace por amor, se hace más allá del bien y del mal. La esperanza es el peor de los males, pues prolonga el tormento del hombre. Tener fe significa no querer saber la verdad. La edad de casarse llega mucho antes que la de quererse.

Y la que repetía con ahínco su adorada abuela: «En la venganza, como en el amor, la mujer es más bárbara que el hombre».

Del filósofo Jean Paul Sartre también le quemaban las sienes algunas ideas:

Soñar, en teoría, es vivir un poco, pero vivir soñando es no existir. La libertad es lo que haces con lo que te han hecho. Incluso el pasado puede modificarse; los historiadores no paran de demostrarlo. Cada hombre tiene que inventar su camino.

Ella había tenido ganas de comenzar la carrera de Letras, pero el romance apasionado con Lucio también puso fin a ese sueño. El carácter demandante de su marido, que le reclamaba cada vez más tiempo, había hecho que su deseo por estudiar quedara postergado con el avance de esa historia de amor.

Sin embargo, ahora estaba empezando a reconstruir su pasado de la mano de su analista. De a poco se animaba a hablar de cosas más profundas, algunas de las cuales habían estado reprimidas durante años. No resultaba una tarea sencilla bucear por rincones oscuros que jamás habían mostrado su existencia. Mantener tapado el dolor la ayudaba a seguir, pero liberarse de tanta carga era, quizás, el ingrediente necesario para vivir de otra manera.

«La libertad es lo que haces con lo que te han hecho», decía Sartre. Ella sentía deseos de ser libre, y para eso necesitaba dismantelar los recuerdos y sacar a la luz los anhelos que habían quedado sin concretarse. En ese instante algo vino a su mente: retomar los cursos de filosofía que tanto adoraba. Podría empezar por ahí; tal vez este fuera el momento justo para hacerlo.

III

Esa tarde decidió llamar a su analista: necesitaba descargar furia a través de la palabra, de lo contrario tomaría uno de los puñales obsequiados por su padre que tenía exhibidos en la vitrina del escritorio y se lo clavaría en medio del pecho a su marido.

No había sentido ganas de llorar hasta el momento, como si la escena que vio protagonizar a Lucio ya hubiera estado en su cabeza desde antes. Y por eso ella estaba preparada para enfrentarla. De hecho hacía cinco meses que venía sospechando acerca del romance, pero recién ahora lo confirmaba; su propio esposo le había dado todas las respuestas.

El hombre se sentía solo, desplazado e incomprendido: caldo de cultivo propicio para salir en busca de otra. Sin embargo, en este caso no necesitó buscarla: ella estaba ahí nomás, al alcance de su mano para cuando él decidiera que había llegado el tiempo.

Sofía Vergara no era una muchacha deslumbrante, pero tenía quince años menos que su mujer. Era dócil, tierna y gentil, atributos que jamás había mostrado Camila con él, y —sobre todo— no le apartaba la vista desde que llegaba hasta finalizar el día. En un principio, Lucio no le prestó mayor atención de la que requería el trato habitual entre jefe y subordinada. Sofía era la nueva empleada administrativa y por eso solo le indicaba las tareas que debía desempeñar y los horarios de trabajo que cumplir. Pero la joven se había deslumbrado con él desde el inicio. Sabía que era casado; había conocido a Camila una tarde en que ella tuvo que pasar por la oficina para firmar unos documentos. La esposa de su patrón le pareció hermosa: envidió el largo de sus cabellos y sus ropas finas. Además era culta y vestía de maravillas; el encuentro con ella parecía haberla incentivado aún más.

A partir de ese día, Sofía procuró arreglarse más que de costumbre, calzando minifaldas que dejaban expuestas frente al jefe unas piernas provocadoras. Si Lucio no le llevaba demasiado el apunte, ella se las ingeniaba para atraer su mirada con cualquier excusa: pedía ayuda en la redacción de una reserva, en los avisos que saldrían publicados en los diarios, o simplemente le confiaba alguna cuestión de su vida personal que siempre la pintaba como una joven indefensa. Hasta que un día primaveral de poco trabajo, Sofía se cansó de tanto ribete previo y lo invitó a almorzar.

Lucio durmió poco la noche previa al convite de su empleada. Había discutido con Camila debido a las constantes negativas de ella al sexo. *No me siento bien, me duele la cabeza, los ovarios.* Y bla-bla-bla. ¡Y a mí me duelen los huevos!, contestaba él a veces, y otras se dormía sin responder, con los nervios candentes y su pene erecto. No supo si fue por eso, pero al día siguiente aceptó comer con Sofía y allí se desató el principio del desastre.

Se ubicaron en el segundo piso de un bar cercano a la inmobiliaria; las mesitas era bajas y los asientos un tanto incómodos. Se sentaron en el mismo sillón, uno al lado del otro. Sofía no deseaba perder la oportunidad con la que había soñado durante semanas, y a ello dedicó todos sus esfuerzos. Le habló próxima al rostro; casi le suspiraba en los oídos. Le contó acerca de su familia, oriunda de Mar del Plata, y de lo sola que se sentía en una ciudad tan efervescente como Buenos Aires. Le confió que había venido a estudiar diseño gráfico y que alquilaba un departamento pequeño en el barrio de Almagro.

A Lucio poco le importaban los vericuetos de su historia, pero comenzaba a sentirse atraído por la

sonrisa blanca de esa boca sensual que la muchacha no dejaba de mostrarle, y por la manera que tenía de jugar con la punta de su cabello enlazándolo en los dedos mientras inclinaba la cabeza al hablar. Con fingida inocencia, Sofía insistía para que tomaran unos tragos y él, a pesar de ser consciente del límite que estaba a punto de franquear, accedió a ese pedido simple que escondía la menos ingenua de las intenciones.

Esa misma tarde, luego de mezclar naranjas, frutillas y vodka, el jefe y la administrativa terminaron trezados en la cama de un hotel alojamiento.

Si bien era la primera vez que Lucio engañaba a su esposa, no dudó ni un instante en hacerlo. La consecuente renuencia de ella en el último tiempo, las críticas a su desempeño laboral, más la lejanía que había instalado entre ambos al dedicarse de lleno a sus cursos de filosofía, habían generado una grieta en el matrimonio difícil de sortear, que estimuló a Lucio para cruzar la frontera sin culpas.

Así comenzó una relación cuyo fuego se intensificó con el correr de los meses, acrecentando tanto el deseo como las complicaciones. Lucio inició sus llegadas tarde a la casa aduciendo más trabajo de lo normal, se arreglaba más que de costumbre por la mañana, no buscaba tanto a su esposa por las noches y estaba pendiente del celular como nunca antes. Por todas estas circunstancias, novedosas en él, su mujer empezó a sospechar.

En un principio, Camila adjudicó sus dudas a un estado de paranoia propiciado tal vez por ese fantasma que arrastraba desde niña al cual aludía últimamente en su análisis. Quizás las sombras de la infidelidad que cargaba la historia de su abuela y de su madre, la estuvieran acosando justo en ese momento, en el que ella había dado un giro interesante a su conducta y se posicionaba en un lugar diferente frente a su marido: ahora decía que *no* cuando se le daba la gana, es decir, cuando no sentía deseos de hacer el amor con él.

—Creo que Lucio me engaña —le había dicho a Patricio recostada en el diván.

—¿Qué la hace pensar eso?

—En realidad no tengo ninguna prueba, pero su actitud cambió desde algunas semanas. Viene más tarde, viste distinto, más jovial, está de mejor humor, se hace el amoroso cuando me llama por teléfono, pero dejó de tocarme.

—¿Y eso a usted le molesta?

—¿Que no me toques? —Camila giró la cabeza para mirar a Patricio y los ojos de ambos se cruzaron.

—¿Que no me toques? —preguntó el analista remarcando el lapsus.

Imbuida en su relato, Camila no advirtió el señalamiento. No obstante, Patricio consideró más apropiado pasarlo por alto en ese momento en lugar de repetirlo para que pudiera escucharse.

—Bueno... no lo pensé. Quizá sí, un poco, creo. Estoy acostumbrada a que lo haga.

—Y ahora que no lo tiene, ¿lo desea? —agregó él.

—¿Es así? —La mujer volvió a girar, pero esta vez le sostuvo la mirada por más tiempo. Necesitaba observarlo, quería descubrir las expresiones del hombre bajo sus palabras, y además anhelaba sus respuestas en medio de una ansiedad que se acrecentaba con el tiempo.

—Usted se quejaba de las insistencias de su esposo, de sus constantes ganas de tener sexo, ¿lo recuerda? —Camila asintió. —Y ahora se queja porque Lucio dejó de tocarla.

—No me estoy quejando de eso —lo interrumpió.

—Entonces, ¿de qué se queja, Camila?

Ella no habló. Su nombre, pronunciado en boca del analista, se le antojó tibio, como la caricia que él jamás le concedería. Al cabo de segundos, dijo:

—De la infidelidad. Las mujeres de mi familia estamos marcadas por esa palabra que resuena en mis

oídos desde chica, y que ahora vuelve con más fuerza para mortificarme.

—¿Cuál me dijo que era su apellido?

—¿Por qué me lo pregunta si usted ya lo sabe?

—Dígame su apellido, por favor —repitió Patricio.

—Infraga Mitre —contestó ella.

Patricio sostuvo un silencio prolongado. Dejó que ese apellido quedara flotando en el aire del consultorio por unos segundos. Y luego repitió:

—Infraga... ¿qué le sugiere esto?

Camila se quedó muda al instante. Inmediatamente volteó de nuevo el rostro para encontrar los ojos protectores del analista. Los de ella estaban muy abiertos, y humedecidos. Cuando habló, apenas si pudo balbucearlo:

—Infidelidad...

Patricio decidió terminar la sesión.

Pasados cinco meses desde aquel encuentro, durante los cuales las entrevistas rondaban el tema de la marca que portaba el apellido familiar y las dudas de Camila acerca de las escapadas de Lucio, sobrevino la revelación definitiva.

Como no contaba con pruebas que certificasen sus sospechas, y ya había pasado tiempo más que suficiente para que dejara de hacerse la que no sabía del asunto, una mañana de nubarrones grises, con el cielo cargado que prometía tormenta, decidió seguir a su marido.

Se despertó mucho antes que él, recogió sus cabellos en un rodete bajo, se calzó una boina de estilo militar regalo de su abuelo, y se subió al automóvil para aguardar desde la vereda de enfrente la salida de Lucio.

No había hablado del asunto en su terapia pues suponía que el analista no le daría el visto bueno. Tal vez por eso le costaba controlar el pulso y sentía que el pecho estaba a punto de explotarle. Se había acostumbrado a comentar con Patricio todo lo que pensaba, sentía o haría en el futuro. Le confiaba hasta el mínimo detalle, y pretendía la aprobación del hombre en todas sus decisiones; de hecho no las tomaba sin su anuencia. Muchas veces él ni siquiera le daba una respuesta, pero Camila ya había aprendido a interpretar tanto sus palabras como sus silencios. Por lo menos eso creía ella. A esa altura, las intervenciones del analista eran consideradas sentencias para su paciente. Esta vez, sin embargo, había evitado decírselo, creyendo que Patricio lo desaprobaba por completo.

Luego de media hora, vio la trompa del Fiat negro a punto de salir de la cochera de su departamento. Y ahí estaba él, su marido, vestido de punta en blanco para ir sabe Dios adónde. Lo siguió a una distancia prudencial; ya habían comenzado a caer las primeras gotas del vendaval que se desataría. Tal vez fuera un preaviso que le estaba dando el clima, concluyó a poco de andar unas cuadras.

Camila advirtió que el camino tomado por Lucio no era el que conducía a la oficina; iba en sentido lineal por la Avenida Corrientes. Quizás debería hacer algún trámite antes de abrir la inmobiliaria, pero la empleada también podría encargarse de ello. Las conjeturas iban y venían. De pronto se sobresaltó al sentir el sonido molesto de su celular que no paraba de gritar en su cartera. Palpó sin desviar la vista de la calle ni del baúl del vehículo que perseguía.

—Hola —atendió con fastidio.

—Hola, Cami, ¿dónde te fuiste tan temprano?

Era Lucio.

—Eh... ¿no te lo dije? Nos juntamos con un grupo para analizar un texto de Sartre que tenemos que presentar la semana que viene —contestó ella tratando de poner voz firme, cuando en rigor le temblaba la garganta—. ¿Vos seguís en casa todavía?

—Sí, me estoy yendo. Tengo una reunión con un cliente y después directo a la oficina. Hoy llego temprano, ¿te gustaría ir a comer algo y al cine?

—Sí, claro. Me encantaría. Después hablamos. Que tengas un buen día. Un beso.

—Un beso.

Cortaron.

Camila estaba más tensa que antes. Sabía que su marido le había mentado: no se encontraba en su casa pues ella estaba tras él en una ruta atestada de colectivos, yendo hacia algún sitio confuso en donde seguramente no habría reunión alguna con ningún comprador interesado. No podía creerlo. Pero, a esa altura, no le quedaba opción, debía continuar y llegar hasta el fondo de la cuestión fuese lo que fuese y pasara lo que pasare. Respiró hondo, se sacudió un mechón que había caído sobre la frente, y continuó la marcha.

Lucio dobló por Medrano, anduvo tres cuadras más y estacionó en una esquina. Camila, a pocos metros de allí, hizo lo propio en el primer espacio que encontró vacío.

Con una sonrisa pintada en el rostro, su marido se bajó del auto y llamó a alguien desde el celular. Al segundo cortó. Caminó media cuadra y se paró frente a un edificio antiguo, de aspecto poco cuidado. Aguardó en la puerta de entrada hasta que apareció en el umbral una muchacha rubia, con el pelo sujetado en dos coletas a modo de colegiala, que se abalanzó sobre él para besarlo.

Camila ya estaba allí, en la vereda de enfrente, desolada, inmóvil bajo las gotas de lluvia que intentaban poner un velo a la tragedia. Una sola voz le cruzó la mente, la primera palabra de su apellido: Infraga. Y un mandato nuevo se precipitó en su boca: «No seré como las mujeres de mi familia».

De pronto, todo su cuerpo se descontroló en un instante y con la fuerza de una fiera se movió para afrontar ese desafío. Cruzó la calle aprisa, esquivando un coche que había doblado por Bartolomé Mitre y por poco la atropella, y se abalanzó sobre la espalda de su marido. La gorra del abuelo Antonio cayó al piso, el rodete se deshizo, los cabellos perdieron control sobre su rostro y una mano abierta abofeteó la mejilla de Lucio que ya había soltado a su amante y ahora debía enfrentarse con la ira de su esposa.

—¡Lo sabía! —dijo horas más tarde recostada en el diván—. ¡Tenía que verle la cara! Se hacía la inocentona cuando yo aparecía en la oficina y ahora me sonreía con sorna, disfrutando de verme así, alterada, humillada, ¡jestúpida!

Patricio la dejó descargar sin interrumpir. Y Camila, por primera vez desde el suceso, comenzó a llorar.

—¿Qué la angustia tanto?

—Haber confirmado mis sospechas. Darme cuenta de que también en mi pareja el designio del apellido se está cumpliendo. Saber que vine acá pidiendo no ser como mi madre, como todas ellas, y encontrarme ahora en la misma situación. En realidad, mucho peor, porque mi papá nunca tuvo una amante. De eso se jactó toda la vida, diciendo que jamás había tenido la llave de un departamento, en alusión a que nunca mantuvo una relación paralela —el sollozo se hizo más intenso.

Patricio le alcanzó un pañuelo de papel.

—Creo que hay diferencias entre la actitud de ambos. Su papá engañó a su madre con varias mujeres, pero nunca tuvo una amante duradera. Su marido, en cambio, tuvo una relación con una joven y fue infiel por primera vez, por única vez. ¿No le parece distinto?

—No tuvo una relación, la tiene todavía —lo corrigió ella.

Camila permaneció sin hablar un rato extenso; había parado de llorar y su respiración era normal. Pensaba en las frases de Patricio, en esa separación que hizo de su padre respecto de su esposo. Continuaba muy enojada; el suceso de horas atrás le había agujereado el pecho. Sin embargo, tal vez su analista tuviera razón. Por lo menos sus palabras resultaban alicientes y ese ritmo pausado al decirlas la

había conmovido. Entonces volvió a su mente la imagen de la joven rubia rodeando a su marido y ella parada en la vereda mirando la escena a punto de caerse.

—Dígame qué piensa en este momento —intervino Patricio.

—En mi padre...

—¿En su padre?

—Sí. A pesar de su conducta, siempre estuvo enamorado de mi mamá.

—Y ella, su madre: ¿también lo amó?

—Creo que sí.

—Ya que está asociando todo este asunto con el amor que se tienen sus padres, le pregunto: ¿Y usted, sigue amando a su marido?

Camila no supo qué responder. Unas lágrimas rasgaron sus ojos y el silencio volvió a inundar el consultorio. Estaba recostada en el diván, angustiada y confundida. En ese instante creyó sentir ganas de un abrazo, de un beso que la apartara de todo ese dolor. Había entrado a sesión con energía arrolladora producto de la ira por la deslealtad de Lucio y, entre tanto, comenzaba a querer ser *ella* la infiel, que la boca irregular del analista vaciara las penas de sus labios.

Ante la falta de palabras de su paciente, Patricio decidió dar por terminada la sesión. Desconocía las fantasías eróticas que se estaban armando en su cabeza; a pesar de que podía intuir las por aquel fallido que ya había escuchado en otro encuentro, ahora solo quería que se llevara esa respuesta muda que le generaría más preguntas. Y, por ende, abriría nuevos caminos para su deseo.

El café de la esquina se convirtió en refugio, como de costumbre. Las sienas latían a un ritmo indescifrable, como si estuvieran advirtiéndolo acerca de algo peligroso que aún no tenía nombre ni apariencia. El cortado que le alcanzó el mozo todavía estaba sin tocar y una capa transparente de nata le había ganado terreno a la espuma.

Camila no podía reaccionar ante sus ideas; las imágenes se sucedían a borbotones: Lucio y su amante adolescente ceñidos en un abrazo, ella interpretando el papel de esposa defraudada, la palabra del analista que intentaba provocarla mientras su espalda antepone un muro entre ambos para evitar las ganas que la aturdirían apenas lo tenía enfrente. En ese momento y sin saber bien por qué, también se colaron recuerdos de otro tiempo. Saltaron en sus ojos imágenes que de niña su mente creó alguna vez, cuando encontraba a su abuela bañada en lágrimas provocadas por el peso de un gran amor en su historia. Esos recuerdos la acompañarían durante toda su vida, disfrazados de susurros inconscientes, de fragmentos simbólicos y fantaseados que armaría en su cabeza para, de alguna forma, repetir la novela familiar que conocía.

De pronto, una imagen real interrumpió los pensamientos y la sacó del pasado abruptamente. Una mujer hermosa, de cabellos dorados, conversaba con un señor corpulento que le tomaba las manos. Camila no podía verle el rostro, pero los gestos de plenitud y la sonrisa iluminada que ella le devolvía delataban palabras de amor en la boca del hombre.

Sonrió con el encanto que provocan las escenas amorosas observadas desde afuera, cuando los protagonistas son los demás. Y entonces evocó lo que alguna vez le habían contado...

* * *

A partir del cumpleaños de su suegro, Ivonne Lafont no pudo dormir más en paz. Una vez que la hubo dejado sin aliento con ese beso húmedo y sorpresivo, el Teniente Alberto Montier desapareció de la

habitación y de su vida. Ella quedó abrumada durante varios minutos, en la soledad de la segunda planta de su casa veraniega, con los labios hinchados y la mente en desorden. Y ya no lo vio ese día ni tampoco en los meses que siguieron.

Si bien Ivonne recibía las demandas de su marido como buena esposa, desde aquella noche eran las facciones marcadas y la boca recta de Montier la imagen que reproducía su mente al sentirlo encima de ella. No sabía nada acerca de su paradero, ni siquiera conocía su apellido ni el cargo que ocupaba en la milicia. Solo había escuchado que era íntimo de algunos líderes nacionalistas del ejército y que pronto estaría lejos de esas tierras producto de obligaciones que debía cumplir en otro continente. Nada más.

El año 1931 llegó a su fin con un revuelo político inesperado. Tras prohibir la candidatura del radicalismo e impulsar un sistema electoral fraudulento, el Presidente Uriburu terminó su mandato dando inicio a lo que llamarían la *Década Infame*. Agustín Pedro Justo se colgó la banda presidencial de la mano del conservadurismo liberal que organizó su triunfo. La oligarquía dominaba el país y se desentendía de los dramas sociales de un pueblo que a gritos pedía reconocimiento. Durante su cargo, se acrecentó la intervención en la economía, se sucedieron alzamientos en contra de su Gobierno y fueron asesinados quienes tenían el tupé de considerarse opositores. La desocupación y el hambre que marcaban el pulso de la Argentina poco importaban a la presidencia de Justo. Compraba a bajo precio campos que valían fortuna, rebajaba los sueldos y negaba créditos a peones y chacareros.

La presión de los hacendados para restaurar el comercio de carnes con los británicos forzó a Justo a enviar una delegación encabezada por el Vicepresidente para delinear las aristas del acuerdo. Antonio Segundo Infraga Mitre fue uno de los cabecillas que dirigieron el asunto, que terminó con la firma del Pacto Roca-Runciman por el cual Gran Bretaña se comprometía a seguir comprando carnes nacionales y abstenerse de imponer gravámenes nuevos a las exportaciones. A cambio, la Argentina trataría con deferencia a las empresas británicas. Como el Estado era utilizado para regular la economía en beneficio de las clases dirigentes, investigaciones posteriores revelaron conexiones fructíferas entre empresas británicas, estancieros argentinos y funcionarios estatales. Resultó vergonzoso, pero los Infraga Mitre salieron ilesos del escándalo.

Entre tanto, una joven que había llegado de la provincia con un bolso vacío de alimento pero lleno de ilusiones, arribaba a Buenos Aires para ir en busca de su sueño: ser actriz. Eva Duarte era una más de los millones que por entonces dejaban tierras pobres buscando un porvenir en la gran ciudad.

Luego de ordenar la reincorporación de la Argentina a la Sociedad de las Naciones, el Presidente Justo decidió viajar a Brasil con el fin de estrechar relaciones comerciales con su colega Vargas en una época propicia para eso. Su amigo íntimo, Don Antonio, y el hijo de este, partieron con él.

Ivonne volvió a quedar en compañía de los gemelos, la niñera y la servidumbre. A esa altura ya se había olvidado de ese fantasma perseguidor que resultó el Teniente en las madrugadas de vigilia, y solo aguardaba a su marido sin la menor certeza de su regreso. No obstante, la joven no sabía muy bien acerca de esa espera, porque en realidad las actitudes de su esposo y toda su soberbia le molestaban demasiado. Intentaba reparar el desdén de su trato hacia los empleados con gestos bondadosos, pero jamás resultaba suficiente porque su esposo estaba allí para impedirlo. Ella debía criar a los niños en lugar de inmiscuirse con los sirvientes. Antonio Segundo se encargaba todos los días de recordárselo. Esa era su única función. Ivonne pensaba en su pasado humilde, en esas mujeres sufrientes que lloraban la muerte de sus hijos por defender una patria para los ricos. Y ahora ella misma vivía en medio de esos hombres, en tierras donde también existían injusticias.

Con esas ideas la francesa daba pasos tras su sombra por la estancia, al ritmo de quien no conoce bien hacia dónde se dirige pero continúa por miedo a detenerse y buscar otro camino. La cabeza gacha estancada en algún lugar triste, marcaba la resignación de su marcha sobre el césped.

María la observaba con agudeza a través del ventanal de la cocina. Su niña exudaba inconsciencia de belleza y juventud. Pasaron tres lunas por el cielo espejado de la chacra y en la cuarta noche de soledad,

entrada ya la hora del durmiente, el crujir de la puerta de su dormitorio la alejó de un sueño tormentoso que la había dejado empapada. Una silueta movió la oscuridad del cuarto, pero Ivonne no temió en ese momento.

—¿Antonio? —murmuró sin pensar.

El perfil recortado en la negrura no contestó a su pregunta. Y siguió avanzando hacia ella.

La noche no estaba azul, era cerrada. Ivonne sabía que no se trataba de su marido, de lo contrario le hubiera contestado. La respiración se le cortó en medio del pecho e impidió que se moviera. Con unos pasos más la sombra logró alcanzar el costado de la cama. Se paró allí, sin moverse. Deseaba percibir el ritmo de su pulso en medio de un silencio que lo invadía todo. Al cabo de segundos se sentó junto a ella y se mantuvo quieta, amenazante, por un tiempo que la joven no pudo descifrar. Unos labios duros capturaron su boca impidiendo que tomara aliento para hablar o defenderse. La lengua se movía con prepotencia dentro del paladar, la incitaba a la pasión desafiando el enigma. Ivonne sintió que una humedad extraña lamía su interior imitando a esa lengua desconocida que le estaba capturando los sentidos.

De pronto, un susurro grave rebotó en el aire: «Le dije que volvería por usted».

Las manos ardientes del militar no le dieron tregua; al instante buscaron su carne bajo las sedas del camisón y los pechos acomodaron su forma a la palma que los sostenía. El Teniente apretó los pezones irritados por la tensión que oprimía sin pudor. Los dedos del hombre delineaban el contorno femenino como si estuvieran buscando un tesoro perdido hace tiempo atrás; una cavidad estrecha, jugosa, los atrajo con suaves movimientos. Montier masajeó el clítoris que se fue hinchando de a poco hasta abrasar las yemas de sus dedos. Ivonne, perdida en deleite, lanzó un gemido suave. Y con la visión nublada por tanta excitación, comenzó a temblar.

El Teniente exudaba olor a campo, ese aroma que brota de un hombre ante la hembra caliente. De pronto, se detuvo.

—Píntese los labios —exigió.

Ella quedó absorta ante su petición, pero no se atrevió a decir palabra. La opacidad de la madrugada le impidió ver la perversión que flameaba en sus ojos. Y sin poder hablar, desnuda, sumisa, se apartó de la cama para obedecerlo.

Un espejo con marco de bronce iluminado por la única ráfaga de claridad que ganaba a la noche fue testigo de su esbozo: en dos trazos rojos desiguales Ivonne acató el pedido de su amante y volvió junto a él con una boca encendida que pedía retribución.

Montier, todavía sentado al borde del camastro, sintió henchirse de sangre su pene entre las piernas. La detuvo de frente sin quitarle la vista de los labios. Sus manos descendieron muy despacio siguiendo la curva de las nalgas. Atrajo las caderas redondas hasta rozar el pubis con su barbilla; ahora la lengua se adueñaba de su intimidad con prepotencia. Parecía un remolino que subía y bajaba en línea recta. Ivonne, excitada, echó la cabeza hacia atrás. Cuando los dientes del hombre mordieron el vértice más alto de su vagina sintió perder el equilibrio. Pero ahí estaba él para retenerla, para hacerla enloquecer y sujetarla.

Con un movimiento, la joven se vio tendida sobre el Teniente, que ya estaba recostado en la cama. Montier le mordía el cuello, los hombros, y así dejaba la marca del deseo sobre su cuerpo. El dolor era intenso, pero no la hería. Por el contrario, su piel reclamaba más daño, más marcas, porque el malestar se mezclaba con un éxtasis desconocido hasta entonces. Triunfaba más el goce que la queja. Él se respaldó contra los barrotes y dirigió el rostro de ella hacia su ingle. Entre sus manos todavía, Ivonne lo miró suplicante, con las pupilas dilatadas de quien no sabe cómo sortear un desafío.

—Por favor, no me pida eso.

Al él, sin embargo, no le importó la súplica.

—Hágalo —ordenó—. Despacio, con suavidad primero.

Y ella lo hizo. Bajo la conducción de su amante estrenó lengua sobre el sexo de un hombre y ese día aprendió que el mismo placer que recibía, debía también devolverlo a su servidor. El Teniente la dirigía, le movía la cabeza al tiempo que giraba el pene dentro de su paladar. Ivonne sentía la punta rozando su garganta. Y él, sin soltarle los cabellos, le exigió:

—Más adentro.

No tardó mucho la práctica; en minutos el hombre giró sobre sí mismo y con la revolución que ya le ardía en las venas la penetró, calando en las entrañas de esa mujer su estampa, su nombre, su poderío. Ella creyó derretirse, como si una serpiente estuviera deslizándose por su vagina descubriendo zonas de las cuales no tenía conciencia. Y Montier, que la sabía inexperta, se adueñó por completo de su placer esa misma noche, venciendo los miedos que no paraban de gritar en la cabeza.

—Ahora quiero su orgasmo —le dijo en medio de la exaltación.

Ella se pegó más a la cadera que la dominaba y lo colmó con un espasmo intenso que fluyó tras su grito. Y al oírla así, con esa entrega febril que él había intuido desde el primer día en que miró sus ojos, eyaculó en su interior con un impulso que jamás había sentido antes.

Ambos quedaron temblando; las bocas amarradas jadeando al unísono. Entonces la idea que tanto había dado vueltas por la cabeza de Montier terminó de tomar forma en ese instante, mientras sostenía el cuerpo húmedo de Ivonne en sus brazos: la quería solo para él. Y en esa demanda se jugó su destino.

* * *

Alberto Montier sabía del viaje de los Infraga Mitre con la comitiva de Justo no solo por sus amistades en el ejército, sino porque a partir de conocerla siguió los pasos de Ivonne y su familia con detenimiento. Ordenó al cabo Juárez, su mano derecha, que le pasara un informe detallado de los acontecimientos; las cuestiones menores también importaban. Quería saberlo todo: sus amistades, dónde y con quién se reunían, si pasaba tiempo con su marido, si ella reía en sus brazos, si la veía feliz. El parte debía ser enviado quincenalmente a España, hasta que él regresase de sus funciones como agregado militar en Madrid. A su vuelta, se reuniría con Juárez en su despacho una vez por semana.

Juárez sobornó a Don Tito, el chofer de la familia, para obtener la información que requería. Las reseñas entregadas por el empleado no contaban con demasiadas diferencias: salidas a casa de gobernantes, hacendados o parientes, y varias reuniones sociales en la vivienda y en la estancia provinciana. Sin embargo, Ivonne no asistía a todas las tertulias. A veces era ella quien negaba invitaciones, y otras su marido que decidía partir solo.

En medio de la investigación que le había encomendado su jefe, Juárez descubrió que las andanzas del esposo no complacían únicamente a sus amistades, sino también a una morocha sugestiva de caderas estrechas descendiente de la etnia mapuche. La fulana, de nombre Ailén, tenía la condición exótica de los araucanos; la piel cetrina contrastaba con la blancura de la señora Ivonne. El mozo Infraga Mitre estaba loco por ella y desaparecía del dormitorio de su estancia en medio de la noche para buscarla. Su mujer, la francesa, quedaba durmiendo en soledad, paseaba cabizbaja su figura por la hierba al amanecer y, a veces, también lloraba los sinsabores de una vida en la que hasta entonces no había sabido acomodarse.

Montier no se asombró con la noticia; a esa altura no iba a sorprenderlo un amorío. No obstante, sintió pena por la esposa. La sorpresa fue gradual; tanto el tiempo como la distancia acrecentaron sus anhelos por la joven abandonada y el odio por su marido, que en lugar de quererla decidía reemplazarla por otra.

Cuando Juárez le avisó de la partida, Montier sintió que su tiempo había llegado. Y allí impuso su

presencia aquella noche, directamente en su dormitorio, para reclamar lo que sentía que era suyo desde el primer instante en que se conocieron.

Ella, sin demasiada conciencia, lo había esperado también a partir de aquel beso apasionado que el hombre le dio sin permiso. Dos años habían pasado del suceso, de la marca que dejó el recuerdo bien guardado. Y allí estaba él de nuevo, sujetando su cuerpo sin pedir concesión, hirviéndole la sangre como jamás supo hacerlo Antonio Segundo durante los años vividos en matrimonio.

Alberto e Ivonne no podían ni deseaban soltarse. Se veían dos veces por semana cuando estaba el marido, y cuando desaparecía en busca de la otra pasaban todas las noches juntos; a veces en casa de ella, otras en la de él.

La niñera María y Don Tito eran cómplices del romance, y lo alentaban tanto o más que sus protagonistas. María por saber a su niña desdichada, y Tito por el rencor que sentía hacía los Antonios: señores de dinero que en lugar de cuidar a su familia se la pasaban entre las piernas de jóvenes humildes.

El Teniente adoraba a su compañera, y ella se enamoró hasta la médula de él. Ambos, casados y con estirpe, sabían que no podían más que amarse de esa forma clandestina. A pesar de eso, Montier enloquecía cuando debía dejarla con su esposo. Ivonne le aseguró que ya no permitiría su acercamiento, que tan solo compartían un cuarto como extraños, que su deseo nacía y moría allí, en sus brazos. Y si bien el militar sabía del enredo con la india, su condición de hombre le decía que el marido no dejaría libre a esa mujer hermosa para que sus antojos pudieran saciarse en la cama de otro. ¡Era el perro del hortelano, el maldito!

Muchas veces, en medio del ardor, Montier se detenía:

—¿Quién es su amor? Dígalo, quiero escucharlo.

—Mi único amor es usted, ningún otro, solo usted —declaraba ella a media voz.

Entonces el Teniente arremetía de nuevo y la amaba con más pasión. La besaba, la mordía, y en los puños encerraba sus cabellos con la impotencia de saber que jamás podría tenerla de otra forma.

En 1937, la fórmula oficialista Ortiz-Castillo ganó las urnas con elecciones fraudulentas, una vez más. A poco de triunfar, la diabetes dejó ciego al mandatario y su cargo fue ocupado por el vicepresidente. Durante su gestión, septiembre de 1939 inició con la Segunda Guerra Mundial cuando Hitler invadió Polonia, originando la más cruenta matanza que habría de conocer la historia universal. Argentina se declaró neutral en el conflicto pese a las presiones de los países aliados y la división que se generó en el propio seno del ejército.

Si bien la clase oligarca era aliada económica de Londres —enemiga de Alemania por entonces—, gran parte de los mandos castrenses simpatizaba con las políticas fascistas y, por ende, admiraba a la Alemania nazi.

Ortiz falleció a mediados de 1942, en pleno auge de la contienda internacional. Castillo mantuvo la neutralidad alimentando los rumores de tendencias germanas en el Gobierno. Sin embargo, sus políticas autoritarias de corte conservador no tuvieron mucho tiempo para desplegarse; en junio de 1943 fue derrocado por su propio Ministro de Guerra, el General Pedro Pablo Ramírez.

El Grupo de Oficiales Unidos (GOU), una logia secreta de militares anticomunistas fundada en marzo de 1943, fue creciendo e influenciando a las filas castrenses en un momento de gran polaridad respecto de la Guerra Mundial. A sus miembros les preocupaba la actividad revolucionaria sindical que estaba salpicando al país con ideas izquierdistas.

Juan Domingo Perón, por entonces viudo hacía cinco años de una bella joven, ya había ascendido a

Coronel y era uno de los principales referentes de la logia. Simpatizantes de las potencias del Eje, sus miembros eran partidarios de la neutralidad argentina y estaban gestando un asalto al Gobierno en un nuevo golpe de Estado. Por su voluntad y buenas intenciones, el General Pedro Pablo Ramírez, uno de los principales miembros del GOU, fue elegido en medio de una junta para ocupar la Presidencia. Prosiguió con las propensiones nacionalistas y se mantuvo neutral frente a la contienda mundial. Sin embargo, el Almirante Segundo Storni, Ministro de Relaciones Exteriores, era simpatizante de los Estados Unidos y partidario de ingresar a la guerra. Con ese fin, envió una carta al Secretario de Estado norteamericano comunicándole que la Argentina tenía intenciones de romper relaciones con las potencias del Eje. Estados Unidos hizo pública esa misiva y reprobó una vez más la posición adoptada por el país hasta ese momento. Las fuerzas armadas reaccionaron con más temple y volvió a la carga el sentimiento opositor, lo cual generó la renuncia de Storni. El cargo fue reemplazado por un militar que apoyaba la neutralidad a rajatabla, el entonces Ministro del Interior Alberto Montier.

A pesar de las distintas tendencias que existían dentro del Ejército, el Gobierno de Ramírez se caracterizó por la represión de sectores sociales: clausuró la C.G.T. bajo el pretexto de infiltración comunista, intervino provincias, universidades y censuró la prensa encarcelando opositores. Decretó la educación religiosa obligatoria en las escuelas estatales y expulsó a los docentes que no siguieran el culto católico. Aunque tildado de fascista, Ramírez proclamaba sus lemas en nombre de la renovación del espíritu nacional y la defensa de la moral cristiana. Pero carecía de miramientos. En su intento por controlar los medios de comunicaciones, ordenó intervenir las emisoras de radio y prohibió los radioteatros con temáticas inmorales; Eva Duarte —desconocida por entonces— quedaba nuevamente sin más sueños. La salvó un conocido de su pueblo que era secretario del interventor, y por ello logró firmar un contrato con Radio Belgrano en donde iniciaría un ciclo de biografías de mujeres ilustres que marcaría su vida para siempre.

Si bien los militantes del GOU pretendían terminar con la conflictiva social generada por los fraudes de la *Década Infame*, su objetivo principal apuntaba a evitar que el movimiento obrero se desviase hacia la izquierda enarbolando la bandera comunista, y que la Argentina mantuviera su posición neutral respecto del conflicto bélico mundial frente a la presión estadounidense que no cesaba.

Sin embargo, un hombre llamado Juan Domingo Perón, jefe del Departamento Nacional del Trabajo, parecía mostrar una visión política distinta. Construía una relación estrecha con la clase obrera, acogía las demandas sindicales que hervían de anhelos por esos días y escuchaba las voces que algunos de sus colegas militares intentaban callar.

* * *

El motivo de la celebración no estaba del todo claro, en la estancia se hablaba de cuestiones políticas urgentes que los señores debían debatir con altos funcionarios del Estado. La cena ordenada por el patrón incluía exquisiteces, como de costumbre, solo que esta vez habían contratado más personal de servicio que el habitual puesto que la lista de invitados era mucho más extensa.

La invitación rezaba:

Noviembre, 1943: Invito a participar de la cena de gala en mi residencia el próximo viernes, 21.00 hs.

Se sugiere discreción y rigurosa etiqueta.

Don Antonio Infraga Mitre.

Ivonne no logró sacarle a su marido una palabra acerca del asunto; simplemente debía emperifollarse y lucir espléndida para recibir a los asistentes. Después de todo, los manejos de Gobierno no tenían que ver con las polleras ni eran de incumbencia femenina, mucho menos en los tiempos que corrían.

La opacidad de la Guerra llegó también a los vestuarios de las mujeres adineradas acostumbradas a servirse del glamour parisino o londinense que brillaba en épocas de paz. No obstante, estos tiempos, marcados por la escasez de recursos debido al conflicto bélico, evidenciaban sencillez en los materiales y en la confección. A pesar de ello, dejando de lado el oscurantismo del viejo continente y siguiendo las tendencias que llegaban desde los Estados Unidos, la modista personal de la familia había diseñado varios conjuntos ceñidos al talle para la dueña de casa. Ivonne eligió uno de color verde suave; la tela resplandecía en ondas tornasoladas acompañando sus pasos. Si bien el nylon estaba desapareciendo del mercado de consumo, la joven todavía contaba con varios pares de medias en sus armarios. Esa noche, para el deleite de la platea masculina y la envidia de las mujeres, las usó de color ámbar con una costura que delineaba la parte posterior de sus piernas. Largas y bien formadas, capturaban los ojos de los hombres que se perdían con el movimiento de esos pasos pincelados por el reflejo que imponía su marcha. Llevaba el cabello suelto, peinado con leves ondulaciones en los extremos. Su belleza arrogante convocaba suspiros que se esforzaban por pasar inadvertidos.

Por orden del marido debía mantenerse cerca de la entrada, atenta y con sonrisa ancha para recibir personalmente a los invitados. Antonio Segundo jamás le había solicitado ese detalle; algo estaría ocurriendo para que la pusiese en la vidriera frente a semejantes personalidades de la vida pública en un marco nacional convulsionado. Ivonne había escuchado comentarios acerca de las revoluciones internas que salpicaban a la logia militar de mando, de hecho su esposo se ausentaba más que de costumbre los últimos tiempos acusando reuniones agotadoras que le crispaban los nervios. Hasta Alberto había desaparecido sin dejar rastros. Hacía dos semanas que los amantes no habían podido verse ni contactarse. Don Tito y María no sabían explicar a la muchacha la repentina ausencia del Teniente, desconocían su paradero tanto como ella. Y si bien a esa altura Ivonne no dudaba de los sentimientos del hombre, la súbita distancia parecía no tener sentido.

Pasados treinta minutos de la hora del convite ya estaban presentes casi todos: el General Pedro Ramírez, Presidente de la Nación; el Capitán Miguel Federico Villegas, Secretario de Radio y Difusión, y varios Tenientes Coroneles integrantes del GOU que ocupaban Ministerios y Secretarías de Gobierno.

En lugar de contratar a la orquesta que solía musicalizar las tertulias, los Infraga Mitre se decidieron por un violinista joven, de aspecto humilde, cuyas manos tocaban con sutileza las cuerdas intentado pasar inadvertido.

La estancia bullía repleta de camisas almidonadas y uniformes militares de estilo. Frente a tantos hombres de poder, las mujeres llamaban poco la atención esa noche. Las había bellas y elegantes a pesar de las desventajas de la guerra, sin embargo, en ese instante todas las miradas se centraron en una sola dirección: la nuera francesa del dueño de casa abría su sonrisa carmesí a los recién llegados. El flamante Vicepresidente, Edelmiro Farrell, precedía la entrada del Secretario de Trabajo y Previsión: el Coronel Juan Domingo Perón. Y al final, rezagado, con mirada penetrante, ingresaba la corpulenta figura del Ministro de Relaciones Exteriores y Culto: Teniente Coronel Alberto Montier.

Los labios de Ivonne volvieron a cerrarse cuando Montier apareció en el umbral. Presa del asombro que generó su presencia, permaneció inmóvil sin poder reaccionar. La mano enfundada del castrense seguía sosteniendo la suya sin disimulo luego del beso formal sobre el dorso. «Está usted hermosa», le susurró en el cuello. Antonio Segundo se aproximó de pronto, pero sus intereses no estaban motivados por la escena sospechosa que se jugaba en la puerta. Fue el magnetismo indescifrable de Juan Domingo Perón que provocó su acercamiento. Atraído por esa sugestión que envolvía al Coronel, ni siquiera advirtió la palidez en el rostro de su esposa. Saludó con efusión a los hombres y organizó su ubicación en la mesa. Deseaba acomodarse al lado de Perón e indicó a su mujer que lo hiciera próxima al Ministro.

Alberto e Ivonne compartieron mesa por segunda vez en lo de Infraga Mitre, solo que ahora portaban un título de amantes que databa de años.

Don Antonio, a la cabecera, movió la campana para dar comienzo a la cena. A su derecha se ubicó el Presidente Ramírez y su esposa María Inés, y a su izquierda el Vicepresidente Farrell con su acompañante, formando un cuadro que irradiaba poder y solemnidad.

La comida abundante y el vino de calidad no impidieron que se abriera paso un diálogo profundo, con alusiones directas al tema que reinaba entre todas las familias argentinas por esos tiempos: la neutralidad que sostenía el país frente a la Guerra mundial.

—Ustedes saben que nuestra tarea es devolver el contenido ideológico y cultural al pueblo —recalcó Ramírez con gesto adusto—. Mantener la postura asumida frente a las pretensiones hegemónicas de los Estados Unidos constituye una parte fundamental de ese lema.

Perón se miró con Farrell de manera imperceptible. Solo el ojo avisado de Montier percató el mensaje encerrado que se fugó por segundos del hombre que tenía enfrente.

—Es más —continuó el Presidente—, en los próximos días tengo pensado suspender el medio gráfico *Time* que contamina la razón de los ciudadanos criticando las decisiones adoptadas por el Gobierno. Somos el granero del mundo y eso les molesta. Quieren desplazarnos de nuestro reinado en América Latina.

—Tengan en cuenta, señores —intervino Antonio Segundo—, que Gran Bretaña puede sentirse molesta con nosotros por tomar semejante decisión en favor de los americanos. Los ingleses necesitan nuestra carne y nosotros sus inversiones.

—Bueno, existen algunos rumores acerca de un posible bloqueo económico para la Argentina promovido por los Estados Unidos y los Aliados conjuntamente con países latinoamericanos que estarían interesados en apoyarlos.

La voz femenina, de tono suave y modulación firme, impactó en los oídos de los presentes no tanto por el comentario, que a esa altura era ya sabido, sino por la osadía de la mujer al inmiscuirse en el parloteo varonil y, con más valentía, hacerle frente a los dictados indiscutibles del Presidente.

Todos quedaron absortos, incluido Montier que no dejaba de mirarla con desaprobación.

—Prosigue, Ivonne —la alentó el suegro con ánimo divertido—, es bueno para un hombre conocer las ideas que sensibilizan a nuestras damas.

—La coyuntura internacional ha cambiado —continuó la joven aceptando el desafío y haciendo caso omiso de las filosas espadas que tanto su esposo como su amante le lanzaban con la vista—. La posición argentina ya no es tenida como pacífica y equidistante. Ahora es leída como forma de favorecer a los países del Eje y menoscabar el área de influencia americana. ¡Latinoamérica entera parece un riñón nazi!

Las bocas de los comensales dejaron de moverse y los platos servidos quedaron sin tocar. Nadie daba crédito al espíritu descarado de la muchacha que, sin haber manifestado ninguna cuestión novedosa, se erigía como la única capaz de enfrentar al mismísimo Presidente ante su propia comitiva y con semejante entusiasmo.

Fue Perón el encargado de romper el silencio.

—¿Cómo es su nombre, señora? —habló con voz afectada, casi ronca.

—Ivonne Lafont de Infraga Mitre, para servirle.

—Permítanme pedir un fuerte aplauso para la señora de Infraga Mitre por haber tenido la valentía de expresar sus ideas en las narices de este grupo de hombres uniformados poco afectos a escuchar. —Se puso de pie y aplaudió con las palmas en alto, seguido por todos los demás.

Juan Domingo Perón se había convertido en un personaje impactante para Ivonne y, sobre todo, en una amenaza creciente para la sociedad activa de la que ella no terminaba de formar parte. Lo seguía desde los primeros pasos que provocaron su notoriedad; algo en la forma de sus discursos y el sueño de la patria libre, justa y soberana, le recordaba los ideales de su padre. Si bien no sucedió muchas veces,

en algunas oportunidades se permitió fantasear con ese militar que manifestaba su deseo de estar más cerca del pueblo y, por ello, encerraba en sus ojos muchos enigmas. Hacía pocos días había leído una nota en el diario *La Prensa* donde Perón se declaraba sindicalista y anticomunista, y proclamaba una organización social equitativa para que los trabajadores pudieran aprovechar los beneficios de sus esfuerzos. Pero una frase quedó rebotando en sus oídos: «Usted sabe —le decía al periodista— lo celoso y miedoso que es el dinero». A partir de allí, Ivonne cayó en la cuenta de que esos eran los adjetivos que mejor le cabían a su marido: el poder lo había convertido en un hombre receloso de sus bienes, entre los que ubicaba a ella y, muy en el fondo, temeroso de perder aquello sin lo cual hubiera sido incapaz de enfrentarse a sus miserias.

Antonio Segundo no tuvo más opción que aplaudir también a su mujer, simulando una sonrisa que apenas podía ocultar su irritación. Pero Montier hizo lo propio con energía sincera; el enfado inicial había cedido espacio a una emoción mucho más alentadora: sentía orgullo por la francesa que amaba bajo las sombras.

—Recuerden, compañeros —continuó Perón con el dedo índice en alto—, que para conducir un pueblo hay que saber primero qué piensa y siente ese pueblo. Las reflexiones femeninas son más sensibles que las nuestras, simplemente porque saben mucho más acerca del amor. Y solo los fanáticos de amor por una causa son capaces de dar su vida por un ideal.

A los ojos de Ivonne asomó un brillo de admiración, gratitud y algo de encantamiento. Montier, también subyugado por esas frases que acababa de oír, no advirtió la emoción en la mirada de su amante; de haberlo hecho hubiera estallado de celos. Y Ramírez, por su parte, que había sido puesto en jaque por la muchacha y ahora se las veía con esa dialéctica sensiblera y humanista del Coronel que pretendía dejarlo peor parado de lo que estaba, fue quien cortó la algarabía alzando una copa con el brazo derecho estirado emulando el saludo alemán. En lugar de ¡Heil Hitler!, se acarició la barbilla angulosa y dijo:

—¡Patria y honor, señores! Nunca lo olviden.

Y todos respondieron al brindis del Presidente con obediencia.

Luego de semejante ajeteo, Don Antonio ordenó al violinista poner un poco de armonía con su arte y relajar a los comensales a través de la música.

Sonó Vivaldi en sus manos y el aire se llenó de bandejas de porcelana blanca con manjares preparados por la servidumbre contratada para el evento.

Y entonces Montier la vio. El cabo Juárez, advertido por Don Tito del asunto, le había adelantado las intenciones de Antonio Segundo de traerla para servir en la hacienda y tenerla cerca cuando se le diera gana. ¡El hijo de puta había metido a la amante en su propia casa! Y ahora la observaba con lascivia frente a la cara inocente de su esposa que desconocía el amorío. La india disimulaba bien; servía con modales suaves y mirada baja. El cabello largo y renegrado trenzado hacia atrás en una cola larga denunciaba su origen. De ojos pardos, nariz pequeña y boca ancha, no resultaba una belleza, aunque sí apetecible para los hombres de campo. Pero Antonio Segundo tenía dinero y clase, y además una mujer hermosa de linaje europeo. ¡Maldito salvaje!, gruñía el Teniente para sus adentros.

Cuando Ailén se aproximó a su querido para ofrecerle la porción que llevaba en la fuente, de manera instintiva Montier tomó la mano de Ivonne bajo la mesa. Ella, sobresaltada, lo miró unos instantes con la garganta seca, pero dejó que el hombre le apretara los nudillos. «Esta noche se viene usted conmigo», le musitó al oído. La joven frunció el ceño y abrió la boca desconcertada, pero no tuvo tiempo de decir palabra alguna; enseguida debieron soltarse y componer postura para cenar.

La velada se extendió más de lo regular; los castrenses encontraron buena excusa para relajar sus ataduras y comer y beber a voluntad. El primero en despedirse fue el Presidente y su esposa, seguidos por los Ministros y Secretarios de Estado. Luego se esfumaron Farrell y Perón, a quienes Montier pescó dialogando a solas en la galería minutos después de la partida de Ramírez. Algo estaban gestando esos dos.

La estancia contaba con un ala alejada doscientos metros del casco principal especialmente diseñada para el personal de servicio. En realidad, jamás se había utilizado hasta el momento puesto que María y las mucamas dormían en las habitaciones de la casa, y Don Tito tenía choza propia a pocos kilómetros de allí. Antonio Segundo, que había tramado muy bien su estrategia, encomendó la limpieza del lugar y se ocupó personalmente de reemplazar las camas por una de dos plazas. Así podría reunirse con Ailén cuando su esposa durmiera y nadie se enteraría del asunto.

Previo a retirarse, Alberto Montier se juntó con Ivonne en el pasillo de la segunda planta.

—No me pregunte cómo lo sé, pero su marido no dormirá hoy en la casa —le dijo tomándole las manos.

Ella parpadeó sin comprender, y evitó interrumpirlo.

—Póngase el camisón, como de costumbre, y muéstrese dormida enseguida. Cuando él se vaya de la habitación yo estaré esperándola en la cocina.

—Pero Alberto... —gimió Ivonne—, ¿qué voy a decir si se le ocurre volver y no me encuentra?

—No volverá, le aseguro. Por la mañana temprano se marcha a Buenos Aires: tiene una reunión privada con el Coronel Perón. —Dicho lo cual, apuró paso escaleras abajo y se despidió de la familia.

Aprovechando el viaje de su marido, Ivonne decidió permanecer en las sierras y durmió esa noche y las siguientes en la casona que Montier había alquilado en Córdoba solo para estar con ella. De los niños se ocupaba María y de su felicidad, él. Sin embargo, el regreso a Buenos Aires estuvo coronado por una pena inmensa. A finales de 1943, Ivonne recibió la noticia de la muerte de su madre a manos de los nazis que ocupaban Francia hacía más de tres años.

Carol Lafont trabajaba en una de las librerías parisinas que los alemanes frecuentaban con amenazas de confiscar y quemar libros prohibidos. El tercer piso del inmueble donde los dueños habían logrado resguardar valiosos ejemplares, fue descubierto por los oficiales durante el otoño, y la empleada ejecutada al instante.

Ivonne no había vuelto a verla desde su partida a Sudamérica; las cartas eran su único contacto. Pero saberla muerta profundizó una herida que la joven creía cerrada hace tiempo. No obstante haber llorado poco, la pena se reflejó en sus ojos. Y Montier, que conocía el brillo de esa mirada, lo advirtió de inmediato. Le disgustaba verla triste o ausente por alguna cuestión de familia, pero también celaba su alegría cuando no era causada por él.

—La mataron los alemanes, sin compasión. Igual que hicieron con mi padre cuando yo era una niña —le susurró cabizbaja una tarde de verano—. ¿Por qué su país es indiferente ante la muerte?

—No es así —corregía él acariciando su pelo.

—Sí lo es. El Presidente Ramírez y sus secretarios son germanófilos. De lo contrario, hubieran roto ya con las potencias del Eje. Pero usted es distinto, yo lo sé. Por eso le pido que haga algo para cambiar esto.

—Pide que me subleve contra las decisiones de Gobierno, Ivonne.

—No. Le estoy pidiendo que escuche el llamado de mis muertos.

A partir de ese día Ivonne no paró de suplicar a Montier por la ruptura de la neutralidad argentina. Y si bien el Ministro repetía que la decisión no tenía que ver con él, la mujer continuaba aludiendo al poder de su mandato. Ciertamente era que el Teniente contaba con influencias dentro del círculo militar y ocupaba un puesto determinante en la cuestión. Pero la jugada política podría costarle su carrera. ¿Hasta qué punto estaba involucrado con esa francesa que pedía redención en nombre de su madre fallecida y de cadáveres

que jamás había conocido?

La respuesta no tardó mucho en llegar. La compra de armas que organizó Montier junto al Ministro de Marina a través de un oficial naval resultó fallida: el hombre era un espía alemán que fue detenido por los Aliados en Europa. El escándalo propició la arremetida de los Estados Unidos contra la posición argentina nuevamente. Por ello, el 26 de enero de 1944, el Presidente Ramírez y su Ministro de Relaciones Exteriores, Alberto Montier, firmaron un decreto sorpresivo que rompía relaciones diplomáticas con las potencias del Eje. La decisión, tal como el Teniente suponía, costó el puesto al mandatario y a los miembros de su Gobierno tras el aliento de Farrell y Perón que demandaron su renuncia. La jugada del Presidente le significó la falta de apoyo de los mismos militares que lo habían llevado al poder y un tercer golpe de estado encubierto para la Nación. Pero a Montier le valió la adoración de su amante hasta el último día de su existencia.

* * *

En aquel verano de 1944, la provincia de San Juan tembló por un terremoto que llegó a sacudir al país entero produciendo la peor catástrofe de la historia nacional con un saldo de siete mil muertos y miles de heridos.

El Coronel Perón, que por entonces seguía al frente de la Secretaría de Trabajo y Previsión, convocó a una gran colecta en beneficio de los damnificados. Fue en el festival artístico organizado para las víctimas en el Luna Park, cuando Perón conoció los ojos afiebrados de Eva Duarte. Y ese encuentro les marcaría la vida para siempre. A ellos, y al pueblo entero.

Farrel se quedó con la presidencia de Ramírez y Perón fue nombrado Ministro de Guerra y meses después Vicepresidente de la Nación. A partir de ahí, el Coronel comenzó a mostrarse públicamente con esa mujer impetuosa que lo volvía loco y generaba el desquicio de las damas honorables, que la detestaban. La pasión y su capricho por Eva arrasaban con todas las jerarquías de las que se mofaba el Ejército y su Revolución.

—La mayoría de esos milicos cree que soy una simple aventurera —murmuraba ella a los oídos de Perón—. No tienen la menor idea, no pueden sentir cómo el fuego de tus ideales quema mi alma.

Él sonreía subyugado, la abrazaba y la dejaba ser.

Dada la relación estrecha que Antonio Segundo procuró gestar y mantener con Perón desde el inicio, y el apoyo que le prestó para hacer frente a los sectores militares que reivindicaban a Ramírez y pretendían su retorno, los Infraga Mitre pudieron salir airoso de las prácticas peronistas que amenazaban a muchos liberales.

El Coronel obtuvo conquistas sociales para la masa de trabajadores: leyes de jubilación, vacaciones pagas, aguinaldos, y hasta formuló un Estatuto que protegía los derechos de los empleados del campo generando la furia de sus terratenientes. Antonio Segundo, que también era dueño de estancias, incentivado por su padre para quedarse quieto, sabía que sobre los hombros del Ejército y en especial, sobre la cabeza de Perón, se jugaba el futuro político del país y su posición en el mundo. Por eso, mientras sus amigos íntimos bramaban en contra de las medidas adoptadas por el Coronel para apoyar al movimiento obrero y así devastarlos a ellos, jugó su carta más sobresaliente y se mantuvo al margen de sus hermanos, pero cerca de Perón.

Presionados por los poderosos, algunos sectores militares y partidos opositores comenzaron a congestionarse con la creciente figura del líder sindical y organizaron una marcha en su contra. Arremetieron de tal modo, que Perón se vio obligado a renunciar en octubre de 1945, tras lo cual fue apresado y enviado a la isla Martín García. Eva Duarte lloró tirando de su brazo con el fin de impedir

que se lo llevaran. Pero no pudo. Recorrió barrios, golpeó puertas pidiendo un hábeas corpus y, sin embargo, se topó con hombres regocijados con su derrota y la cobardía de otros que pudiendo hacer algo permanecieron quietos. El mismo día de su detención, a ella le cancelaron todos sus contratos laborales.

El impulso de la masa obrera que clamaba por su líder, preparó una movilización para pedir su libertad. Los sindicatos convocaron a sus afiliados a marchar el 17 de octubre de 1945 hacia la Plaza de Mayo para elevar un grito por el Coronel. Miles de ciudadanos, de rostros sin nombre que sabían de la humillación de los poderosos, colmaron la región central de la capital para enfrentarlos por primera vez. Querían a Perón en el balcón abrazando a su pueblo. Y lo lograron: el militar los saludó con los brazos abiertos en una noche que resultaría inolvidable.

La mujer cuyo tesón y osadía revolucionó sus pasiones, llevó al altar a Perón a los cinco días de su liberación. Todavía en cautiverio, una de las cartas que él le escribió ya predecía: «Solo cuando nos alejamos de las personas queridas podemos medir el cariño... Hoy sé cuánto te quiero y que no puedo vivir sin vos... En cuanto salga nos casamos y nos iremos a cualquier parte...»

En febrero de 1946, Juan Domingo Perón fue elegido Presidente constitucional por el 56% de los votos y, a pesar de la oposición de sus hermanos de la Sociedad Rural que ya sentían el pánico en la frente, Infraga Mitre se jactó de no haberse equivocado.

* * *

No fue sino hasta ese momento, en medio del jolgorio peronista, que Ivonne tuvo plena conciencia de que su marido tenía una amante.

Antonio Segundo se ausentaba de Buenos Aires cada vez más seguido y pasaba semanas enteras en la casa veraniega encontrando excusas para evitar trasladarse con la prole. En realidad, en muchas ocasiones se reunía con Perón y los militares cercanos al Gobierno para consolidar la alianza que le había costado dinero destinado a la campaña. Sin embargo, por entonces un calor intenso sofocó la capital y la familia decidió acompañarlo para quedarse en las sierras hasta el final del verano. Y si bien Infraga Mitre prefería disponer de libertad para moverse a sus anchas por la estancia, sabía que los ojos de su esposa no le seguían el paso; ella parecía casi ausente.

Un perro que no paraba de ladrar la despertó.

—¡Merde! —lanzó Ivonne, que había estado mucho tiempo tratando de dormirse.

El insomnio la escoltaba en las madrugadas desde hacía años. Y a esas horas, como tantas veces, su marido tampoco estaba allí. Puesto que se habían acostado juntos le resultó extraño no encontrarlo a su lado al deslizar el brazo. Encendió el velador y el reloj de pared marcaba las dos. Lo buscó por el baño, entró al cuarto de los niños, miró escaleras abajo intentando una señal: nada. Sin saber muy bien hacia dónde dirigirse, pero no dudando un minuto de sus pasos, se calzó la bata sobre los hombros, tomó la linterna guardada en el escritorio y apuró su marcha hacia la puerta principal adentrándose en la noche cerrada del jardín. La casa de huéspedes, que ahora utilizaba el personal doméstico, estaba a doscientos metros del casco. El foco iluminaba un sendero de piedras salpicado de flores diminutas. Ivonne caminaba sin pausa, como siguiendo una pista de la cual tenía certeza.

Al llegar apagó el candil y se ubicó al costado de la ventana; una lámpara pequeña colgada del techo daba luz al ambiente. La respiración se aceleró de pronto y, a pesar del calor que purgaba al rocío, sintió escalofríos y empezó a temblar. No sabía por qué había llegado hasta ahí, ni tampoco imaginaba nada extraño hasta entonces. Sin embargo, una fuerza inconsciente la arrancó de la cama para darle certezas a

sus dudas y alivianar la culpa que la perseguía desde que se enamoró de Montier.

Cuando por fin decidió dar crédito a sus ojos, respiró profundo y se apostó frente al cristal. Allí estaba la india arrodillada, de espaldas a su marido, con las manos atadas por detrás, con el cabello negro derramado en la almohada. Él jalándole los pelos, entrando y saliendo de su ano como un animal, golpeando con palma caliente las nalgas con una expresión diabólica que ella desconocía. A pesar del ardor que la escena mostraba, la joven no parecía estar a gusto; los puños cerrados tensando las venas y la congestión en sus rasgos revelaban dolor. No obstante, lo dejaba hacer, como si el hombre fuese dueño de su cuerpo, como si la vida fuera sinónimo de sumisión, como si no le quedara otra salida más que padecer los antojos de quien le daba alimento a su familia.

Mientras el patrón la violaba a su antojo —«domo tus caderas como lo hago con las yeguas de mis campos», le decía cerca del oído—, Ailén pensaba en sus hermanos librados a la guarda de Dios luego del fallecimiento de sus padres.

La madre había muerto en el último parto y su padre a manos del cuchillo de un borracho en una riña nocturna al salir de una pulpería. Abaucai, el hermano que la seguía en edad, debería quedar a cargo de la familia según las instrucciones de Ailén. Ella saldría a buscar el pan para sustentarlos. No sabía de qué forma, pero lo haría. No tenían parientes que pudieran ayudarlos; el abuelo, cacique de ceño duro a quien jamás se le vio una sonrisa, había desaparecido años atrás. De sus tíos poco conocían pues se habían marchado a otras tierras hacía tiempo con el fin de alejarse del temor por ese padre indio de manos anchas que enseñaba a los golpes. Así pasaron días bajo el sol de un verano sin aire, hasta que Ailén dio con la estancia de Antonio Segundo, un hombre de ojos negros a quien juzgó compasivo cuando ella, casi al borde del llanto, le suplicó un trabajo para poder comer.

Él la miró sin prisa, sopesando las palabras que salían de ese cuerpo incipiente que asomaba febril sus primeras curvas hacia el mundo. Nunca había sentido un apetito especial por las jovencitas, pero esta niña cetrina olía a campo virgen, y eso pareció excitarlo.

—Puedo darte trabajo pero tenés que vivir acá. Arreglaré un sitio para que te sientas cómoda —puso como una condición que ella no se atrevió a cuestionar. Debía separarse de sus hermanos, pero podría alimentarlos con un sueldo.

Los niños lloraron a desgarró cuando en una bolsa de arpillera vieja su hermana juntó los únicos trapos que tenía para irse.

—No vaya, hermana, por favor —balbuceaba el más pequeño enredado en los mocos de su angustia. Abaucai intentaba consolarlo con palabras que el niño no creía —«la vemos en unos días, tranquilo Abati»—, pero tampoco él estaba demasiado convencido.

Una vez fuera de la choza, a punto estaba Ailén de cruzar el camino cuando Abati se desprendió del brazo de su hermano y corrió hasta aferrarse a sus piernas hundiendo la mejilla entre los muslos. Acudió a la garganta de ella la congoja y debió quitarse una lágrima que resbaló a pesar de su esfuerzo. Entonces respiró hondo y recordó la rigidez de las órdenes que impartía la voz de su abuelo en un intento por endurecer su corazón que estaba a punto de morir de pena. Se inclinó en busca de la carita morada del pequeño, que con las fuerzas de sus apenas tres años intentaba mantenerse ceñido a las piernas para evitar otro abandono. «Volveré pronto, chiquito mío», fueron sus últimas palabras antes de asirle los brazos para desprenderlo y echar a correr por la calle de tierra mientras el polvo se metía en la boca empastando su llanto.

Al principio todo parecía haberse acomodado: cada tres días su patrón le permitía salir de la hacienda para acercarle víveres a su familia y compartir algunas horas con ellos. Al verla llegar los niños la rodeaban alborotados, alegres por recuperarla de nuevo. Charlaban, cantaban, ella les cocinaba tortas fritas y los llenaba de abrazos y de risas: se estaban acercando a la felicidad.

Una tarde, mientras paseaba a caballo por su campo, Antonio Segundo vio a su india inclinada entre las plantas; buscaba flores para adornar la casa pues esa noche recibirían gente importante para la cena.

Notó algo diferente en su semblante: había comenzado a sonreír. Ailén solía tener siempre un rasgo lastimoso, como si le doliera la vida a pesar de su juventud. Sin embargo, hacía un tiempo que su patrón le veía un gesto distinto, una señal de alegría o, tal vez, de gratitud. Y allí se produjo el desajuste. Esa hembra estaba ahí para servirle, para excitarlo con su expresión sufrida, para alimentar un deseo perverso escondido entre los ropajes de caballero bien habido; no para ser feliz. Porque cualquier atisbo de paz en ese rostro menguaba el erotismo que la joven le provocaba. Por eso, solo por eso, a los pocos meses le prohibió salir de la estancia para visitar a su familia; un peón de su campo llevaría el alimento.

Ailén no comprendió la repentina orden de su patrón. «Puedo salir por menos horas, si usted gusta, mi señor», le había dicho en un intento por hacerlo retroceder. Pero la decisión era inamovible: eso, o la calle.

La muchacha lloró en la soledad de su habitación robándole tiempo al sueño de esa noche. Y con la primera luz del alba, escribió una carta para su hermano Abaucai explicando que no podría visitarlos por el momento debido a la gran cantidad de tarea que tenía en la hacienda. «Ocúpate de ellos, y abraza por mí».

La prohibición llenó de pensamientos confusos y sin sentido la cabeza de Ailén. Era predispuesta, cumplía con lo que se le ordenaba, casi no tenía trato con los demás sirvientes y, además, comía poco. ¿Por qué semejante castigo? Las respuestas no tardaron en llegar.

En medio de una noche fría, cuando apenas una luna sin forma iluminaba el pasto, sintió pasos moviéndose afuera de su cuarto. De vez en cuando algunos perros cimarrones pasaban a la carrera por allí; a esos ruidos estaba acostumbrada. No obstante, estas parecían pisadas humanas y decididas. El cerrojo de su habitación dio la vuelta y ella se asustó tanto que cubrió hasta el cuello su cuerpo con la manta. A punto estuvo de soltar un grito cuando una voz conocida la detuvo:

—Shhh... no hables, que vengo despacio para no despertar a nadie.

Ailén reconoció su cadencia en la oscuridad.

—Pero... ¿qué hace a estas horas por acá, patrón? ¿Necesita algo? —pronuncio desconcertada.

—Solo que seas obediente.

Y fue esa misma noche, la de esa luna deforme que pudo ver a través de su ventana, cuando Antonio Segundo le arrancó su virginidad sin necesidad de mucha fuerza, pues su masa corpulenta tapaba por completo su esqueleto de niña. Y fue esa misma noche, que esa luna deforme fue testigo del arrebato a los sueños que una joven de su edad pudo haber fantaseado, a manos de ese hombre de cultura que le había dado cobijo meses atrás. Y fue esa misma noche, que la luna deforme guardaría en los anales de la historia el inicio de la tragedia que seguiría a sus días.

Ivonne no resistió mucho más y se alejó de la ventana al poco tiempo. Parada frente a la puerta todavía, encendió la linterna que sostenía con ambas manos sobre el estómago. La luz, ascendente, dio en su cara bañando de amarillo las facciones. Se mantuvo inmutable durante segundos, escuchando los sonidos graves que sacaba su esposo de la garganta y el quejido de la mujer en sus brazos. Ya no los veía, pero oía los gritos de la infamia, el deshonor y también de su falta de valentía. Como la india, ella tampoco parecía tener otra salida y soportaba la humillación de la que ahora tenía plena conciencia.

Entonces apagó nuevamente el farol y buscó el abrazo de una noche ciega, que a esa altura la protegería más que nadie. Corrió de vuelta al hogar y empapada en sudor volvió a su dormitorio. Se metió en la cama y un sentimiento fuerte se apoderó de ella: Alberto. Lo necesitaba, deseaba tenerlo para siempre y proclamarse su mujer ante el mundo más allá de las sombras. Por eso, a pesar de estar allí todavía, interpretando el rol que de memoria conocía bien, la francesa consorte del terrateniente más allegado a Perón, ahora Presidente de la República, decidió en ese momento que desafiaría su destino.

Con motivo de la inauguración de dos policlínicos construidos para los ferroviarios, el 26 de octubre de 1946 Eva Perón, que ya había tomado a su cargo la ayuda social poniendo en jaque a la Sociedad de Beneficencia comandada por señoras oligarcas, viajó a la provincia de Córdoba. En cada presentación de la Primera Dama se armaba un revuelo popular intenso; razón suficiente para que Antonio Segundo dispusiera una invitación a su estancia. Esta vez Ivonne debía esmerarse en los mínimos detalles: el Presidente y su esposa habían confirmado asistencia.

El mantel de encaje y las servilletas bordadas con las iniciales de Juan Domingo Perón y Eva Duarte vestían la mesa de nogal francés. Iluminada en su centro por una araña de cristal, le daba al comedor un aspecto majestuoso que ganaba la admiración de los invitados.

El chef contratado para el evento se ocupó del menú y María de embellecer el lugar con azaleas de bordes claros que ella misma cultivaba en la hacienda. El esfuerzo dio sus frutos: la casona relucía.

Habían pasado solo dos meses desde el episodio que delató la infidelidad de su esposo y que Ivonne prefería no recordar. A partir de entonces, parecía más ausente que de costumbre; se dedicaba a leer y hablaba lo indispensable. Pero en las noches que su marido se ausentaba, cada vez con más frecuencia, se refugiaba en los brazos de Montier y allí encontraba de nuevo identidad. El amor del Teniente le devolvía su esencia.

Si bien le costaba sonreír frente a los demás, ese día su hermosura disimulaba la tristeza de las facciones. Los cabellos dorados brillaban más y los ojos pintados de negro le daban sugestión a la mirada.

A pesar de conocerla, a Perón no le pasó inadvertida su belleza esa noche. Y a su esposa Eva, tampoco. Pero no fue por celos que se le acercó al oído en medio de la cena; su olfato de mujer y la intuición que la caracterizaba, le señaló que Ivonne no la estaba pasando bien.

—Me gustaría que vinieras a verme uno de estos días —le dijo Evita en un susurro.

—Sería un gusto —contestó ella sorprendida.

—Si usted me permite, Presidente, propongo un brindis por la tarea de su señora —introdujo Antonio Segundo con fingida admiración, pues nada lo fastidiaba más que las ideas humanistas de esa mujer que le exigía a los humildes reclamar por sus derechos como un acto de justicia. Y todos levantaron copas.

—Le agradezco el cumplido. Yo solo trabajo para el pueblo, y eso no es una tarea, es mi única causa. El pueblo necesita de la ayuda social directa de quienes más tienen. La limosna es un placer que se dan los ricos para excitar el deseo de los pobres, para humillarlos. Los ricos creen que cada hijo trae el pan bajo el brazo porque nunca han visto de cerca la pobreza. —Evita sabía que los Infraga Mitre habían apoyado la campaña de su marido y ahora colaboraban con el Gobierno. —Como dice el General Perón, debemos construir una Argentina justa, libre y soberana. Basta de las injusticias promovidas por hombres que vendieron la Patria. El Peronismo no se aprende ni se proclama, se siente: es convicción y fe. La fe popular nos da fuerzas y esperanza para alcanzar el bienestar de los trabajadores oprimidos por la oligarquía que los explotó por años y que si pudiera los dejaría sin libertad. El capital debe estar al servicio de la justicia social. Por eso mi lucha también implica la reivindicación de la mujer en nuestra sociedad. La mujer no solo debe vigilar el hogar, también tiene el derecho de elegir y votar los destinos de su país. El voto femenino marcará el paradigma de este siglo para nuestra Nación y para el mundo entero.

Perón sonrió con orgullo antes de tomar agua; la voz de su *chinita* era vigorosa e implacable. Ivonne levantó los párpados en dirección a su marido. Evita estaba escupiendo en la mesa de sus anfitriones aristócratas los rencores que hacían carne desde niña contra ellos. Amaba a los descamisados, a los cabecitas negras, pero sabía que para conseguir lo que aspiraba, para conquistar más derechos para los

trabajadores, debía seguir la farsa de los ricos. Le gustaban los vestidos y las pieles, sí, no obstante entendía que su presencia engalanada en los salones de la nobleza la ayudaría a conocerlos y dominarlos. Los insultaba de frente, sin tapujos, con un fanatismo gestado en los desprecios que conoció su infancia de bastarda por un padre que le negó el honor de hija legítima. Estaba llena de rencores y pedía recompensas para ese pasado de dolor que ahora proyectaba en las carencias de su pueblo. Por eso se animaba a denunciar con osadía a los ricos en cualquier ocasión, como lo hacía ahora en lo de Infraga Mitre, porque Perón le había dado las insignias que le faltaban a su historia. Con él se había reinventado; esa era su revancha.

Antonio Segundo sabía que esas palabras aludían directamente al odio que esa mujer tenía por los de su clase. Hasta el momento se había mantenido condescendiente, pero a medida que Eva avanzaba en su discurso su rostro fue cambiando de semblante. Sintió que la comida se atragantaba en su boca y debió impostar un mohín de asentimiento para evitar que la incomodidad se le notara aún más. A pesar de ello, también sabía que de las buenas relaciones con Perón dependían gran parte de sus intereses. Por eso continuó escuchando atentamente a su dama, que lo miraba a los ojos sin tapujos mientras lanzaba en su casa la protesta.

Ivonne y Evita acordaron verse a la semana entrante.

La francesa esperaba sentada en la antesala de la oficina en casa de Gobierno. La puerta se abrió y, en lugar de Eva, salió Perón.

—¿Qué hacés vos por acá, chiquita? —le dijo sorprendido al verla acariciando su cabeza—. ¿No tendrías que estar descansando por tu estancia?

Ella se paró al instante, tan asombrada, que no supo qué decir.

—Al final voy a terminar pensando que en la oligarquía existen algunos peronistas —bromeó el Presidente entre risas.

—Dejala tranquila, Juan, que viene por mí —salió Evita a su encuentro—. Vení, Ivonne, no le hagas caso. Pasá.

Perón la tomó del brazo antes de que entrara al despacho.

—No me olvido de tus palabras delante de Ramírez aquella vez en la mesa de tu casa. Fuiste muy valiente —apuntó con el dedo levantado—. Pero lo que más recuerdo es la cara de espanto de tu esposo, me reí toda la noche pensando en eso —se jactó. Y la dejó irse con su mujer.

Una lámpara verde, algunos ordenadores de papeles, flores en agua limpia y decenas de cartas desplegadas sobre una carpeta de cuero, cubrían por completo su escritorio de madera.

Eva la invitó un té y pidió a su secretaria que no la molestaran. Fue directo al punto, y habló como si fueran amigas, como si conociera todas las circunstancias de su vida.

—Sin confesarme nada en particular, el General me dio algunos detalles de tu familia, de tu origen y de tu matrimonio. Ivonne: sos joven, linda y fuerte; solamente alguien con fortaleza puede enfrentar semejantes humillaciones. No dejes que esa gente arranque el sueño que llevás en el alma. Yo jamás dejaré que me arranquen el alma que traigo de la calle, porque la historia humana se escribe con la defensa de las víctimas. Y las mujeres hemos sido víctimas durante mucho tiempo de las jerarquías de la Iglesia, de los militares y de la oligarquía que las fecunda. Pero está llegando la hora de una mujer nueva, que piense, que rechace o acepte según le venga en gana, que tenga los mismos derechos que los demás. Y se está muriendo la compañera ocasional, impotente, que acata sin cuestionar los caprichos del hombre. El destino de la Patria está cambiando y con ello cambiarán los destinos del hogar. Se avecina la igualdad de derechos políticos entre hombres y mujeres. Te lo aseguro. Voy a luchar por eso, y me gustaría que vos lucharas conmigo.

Ivonne quedó perpleja y subyugada. La esposa del Presidente de la Nación la estaba invitando a

seguirle los pasos en su combate descarnado en favor de los oprimidos y de las mujeres que hasta ahora no tenían lugar en el país. El discurso vivaz que brotaba con firmeza de su boca, contagiaba de entusiasmo a millones de argentinos que colmaban la Plaza de Mayo para verla. Pañuelos blancos sacudían las lágrimas de hombres y mujeres que sufrían injusticias. La voz de Evita los incitaba a apoyar a Perón y a pelear por sus derechos; dejaría su vida al lado de la gente.

Quizás Ivonne percibió una sed de venganza en las palabras de Eva al evocar su historia, jamás lo supo claramente. Lo cierto fue que, a partir de entonces, comenzó una relación con ella que duraría años, en la cual no faltaron abrazos y confesiones íntimas.

En junio de 1947, Evita la invitó a su viaje por Europa. Y como Infraga Mitre había sido puesto a prueba por Perón —«Imagino que no le dirás que no a los deseos de mi dama», le adelantó en tono irónico—, Antonio Segundo no pudo negarse.

Ivonne partió junto a una comitiva de quince personas que acompañaban a Evita en su primer destino: España. Fueron recibidos con euforia, el aeropuerto colmado de banderas y flores; al canto de «Franco y Perón un solo corazón».

Los hospedaron en el palacio de El Pardo y designaron a Eva un dormitorio inmenso con vista a los jardines; Ivonne estaba en la habitación contigua. En la primera noche sonó el teléfono: Evita le pedía que la acompañase porque le temía a la soledad. Allí durmió la francesa, en un catre al lado de su cama durante todo el viaje. Y así, en esas madrugadas de confidencias, se contaron sus vidas. Ivonne le confió su romance con el Teniente y la vergüenza de su esposo que atacaba a una india sin defensas, y Evita la consoló adelantándole sus planes. Le prometía un mundo nuevo, una revolución social no solo para los obreros, sino también para la masa femenina sometida. Hablaba de patria potestad compartida para que las mujeres pudieran decidir sobre sus hijos; sobre todo ella, su amiga, que tanto sufrimiento resistía hace años.

—Los oligarcas, como tu marido, creen que por haber nacido en la opulencia tienen más derechos que quienes llevan el pecado de haber nacido pobres, como vos. Vos venís de la pobreza —la mirada de Ivonne se llenó de lágrimas. Eva agarró su mano. —No llores, no les muestres que sos débil. Dejalo y acompañáme, seguí conmigo, y así vas a honrar a tu padre que dio su vida por un ideal noble y murió solo por no tener dinero.

—Tengo miedo —soltó Ivonne con la cabeza gacha. Evita le alzó el mentón.

—El miedo es un lujo que no podemos darnos. Yo siempre fui una ilegítima, una pobre sin derechos. Y vos también. Por eso, los ricos, los curas y los milicos que cenan en tu casa y te sonrían, en el fondo te odian. Vos, como yo, te enamoraste de un militar que no tiene el corazón duro de esos hijos de puta. Jugate por él, entonces. ¡Así les vas a demostrar a esos oligarcas que nosotras, las putas, las pobres, tenemos en la sangre más pasión que sus damas de clase!

—¿Y si no me lo perdonan y pierdo a mis hijos?

—Lo que no nos perdonan es que seamos capaces de sublevarnos; yo contra los ricos y vos contra ese destino de mierda que te tocó. No te acobardes frente a ellos. Perón es el Presidente, y además mi marido. No voy a permitir que te hagan daño, te lo juro. Pero tenés que ser valiente, si no, los Infraga Mitre se van a llevar por delante tu vida como hasta ahora y ese amor por el milico te lo vas a tener que meter en el culo —cerró Evita.

En lugar de quince días, como estaba previsto, la gira se extendió durante tres meses. Hicieron pie en Roma, Lisboa, París, Río de Janeiro y una escala en Montevideo al emprender la vuelta. La figura delicada de Evita, sus modales sencillos y ese mensaje de paz que anunciaba con voz dulce, conquistaron los corazones de pueblos todavía sometidos.

Tal como le había prometido, Ivonne se quedó al lado de ella. En 1949, el Gobierno de Perón logró

la patria potestad compartida; no obstante, la francesa no pudo liberarse de su esposo por temores que arrastraba hace tiempo y de los que ni siquiera tenía conciencia. Evita se enojó e intentó alentarla para que se decidiera, para que defendiera su pasión por el Teniente, pero Ivonne temía por el futuro de sus hijos.

A partir de ese momento, la economía empezó a flaquear y el consumo popular cayó de manera imprevista. Como consecuencia, aumentaron las demandas obreras y la falta de respuestas del Estado. A principios de 1951, los ferroviarios se lanzaron a una huelga que pondría a prueba el ímpetu de Eva. Ella sostenía la relación entre Perón y los trabajadores; ahora debía actuar para disuadirlos.

Entró en su despacho hecha una furia; Ivonne la esperaba en su escritorio.

—Vení conmigo —le dijo al verla.

Luego de pasar por la sede del gremio y encontrar cerradas sus puertas, se dirigió a la estación de trenes. Allí alzó la voz y convocó a todos los ferroviarios, que fueron llegando hasta colmar el andén. Decenas de trabajadores se agolparon sobre las vías; subidos a los vagones, sentados en los bancos, escuchaban en silencio las palabras de esa mujer febril vestida con un modesto traje sastre.

—Esta huelga, compañeros, es una huelga contra el movimiento obrero, ¡contra ustedes! ¿Se volvieron locos? —les gritó sobre el rostro—. ¿A Perón le van a hacer un paro?

La multitud clamaba por más derechos, pero Evita seguía indignada. Caminaba de un lado al otro moviendo las manos, enérgica.

—El que le hace una huelga a Perón trabaja para la oligarquía. Levanten esta medida y nos sentamos a escucharlos.

—Compañera —interrumpió uno de ellos—, un ferroviario gana solo trescientos pesos, eso no es justicia social —Evita se detuvo y lo miró de frente.

—Vamos a aumentar los sueldos, les aseguro, pero no con esta huelga. ¿Qué les pasa? ¿Se olvidaron de los derechos sociales que les dio Perón? —continuó—. No queremos huelgas de nuestros compañeros peronistas, ¿entienden, muchachos?

—¡Los obreros tenemos el derecho de hacer huelga! ¿Ahora también pretenden meternos presos por manifestarnos? —lanzó uno de ellos, y todos lo vitorearon.

—¿Vos sos peronista? —preguntó Eva clavándole la vista.

—No, señora. Soy socialista, de la Unión Democrática, de los que están del lado de los obreros.

—Así que socialista de la Unión Democrática... —sonrió irónica—. ¡Socialista de los mierdas que lamen culos! ¡Acá el único que está del lado de los obreros es Perón! ¿Qué carajo les pasa? ¿Se van a poner en contra del General que les dio todo lo que tienen?

—¡No vamos a ceder! —clamó el mismo hombre enceguecido.

—¡Entonces váyanse a la puta madre que los parió! —soltó Evita. Y después del insulto, advirtió: —Levanten esta huelga, compañeros, o aténganse a lo que se viene.

Por primera vez Ivonne la vio iracunda, llena de rabia.

La Primera Dama salió del lugar a paso firme, sofocada. Pero antes de subir al coche que la esperaba para llevársela, apretó el brazo de su amiga, la miró cerca del rostro y le dijo:

—Así es cómo se defiende una pasión.

* * *

Luego de haber logrado el derecho al voto femenino tras sus constantes presiones al parlamento, en 1952 Eva Duarte falleció producto de un cáncer fulminante. Pero antes de morir, en el balcón de la casa de Gobierno, proclamó su último discurso frente a una masa herida que rezaba por ella en la plaza del

pueblo:

«Mis queridos descamisados, yo no valgo por lo que hice, yo no valgo por lo que soy ni por lo que tengo. Yo tengo una sola cosa que vale... me quema en el alma, me duele en mi carne y arde en mis nervios. Es el amor de este pueblo... Les agradezco por todo lo que ustedes han rogado por mi salud. Espero que Dios oiga a los humildes de mi Patria, para volver pronto a la lucha... Les pido una sola cosa, estoy segura que pronto estaré con ustedes. Pero si no lo llegara a estar por mi salud, ayuden a Perón, sigan fieles como hasta ahora con Perón. Yo no quise ni quiero nada para mí. Mi gloria es y será siempre el escudo de Perón y la bandera de mi pueblo. Y aunque deje en el camino jirones de mi vida, yo sé que ustedes recogerán mi nombre y lo llevarán como bandera a la victoria.»

Evita terminó abrazada al General, con la cara hundida en su hombro, enfrentando con poesía al destino de muerte que la estaba esperando. Esa imagen abatida y sus palabras llenas de vigor, quedarían grabadas no solo en la memoria de los corazones argentinos; también en el alma de Ivonne, para siempre.

En 1955, una nueva reforma cercenaba el derecho ya alcanzado y la lucha de Eva lloraba el desgarró de sus primeras conquistas: se derogaba la garantía de igualdad jurídica en el matrimonio y resurgía, una vez más, la primacía del hombre sobre la mujer.

Para Ivonne Lafont había pasado el momento y ya no le quedaba lugar donde refugiarse. Sin embargo, en algo había modificado su destino: durante los años de gestión férrea en la obra que puso en marcha Evita, prestó colaboración y llevó a cabo las urgencias que ella en persona le encargaba. De esta forma pudo ubicarse en una posición distinta de la que venía ocupando desde hacía tiempo: en lugar de la esposa abandonada, ahora procuraba ayuda incondicional a la causa más noble de la mujer del Presidente, y ese logro lo llevaría guardado en el corazón por el resto de sus días.

Por otra parte, el compromiso que había asumido con la tarea también le proporcionó aquello que había aprendido de María y que jamás debía faltar en el diseño de su vida. Y apenas vislumbró la ocasión, se ocupó muy bien de aprovecharlo.

En los inicios de 1947, cuando Eva decidió implementar un plan de turismo infantil para los hijos de los obreros, a pedido de Ivonne el primer contingente fue enviado a la estancia de los Infraga Mitre en las sierras cordobesas.

Al tiempo que su marido bramaba por las ocurrencias de la señora Duarte y la respuesta solícita de su esposa que no hacía más que acatar sus pretensiones, Ivonne ordenaba la desocupación de la pequeña casa de huéspedes, para disponer ahí el albergue de los niños. Con ello dejaba a su marido sin amante, y también liberaba a la india de su abuso.

Lo había conseguido: revertir una injusticia y vengarse de un tirano.

IV

Al volver al hogar, halló a su marido sentado al borde de la cama con la espalda encorvada y la cabeza entre las manos, llorando. A pesar de la angustia, el aspecto del hombre le arrugó el corazón con sentimientos compasivos. ¿Compasión sentía por su esposo luego de haberlo encontrado con una joven que le jalaba el cuello en busca de sus besos? No podía encontrar otra palabra para describir lo que asomaba en sus ojos.

Lucio no tuvo valor para levantar el rostro y enfrentarla. El llanto se hizo más potente en ese momento y su mente se llenó de culpas; la presencia de su mujer le volvía todo más fuerte.

Ella avanzó hacia él con el andar cansino y los brazos caídos. Se ubicó a su lado sin hablar ni moverse, esperando que algún milagro los trajera de nuevo a esa vida que hacía años compartían y borrarla de una vez lo sucedido.

En lugar de la magia, la reacción de su marido la tomó por sorpresa. Sin dejar de taparse la cara, Lucio se abalanzó sobre su regazo como un niño que busca consuelo materno para sanar su pena, y allí permaneció durante largo rato sin hablar. Camila no pudo reaccionar. Los pensamientos saltaban generaciones dibujando puentes que intentaban unir la historia de tres mujeres: Ivonne Lafont, Érica Glottros y ella. Recordó las últimas sesiones de análisis y los hallazgos asociados al apellido familiar y sus insignias. Y al hacerlo sintió erizarse el vello de sus brazos. También evocó el deseo por tocar a Patricio, por abrazarlo y ofrecerle su cuerpo a modo de recompensa. ¿De recompensa? ¿A eso se limitaba su cuestión con él? No podía desentrañarlo por ahora. Sabía que había respondido con anhelos de infidelidad a la deslealtad de su esposo, pero no sabía por qué. Entonces, le acarició los cabellos...

Él siempre amó la forma en que ella deslizaba los dedos entre la mata de pelo rozando apenas su cabeza. Las manos de Camila lo relajaban de tal manera, que lograba dormirse al cabo de minutos en medio de sus caricias. Desde que se conocieron, ella fue estimulante para Lucio, como un bálsamo que aquietaba los desvelos por la vida de miseria afectiva que había tenido en sus años más joviales. No obstante haberlo amado mucho, él fue más un obstáculo que una ayuda para ella, una barrera que frenaba cualquier posibilidad de alcanzar algunas metas que debió resignar para evitar sus enojos. Y en ese instante, a horas escasas de la tormenta, una vez más fue Camila la encargada de consolarlo, en lugar de ser la compensada.

Del asunto no dijeron palabra. Se limitaron a reencontrarse desde la sensación de estar todavía unidos, también en el dolor frente a la pérdida, pues habían quebrado un pilar fundador de la relación que mantenían.

Y de eso sabían demasiado. Habían tenido que resignar al deseo de ser padres. ¿Qué mayor renuncia les quedaba?

Al día siguiente, Lucio despidió a su secretaria, cambió el número de celular y le propuso a su esposa un viaje para recomponer el vínculo.

Camila pasaba la mayor parte del tiempo en bares con amigas y en el café cercano al consultorio de

Patricio rumiando una y otra vez cuestiones desgranadas en las sesiones. Necesitaba alejarse. Sin embargo, puesto que al finalizar la tarde solía regresar al hogar, no era mucho lo que conseguía. Pero no había vuelto a permitir que Lucio la tocara de nuevo.

No obstante haber recobrado la calma y los buenos modos, la tristeza por lo sucedido seguía borrando la sonrisa y, sobre todo, las ganas de estar con él. Por eso se negó a la propuesta y, a pesar de los argumentos de su marido (que les haría bien, que podrían hablar tranquilos, como si la lejanía garantizara tranquilidad), terminó rechazando el ofrecimiento y en lugar de intentar recomponer las cosas, sintió deseos de huir, de saltar al abismo y reinventarse.

Siguiendo los consejos de su amiga Laura Calderón, para soportar la angustia y poder recobrar el sueño Camila solicitó medicación al analista, quien le sugirió verla dos veces a la semana en lugar de las pastillas. «Probemos con esto», selló sin más. Sin embargo, ella no logró dormir ni serenarse.

Más tarde, una de las sesiones generó una serie de recuerdos que no pasarían inadvertidos y moverían todas las estructuras de su pasado, llevándose puesto su futuro.

—Hace algunas semanas, cuando descubrí a Lucio con otra, me ocurrió algo extraño —comenzó Camila recostada en el diván—. Al terminar la sesión fui a tomar café al bar de la esquina, como suelo hacer siempre, y me cayó encima la historia de mi abuela.

—¿Le cayó encima?

—Bueno, quiero decir que la recordé.

—No fue eso lo que dijo —replicó Patricio—. ¿Qué cree que le cayó encima, Camila?

—El mandato familiar. Mi madre, mi abuela... elegimos hombres infieles.

—¿Elegimos?

—¿Dije elegimos? —preguntó Camila volteando la cabeza para mirarlo.

—Sí.

—Y sí... yo también elegí uno infiel. Claro que son distintas infidelidades, como bien me aclaró usted la otra vez. Pero parece que todas generan lo mismo: desde que pesqué *in fraganti* a mi marido con otra ya no pude dormir de noche.

—¿Tiene insomnio? —preguntó el analista.

—Sí, por eso le pedí tranquilizantes. Igual que ellas. Recuerdo a mi mamá pasar horas despierta sin pegar un ojo, en alerta para escuchar la llegada de mi padre. Desde pequeña la sentía deambular por la casa, eso me despertaba y yo tampoco podía dormir más. Lo mismo pasaba con la abuela Ivonne, ella me contó de las vigiliadas que padecía esperando en vano a su esposo durante días. Por suerte llegó Alberto a su vida, y entonces todo fue distinto. ¿Recuerda que le hablé de ese amor, verdad?

—Sí, lo recuerdo.

—El amor del Teniente salvó a mi abuela del abismo.

—Parece que la infidelidad salva del abismo.

—¿Por qué dice eso? —ella lo miró de nuevo.

—Usted lo está diciendo, Camila.

—Yo aludí al amor, no a la infidelidad.

—Sin embargo, tanto el Teniente como su abuela estaban siendo infieles, ¿no es así?

—Sí, pero...

Ella también había deseado serlo.

Luego de algunos minutos, Camila volvió a hablar:

—Esa fue la forma que pudieron encontrar para ser felices. Mi abuela también me reveló que sorprendió *in fraganti* a su marido con la india que metió en su casa, en sus narices, para humillarlas a ambas. Y eso la llevó a no sentirse más culpable por desear a Montier el resto de su vida.

—Tanto su abuela como usted sorprendieron a sus maridos *in fraganti*. ¿Sabe lo que significa ese término?

—La etimología no, no la sé.

—Es una deformación de la locución latina *in fraganti* delito o crimen. Es decir, agarrar a alguien con las manos en la masa. Pero del latín *flagrare* significa arder, quemar, alude a algo que está todavía candente. La infidelidad implica transgredir normas, y la transgresión genera adrenalina. Podríamos pensar entonces, que en la vida de estas mujeres la infidelidad produjo ardor, adrenalina y pasión. En el caso de su abuela, como usted dijo, la salvó del abismo.

—Y en el caso de mi madre, la llenó de infelicidad.

—¿Cómo está tan segura?

Camila no entendió por qué Patricio le preguntaba eso.

—No lo sé, parece obvio. Mi abuela, mi madre, yo... ¿Esto no va terminar nunca?

Patricio dejó resonando la pregunta unos segundos antes de responder.

—A lo mejor termine cuando alguien se anime a decir basta.

—Sí. ¡Cuando yo diga basta!

A pesar de haber transcurrido solo quince minutos, Patricio cortó la sesión.

Impulsada por el ímpetu de su exclamación, Camila se incorporó del diván al momento en que el hombre lo hacía del sillón. Ambos chocaron sus cuerpos sin intención aparente y las miradas quedaron a una distancia íntima. Ella sintió su perfume con más intensidad que de costumbre y un aliento suave que juzgó exquisito.

—Perdón —le dijo. Él no contestó.

Como buen caballero, Patricio se hizo a un lado para que la paciente pudiera seguir su camino. Camila, resignada, obedeció y salió del trance que la encrucijada inconsciente de sus pasos le estaba proponiendo.

Érica la esperaba en su departamento para almorzar. Camila le había pedido verla a solas.

—Perdón, no tengo ganas de comer —dijo apenas llegó.

—¿Qué te pasa, hija?

—¿Podemos ir a la biblioteca?

—Como quieras. Igual no hay nadie; papá en la oficina y tu hermana con amigas.

Se sentaron en el sillón de cuero gastado que Edgardo había heredado de su abuelo.

—¿Cómo estás, mamá?

—Bien —sonrió Érica—. ¿A qué viene esa pregunta?

—Es que me tiene movilizada la terapia. Estoy sacando cosas fuertes, algunas tienen que ver con vos. Y a veces me confunden situaciones que no entiendo.

—¿Ah, sí? —dijo la madre y le tomó las manos con ternura—. Decime, entonces, ¿qué es lo que no entendés?

Camila sopesó unos instantes las palabras que estaban por salir de su boca.

—¿Por qué te quedaste con papá? —la interrogó al fin.

—¿Qué me estás preguntando? —Érica se puso seria y la soltó.

—Él te fue infiel toda la vida, como Lucio acaba de hacer conmigo, lo sabés. Yo siempre quise ser distinta y terminé con un hombre igual al que elegiste vos, mamá.

—¿Qué me querés decir con esto, que tu marido y el mío son lo mismo? ¡No te voy a permitir que hables así! —dijo Érica entrando en cólera—. ¡Tu padre enfrentó a su familia, su apellido y su herencia por mí! ¡Desafió su destino para casarse con una pobre sirvienta judía! Decime, ¿qué hizo tu esposo en estos años más que empujarte a dejar todos tus sueños? ¿Alguna vez se jugó por vos como tu padre

conmigo?

Camila estaba paralizada y no pudo responder.

—Yo no soy solamente una víctima engañada; no te equivoques —continuó—. Además soy una mujer amada por un hombre que daría la vida por mí. Vos, sin embargo, sos apenas una cornuda.

Luego de esas palabras, el silencio colmó toda la sala. Érica se levantó sintiendo que había estado muy dura, pero no podía consentir que su hija hablara de esa forma de Edgardo y mucho menos que lo comparase con Lucio, a quien juzgaba un egoísta. Antes de salir de la biblioteca, se detuvo y agregó:

—¿Así que tenías miedo de ser igual a mí? Quedate tranquila, no lo sos. Miráme, Camila: a pesar de todo, tu padre me hizo muy feliz y me dio más de lo que pudo haber imaginado una chica como yo. ¿Vos podrías decir lo mismo de tu esposo?

Su hija quedó inmóvil en el sofá. Nunca la había escuchado hablar así. Tal como le contó a Patricio, sabía que ella solía marcar su punto de vista y que Edgardo siempre lo consideraba antes de tomar una decisión. Pero jamás imaginó que, a pesar de haber sido traicionada muchas veces, lo defendería con semejante pasión.

En realidad, lejos de amparar las infidelidades de su marido, Érica estaba protegiendo con dientes afilados un gran amor. Porque ellos se habían amado siempre. Y si bien tanto Edgardo como Lucio habían sido infieles, lo que decía su madre resultaba cierto: eso era lo único que tenían en común. Camila no recordaba de su esposo actitudes como las de su padre.

Recién ahora se daba plena cuenta.

Pasó casi toda la noche sin dormir. Ya habían transcurrido algunas semanas desde que lo descubrió con otra y cada vez que Lucio se le acercaba ella se corría hacia el extremo opuesto de la cama para evitarlo. Pero la pelea con Érica había plantado más distancia.

Salió temprano de casa; ansiaba la sesión con Patricio mucho más que otras veces.

—Está muy callada, ¿le pasó algo? —preguntó el analista.

—Ayer discutí con mi mamá —respondió Camila. Y le comentó lo sucedido.

—Bueno, parece que su madre no hizo todo tan mal, ¿no?

—¿A qué se refiere?

—A que usted es la hija de dos personas que se amaron, no de una mujer herida y un hombre muy infiel.

—Tiene razón. En eso estuve pensando.

—¿Qué más se le ocurre en relación a esto?

—Que Lucio y yo también nos amábamos...

—Está hablando en pasado —señaló Patricio.

Camila no reparó en ello y continuó como si estuviese reflexionando sola.

—¿Por qué hizo él todo esto? —El analista permaneció en silencio. —¿No piensa decirme nada? —le increpó ella.

—¿Qué está esperando que diga? —contestó él.

—¿Sabe qué creo?, que usted piensa que él no hizo todo solo. Que en realidad los dos lo hicimos. Y entonces, yo lo banqué también en ese momento.

—Y ahora, ¿qué banca?

—Eso es un golpe bajo. Sabe que a Lucio no le va bien y que banco todas las cuentas.

—¿Qué cuentas? —preguntó el analista

—Las cuentas pendientes.

—Las cuentas pendientes —repitió él—. Muy bien, vamos a dejar acá.

—No —dijo ella sentándose en el diván y lo miró de frente—. ¿Por qué me hace esto? —agregó. Y

comenzó a llorar.

Patricio la observó fijamente. Los últimos rayos de la tarde calaban en su pelo iluminando la debilidad de esa mujer que pedía explicaciones para su dolor. Ella se calmó y volvió a tenderse en el diván. Hoy no podía obedecerlo. Necesitaba continuar.

—Por favor, déjeme contarle algo. Anoche no dormí casi nada, pero tuve un sueño extraño y me asusté bastante. —Hizo una pausa. —Me da un poco de vergüenza...

—Continúe —dijo Patricio accediendo a su pedido.

—Estaba en una bañera antigua, la de épocas romanas, ¿se acuerda? Era de día pero el lugar parecía oscuro, como en penumbras. El agua tibia, relajante. Mi cabeza descansaba sobre un extremo; el pelo quedaba afuera, sin mojarse. Alguien lo acariciaba. Él no estaba en la bañera, no podía ver su cara. Luego me alzó y me llevó hasta una cama en el mismo cuarto. Algo pasó en el medio, pero no lo recuerdo. El hombre no dejaba de tocarme, me besaba todo el cuerpo. Yo no sabía quién era, pero me estaba excitando y empecé a corresponderle con mis caricias. Al principio todo era suave, casi tierno. Pero después los besos se convirtieron en mordidas que dolían. Mucho. Él me apretaba los brazos y el vientre con una fuerza brutal. Comprimía mis pechos y mordía los pezones; sus dientes parecían los de un salvaje hambriento. Yo clavaba las uñas en su espalda; le dejaba marcas rojas. Él se quejaba pero algo me decía que lo estaba disfrutando. Por eso seguí un poco más, hasta abrirle las heridas. No me había penetrado, pero su pene estaba muy duro; lo sentía sobre mi pubis. Los quejidos se transformaron en gruñidos; ahora yo también lo mordía, tenía la necesidad de... saborearlo. Me gustaba. Le supliqué que entrase en mí de una vez, pero no respondió con palabras. En su lugar, comenzó a despegarme la piel de los huesos con sus labios, como si estuviera despedazando el cuero de un animal para comérselo. Al mismo tiempo, oprimía su pelvis sobre mi clítoris con más intensidad. Estallé en un orgasmo. Me regocijaba su salvajismo, entonces también yo empecé a separarle la piel del cuerpo, primero los hombros y luego el cuello. Las venas de ambos quedaron libres y la sangre manchó toda la cama. En medio de las mordeduras puso su dedo en mi boca, lo mojó más con su lengua y lo llevó hasta mi cola. Empezó a acariciarme... A mí nunca me gustó hacerlo por detrás, pero en ese momento deseaba que siguiera. *Cogeme*, le rogué. Sin dejar de tocarme, se arrimó a mi oído y me dijo: «No puedo».

»No recuerdo más nada. Me desperté temblando, empapada por mi propia excitación. Lucio dormía en la otra punta de la cama. Tuve miedo, me acurruqué de espaldas a él y me puse a llorar.

Patricio estaba mudo. Sabía que debía pedirle asociaciones para descifrar el deseo inconsciente que latía escondido tras el sueño, pero algo que no lograba comprender le impidió continuar; la reacción de su cuerpo frente al relato parecía haberle cortado el habla. Por eso decidió finalizar la sesión allí, al cabo de que su paciente terminara con el cuento. Porque al parecer, al igual que el personaje onírico, en ese momento él tampoco podía.

* * *

El aeropuerto estaba lleno de gente. El feriado del lunes y martes alentaba a los viajeros para escaparse a cualquier sitio con tal de salir de Buenos Aires. El tiempo en París era especial para las vacaciones tan ansiadas, y ella siempre había deseado conocer la tierra de su abuela Ivonne.

Si bien este viaje le había causado una fuerte discusión con Lucio por la situación económica que atravesaban, Camila estaba decidida a hacerlo y a pasarla bien. Se encontraría con su madre y hermana que estaban de paseo por España, pasarían cinco días allí, y luego tomarían el tren a Niza para recorrer la Costa Azul. A pesar de no haber dormido bien, estaba ansiosa y emocionada.

Como si fuera adrede, aunque en verdad no sabía si lo había hecho a propósito, para terminar de

desquiciar los nervios de su esposo Camila sacó un boleto en clase ejecutiva. ¡Encima te vas en Business!, gritaba Lucio con las venas del cuello desatadas. Pero Camila no hizo caso a sus reclamos como de costumbre. Luego de esa larga sesión en la que Patricio interrumpió sus quejas con un rotundo: «Usted acata siempre las demandas de su marido y eso es otra forma de *bancar*», decidió dejar que Lucio descargase su furia sin encontrar en ella las respuestas que solían alentarle para continuar armando sus escenas. En lugar de contestar, pensó: ahora te toca bancar a vos. Y se marchó sin culpas.

Al ingresar al avión, una azafata de a bordo le indicó que su lugar correspondía a la primera cabina: la más íntima y pequeña de todas. Se ubicó cerca de la ventanilla, acomodó su bolso, se quitó los zapatos, reclinó el asiento y cerró los ojos. Al fin tendría unos días de paz luego de horas de discusiones con su esposo que no llegaban a ningún puerto. Ella le había perdonado su relación con esa joven que casi logra lo que se había propuesto desde el inicio, ahora lo ayudaba económicamente y encima él tenía el tupé de cuestionar su viaje. Respiró profundo, estiró las piernas tratando de aflojar tensiones, e intentó dormir.

A pocos metros, un hombre intercambiaba el asiento con una anciana que tuvo la gentileza de cederle su lugar porque prefería estar en la fila del centro.

Camila no supo cuántos minutos logró dormirse sin intervalos pues una voz familiar, de tono delicado, pronunció su nombre con intención de despertarla:

—Camila...

Ella despegó los párpados y se quedó sin habla.

—Patricio...

—No pensé que la encontraría aquí —dijo él.

—Usted nunca me dijo que su Congreso era en París.

Él se ubicó en el asiento de al lado, aquel que había intercambiado con la mujer de edad minutos antes.

—No creí que fuera de importancia. París es tan grande... Además, mi viaje estaba previsto para pasado mañana; lo adelanté así puedo tener dos días libres de compromisos antes de empezar con las actividades. Tengo cenas programadas todas las noches.

—Entiendo —dijo Camila, reparando al instante que él sí conocía la fecha de su partida y que la aerolínea programaba solo un vuelo diario desde Buenos Aires a Francia.

—¿Cómo está? —preguntó él para cambiar de tema.

—¿Estamos en sesión? —contestó ella.

Patricio sonrió. Dos hileras de arrugas desiguales le surcaron las mejillas.

—Es nuestra forma de iniciar el diálogo, ¿no?

—Nuestra forma... suena lindo —agregó Camila sin mirarlo.

—Señores les pido que ajusten sus cinturones de seguridad y pongan en posición vertical el respaldo de sus asientos —intervino una azafata de modales suaves.

—Claro —obedeció él. Y ella lo imitó.

No volvieron a hablarse durante la primera hora del vuelo. Él permaneció leyendo un manual de mitología y ella trató en vano de conciliar de nuevo el sueño.

Estaba inquieta. A pesar del breve encuentro que había surgido en el consultorio, era la primera vez que sentía la presencia de Patricio con tanta cercanía, hasta percibía más nítidamente su perfume. El movimiento de las hojas del libro liberaba una brisa extraña que olía a madera y menta, el aroma que la perturbaba en medio de las sesiones. Y ahora lo tenía al lado, con una proximidad a la que no estaba acostumbrada. Ese olor a hombre incierto comenzó a excitarla; podía sentir la humedad en medio de sus piernas. Trató de no mirarlo, de cerrar los ojos y sacarse de la cabeza los pensamientos y de su cuerpo las sensaciones. Intentó dormir, pero no pudo.

Él, por su parte, percibía tensión en todos sus músculos. El efecto que le causaba Camila no era

nuevo, ya había notado antes cómo en ocasiones sacudía su mente la imagen de una sonrisa o algún gesto. Le fascinaba su belleza y, más aún, esos modos sencillos que acompañaban el discurso. Ante las intervenciones más fuertes del analista, aparecía en sus ojos un parpadeo fugaz que intentaba sopesar el cúmulo de ideas y preguntas novedosas. Camila era sutil, perspicaz y tenía la valentía de analizarse para cambiar el rumbo de su vida. La fusión de inteligencia y hermosura le daban un encanto peculiar. Ella lo sabía. Y Patricio había empezado a sentirlo a pesar de su intento por desecharlo. No obstante, contaba con su deber profesional y el amparo del consultorio para protegerlo. Pero ahora la mujer estaba demasiado cerca, y el escenario desnudo de ese velo imaginario que imponía el diván. En este momento, esas piernas de polleras cortas que él trataba de esquivar en cada sesión se le ofrecían casi como un desafío: tanto a su ética como a su hombría. Miró sus manos abiertas sobre los muslos. Deseó apretarle los dedos, pero no lo hizo. El cabello negro le cubría los pechos de forma desprolija. Su respirar marcaba un ritmo más acelerado que de costumbre, como si la amenaza de la cercanía los empujara a medirse para ver quién daba el primer paso.

—¿Han elegido algo del menú? —preguntó la azafata.

—Me gustaría el pollo relleno, por favor —respondió Camila.

—*Pasta pour moi, s'il vous plait* —agregó Patricio, y giró para mirarla—. ¿Pudo dormir? —le preguntó enseguida para romper el mutismo instalado desde que se habían visto.

—La verdad que no. Y anoche tampoco. Creo que la última sesión me pegó fuerte.

—Bueno, no hablemos de eso ahora, ¿le parece, Camila?

Ella adoraba cuando Patricio pronunciaba su nombre. Su voz no era grave ni seductora como la de Lucio, sin embargo sonaba más firme; una caricia que revelaba entendimiento y sanción en igual medida.

—Tiene razón. Ahora no somos quienes somos —él la miró—, me refiero a que no estamos acá en calidad de analista y paciente, sino simplemente como dos personas que...

—¿Que qué? —la interrumpió a secas.

—Bueno... que se conocen, ¿no?

—El pollo para usted, *Madame*, y la pasta para *Monsieur* —intervino la azafata.

—*Merci*, muchas gracias —dijeron a dúo.

La negación reinó durante la cena; comieron en silencio.

—Le regalo el chocolate, no me entra nada más —Camila colocó el bocadito sobre su mesa con una sonrisa y se aproximó unos centímetros rozándole el brazo.

Él lo notó, pero su gesto permaneció inmutable.

—¿En qué hotel se aloja? —preguntó Patricio.

—No voy a un hotel. Mi hermana consiguió el departamento de un amigo en la Avenida Foch. Me dijo que la zona es muy linda, ¿la conoce?

—Una de las mejores de la ciudad, cerca del Arco de Triunfo.

—¿Y usted, dónde va a parar?

—Eso nunca se sabe —bromeó él, y ambos sonrieron un poco más distendidos—. En el hotel *Le Maurice*. Pero va por mi cuenta. Las invitaciones a los Congresos no incluyen otros gastos.

—¿Usted es casado, Patricio? —se atrevió de repente Camila sin rodeos. Ese interrogante hacía meses le carcomía la cabeza.

Él levantó las cejas en señal de sorpresa: más por esa forma directa de interrogarlo que por la pregunta en sí misma. Y permaneció unos segundos en silencio, pensando si debía responder. Si se alineaba a la ortodoxia que en general guiaba sus actos, la respuesta era, precisamente, no hacerlo. Pero de nuevo recordó que estaba en un avión, a veinte mil pies de altura y con la paciente más hermosa que había conocido desde que comenzó a ejercer la profesión.

En lugar de continuar callado como debería según el reglamento, decidió apartarse de la línea correcta y contestar.

—Sí, Camila, estoy casado hace quince años.

—Cuánto tiempo... —dijo ella en un susurro.

—¿Qué más quiere saber? —la invitó ahora él mirándola con profundidad.

Ella sonrió y aprovechó el desafío.

—¿Qué edad tiene su mujer?

—Tres años menos que yo, cuarenta y cinco.

—¿Es linda? —preguntó con otra sonrisa divertida que él devolvió al instante.

—Creo que sí —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Cuántos hijos tienen?

—Una hija de doce, se llama Ámbar. Quisimos más, pero no pudimos.

—Patricio... —pronunció Camila, y enseguida calló.

El tema apuntaba directamente a su herida más profunda y ya no pudo seguir hablando. Se acurrucó en el asiento y miró hacia la ventanilla. Por alguna razón que no logró descifrar en ese momento, no quiso que él la viera conmovida, como estaba. Por eso giró la cabeza y dejó que la lágrima que había nublado su visión, asomara al perfil evitando que el analista lo notara. Pero el profesional la conocía bastante y a esa altura no le hacían falta demasiados gestos para intuirlo.

En ese instante, Patricio recordó los deseos de abrazarla que tuvo las últimas veces que la había visto llorar en su consultorio. Las ganas de abrirle el pecho para que pudiera desahogarse a gusto. A su gusto: se daba plena cuenta. Esos impulsos eran severamente cuestionados por los reproches que les seguían de forma automática cada vez. Y entonces algo en su interior les ponía freno: la represión ante las emociones más hondas que estaba acostumbrado a levantar borraba los antojos que su paciente le provocaba. Hasta ese día jamás había cedido ante ellos, advertía de su insistencia, no obstante se controlaba. Sin embargo ahora, la coincidencia del vuelo y la paradójica seguridad de los veinte mil pies lo estaban invitando a desafiarlos. Por eso, sin los rodeos propios que siempre acompañaban sus decisiones, apartó el cabello del rostro de Camila y le rozó la mejilla con la punta de sus dedos.

Ella se sorprendió y lo miró de nuevo; una mezcla de tristeza y resignación le daba brillo a sus ojos. Patricio no sabía si estaba conmovido por su mirada confusa o porque ya no soportaba más cómo apretaban los deseos en sus labios. Le rodeó los brazos, la atrajo hacia él y la acomodó sobre el hombro. Camila se dejó llevar sin pronunciar palabra. Por un momento creyó que estaba temblando, pero enseguida advirtió que se trataba de la turbulencia que minutos antes había anunciado el comandante. Apoyó su cabeza en ese pecho de hombre y se dejó abrazar por su analista. Había soñado con su iniciativa durante meses; él le provocaba sensaciones que los años habían apagado con su marido. No solo lo veía atractivo, sino con la seguridad propia de quien sabe cómo satisfacer los antojos de una mujer herida. Y ella estaba golpeada por el latigazo que Lucio le dio a su matrimonio y a su condición de mujer, arañando su narcisismo y poniendo al límite su dolor. Tal vez si la elegida no hubiera sido tan joven no le hubiera dolido tanto. Lo cierto fue que sí lo era, no solo más joven, sino con una personalidad mucho más dócil que la suya; se lo habían confiado unos amigos que la conocían. Fresca y amable: el combo perfecto para engañar a una esposa neurótica y malhumorada, un poco por no haber podido tener hijos, y otro tanto a causa de los vaivenes de una pareja de la que se hacía cargo. Todo eso pasaba por su mente en aquel momento, mientras Patricio la sostenía respirando en sus cabellos.

Por su lado, él bajó los párpados inclinando la cabeza hacia atrás con un leve suspiro. Mientras el pelo de su paciente se deslizaba entre los dedos, como un vendaval que anunciaba la llegada del peligro, volvieron las dudas y los miedos. Estaba a punto de poner en juego lo más valioso que había conseguido durante años de práctica: su ética profesional. Ella no era para él y, por más que se hubiera arriesgado a adelantar su viaje sabiendo que la encontraría, era consciente de que él tampoco debería estar ahí para

ella. Otra voz interior, sin embargo, intentaba silenciar a su enemiga: Si llegaste hasta acá, es porque se puso en marcha tu deseo. No te detengas ahora. Hace mucho que no deseás de esta manera. Eso inquieta, es cierto, pero también mantiene viva tu esencia. Ahora te sentís vivo como nunca antes.

Y era cierto. Percibía en su cuerpo una ráfaga original y caprichosa, que lo impulsaba a continuar a pesar de sus ideas. Hacía tiempo que no deseaba a su mujer, lo sabía, lo sentía en la piel cada noche que se acostaba a su lado. La juzgaba egoísta y, sobre todo, desagradecida. Si bien él trabajaba hasta muy tarde por vocación, además lo hacía con el fin de pasar el menor tiempo posible cerca de su esposa. Esta especie de tregua que había montado para evitar el divorcio le quitaba momentos con su hija, cuestión que la niña reclamaba a menudo. Las discusiones con Ana no cesaban. Cada noche vivían la misma escena con pequeñas diferencias: Patricio regresaba del consultorio, de cenar con amigos o de algún seminario, y ella comenzaba a gritar, a insultar, a reclamar y alimentar los sentimientos culposos que, sabía bien, lo torturaban. Esa era su estrategia y, para él, la parte más difícil de enfrentar. Los conceptos teóricos de su ciencia, el propio análisis que había decidido retomar hacía meses, toda su pericia, no eran suficientes para hacerse cargo de una vida personal en ruinas. Por ahora no, se decía. Su hija lo necesitaba. Y con eso dilataba una condena que se había llevado sus mejores años.

La niña había comenzado con algunos síntomas fóbicos. Tenía miedo de bajarse del automóvil cuando él la llevaba al colegio y antes de cada comida necesitaba la respuesta de su madre a una pregunta: ¿Sí o no? Solo ante la afirmación de ella, Ámbar accedía a probar el alimento. Consultaron con algunos médicos pero, en apariencia, la joven no padecía trastornos orgánicos. El problema, pues, era psíquico; cuestión que su padre podía comprender. Patricio trató de explicarle a su mujer lo que estaba sucediendo, intentando poner un freno a esa madre inmiscuida que jamás sacaba la mirada de su hija. Pero los argumentos resultaron en vano. Y como Ana solo pensaba en la forma de hacerle daño a su marido, respondía que la responsabilidad era de él por alejarse de la casa todo el día, que ella debía cubrir las ausencias de un padre indiferente al que solo le importaba su trabajo, las locuras de sus pacientes o, quizás, alguna puta de por ahí, en lugar de su familia.

—¡La nena llora por vos! Todos los días me pregunta por qué papá no está con nosotras. La estás arruinando como lo hiciste conmigo. ¡Quiero coger con mi esposo y resulta que nunca lo encuentro en la cama! —Y rompía en un llanto frenético que duraba horas.

En lugar de apenarse ante la desdicha de su mujer, Patricio se alejaba aún más de ella y de su rabia. No contestaba a los insultos, no respondía a sus reclamos, pero tampoco abandonaba el hogar.

De día huía de su casa; de noche se escapaba de él mismo.

Camila se movió y Patricio la apretó con más fuerza sobre el pecho.

—¿Está mejor?

—Creo que sí.

Él la miró con serenidad, como se observan los ojos de una mujer que piden comprensión para apaciguarse. Percibió su aliento suave, ese vapor que escapaba de sus labios y rogaba liberación con timidez. La juzgó indefensa y eso lo excitó. Con el dedo pulgar comenzó a acariciarle el contorno de su boca. Ella inspiró reteniendo el aliento; él continuó rozando solo los bordes y presionando un poco más en el centro. Camila sintió cómo la seducción se iba apoderando de su piel y le abría los poros a las caricias de su analista. Patricio, que advirtió su exaltación, mantenía la vista en el mentón porque no quería besarla todavía. Ya no por imposición de las normas, que a esa altura habían comenzado a ceder, sino por sus formas masculinas que tenían por costumbre llevar hasta el límite el anhelo de la mujer antes de liberar su erotismo. El hombre parecía un maestro en el arte de incrementar el apetito femenino. Y allí se estaba poniendo a prueba su condición varonil, tal vez porque ya se había jugado al extremo la profesional.

Patricio la mimó por varios minutos, deslizó sus dedos a través de las mejillas hasta alcanzar la nuca de Camila y allí frenó ejerciendo una presión que anunciaba lo que vendría. Buscó primero sus ojos, quizás con el afán de pedirle algún permiso. Ella lo miró intrigante y sin reparos le entregó su complacencia definitiva. Entonces él se decidió a abrir una puerta que no tendría más retorno. Desterró aquel ademán guardado en el manual de buen terapeuta y le aferró la parte naciente de los pelos. Cuando la tuvo a centímetros de su boca le marcó un beso pasional sobre los labios. Ella, que hacía meses lo esperaba, le entregó su aliento y se dejó llevar sin más inhibiciones. Ya había pasado el momento para eso.

La azafata pasó con una jarra de café, pero el pudor le impidió interrumpir semejante provocación.

—No quiero soltarte —le susurró él tuteándola por primera vez. Y volvió a besarla con más fuerza.

—Vas a quedarte conmigo en el hotel las primeras dos noches —se interrumpió.

—Pero... ¿qué le digo a mi mamá? —dudó ella intentando una pregunta más infantil que razonable.

—Que la verás en dos días.

Patricio, que parecía inmutable frente a sus modos sensuales, de repente había cambiado su posición y ahora alimentaba sus deseos más hondos. No obstante, y a pesar de no comprender la transformación que se había producido en su analista, Camila estaba feliz. Sonrió con timidez al tiempo que varias ideas empezaron a cruzarle la mente. Pensó en la prepotencia de su hermana, que querría saber todo incluso antes de que algo sucediera. Y en Lucio, el marido que había dejado al borde de un enojo que ella no podía sosegar. No sabía cómo manejar ninguna de estas situaciones, pero sentía que a su cuerpo le urgía una respuesta. Y como los antojos puestos en juego en un arranque pasional arriesgan todo, aceptó el ofrecimiento de Patricio sin entender qué había sucedido para que el hombre hubiera perdido la compostura de esa forma luego de haberse mantenido inflexible durante tanto tiempo.

Como los vuelos desde España y Buenos Aires llegaban a París en diferentes horarios, con su madre y su hermana habían acordado encontrarse directamente en el departamento de la Avenida Foch.

Al salir del aeropuerto, Camila llamó para decirles que las vería al cabo de dos días. Ellas no entendían qué estaba pasando.

—Sí, llegué a París, pero voy a encontrarme con ustedes más tarde. No puedo decirte mucho porque no estoy sola. Si, ya sé que te lo imaginás y que querés saber, Carolina, pero ahora no puedo hablar. Te pido que no contesten el teléfono. Le voy a decir a Lucio que perdí el celular, o... no sé, ya se me va a ocurrir algo. Bueno, te dejo. No te preocupes, aunque no lo creas estoy mejor que nunca. Besos a mamá, las quiero.

El sol resplandecía sobre el Sena y la ciudad parecía haber quedado quieta. París, la capital del refinamiento, de los sitios elegantes y sabores exquisitos, brillaba en los ojos de Camila que observaban desde la ventana del automóvil mientras el chofer los conducía hacia su destino.

—*Bonne jour, Madame, Monsieur* —saludó el empleado mientras les abría la puerta.

El hotel *Le Maurice* la impresionó. Un salón decorado en mármol con detalles color ocre marcaba una especie de encuentro con el espíritu de Dalí que aparentaba estar presente haciendo reverencia a los huéspedes. Las referencias a la obra del pintor estaban por doquier: arañas de cristal, lámparas extravagantes y sillas con forma de zapato se mezclaban entre la gente. Un inmenso lienzo pintado por la hija de Philippe Starck transportaba al visitante a un mundo de interpretaciones.

Extranjeros de países europeos, asiáticos y americanos, degustaban las delicias ofrecidas por el chef, mientras los camareros vestidos de blanco sonreían diligentes en cada servicio.

Patricio realizó el *check in* en la recepción solicitando al conserje pasar por alto la registración de Camila. El asistente los condujo por un corredor hasta los ascensores y les entregó una llave indicando que debían introducirla en la ranura del elevador antes de marcar el piso.

Un tanto nerviosos, cansados por no haber podido dormir durante el vuelo, pero sin soltarse de las manos, la pareja llegó hasta el apartamento 207. Patricio abrió la puerta de madera y la invitó a pasar a

la habitación con una reverencia.

Un pasillo angosto, en cuyo lateral asomaba un bar, era la antesala del dormitorio. La decoración integraba el estilo clásico de Luis XVI con el confort de la modernidad. La cama amplia, cubierta por un acolchado color arena, se imponía en medio de una alfombra persa. Los ventanales ofrecían una impresionante vista al Jardín de las Tullerías y, más allá de la arboleda, se podía ver la Torre Eiffel. En todo, reinaba la opulencia y un aire apaciguado.

El lugar: el más hermoso del mundo.

La escena: perfectamente diseñada.

Ellos: ansiosos, confundidos.

Mientras Camila admiraba la vista citadina, Patricio encendió el equipo de audio y sintonizó el programa de música clásica.

—Este lugar es soñado —dijo ella.

—París es lo más hermoso del mundo, y por eso está lleno de peligros.

—No entiendo, ¿cuáles son los peligros?

—La belleza conmueve, pero también es cruel. Y por eso confunde. No existe más peligro para los sentidos que el engaño de la vista.

—¿Por qué lo dice?

—No me hagas caso, ¿quieres tomar algo? —la invitó.

—Si —contestó ella, acompañándolo al bar.

Patricio llenó dos copas con vino tinto. Se ubicaron cerca de la mesa redonda frente a la cama.

—Salud.

—Salud.

Camila se sentía una princesa, la protagonista de los cuentos que —en apariencia— tanta influencia habían tenido en su historia. Desde pequeña, esa palabra, *princesa*, en la boca de su padre la había puesto de manera inconsciente en el lugar de la Cenicienta que esperaba a su redentor. ¿Sería su analista, ese hombre elegante que la miraba sin pudor, quien tuviera la sandalia que había perdido de niña?

—Camila...

—No diga nada, por favor. Estoy más acostumbrada a sus silencios que a sus palabras.

—Te cuesta tutearme, ¿no? —puntualizó él.

—Y... no es fácil. Lo ubiqué en un lugar muy especial.

—Ya lo creo —asintió—. ¿Por qué me callás? Siempre pedías que hablara, ¿ahora tenés miedo de escucharme?

—No. Tengo más miedo de lo que pueda pensar que de lo que pueda decir, Patricio —replicó ella sonriendo, y bajó la vista.

Él la observó unos segundos. Su mirada penetrante reflejaba deseos y falta de cordura. Camila parecía dispuesta, pero sus gestos denotaban el enredo de ideas poco felices. La maraña de pensamientos la había alejado por unos segundos de la realidad; miraba sus manos con la cabeza gacha. Pensaba en Lucio, su marido, en los años desgastantes que les llevó intentar un embarazo; análisis, tratamientos, esperanzas, y nada. Luego la aceptación de Lucio a operarse, lo cual tampoco resultó fructífero. «Lo hago por vos», le había dicho sobre la camilla del sanatorio a punto de entrar a cirugía. Después las energías de ella puestas en sus cursos de filosofía, adorando a Nietzsche, Sartre, Platón y abandonando por completo el hogar y los reclamos de su esposo que la impulsaban con más fuerza a alejarse de allí. Y luego él, en un grito desesperado por llamar su atención como mejor le salía, comenzando una relación paralela con una joven que simulaba comprenderlo con sonrisa de ángel. Entre tanto, la decisión de empezar terapia con un analista que le habían recomendado, sin imaginar lo atractivo que le resultaría y

lo peligroso del asunto.

Si bien ella no había soltado palabra, Patricio imaginó los nudos que se estaban sucediendo en su cabeza. Pero ahora, luego de haber pasado meses sometido a sus propios ideales, no deseaba perderla en cuestión de minutos pues ya había arriesgado todo al poner un pie en ese avión solo para alejarse de la vida que tenía y encontrarla. Por eso, apoyó la copa sobre la mesa que los separaba, se puso de pie, tomó la mano de Camila y la obligó a incorporarse y a mirarlo para volver con él. Rodeó su cintura, le tomó la nuca y se arrimó hasta sus labios. Antes de besarla, le dijo:

—No sé qué estamos haciendo, pero me volvés más loco de lo que puedo soportar —y hundió la lengua en su garganta para sellar lo que su boca declaraba.

Si bien el beso se le antojó excitante, ella pareció dudar. Su mente no la dejaba en paz: imágenes de una vida llena de mandatos, compromisos afectivos y muchos años de matrimonio, oprimían las emociones justo en ese momento, en que estaba en los brazos del hombre que deseaba. Pero como la música produce un efecto mágico y tiene el poder de acercar recuerdos de otros tiempos tanto como de abstraer el universo y encerrarlo en un instante, el *Nocturno en Mi Bemol Mayor Opus 9 N° 2* de Chopin colmó la habitación, le rozó la piel y borró cualquier resto de razón que anduviera dando vueltas. La melodía pareció fluir sobre los amantes y desnudó esos cuerpos que todavía guardaban algo de angustia por el temor a enfrentar lo prohibido.

Las manos de Patricio comenzaron a recorrerla... No fue un contacto apresurado; por el contrario, disfrutaba del desafío que esa mujer representaba para él. Al principio, ella se dejó llevar. Cerró los ojos y, en lugar de pensar, comenzó a sentir. Recibía sus caricias con los poros cada vez más abiertos; enterrando vergüenzas se entregaba a gozar. Sus caderas comenzaron a temblar de emoción cuando los dedos de Patricio se internaron en su vagina dilatando el camino que seguiría su lengua. Camila trató de moverse y tocarle el rostro, pero él le aferró las muñecas para impedirlo. Quería saborearla con los ojos y luego con esa boca soberbia que le barría el pudor.

Ella obedeció.

Patricio la exploraba con intensidad, cada vez más adentro. El quejido primero fue suave, hasta que por fin Camila intentó un grito que la estaba quemando.

—Acabá para mí —ordenó él.

Y ella lo hizo. Entonces, sin dejar de mirarla, el hombre la penetró con toda su potencia. Camila sintió una molestia placentera y se acomodó a esa lujuria que comenzaba a invadir sus sentidos. Él estaba desbordado. Por eso, aunque fuera la primera vez, comenzó a moverse intensamente, hasta que perdió por completo el control. Empuñó los cabellos de Camila, besó sus pechos y le mordió el cuello dejando marcas que dolían. No paraba de empujarla, necesitaba sentirla de su propiedad. Ese era su ritmo. Y así la hizo gozar.

—Por favor —pidió ella en un momento.

—Si querés que pare, podés decir *basta*. Si no, no voy a parar aunque te duela —y siguió con más fuerza.

Camila no se quejó más; era la primera vez que sentía en un mismo instante placer y malestar. Y eso le gustó. Entonces rodeó con las piernas su cintura, se pegó sobre la ingle y comenzó a seguirlo. Su cuerpo andaba independiente de ella, como si conociera el tiempo de ese hombre, como si lo hubiera estado esperando desde siempre. Patricio continuó con sus embates. Eran largos y profundos, y se detenían unos segundos dentro de ella para mirarla disfrutando de sentirla sufriende, percibiendo que el dolor la calentaba. Entonces tomaba distancia y arremetía de nuevo. El movimiento le empujaba las ideas, los temores, las vergüenzas, pero también se llevaba sus propias culpas. Ya sin frenos, la cogía con ese impulso que había esperado demasiado para mostrarse, como si el padecimiento y la satisfacción

se mezclaran de manera irresistible para darle placer, pero también para castigarla por haberlo incitado a perder la cordura.

El sueño que ella había tenido hace poco parecía haber sido un presagio de esa tarde: el hombre le estaba dejando las marcas de sus dientes sobre el cuerpo. Entonces, de manera inconsciente, la impronta de la venganza se jugó también en ese momento, y Camila decidió devolver el arrebató. Con una lengua suave lamió primero las tetillas de Patricio y por un instante él dejó de moverse; los besos de esa mujer sobre el pecho lo debilitaban. Ella percibió su entrega y allí empezó a desplegar lo que venía guardando: a su modo manso le siguieron labios que mordían dejando heridas en la carne. Él gritó sintiendo ardor bajo esa boca inquieta, y allí comenzó a hincharse de nuevo su ingle y a moverse con ímpetu otra vez. Antes de llenarla de semen, se sacudió aún más tensando el vientre de esa hembra que lo enfrentaba con sus límites fuera y dentro de la cama; recién ahora se daba plena cuenta. Y por eso, lo estaba llevando a la perdición.

Al terminar, aflojó los brazos que mantenía extendidos a ambos lados de sus hombros y se recostó sobre ella para apaciguarse.

Estaba condenado: lo sabía. La prohibición había sido transgredida y era imposible volver atrás.

V

Hicieron el amor tres veces ese día, matizando el entusiasmo con momentos de suavidad. Y con ello, lograron mitigar la excitación que recién asomaba a sus encuentros.

Con el correr de las horas la pasión crecía, y las dudas también.

Patricio, desnudo y sudoroso todavía, se sentó en el borde de la cama y encendió un cigarrillo. Aspiró profundamente la primera bocanada de aire y lanzó el humo hacia el techo.

Camila lo observó con detenimiento. Usaba el pelo corto moldeado con un gel de fragancia suave que le daba brillo. Su espalda era ancha, bien trazada, de tronco largo y brazos armoniosos. Su piel blanca olía a madera fresca, y los músculos en tensión revelaban falta de caricias.

—No sabía que fumabas —interrumpió ella animándose al tuteo por primera vez.

Él, que percató la novedad, se volvió para mirarla. Los cabellos esparcidos sobre las sábanas atestiguaban el furor de sus primeros cruces. Se había cubierto el cuerpo con parte de la manta, en señal de pudor o tal vez de arrepentimiento. Sin embargo, la expresión en su rostro parecía reflejar bienestar.

—Me parece que yo sé más cosas de vos que las que sabés de mí, ¿no?

—Estamos en desventaja. No creas que no lo pensé antes —agregó ella apoyándose sobre los codos—. Yo de vos no sé nada.

—Hoy creo haberme desnudado bastante —contestó él con una sonrisa.

—Bastante no es suficiente. Recordá que soy mujer.

—¡Cómo olvidarlo! Ahora vestite, nos vamos a pasear. Quiero que conozcas la ciudad de los reyes. Y de las reinas.

La pareja salió hacia la Rue de Rivoli, calle que fuera diseñada por el mismísimo Napoleón y cuyo nombre remite a la ciudad italiana Rivoli Veronese en la que consagró su victoria sobre Austria a fines del siglo XVIII.

Tomaron uno de los taxis que aguardaba en la puerta de entrada del hotel y con la generosidad que le cabe a un caballero, Patricio le concedió a ella la elección del primer destino.

A pesar de la cantidad de gente que hacía cola para ascender, decidieron esperar su turno y subir hasta el último piso de la Torre Eiffel. Desde allí, entre las nubes que asomaban en medio de la imponente arquitectura, pudieron contemplar la magnificencia parisina. Los ojos de Camila avistaron el Gran Palacio, los jardines inmensos de la Plaza de la Concordia, las avenidas más bellas de la ciudad rodeando el Arco de Triunfo, la Ópera en el Sagrado Corazón y las aguas del Sena que corrían como un adagio desafiando la premura del tiempo.

Estremecida frente a tanta belleza, Camila se pegó al pecho de Patricio y comenzó a llorar. En sus brazos se sentía plena, con esa completud ilusoria que suele marcar los inicios de un amor. Sin embargo, el llanto no tenía que ver con él en ese momento, sino con las sombras de un pasado cruel que ella apenas conocía por la tradición de la lengua. Estaba pisando la tierra de Ivonne: el lugar que, a pesar de toda su hermosura, le había enseñado a su abuela el dolor de sus primeros llantos; el sitio donde había perdido

familia y esperanzas. El recuerdo sacudió sus emociones y la llenó de nostalgia.

Patricio, que sabía de su historia, imaginó las sensaciones que estaría reviviendo y la abrazó con más fuerza. En medio de la pena, Camila sintió aquellas mariposas en el estómago de los primeros encuentros amorosos en la adolescencia; como si hubiesen viajado desde un ayer lejano hasta hoy, y aquí, en la ciudad del romance, primero en el avión y ahora en la torre, aletearan renovadas dentro de su vientre. ¿Sería este el latido de un nuevo amor?

Mientras el ascensor descendía desde cielo abierto a tierra firme, la pregunta no paraba de girar en su cabeza. Acurrucada en su torso intentó no mirarlo; él, se mordía los labios con la vista perdida en un punto fijo del aire.

Caminaron varias cuadras hasta la orilla del Sena y se ubicaron en los asientos de la proa de uno de esos barcos que pasean a los turistas por los codos del río. La nave partió ribera adentro bajo una tarde dorada; el sol respiraba sobre ellos. A unos cuantos metros, surgió el estilo gótico de la Catedral de Notre Dame que parecía mirarlos desde lejos con un ojo gigantesco clavado en medio de su estructura. Luego el Palacio de Justicia y más allá, paralelos al horizonte, esos puentes ominosos que unían las orillas de la urbe. Los ojos no alcanzaban a captar tanta hermosura, porque París era, antes que nada, una ciudad para mirar.

Al final del día, solo restos de claridad iluminaban los arcos de los viaductos. Pero antes de que el buque anclara en uno de los extremos de la dársena, Camila sopló al oído de Patricio su primera confesión fuera del consultorio. «Te quiero», dijo a media voz, casi un suspiro. Él sintió que una flecha se clavaba en medio de su pecho y que a partir de ese instante sería muy difícil arrancársela sin dejar heridas. No pudo mirarla ni contestar; en cambio, la envolvió en un abrazo silencioso.

Cenaron en un pequeño restaurante del Barrio Latino; calles angostas de adoquín serpenteaban entre la gente en una noche llena de intrigas.

El lugar, iluminado con pequeñas velas en medio de las mesas, ofrecía variedad de pescados y mariscos. Acordes de una música suave generaban ambiente de romance. Todo resultaba especial para ellos en aquel momento; la magia parecía invitarlos a continuar.

—¿Qué estamos haciendo? —reflexionó Camila luego de un sorbo de vino.

—Me lo cuestiono a cada minuto desde que te encontré en el avión.

—Una vez me dijiste que la realidad se construye, ¿te acordás?

—Por supuesto.

—Me pregunto si el amor también.

Patricio apoyó la copa sobre el mantel y alzó la vista hasta encontrar la de ella. Luego de unos segundos, dijo:

—¿El amor es una realidad?

—¿Me lo estás preguntando? —sonrió Camila.

Él devolvió la sonrisa.

—Me gustaría que respondieras vos, pero no como mi analista, título que en realidad hoy y aquí, ya no tenés. Sino como hombre, el hombre que ahora está conmigo.

Patricio tomó la copa otra vez y degustó un trago más largo que el anterior. La bebida ardió en su garganta y lo animó a decir algo de lo que no estaba tan convencido.

—Supongo que al amor también hay que inventarlo. Los sentimientos no están predeterminados.

—Estás contestando que sí, entonces.

—Puede ser —concluyó.

—Vos y tu mujer: ¿lo construyeron?

—No me parece que sea prudente hablar de eso ahora.

—Y si no, ¿cuándo? ¿A la vuelta, en el consultorio? —contestó ella con semblante serio.

—¿Qué querés saber?

—La verdad, tu verdad.

Patricio suspiró. Parpadeó y levantó las cejas en señal de confusión. No sabía si era conveniente hablar ni tampoco sabía qué decir. O tal vez sí, pero no quería escucharlo de sus labios en ese momento.

—No sé por dónde empezar.

—Por donde quieras —dijo ella emulando sus palabras en cada sesión.

—Parece que han cambiado los roles —bromeó él.

—Jamás podría hacer tu tarea. Sos demasiado erudito en todo lo tuyo.

—Bueno, ahora habla de nuevo la paciente.

—Quizás sí, pero luego de haberme sentido la mujer. Te remarco: dije *todo*.

Él la miró fijamente y repitió:

—La mujer... —y se interrumpió de golpe. *La mujer no existe*, pensó evocando la polémica frase de Jacques Lacan, pero no lo dijo.

Recordó al maestro francés y su concepción acerca de la incógnita femenina, que aportaba respuestas desde un lugar innovador. La mujer no existe pues el falo no le es propio, solo puede aparentarlo; su castración está ya consumada desde el inicio.

Una voz interior le habló con rudeza: *No estás en sesión, Patricio. Y ella ya no es tu paciente. No provoques confundirla, enojarla o convencerla. Ya no.*

—Perdón, Camila —le dijo al fin. Y le aferró la mano.

—¿Por qué? —contestó ella.

—Porque no debo actuar de esta manera.

—¿De qué manera? ¿De qué estás hablando? No estoy en el diván, no estamos allá —le soltó los dedos.

—Tenés razón. Por eso te pido disculpas. Voy a tratar de ser sincero.

Patricio empezó a relatarle algunas cuestiones de la relación con su esposa. Le confesó que no estaba seguro de haberse casado por amor o simplemente por el desafío que significó haberla conocido comprometida y a punto de casarse con otro. La competencia que se había generado con el hombre, y el hecho de sentir que debía ser el ganador de aquel trofeo, le provocó tal adrenalina que lo impulsó a proponerle matrimonio en la primera noche que ella aceptó cenar con él. Así fue cómo al cabo de un noviazgo de seis meses, la bella Ana, soberbia y elegante, terminó desposada por aquel licenciado en psicología que recién se daba a conocer en la comunidad analítica de Buenos Aires.

Luego de dos años de una relación amable, con algunos momentos de alegría —debía decirlo—, nació su hija Ámbar. A partir de ese momento, la felicidad de ambos se concentró en diagramar la vida alrededor de la pequeña. Todo en el matrimonio giraba en torno a ella. Ana comenzó a volverse una madre obsesiva, temerosa de los gérmenes, de los contagios, de las enfermedades y hasta de la gente. Ni siquiera el padre se salvaba de los recaudos previos que la mamá exigía antes de tomar a la niña en brazos. Con el correr de los años, Ámbar crecía, y la notoriedad de Patricio en su profesión, también. Se sucedieron viajes a congresos internacionales, jornadas donde participaba como uno de los miembros más reconocidos, cenas, conferencias, e invitaciones de amigos y colegas. En todo, Patricio se presentaba solo, sin la compañía de su mujer. De a poco, el consultorio se llenó de pacientes y la agenda, de actividades.

Tenía prestigio, una carrera brillante, la aceptación de sus compañeros y además mucho dinero. Tales eran las energías que le demandaban sus compromisos, que prácticamente ya no compartía momentos con su esposa.

Durante largas sesiones de análisis dedicadas al tema, el hombre empezó a interrogarse acerca de sus actos. Las obsesiones de Ana con respecto a su hija y los reproches por sus ausencias, erosionaron los pocos deseos que sentía Patricio de regresar al hogar. Cierta era la falta de afecto y atención que ella reclamaba, en especial en la cama, donde él ya no sentía como en los primeros tiempos. Con los años, se fueron convirtiendo en compañeros de hábitat, pero con total falta de proyectos compartidos.

Ella, que desde el nacimiento de Ámbar había dejado de trabajar en el estudio jurídico de su padre, se dedicaba por completo al cuidado de la pequeña. Su única actividad consistía en frecuentar cada tanto a sus amigas íntimas en algún té que organizaban por la tarde.

Su marido solía levantarse muy temprano, llevaba al colegio a la niña todas las mañanas y luego desaparecía hasta la medianoche. Los fines de semana los pasaba encerrado en su escritorio leyendo o frente a la computadora. De vez en cuando almorzaban en familia o cenaban con amigos. Siempre con amigos.

Ana ya no recordaba cuánto tiempo hacía desde la última vez que habían compartido una comida a solas, o vacaciones sin el tumulto de gente alrededor. Patricio se las ingeniaba para programar los viajes de descanso siempre en compañía de parejas que también tenían hijos pequeños. Durante el día los hombres realizaban deportes acuáticos y por las noches salían a cenar todos juntos, o armaban partidas de póker y ajedrez en alguna de las casas veraniegas.

Patricio ya ni siquiera miraba a su mujer. Sus ojos evadían todo contacto con ella, como si fuese una parte más del mobiliario de la casa; esos objetos tan familiares a los que con el tiempo se les deja de prestar atención. Por las noches, cuando rara vez coincidían en la hora de entrar a la cama, él encendía el velador de su mesa de luz y leía. Siempre leía.

Al inicio de la unión, la pareja solía mantener relaciones sexuales habituales y gratificantes. Patricio era fogoso y adúlador. Luego del nacimiento de Ámbar, su madre, que estaba por completo abocada a ella, paulatinamente comenzó a perder interés. El marido la abordaba como siempre, pero Ana con frecuencia encontraba excusas para negarse: que la niña no se había dormido todavía, que le parecía oír la llorar y debía levantarse para verla, o que estaba agotada por la falta de sueño. En un principio, Patricio la entendió, pero los meses fueron pasando y la posición de ella no cedía, cuestión que terminó por contagiar a su esposo y quitarle los deseos también a él. Así, sus encuentros amorosos comenzaron a disminuir. A los dos años de vida de la pequeña, Ana pareció reponerse del letargo e inició de repente la búsqueda de su hombre por las noches, encontrando en él respuestas evasivas. Como no hallaba ninguna razón que justificase la actitud de Patricio, ni tampoco tenía en cuenta que podría tratarse de una respuesta a la postura adoptada por ella hasta el momento, empezó a sospechar acerca de la existencia de otra. Se volvió tediosa y persecutoria. Lo llamaba al consultorio mientras atendía y por las noches lo increpaba con gritos, llantos y palabras hirientes. Desplegaba una serie de reproches con el rostro descompuesto alegando querer saber la verdad de lo que estaba pasando: Si tenía a alguien en su vida o si ya no la deseaba como antes.

Patricio no contestaba a las agresiones, ni tampoco a las preguntas.

Una noche, al regresar de una cena familiar en casa de sus padres, Ana inició de nuevo el combate, y entonces preguntó lo que jamás debió salir de su boca: ¿Acaso sos impotente, no se te para más?

Patricio, enfurecido ante semejante disparate que dejaba entrever dudas con relación a su hombría, salió de la habitación dando un portazo y dejó a su mujer tirada sobre la alfombra en un estado de crisis.

A partir de esa discusión, él durmió en otro dormitorio durante casi un mes, pero no abandonó el hogar. Las disculpas de ella se sucedieron durante semanas entre sollozos y súplicas que denotaban un arrepentimiento sincero. Patricio se aflojó y volvió a compartir su cama, restableciendo la calma aparente de la vida familiar que compartían. La noche que decidió regresar a su habitación tuvo sexo con

ella como en los primeros tiempos. El arrebató de ira contenida durante días se convirtió en fogosidad; entusiasmo que su esposa saboreó agradecida, pero que no duró lo suficiente para aplacar sus sospechas.

A partir de ese día, Patricio no volvió a desearla por un tiempo. Y luego, cuando a pedido de Ana el hombre la tocó de nuevo, el acto mantenido con esfuerzo denotaba su desgano. Se acercaba a su mujer una o dos veces al mes, sin caricias ni palabras amorosas. La abordaba como un autómata, sin efusión, sin el ímpetu apasionado que ella bien le conocía. Como si estuviera cumpliendo el mandato de los esposales, que deben consumir el coito por una obligación legal.

Ana, por supuesto, no paraba de quejarse con exclamaciones sarcásticas y, de vez en cuando también, usando algunas frases manipuladoras que amenazaban con buscar a otro hombre para que la complaciera. Él nunca contestaba a los agravios. En silencio, esperaba a que se le pasara la crisis, porque sabía que a ella siempre se le pasaba.

Ante la sociedad, los amigos, la gente, parecían la pareja perfecta. Ana: bella y elegante; Patricio: profesional de prestigio. Solo Aldo Park, íntimo de él, y dos amigas de ella conocían la realidad del matrimonio. Sin embargo, nadie sabía la *verdad*. Como una paradoja absurda, también permanecía velada para ellos.

* * *

Regresaron al hotel cansados debido a un largo día de paseos y confesiones. No obstante, antes de subir a la habitación decidieron tomar un trago en el bar ubicado a metros de la entrada. Un piano de cola negro sonaba bien afinado bajo los dedos del músico que lo guiaba con docilidad.

Patricio y Camila se acomodaron en un extremo del salón y ordenaron dos Martinis. Luego de algunos minutos, la bebida comenzó a burbujear en los ojos de ambos y entonces empezaron a hablar.

—Me sorprende que no hayas dicho nada luego de mi monólogo. ¿Te asustó lo que te conté acerca de mi matrimonio?

—No, me sorprendió. No creí que...

—¿Qué?

—Es que eras tan impenetrable. Cuando terminaba la sesión apenas me mirabas, parecías ausente. Siempre pensé que estabas felizmente casado y querías a tu mujer. Te juro que ante vos, fue la primera vez que sentí que no llamaba la atención de un hombre.

Patricio sonrió.

—Camila... —dijo él acariciando un mechón de sus cabellos—. ¡Claro que te veía hermosa! Es que... ¿cómo te explico?

—Con palabras —pidió ella.

—Los psicoanalistas sabemos que una terapia puede generar sentimientos amorosos en los pacientes con relación a nosotros. Por supuesto que no siempre se trata de cuestiones eróticas, la mayoría de las veces son emociones tiernas. Ahora, tratándose de una mujer, es todo un tema.

—¿Lo decís por la cuestión de la histeria, no?

—Precisamente.

—Pero yo quiero saber qué te pasaba a vos. Lo mío lo dejamos para después.

Patricio se tomó unos segundos. Una catarata de imágenes enrolló sus pensamientos. Recordó la primera vez que la entrevistó. Camila venía recomendada por una paciente suya. Llegó cinco minutos tarde y pidió disculpas con una sonrisa blanca de dientes alineados. Vestida informalmente, con jeans oscuros, camisa de seda y un blazer de pana, parecía más joven de lo que era. Su figura esbelta, sus formas suaves y ese estilo femenino lo sedujeron de entrada. Habló poco; se la notaba triste. Le comentó

que no quería ser igual a su madre. Buena carta de presentación, pensó él. Luego debió haber efectuado una fuerte represión de los impulsos que Camila le provocó, porque no podía recordar exactamente cómo se sintió durante los dos años posteriores al primer encuentro. Sin embargo, algunos detalles permanecían intactos en su memoria: las piernas extendidas en el diván, sus manos acompañando el discurso, sus cabellos largos cayendo del sillón al recostarse, y el aroma que dejaba en el consultorio cuando se iba.

—Supongo que trataba de evadirme con otras cosas —concluyó él.

—¿Creías que yo venía a seducirte?

—La cuestión es que nunca creí que fuera conmigo.

—Bueno, al principio yo tampoco me daba cuenta. Supongo que eras... un analista con perfume de hombre.

Patricio rió a carcajadas. Y ella lo imitó.

—No sé bien qué pasó. Pero desde ayer, cuando te vi en el avión, y después cuando me abrazaste y...

Camila bajó la mirada y sus ojos se entibieron. Él se acercó más a ella.

—Estás preciosa esta noche —le exhaló al oído.

—Me siento más hermosa con vos. La forma en que me mirás me da más encanto —sonrió y lo rodeó con sus brazos—. Besame fuerte —le pidió.

Él aferró su cuello por detrás y las bocas se mezclaron con el sabor aceitunado del Martini. Hacía años que no sentía deseos de besar así, de morder, de entregarse, de amar de esa manera.

Durmieron hasta el mediodía, desnudos y abrazados durante toda la noche. Patricio la sujetó por el talle en un ademán que parecía implorarle que no lo abandonara.

Él despertó primero, y se alejó para llamar a su esposa. En Buenos Aires eran las siete de la mañana.

—Hola —contestó Ana media dormida.

—¿Cómo estás?

—Anoche te llamé al hotel varias veces y me dijeron que habías salido —dijo ella apenas escuchó su voz.

—Tuve una cena con mis colegas.

—Se ve que se te hizo muy tarde porque intenté encontrarte hasta la una y nada. ¿Qué pasó con tu celular que me daba apagado?

—Me quedé sin batería. ¿Cómo está Ámbar?

—¡Y cómo querés que esté! Ayer quería hablar con su papá pero no pudo ubicarlo en todo el día. Estaba triste y no podía dormir. ¿Por qué no nos llamaste?

—Te dije que estuve ocupado desde que llegamos.

Al instante, Patricio advirtió el fallido esperando en vano que su mujer no lo notara. Pero lo hizo.

—¿Cómo llegamos? ¿No me dijiste que te adelantabas para poder estar solo un par de días? ¿Con quién viajaste?

—Me encontré con el Dr. Katz en el aeropuerto. Tomó el mismo vuelo que yo.

—Y fuiste también a comer con él, supongo —dijo ella con tono irónico.

—Sí, también. Ya te comenté que tuve una cena de trabajo. ¡Podés parar un poco con las preguntas, Ana! —se enfureció.

—Está bien. Total, siempre es lo mismo.

Te aseguro que no, pensó él.

—Pasame con mi hija, quiero saludarla antes de que se vaya al colegio.

Camila percibió la voz de Patricio desde lejos. Todavía se encontraba en un estado de ensueño cuando creyó escuchar el ruido del teléfono al cortarse la comunicación. No tardó mucho en volver a la vigilia por completo, y entonces recordó que también ella tenía que dar señales de vida. Sin embargo, antes de llamar a Lucio debía pensar qué decir.

Desde su arribo a París, exactamente un día atrás, sintió que su vida se había suspendido. Como si estuviese en una especie de intervalo cinematográfico; esas pausas que suelen tener las películas extensas o las obras de teatro con varios actos que generan más suspenso en los espectadores. Parecía haber pasado desde la platea a la pantalla grande, y ahora protagonizaba la historia de amor más bella que jamás hubiese visto antes. Por eso, durante horas se olvidó por completo de que hacía diez años estaba casada y que su marido estaría preocupado por la falta de noticias.

Recién al escuchar que Patricio hablaba con su mujer, Camila recordó quién era ella. Se alejó hacia la ventana y lo llamó.

—¡Al fin, Camila! —soltó Lucio desde el extremo de la línea—. ¿Te pasó algo? Desde ayer que no puedo dormir pensando en eso. Nadie contestaba los celulares, ni tu hermana, ni tu mamá, ni vos. ¿Cómo me hacés esto? —decía conteniendo las ganas de gritar, pues desde el episodio intentaba tratarla mejor.

—Es que los celulares no funcionan en París. En el departamento no hay teléfono y además está muy lejos del centro. Para conseguir una tarjeta hay que ir hasta un quiosco y todo queda a kilómetros de distancia.

—¿Me estás cargando? —le dijo él sin levantar el tono de voz.

—No. Ayer estuvimos paseando todo el día, anduvimos por varios lugares y terminamos agotadas. No pensé que pudieras preocuparte tanto porque no te llamé apenas llegamos.

—Si no conseguían tarjeta, ¿cómo tu mamá se comunicó con tu padre?

Camila no tenía idea de eso, en realidad tampoco sabía nada de ellas. Debió haberlas llamado antes de hablar con Lucio. ¡Qué estúpida!, pensó.

—Porque un turista le prestó una que solo tenía dos minutos de crédito.

Por suerte, su marido se creyó la improvisación. Pareció más relajado al finalizar la charla y acordaron que ella volvería a comunicarse en los próximos días. No obstante, como no le gustaba mentir, en lugar de quedarse tranquila sentía angustia en el pecho. Lucio había sido infiel, un impostor durante mucho tiempo; eso lo había sentenciado. Pero a poco de aquel suceso, ella se estaba convirtiendo en una persona deshonesto, y ahora se veía envuelta en un cúmulo de mentiras para evitar ser descubierta en su propia traición. Descubierta... ¿Dé qué se estaba cubriendo?

Camila no tuvo mucho más tiempo para sentirse culpable; luego de franquear las respectivas obligaciones maritales y dejar en aparente calma a sus cónyuges, los amantes desayunaron liviano y se fueron a pasar el día entero a Montmartre, la colina ubicada en la orilla derecha del Sena.

Como adolescentes en pleno idilio, se mezclaron entre turistas y bohemios que pululaban por las calles estrechas del lugar. Pintores amateur, dibujantes de caligrafía y músicos brotaban de las esquinas alegrando el paso de los visitantes. Ellos caminaban de la mano, esquivando los improvisados caballetes de los artistas, riendo y besándose sin pudor entre el gentío. Paseaban como una pareja más, entre tantos enamorados que se ubicaban sobre las escalinatas de la Iglesia o bajo las sombrillas coloridas de la Place du Tertre para amarse en la cuna impresionista de la ciudad.

Pararon en un bar y el mozo luego de servirles dos jarras de cerveza fresca, les informó que aquel sitio parisino había sido hogar de Picasso y Modigliani a principios del siglo XX, de grandes compositores y pianistas, y fuente de inspiración de maestros como Van Gogh y Renoir. Les comentó que la famosa canción *La Bohème*, de Charles Aznavour, precisamente hablaba de un pintor que evoca sus años de juventud en Montmartre despidiéndose de los momentos bohemios del barrio.

Repletos de datos nuevos, continuaron la travesía con más entusiasmo. Pasaron frente a una casa rosada que portaba un cartel de letras negras, *La Maison Rose*, donde un joven principiante retrataba a

los turistas con mano laboriosa. Patricio le pagó veinte euros para que pintara el rostro de Camila.

—Sonreí —le pidió.

El muchacho, complacido, siguió las órdenes del hombre y comenzó con su trabajo. Camila sonreía iluminada, irradiando hacia las comisuras de sus labios ese candor que estaba empezando a enloquecerlo.

—Es para mí —dijo Patricio cuando el artista terminó la tarea. Y Camila lo besó con ternura.

De repente, él se detuvo y la miró con seriedad.

—Quiero que te quedes conmigo el resto de la semana.

—¿Qué? —preguntó ella sorprendida—. Estás loco...

—Loco es que nos separemos estando en París juntos. Interrumpir un momento mágico es algo que un adulto no se puede permitir. No voy a resistir pasar el resto de los días sabiendo que estás acá y que no puedo verte. Mientras estoy en el Congreso durante el día, podés pasear con Carolina y tu madre, y por la tarde venís a cenar y a dormir conmigo al hotel. ¿Qué te parece?

Camila quedó atónita con el ofrecimiento. La idea le provocó escalofríos en el cuerpo y cosquillas en la boca del estómago. Por supuesto que deseaba permanecer junto a él por el resto del viaje. Pero... ¿y si su marido comenzaba a sospechar?, ¿y si después de tantos días en compañía de otro hombre descubriría que no podía volver a la cama de su esposo?, ¿y si Patricio decidía no verla más al llegar a Buenos Aires?

Por otro lado, ¿qué significaban tantos cuestionamientos si, en definitiva, habían llegado demasiado tarde? ¿Acaso su esposo no la había ofendido primero con sus mentiras e infidelidades? «Hay que pagarles con la misma moneda. ¡Venganza!», señaló una voz en su mente. ¿Además, qué más daba si pasaban juntos el tiempo que quedaba por delante, si en verdad ya habían franqueado todos los límites y a esa altura estaban hasta el cuello? ¿Qué estaba esperando para aceptar? ¡Si se moría por gritarlo a los cuatro vientos!

—Me parece genial —dijo por fin—. ¡Sí, quiero! —Y se abalanzó sobre él.

Con la felicidad renovada en sus corazones, siguieron por un camino sinuoso que los condujo hasta la Basílica de Sacré Coeur.

Inspirada en la arquitectura romana y bizantina, se recortaba sobre el cielo de la montaña en derredor de un campanario inmenso custodiado por cuatro cúpulas blancas. Quizás el hecho de saber que fue diseñada para expiar los pecados cometidos por la Comuna de París, motivó a Camila para rogarle que entraran al santuario.

—¿Qué vamos a hacer en una Iglesia, si no somos creyentes?

—No importa eso. Por favor, vení conmigo —le suplicó ella—. Y él accedió.

Al ingresar, permanecieron inmóviles por unos instantes. El aire sagrado del lugar imponía solemnidad. Camila se aferró a Patricio y lo condujo hacia un surtidor de mármol ubicado en un extremo del salón.

—Lavémonos las manos —le pidió.

Él no comprendió muy bien lo que deseaba, pero no pudo negarse. Por eso consintió su reclamo y se dejó llevar por sus impulsos.

A pesar de no practicar la religión ni estar de acuerdo con sus designios, el aroma del lugar le supo bendito y la instó a purificar su relación con el analista. Entonces, mirándolo a los ojos, orando con la vista, sumergió con él las palmas en el agua de la fuente. Ambos entrelazaron sus dedos sintiéndose en comunión con el aura del Sagrado Corazón. Y así sellaron un pacto que ahora tenía a Dios como testigo.

Al regresar al hotel, Patricio recibió un mensaje en la recepción. El conserje le entregó un sobre cerrado y le comunicó que habían estado llamando desde Buenos Aires durante toda la tarde.

Date et l'heure: 25 de Abril. 1.30 p.m.

De: M. Ana Blanchet

A: M. Patricio Blanchet

Message: Esta noche salgo para París.

Mientras el ascensor subía hasta el segundo piso, las ilusiones tejidas horas atrás en Montmartre se iban deshilachando con demasiada premura.

Al terminar de leer la nota, Patricio insultó en voz alta y cerró la puerta del dormitorio con un golpe. Camila presenció su furia por primera vez desde que lo conocía. Él siempre había guardado las formas propias de su profesión; jamás un grito o un desborde. Pero ahora ya no era el analista quien estaba allí, sino el hombre que desde hacía dos días la tenía retenida para amarla. Por eso ella obró como mujer y trató de aplacar su alteración. Se sentó en el sofá que decoraba una de las aristas y le tomó las manos. Patricio la miró sin hablar.

—Desde que salimos de Buenos Aires me olvidé de quién soy y de la vida que tengo. También olvidé que ambos estamos implicados con terceros ausentes.

—Terceros ausentes... —repitió él—, las palabras más justas.

—¿Cuál es nuestra verdad, Patricio? Te juro que cada minuto que pasa entiendo menos. Hasta hace un momento parecíamos dos locos enamorados saltando de alegría porque tendríamos más tiempo para estar juntos.

—Pero la mosca se posó en la sopa —agregó él sin que ella pudiera comprenderlo.

La referencia aludía al guión del dramaturgo Eugène Ionesco, que resalta la paradoja de las relaciones humanas con escenas del absurdo. El texto habla de una comunidad al final de una misa de domingo, con maridos y mujeres que se saludan afectuosamente en un día compartido en familia. Hasta que al sentarse los hombres a tomar la sopa servida por sus esposas, uno de ellos descubre una mosca en su plato. Entonces el velo del amor se levanta y comienza la expresión de la palabra a través del insulto; la violencia se desata frente al desborde que produce una simple mosca, una mancha que resalta una diferencia. Vuelan los platos, la sopa comienza a inundar todo el edificio y el mundo se transforma en un caos. Estalla la ilusión de la armonía y en cuestión de minutos se derrumba la concordia.

El mensaje que le entregó el empleado del hotel era la mosca que había manchado aquella tarde dorada que aparentaba finalizar sin nubarrones.

Patricio aferró los hombros de la joven y la miró de frente.

—Camila... No quiero perderte —confesó luego de evocar la pieza, en un arrebato que su razón no midió.

Ella respondió con la vista cálida y sin poder hablar.

Él no estaba muy seguro de lo que pasaría cuando regresaran a Buenos Aires, no sabía qué hacer con el análisis, no debía seguir como su analista, necesitaba derivarla. Los pensamientos parecían saltar tratando de armar una lógica en medio de la angustia que se había entrelazado con su límite ético. Y como si Camila hubiera escuchado el dilema de sus voces interiores, le preguntó:

—¿Cómo creés que deberíamos seguir, como amantes tal vez?

Patricio sabía el peso que la palabra *amante* tenía para su paciente. Y ella también lo notaba, de hecho la había invocado en varias sesiones durante el tratamiento hablando de las aventuras de su padre y de su abuelo con otras mujeres, que conocía gracias a las propias confesiones de la abuela Ivonne y de su madre cuando todavía era muy pequeña para digerirlas.

—No te castigues por esto —dijo él, a sabiendas de que en ella operaba la venganza como castigo.

—¿Acaso querer saber la verdad representa un castigo?

—¿Qué verdad querés saber, Camila? No tengo más para decirte. Yo no tengo tus verdades.

—Ahora habla el analista. Aunque sé que no dirías esto si estuviéramos en sesión. ¡Pero estamos acá! ¿No te das cuenta?

Él permaneció en silencio por varios segundos.

—Está bien, como quieras —prosiguió ella, y se puso de pie para alejarse.

Se dirigió al baño, cerró la puerta, encendió la ducha y trató de relajarse bajo el agua caliente.

¿En qué estaba pensando? ¿Creía que por los días que habían compartido juntos Patricio decidiría separarse de su mujer para quedarse con ella? Pero si horas antes apenas le había confiado los problemas que vivía en su matrimonio desde hace años, y sin embargo jamás se animó a dejarla. Y si decidiera abandonar su casa, ¿acaso ella estaba dispuesta a hacer lo propio con la suya?

Reflexiones apuradas se sucedían en su mente mientras se lavaba los cabellos con energía, como tratando de sacudirse las ideas para encontrar una verdad que pudiera liberarla, en lugar de confundirla. Sin embargo, las emociones estaban allí, esparcidas en esa habitación parisina, escondidas en las arrugas de las sábanas blancas, despiertas en todos sus sentidos y en la piel del hombre que aguardaba tras la puerta. Ya no podían velarse, se habían liberado las trabas que las sostenían. Ella lo sabía. Y él también.

Patricio, por su parte, luchaba contra sus pensamientos, que a esa altura estaban más afilados que nunca. Pensaba en la mosca de Ionesco, en esa especie de lunar atrayente que lo miraba y que —por ello— no era más que un reflejo imaginario de sí mismo. Ambos habían forzado un vínculo inexistente, un ideal que precipitó el insecto en la sopa mucho antes de lo previsto, y de lo deseado. Pero el amor podía dar forma a esa relación inventada. Sí, ahora lo veía con claridad y, a pesar de los temores que seguían invadiéndolo, ya podía reconocerlo sin tanto preámbulo: se estaba enamorando de su paciente.

No obstante, frente a semejante revelación, su mente le recordó la pregunta de su analista y entonces, después de tantos años de ataduras, se animó a formulársela de nuevo sin detenerse aún en la respuesta: ¿Qué era lo que su esposa satisfacía? ¿Por qué no podía dejarla?

La pareja cenó en el restaurante del hotel, entre música suave y un ambiente romántico. Hablaron poco, pero comieron bien. La mezcla de sensaciones, de impotencia y frustración, más el cansancio de la jornada les abrió el apetito. Decidieron no beber alcohol esa noche; los ánimos no estaban como para embriagarse. Si bien fueron amables, trataron de mantener un diálogo cordial e intrascendente. Pero en la mirada de ambos brotaba la nostalgia por aquello que habían vivido y ahora debían renunciar. ¿Qué más podían decirse? Si las palabras huelgan cuando los ojos se llenan de verdades.

Patricio ordenó al mozo que trajera la cuenta y luego de firmar se retiraron a la habitación. Se sentaron en los bordes de la cama, se quitaron la ropa uno a espaldas del otro, apagaron la luz y se acostaron. El colchón de dos metros resultó oportuno para evitar rozarse. Cada uno, en su espacio, miraba el techo con respirar cansado.

Por fin, la fatiga venció y se quedaron dormidos casi al unísono.

La noche, prudente y mansa, obsequió reposo a su tormento.

A pedido de Patricio, el teléfono sonó para despertarlos y la voz de la recepcionista le informó que ya eran las siete de la mañana. Ordenaron el desayuno en la habitación: café negro y jugo de naranjas para él, cortado bien caliente para ella. Las tostadas, los *croissant* con pepitas de chocolate, los dulces de manzanas y cerezas, los quesos y las frutas; todo quedó intacto sobre la mesa redonda que había traído el mozo minutos atrás.

Sorbían cada trago en silencio, mirándose a través de los pocillos. En los ojos de él había turbación; en los de Camila un dolor intenso por esa pasión que llevaba en sí misma la renuncia.

Luego de algunos minutos, Patricio se palmeó el muslo con la mano izquierda invitándola a sentarse junto a él. Camila saltó de la silla y se ubicó sobre su pierna. Lo abrazó y comenzó a llorar.

—Nunca me había sentido tan feliz —le dijo al oído.

Él acarició sus cabellos y besó algunas lágrimas que empezaron su marcha por las mejillas. La miraba compungido, pero no pudo pronunciar una frase. Sabía que las palabras horadan la angustia, que debía darle un sentido al sufrimiento para que no doliera tanto. Sin embargo, solo pudo sostenerla sin hablar. Él tampoco había vibrado así jamás con otra mujer y nada de lo vivido hasta entonces lo había movilizó de esa forma. Por eso también estaba herido. Por un momento creyó que se quebraría en un llanto parecido al de Camila, esa forma de llorar libre que solo tienen permitida las mujeres. Pero no pudo. Recordó a su padre, que sufría en silencio el desamor sin derramar una lágrima que aflojara su pena. Esa imagen le anudó la garganta. Los brazos reaccionaron a tiempo para impedir que la tristeza se fuera de las órbitas. Alzó a Camila y la llevó hasta la cama. Debía entregarle una respuesta, si no con palabras, entonces con gestos. Y, hasta ahora, no había encontrado otra manera para demostrar lo que sentía.

La recostó, le quitó el camisón y la dejó desnuda para él. Comenzó a besarla pasando la lengua sobre el vientre y lamió los muslos hasta llegar a la vagina. El gusto salado de su sexo se impregnó en los labios y sus ojos la miraron sin vergüenza. Siguió ahí unos segundos, intentando encender un fuego placentero que pusiera freno a tanta angustia. Ella dejó de llorar y reaccionó con movimientos tenues, invitándolo a seguir. Con sudor a hombre que sabe de su hembra, Patricio se arrodilló, levantó las piernas de Camila y las ubico sobre sus hombros. La penetró deslizando la punta del pene por su cuerpo con suavidad hasta alcanzar su límite y allí se detuvo: parecía amenazante. Entonces empezó a moverse a ritmo fugaz, como un látigo que atraviesa su destino con impulso certero. Camila percibió una corriente en el clítoris que iba en aumento. Patricio estaba excitándola en el punto máximo de sus sensaciones, ese lugar oculto al que solo accede el hombre que conoce bien a la mujer. Mientras ella gemía exhalando satisfacción, él oprimía sus caderas contra el colchón para llegar al fondo de su interior. Entonces Camila sintió venir el orgasmo desde un lugar desconocido y estalló en un grito ronco que a él le provocó más ganas. Patricio comenzó a moverse con fuerza; ahora sí a ella le dolía. Pero debía aguantar, había notado que esa forma violenta lo estimulaba. No se habían protegido, sin embargo Patricio estaba ciego de placer. La notó mansa, indulgente, y deseó vaciar su semen en ella para dejar marca en su cuerpo, como si eso la garantizara solo para él. Y sin preguntarle nada, con la fiebre que arrasa todo vestigio de razón, acabó dentro de Camila llenándola de esas promesas que el deseo de ambos llevaba escondidas.

VI

Aeropuerto Charles de Gaulle.

París, 26 de abril.

Las puertas corredizas de la sección *Arrivés* se abrieron de par en par dando paso a la afluencia de un grupo de turistas apresurados por salir.

Patricio llegó media hora antes y permaneció de pie frente a los ventanales transparentes que abarcaban todo el ancho del lugar. Había dejado a Camila en el departamento de la Avenida Foch, la acompañó hasta la entrada y procuró marcharse antes de que su madre bajara a recibirla. A pesar de no saber bien cómo terminaría todo aquello que apenas había comenzado, el abrazo final resultó doloroso. Todavía podía sentir las palmas de ella sobre el rostro cuando se despidió con el último beso. «Te voy a extrañar», le dijo en un susurro.

La mañana parisina era clara, pero fría para las despedidas. Realizó el viaje hasta la terminal escuchando melodías románticas francesas que el chofer parecía haber sintonizado adrede para mortificarlo aún más. Sus pensamientos recorrieron cada segundo que pasó con ella desde que la vio sentada en la cabina del avión. ¡Claro que estaba al tanto de que Camila viajaría ese día! Por eso decidió cambiar su pasaje a último momento. Ahora sí podía reconocerlo sin temores. Y también cayó en la cuenta de que durante los días que pasaron juntos, se olvidó por completo de que era un hombre casado. Al igual que ella. Ni siquiera la llamada trivial que le hizo a su esposa la mañana anterior le provocó remordimiento. Camila ocupaba toda su energía y sus intereses. Patricio sabía muy bien la importancia de reconocer el propio deseo, como también comprendía la falta de respuestas frente a esa insistencia absurda en sostener un matrimonio que ya no lo satisfacía. Y entonces la vio: allí estaba la silueta que venía a poner imagen a sus pensamientos.

Entre la muchedumbre, observó la figura esbelta de su esposa que giraba la cabeza en su busca sin poder encontrarlo. Patricio sintió resignación. Qué palabra poco feliz para definir el encuentro con su mujer, pensó. Sin embargo, no pudo evitar que la sensación le tomara la mente y también parte del cuerpo. Observó el aspecto de su torso en el vidrio que lo separaba de la gente. Se vio con hombros caídos y mirada perdida. La postura erguida habitual que lo caracterizaba, haciéndolo parecer un tanto arrogante, se había modificado en ese preciso momento, al verla llegar.

Ese, ¿era realmente él?

Al fin, la puerta se abrió y Ana apareció ante sus ojos.

—Hola, querido —lo saludó con ironía.

—Hola —respondió a secas. Tomó el carrito que contenía las valijas y se dirigió al exterior.

Caminaron en silencio hasta subir al vehículo. El chofer inició la marcha hacia la ciudad.

—¿Me podés explicar a qué viniste?

—Parece que estabas loco por verme —contestó ella—. Vine porque me pareció una buena idea que pasáramos unos días solos en París.

—No mientas, Ana, por favor.

—¿Por qué te parece que miento? ¿Acaso vos tenés algo que ocultarme? —dijo ella mirándolo duramente.

—No sé de qué estás hablando. Sabés muy bien que tengo un congreso y no entiendo qué bicho te picó para tomarte un avión de un día para el otro. ¿Con quién dejaste a Ámbar?

—Le pedí a mamá que se quedara en casa por unos días. ¡Sos un padre ausente y resulta que ahora te preocupás por tu hija! —exclamó ella elevando la voz.

—Bajá el tono o te dejo sola acá mismo, en medio de la ruta —dijo tomándola del brazo enfurecido.

—¿Cómo la estás pasando en tus vacaciones?

—¿Qué querés decir?

—Por ejemplo, ¿con quién saliste a cenar la noche que te llamé? —replicó ella.

—Ya te lo dije. Me encontré con el doctor Katz y vino a la cena que tuve con otros colegas.

—Ah, claro. Tenés razón, me había olvidado de eso —agregó con repentina suavidad—. Te cuento una novedad: me llamó la novia de Sebastián para contarme que él le propuso matrimonio.

—Ya lo sabía.

—¿Y por qué no me lo dijiste? Van a hacer una fiesta increíble. Parece que alquilaron un barco enorme para trasladar a todos los invitados a Punta del Este. Y...

Su esposa encendió un cigarrillo y comenzó a relatarle los detalles del nuevo acontecimiento, sin embargo Patricio ya no le prestaba atención. El resto del trayecto hasta llegar al hotel transcurrió con serenidad. Ella habló de la futura boda y del vestido que tenía pensado mandar a confeccionar si no conseguía comprar alguno que le gustase en París. Le comentó también que había decidido venir porque tenía muchas ganas de hacer compras en Europa y le pareció una buena excusa aprovechar el viaje para estar con él.

Llegaron al *Le Maurice*.

La habitación en donde había pasado sus noches de amor con Camila estaba prolijamente ordenada y con aroma a rosas frescas. A pedido de Patricio, las mucamas habían cambiado las sábanas y limpiado todo en detalle, llevándose con ellas los secretos del pecado consumado días atrás.

—¡Qué lindo cuarto reservaste! ¿No te parece demasiado grande para dormir solo? —dijo ella con una sonrisa poco franca, mirándolo directamente a los ojos.

—No empieces con tus cosas, Ana —contestó él sin darle importancia a sus comentarios—. Bueno, ponete cómoda. Podés descansar, ir al spa, o hacer lo que quieras. Yo tengo que irme porque hoy empieza el congreso y ya estoy llegando tarde.

—Está bien. ¿Volvés para almorzar conmigo?

—No, te veo a la tarde. Después cenamos juntos —respondió él.

Y se marchó.

Decidió caminar por la Rue de Rivoli. Las acreditaciones para ingresar al evento se iniciarían dentro de media hora; necesitaba despejarse, acallar sus ansiedades y su fastidio.

Los pequeños comercios de la calle ofrecían artículos característicos para los turistas: camisetas con leyendas *Paris Je t'aime*, llaveros con miniaturas del Arco de Triunfo y la Torre Eiffel, y bolsos multicolores donde resaltaba la bandera de Francia. Patricio se detuvo en un local de la firma *Swarovski* atraído por la suntuosa vidriera que mostraba piezas únicas confeccionadas en cristal. Se dirigió directamente hacia la vitrina que contenía los accesorios femeninos y eligió un corazón *Sparkling* valuado en trescientos euros. Pidió que se lo envolvieran con una tarjeta suya dentro de la caja y le solicitó al gerente que lo enviara hasta un edificio ubicado en la Avenida Foch.

Al llegar a la esquina, paró en un bar y se sentó a fumar un cigarro y beber café negro. El más fuerte que tenga, pidió al mozo. Había decidido hacer ese viaje para participar como invitado al Congreso de Psicoanálisis de la escuela francesa. Había preparado un discurso que merecería la admiración de los

presentes, aunque los planes no resultarían tan jubilosos pues él ya no sentía ninguna motivación. Sabía que su decisión de cambiar el pasaje lo cruzaría con Camila. Pero no imaginó que la cuestión se le fuera de las manos tan rápidamente y con semejante intensidad. Estaba demasiado acostumbrado a manejar su destino con aplomo, con total control de sus decisiones. Por lo menos eso creía hasta el momento. Y ahora la vida le daba una bofetada a plena luz del día y, por mal que le pesara, con plena conciencia de sus actos.

Camila... Su piel blanca, su aroma indefinido, sus modales gentiles, su cuerpo sudando por él en medio de la noche. Ella, la mujer, se le había metido por los poros. Y él, el hombre, no deseaba luchar más contra sí mismo. Sin embargo, ahí estaba su realidad, a pocos metros de ese lugar parisino, esperando su llegada —como siempre—, sin advertir que él se había marchado hacía años. ¿Cómo seguir ahora? ¿Qué debía decir, hacer o reprimir? ¿Cuáles eran las verdades que se le jugaban en todo esto? Los cuestionamientos comenzaron a llover martirizando sus ideas, torturándolo. No obstante, no podía continuar con esas preguntas, no por ahora. Mejor que seguir pensando, era dejarse llevar por sus obligaciones. Por eso, pagó la cuenta y se marchó hasta el Palacio del Congreso para cumplir con el objetivo del viaje: presentar su trabajo como analista.

El aplauso resultó vigorizante. La elite de la Escuela de Buenos Aires, la de San Pablo y, por supuesto, los popes del psicoanálisis en Francia, escucharon el recorrido que el doctor Patricio Blanchet hizo de un caso de neurosis obsesiva grave. Al terminar la ponencia, un selecto grupo aprovechó el intervalo que daba el itinerario para reunirse en uno de los cafés más bonitos del lugar. Entre ellos se encontraban el doctor Horacio Katz, renombrado psiquiatra porteño, la hermosa Liliana Duarte, especialista en niños, y el Licenciado Aldo Park, su amigo íntimo.

Patricio y Liliana habían tenido un romance fogoso que duró poco más de un año y había finalizado meses atrás. Ella estaba completamente enamorada de él, pero el hombre solo amaba sus formas liberadas y esa agresividad que la mujer desataba en su dormitorio. Su melena rubia, cortada al ras de la nuca, resaltaba las líneas de un cuello sugerente. Era alta, de pechos grandes y piernas largas. Su cara, blanca como la nieve, estaba salpicada por dos faroles azules y la nariz puntiaguda le daba aspecto presumido. Si bien no era para nada arrogante, el porte tan recto de su andar lo parecía.

Los presentó su amigo Aldo Park en una gala de beneficencia para el Hospital Garrahan. Allí cenaron en la misma mesa, uno al lado del otro, y no pararon de reír en toda la noche. Patricio nunca había estado con otra mujer desde su casamiento con Ana, a pesar de que las cosas ya no estaban bien entre ellos hacía años. Pero la sonrisa fresca de Liliana y esa sensualidad desmedida que mostraba clavándole su mirada mientras tomaba de la copa, lo cautivó al instante.

Estaba separada y tenía dos hijos mellizos en edad escolar. Hablaron de todo menos de psicoanálisis. En la charla se filtraron alusiones al amor, la soledad, los miedos y la vida sexual de las parejas luego de mucho tiempo de convivencia. Patricio no le comentó intimidades de su relación en tal sentido, sin embargo ella sí se abrió con él desde el inicio y le confió el derrumbe que había sufrido su matrimonio producto de un marido que abusaba del alcohol y terminó deprimiendo la vida y la cama de ambos. Bailaron tomados de la mano, al compás de música caribeña. Con las caderas libres, yendo y viniendo a ritmo de merengue, Liliana terminó de enloquecer los sentidos de su compañero en la pista.

Al concluir la reunión, luego de compartir varios tragos de vino y haber sudado cuerpo a cuerpo en el baile, Patricio le ofreció llevarla hasta su casa. La tomó del hombro para guiarla hacia el auto y, al ingresar él del lado del volante, estiró su brazo hasta la nuca de ella, acercó la cara a su rostro y le arrugó la boca con un beso. Liliana, sorprendida y sin poder hablar, se complació con la decisión de ese hombre fuerte que la sostenía sin pedirle permiso. Y lo besó también, mordiéndole los labios. Eso fue determinante para lo que seguiría.

Llegaron al departamento en menos de diez minutos.

—Estoy sola, los chicos se fueron con el padre por el fin de semana —se apresuró ella.

Patricio estacionó y se bajó del vehículo.

—Un brindis por la excelencia de mi amigo Blanchet frente a ese tribunal exigente de ceños fruncidos —dijo Aldo apenas el mozo abrió la botella y llenó sus copas.

Alzaron las manos y las centraron al unísono sobre la mesa. Todos miraban a Patricio directamente a los ojos, menos Liliana. Si bien no dejaba de sonreír, no podía sostenerle la vista desde que decidieron terminar el romance. Por supuesto que la decisión había sido de él; ella quería compromiso afectivo serio pero su amante no podía complacerla. «Sabías que soy casado y que no puedo darte más de lo que tenemos», se excusaba él, y la poseía de nuevo, y luego una vez más, sin parar de amarla a través de ese sexo brutal que la dejaba sin aire. Entonces ella aflojaba su demanda y volvía a pertenecerle en silencio.

—Creo que esta vez nos lucimos mucho más que los colegas brasileros —agregó Katz, haciéndose cargo de los elogios pues Patricio y él trabajaban en forma conjunta con ese paciente.

—Bueno, les agradezco mucho las palabras, pero no se trata de una competencia, ¿o sí? —contestó Patricio con una sonrisa pícaro.

Todos rieron y volvieron a brindar llenando nuevamente los vasos.

—*Chérie* —dijo él, y levantó la copa hacia Liliana.

Ella arrimó el cristal y le devolvió el gesto, pero sus ojos volvieron de inmediato al mantel. Patricio se percató de la renuencia que mostraba Liliana frente a él. Sabía que debió hacer un gran esfuerzo por evitar buscarla en los meses que siguieron a la separación. Extrañaba su cuerpo mucho más que a ella, pero no deseaba hacerle más daño. El último encuentro entre ambos había sido suficientemente doloroso como para que dejara escapar sus instintos de nuevo. Ella lloró como jamás creyó él que una mujer pudiera hacerlo por un hombre. Le decía que lo amaba, que la relación se le fue de las manos, que se había vuelto obsesiva y no dejaba de pensarlo durante el día, que ya no podía concentrarse en el trabajo y que hasta había adelgazado algunos kilos porque la ansiedad le quitaba el hambre.

Patricio se alarmó ante una situación que a esa altura le costaba manejar, y tampoco quería verla sufrir así. Por eso decidió terminar con todo y le pidió que no volviera a buscarlo. Recién hoy se encontraban por primera vez desde aquella tarde de despedida.

—Esta noche cenamos en el Ritz, tengo reservada una mesa para seis. ¿Quién confirma? —preguntó Aldo Park.

—Yo me anoto —contestó Horacio Katz.

—Yo también —agregó Liliana Duarte.

—¿Vos, amigo?

—Por supuesto —dijo Blanchet, sabiendo que el compromiso que acababa de asumir le ocasionaría una fuerte discusión con su mujer, que lo esperaba en el hotel para comer juntos.

Antes de regresar, Patricio decidió llamar a Camila. Una voz dulce contestó:

«Mensajes después de la señal, muchas gracias»

Cortó sin hablar. La extrañaba, necesitaba verla, besarla, tocarla. ¿Qué le pasaba con esta mujer? Había logrado mantener en su carril la relación con Liliana durante mucho tiempo. De hecho, para él jamás hubiera sido un problema si ella no se hubiese enamorado como lo hizo. Y ahora, a solo dos días de iniciar un romance con su paciente, sentía que toda la cordura a la que estaba acostumbrado se había vuelto polvo.

Entonces comenzó a asociar.

Recordó que la tarde previa a la gala de beneficencia en que conoció a Liliana, había atendido a Camila. La sesión duró poco más de veinte minutos, pero ella no podía levantarse del diván cuando le anunció que se había terminado.

Corrían los primeros días de marzo y el calor en Buenos Aires continuaba siendo agobiante. Camila llevaba puesto un solero de lino color blanco que contrastaba con sus piernas bronceadas. No se movía. Había quedado paralizada ante la conclusión a la que arribó luego de relatar un sueño de la noche anterior en el que tres avispas volaban sobre su cabeza para atacarla, hasta que una conseguía clavarle el aguijón.

«En realidad, parecía un semicírculo con forma de U que se me había incrustado en la piel». Patricio preguntó qué le sugería esa letra, y ella formuló la deducción propicia para que el analista decidiera dar por finalizado el encuentro: «Es la U de Única».

En numerosas sesiones anteriores, Camila ya había hecho referencia a esto. Esa palabra, *única*, se repetía en sus relatos aludiendo a la posición que ocupó siempre en el colegio, cuando la profesora de matemáticas solía pararla frente a la clase pidiendo un aplauso para la *única* alumna que podía resolver algunos ejercicios en los exámenes. La *única* había sido también para sus padres, que orgullosos comentaban a los amigos el concurso de poesía que ganó a los once años; momento en que publicaron su obra en la sección cultural del diario para conmemorar el Día de la Madre. Por otra parte, era la más querida para sus abuelos por ser la primera de los seis nietos que tenían. Ahora podía asociar aquello del cuento de la Cenicienta al que su analista había aludido una vez, con las exigencias que sufría desde pequeña al ser la mejor en todo y la *única* que se destacaba en el hogar. El lugar placentero que ofrecía la condición de *única* en la vida de Camila, resultaba ser —al mismo tiempo— causa de mucho sufrimiento. Y a esa conclusión había llegado esa tarde, en la que sus piernas inmóviles le impedían reaccionar y ponerse de pie.

Sin embargo, más allá de las deducciones planteadas por Camila, el analista le había cortado la sesión pues estaba escuchado en esa palabra aquello que ninguna de las mujeres de su familia había podido lograr: ser la *única* para un hombre. Tanto su abuelo como su padre, habían engañado a esas mujeres convirtiéndolas en una más, por eso el ideal de Camila se jugaba en ese anhelo de ser la *única* que no fuera engañada, cuestión que tampoco había logrado en su relación con Lucio. Él también le había sido infiel y eso la convertía en una más de la cadena femenina traicionada por ellos.

—Camila... —le habló Patricio parado a su lado al cabo de segundos.

Ella, todavía recostada en el diván, pestañeó varias veces y lo miró aturdida, como tratando de ordenar una serie de imágenes que sucedían en su mente y que reflejaban los hitos más perturbadores de su historia. Se detuvo en su entrecejo, marcado por una línea acentuada de escasos milímetros, y luego en esas manos grandes, de nudillos y venas pronunciadas, que descansaban a los costados del cuerpo esperando su respuesta. Volvió a fijar la vista directamente en los ojos de su analista sintiendo que le habían desnudado el alma. Pero no pudo moverse ni decir nada.

Patricio sospechaba las escenas que Camila estaba recreando. De hecho, había cortado la sesión en el momento justo para permitir el despliegue de representaciones que seguramente se armarían en su cabeza. La observó unos instantes en los que ambos se sostuvieron la mirada por un tiempo indefinido, armando en el espacio que los separaba mensajes que iban mucho más allá de la relación que mantenían. Acostada e indefensa como parecía, Camila lo invitaba a sus instintos más hondos. Entonces él habló, para alejar el deseo que estaba asomando a sus sentidos.

—La sesión terminó —le dijo a secas.

Su forma tajante y ese límite que ella bien le conocía, fueron suficientes para impulsarla a emerger del trance que le habían provocado sus palabras y salir de una vez del diván y de su consultorio.

Patricio no era consciente de la atracción que Camila le provocaba, pues la emoción era

automáticamente anulada por un pensamiento correctivo: ella era su paciente y, por eso, esos ojos femeninos no eran para él. Solo a veces aceptaba que algo anormal le estaba sucediendo y se sentía en falta. La ética profesional y un *Superyó* (1) severo lo llenaban de culpa generando una represión mortificante. Pero algo inesperado sucedió, una especie de liberación frente a tanto deseo reprimido se le jugó con la oportuna seducción de una mujer audaz, de belleza soberbia, que conoció esa misma noche: Liliana Duarte.

La osadía de la rubia que lo había provocado durante toda la cena, culminó con el ofrecimiento de una copa de champagne en su departamento. Sin embargo, la pareja jamás llegó a probar sorbo de la botella helada que Liliana tenía en mente descorchar; apenas pasaron el umbral Patricio se abalanzó sobre ella apretándole los pechos. Levantó la pollera e introdujo sus manos en busca de la vagina húmeda que pedía caricias. El encuentro con el desenfreno de su sexo lo animó aún más; la alzó por la cintura para llevarla al sofá ubicado en medio de la sala. El hombre la exploró con una boca amable para luego cargarla hasta el dormitorio que encontró a puro instinto. A pesar de no haber encendido las luces, el reflejo de la luna se filtraba por las hojas del ventanal pincelando la penumbra. La cama de estilo clásico, con barrotes de madera terciada en cada extremo, le daba un toque monárquico a la habitación. La ferocidad de Patricio, que a esa altura estaba desatada, no intentó medirse con esa mujer desconocida que sostenía. Por el contrario, el hecho de no conocerla había sido la gota perfecta para que el vaso lleno de deseos forzados a no moverse terminara rebasando como una mina que espera esa huella justa para detonar. Patricio apoyó a Liliana contra uno de los listones que armaban la litera, le amarró los brazos por encima de su cabeza y sostuvo las muñecas con una de sus manos. Con la otra comenzó a medirle el cuello mirándola endiablado. Lo presionó levemente, para captar la reacción de ella bajo su pulso. La mujer, inmóvil y sujeta por el peso del hombre contra ella, sintió la tensión que ejercían los dedos para regular el aire que pasaba por las venas. Patricio liberó sus brazos y fue en dirección al clítoris: con una mano apretaba la garganta y con la otra le oprimía los costados de la vulva. El éxtasis que experimentó Liliana en ese momento no pudo compararse con ningún otro encuentro del que tuviera memoria. La falta de oxígeno hacía temblar sus caderas y dilataba el goce enredado en la pelvis. El hechizo la alteró de tal forma que se contorneó jadeando con la poca ventilación que le sobraba. Pero Patricio aún no tenía pensado detenerse. Esperó un poco más, hasta que ella se empapara de sudor, con quejidos y espasmos producto del placer y la falta de aire. Las pupilas de Liliana clamaban compasión; su vientre saciedad. Entonces él desabrochó su pantalón y le incrustó el pene aflojando sus falanges. No la besó, solo la miraba mientras se movía con bravura aferrado a sus nalgas. Y la poseyó ahí mismo, parado sobre el tablón de madera de esa cama imperial, con el ímpetu de un macho que reclamaba satisfacción para un deseo voraz por otra hembra.

* * *

—¿Te vas a cenar con tus colegas? —inquirió Ana.

—Sabías que vine por un Congreso y que tengo compromisos —contestó Patricio con hastío.

—Todos tus compromisos son más importantes que tu propia esposa. Siempre es lo mismo.

—Si siempre es lo mismo, ¿qué viniste a buscar acá, entonces? ¿Algo distinto? —se acercó él hacia su rostro.

—No sé qué mierda vine a buscar, pero veo que lo encontré —dijo su mujer empuñando la audacia filosa de su lengua.

—¡Bravo! Buen trabajo el tuyo. Ahora dejame en paz —soltó él. Y se marchó de la habitación dando por terminada la disputa.

Una luna llena se recostaba por encima del Louvre cuando Patricio tomó el taxi hacia el hotel Ritz. El grupo de colegas ya lo esperaba en una de las mesas redondas de la terraza.

—Pensamos que no vendrías —dijo Aldo Park mientras le hacía un lugar a su lado.

—Jamás me perdería esta celebración —comentó Patricio con una sonrisa.

En ese momento, Horacio Katz, que se había sentado junto a Liliana, le estaba sugiriendo algo del menú; siempre había sentido ganas de llevarla a su cama.

Patricio quedó ubicado entre Aldo y Horacio, justo enfrente de la mujer. Liliana llevaba una camisa de seda transparente que dejaba traslucir el corpiño de encaje armado sobre sus pechos. Un collar de perlas blancas daba tres vueltas al cuello e imponía sensualidad al escote. Sus labios, de rojo brillante, no paraban de sonreír a los comentarios del doctor Katz evidenciando un galanteo seductor. Sin embargo, al finalizar cada intercambio de palabras con su compañero, ella alzaba la vista y miraba de frente los ojos de Patricio.

—Mi secretaria llamó desde Buenos Aires para decirme que tu mujer telefoneó al consultorio hace dos días preguntando si yo había venido al Congreso de París —le comentó Katz al oído de Patricio.

—¿Y ella qué le dijo?

—Que no, que yo llegaría en el vuelo de hoy por la mañana. No sé si estuvo bien el dato —agregó Horacio preocupado.

Patricio bebió un trago largo de vino tinto.

—Claro que sí, perfectamente. Gracias por avisarme —le dijo, sin revelar nada del asunto.

La cena duró poco más de una hora. Al principio, hablaron de casos clínicos, diagnósticos y comentarios acerca de las presentaciones de esa tarde. Pero luego la conversación tocó temas personales y se armaron diálogos picantes.

—¿Hace cuánto que no tenés una cita? —preguntó Horacio Katz a Liliana luego de que ella confesara que se había separado hacía tres años de su marido. La mujer sonrió y bajó la mirada en señal de timidez.

—Recién me estoy recuperando de la depresión posdivorcio —dijo con tono de ironía—. En realidad, no tuve mucho tiempo para aceptar invitaciones, y menos para una cita a ciegas —terminó. E inmediatamente sus mejillas se ruborizaron.

Patricio tomó la palabra.

—A veces podés estar en un lugar de imprevisto y sentir que la vida te sorprende a lo grande. Lo bueno es dejarse llevar cuando eso pasa sin cuestionarnos tanto, ¿no les parece?

Liliana creyó que sus palabras aludían al encuentro que habían tenido al conocerse, sin embargo, Patricio solo pensaba en Camila, en la posibilidad que se había dado en ese viaje después de haberla deseado en silencio.

—¡Mirá quién habla! —exclamó Aldo—. ¿Acaso vos dejás que la vida te sorprenda, amigo?

Patricio lo observó con mirada poco feliz; su compañero sabía de los avatares de su matrimonio pero no de sus aventuras con Liliana, y mucho menos de los anhelos por su paciente.

—¿Me vas a decir que ningún hombre te echó el ojo? —insistió Horacio movido por la perturbación que esa mujer le provocaba.

Liliana levantó la vista del mantel y la posó sin reservas sobre el rostro de Patricio. Él, y todos los presentes, notaron la intensidad de sus retinas que delataban sin reparos el amorío que los vinculaba.

Aldo, que percibió de inmediato el cambio en el semblante de su amigo y la expresión contraída de su mandíbula, se encargó de equilibrar la tensión provocada por el comentario.

—No es propio de caballeros insistir en la satisfacción de nuestra curiosidad, y mucho menos de analistas tan prestigiosos como nosotros —soltó con atino—. Dejemos las cuestiones íntimas de la dama para cuando ella desee ventilarlas. Vamos a tomar una copa al bar del *Maurice*, ¿tienen ganas?

Con el andar dudoso que provocan los brindis en exceso, los cuatro ingresaron al lobby del hotel a paso inestable. El pianista, enfundado en su smoking negro, movía los dedos interpretando baladas románticas. El lugar estaba muy concurrido; solo quedaba una mesa libre alejada de la barra.

Se ubicaron allí, en un extremo del salón, y ordenaron una botella de champagne rosado. Aldo y Horacio se sentaron en las sillas individuales que armaban un pequeño living; Patricio frente a ellos en un sillón con espacio para dos personas. Y Liliana, aprovechando el momento, se acomodó junto a él.

El mozo acercó copas llenas de burbujas y le sirvió a cada uno su bebida.

—Brindo por una noche de alegría compartida con buenos amigos —dijo Patricio levantando su mano.

—Comparto —señaló Aldo Park haciendo lo propio.

—Yo brindo por la psicoanalista más hermosa que conozco —agregó Horacio Katz mirando los ojos de Liliana. Ella, por primera vez en la noche, sonrió.

—¡Epa, amigo! Parece que el vino te desató las cadenas —soltó Aldo con la boca media seca.

—Eh, ¿para tanto? —contestó Horacio—. Además la belleza de Liliana está a la vista. No se hagan los tontos: somos hombres.

—No por eso tenemos que ser tan atrevidos —selló Patricio.

—Nuestro amigo siempre tan pacato —sonrió Horacio—. No sé qué piensan ustedes al respecto, pero yo estoy convencido de que la formalidad de Patricio debe tener su talón de Aquiles.

—¿Creés que una mujer linda como Liliana podría convertirse en el talón de Aquiles de Patricio? —preguntó Aldo entre risas, antes de sorber un trago.

—Me parece que se están pasando un poco —contestó Patricio con semblante serio.

—¿Qué tiene que decir usted, querida dama? —añadió Horacio—. ¿Nos estamos pasando de tema o acercando al asunto?

—Ni tanto, ni tan poco —dijo Liliana con gesto amable—. No creo que yo pudiera ser la debilidad de alguien tan excéntrico como Patricio —la alusión revelaba con sutileza una intimidad que los hombres desconocían.

—Por lo que yo sé de mi amigo, les aseguro que tiene más de equilibrado que de excéntrico —dijo Aldo levantando las cejas.

—Me gustaría saber qué les provoca hablar de mi sensatez o mis imprudencias —interrogó Patricio con una mueca de fastidio.

—Imprudencias no le conozco a Blanchet. Y si la sensatez es sinónimo de aplomo, con el grado de alcohol que llevás en sangre y esa mujer hermosa a centímetro tuyo, bastante sensato se te ve por estas horas —contestó Aldo al instante. Y los cuatro se distendieron riendo a carcajadas.

Ella, sentada en una de las butacas de la barra, bebía vino blanco hacía media hora. No habló con el barman ni soltó palabra alguna con el sujeto que minutos antes tenía a su lado tratando de entablar un diálogo para llevarla a su dormitorio. Miraba la copa, la apoyaba sobre una de sus mejillas y luego sorbía tragos largos. El espejo inmenso que decoraba la pared de enfrente le devolvía una imagen tormentosa de su rostro. Su estilo refinado, de belleza soberbia, engalanado con ropas de géneros costosos, no alcanzaba para atraerlo de nuevo. El hombre ya no la deseaba. Por más que intentase dar vueltas al asunto, lo sabía. Ni siquiera valoraba su compañía ni notaba su presencia en las horas compartidas dentro de la casa. Cuando él estaba, ella se diluía. Y al quedarse sola, únicamente la angustia le devolvía consistencia a esa vida llena de vacío. La secretaria del doctor Katz le había confirmado sus sospechas: su marido había mentado. Y, sin embargo, decidió tomar ese maldito vuelo a París en busca de más respuestas. Pero él, en lugar de procurar un acercamiento, se había alejado como siempre. ¿Necesitaba más respuestas a esa altura de los acontecimientos? Curvó los labios en señal de

tristeza y rendición. Ya no sentía fuerzas para dar batalla. Además, no podía precisar quién era en verdad su enemigo, contra quién debía desplegar su estrategia. Y eso la llenaba de impotencia, de frustración y de rabia.

Sí, estaba llena de rabia. Le dedicó sus mejores años, lo acompañó en el trayecto de su carrera, lo alentó para que se transformara en el hombre de éxito que veneraban sus colegas. Todo, por nada. En eso se había transformado su destino: en nada. Su hija ya no alcanzaba para menguar la desdicha. Además se estaba poniendo grande; la niña y también ella. Echó la nuca hacia atrás y bebió un trago hondo. Escuchó risas que llegaban desde el otro extremo del salón. La gente todavía tenía ganas de reír... Entre el murmullo lejano, creyó oír un nombre familiar y luego algunas palabras en español. Giró la cabeza; más mareada de lo que suponía.

—Por la única rubia sensual que conocí, por la mujer que atormenta —dijo Horacio Katz, y levantó la copa para brindar con sus amigos.

Liliana miró a Patricio y se le pegó más hasta rozarle el brazo con uno de sus pechos. El hombre intentó apartarse unos centímetros sin parecer descortés. Tratando de cuidar las apariencias, ella deslizó la mano por el respaldo de la butaca y comenzó a acariciarle la columna para estremecerlo. Patricio se inclinó hacia adelante intentando evitar el contacto con sus dedos. No sentía ganas de que Liliana jugueteara con él, y mucho menos de que lo tocara. En su mente no aparecía otra imagen más que la de Camila: veía los ojos de ella sobre sus propios ojos. Y si bien intentaba pasar ese momento con amigos con el solo fin de alejarse de su esposa, no paraba de pensar en esa mujer que lo había conmocionado como ninguna otra en su vida, y que debió abandonar horas atrás en la puerta de un edificio gris.

—¿Me acompañás al hotel? —le susurró Liliana al oído. Y dejó su boca cerca de él esperando una respuesta.

La algarabía a esa altura de la noche, el desenfado por la segunda botella de champagne que compartían y la escena de seducción que pretendía jugar Liliana con Patricio, avivada por la borrachera de Aldo Park y Horacio Katz, hicieron que nadie se percatase de la figura vacilante de Ana acercándose a la mesa.

Se oyó un aplauso seco. Liliana y Patricio levantaron la vista; Aldo y Horacio giraron el torso. Allí estaba la bella señora de Blanchet, con un traje color manteca y zapatos de tacón negro, parada a escasos metros de su marido.

1- Para Sigmund Freud, es la Instancia psíquica cuya función es comparable a la de un juez o censor, a la voz de la conciencia moral; aprueba o rechaza las ideas y los actos. El Superyó es heredero del complejo de Edipo y se forma por interiorización de las exigencias y prohibiciones parentales.

VII

A pesar de sentirse confundida, de extrañar a ese hombre enigmático que se le había metido en cada suspiro, Camila pudo despejarse y disfrutar de la ciudad con su hermana y su madre durante la mañana.

Al caer la tarde, el timbre las sorprendió a poco de haber vuelto del paseo. Un joven con acento marroquí se presentó en el edificio en nombre de la firma *Swarovski*. Carolina recibió el paquete que no tenía señales de remitente a la vista.

—Seguro que esto es obra del analista —dijo a su hermana y le entregó el regalo.

Ella despegó el papel, abrió la caja de cuero y se encontró con la sorpresa: un corazón de diamantes tallados brilló ante sus ojos. A su lado, escondida entre los rasos de la tela, asomaba la punta de una tarjeta blanca: *Tu me manques comme un fou. P. Blanchet.*

Camila comprendió la maniobra; a esa altura ya conocía sus estrategias. En algunos momentos, cuando ella decía algo importante durante la sesión, el analista permanecía callado con el fin de que esas palabras pesaran más en el silencio. Y ahora, a sabiendas de que no podría comprenderlo pues no hablaba francés, Patricio había escrito adrede el mensaje en ese idioma quizás con la intención de generarle más deseo.

Sonrió, cerró los párpados y apoyó la nota sobre el pecho.

—¿Qué te puso? —preguntó Carolina con impaciencia.

—No sé —contestó ella levantando los hombros—, no lo entiendo.

—¿Por qué no te escribe en español? —preguntó Érica.

—Tal vez porque no quería que lo supiera tan pronto —dijo Camila—. Patricio es un estratega.

—Ya veo —soltó su hermana—, te hizo bien la cabeza para dejarte enloquecida. No me gusta, es un desastre como profesional y debe ser un tipo de mierda.

—¿Por qué decís eso, si no lo conocés? —respondió Camila.

—Todo el mundo sabe que un psicólogo no puede meterse con su paciente —interrumpió la madre de forma categórica.

—Más que meterse yo diría ¡cogerse!, mamá —agregó Carolina—. Las cosas como son.

—Es un profesional excelente. Si pasó algo entre nosotros, es simplemente porque los dos tuvimos ganas de que sucediera. En realidad, ¡yo me moría de ganas! Ustedes saben que tengo un quilombo en mi cabeza desde que descubrí a Lucio con otra, y Patricio también lo tiene en su matrimonio.

—¿Él también es casado?! —se asombró su hermana sin disimulo.

—Sí, también —dijo Camila con fastidio, y se marchó del departamento dejando a sus parientes boquiabiertas.

En realidad, no sabía bien adónde ir, pero necesitaba tomar aire. Demasiadas emociones se habían desatado en su interior en pocos días y ahora, además, debía lidiar con las curiosidades de Carolina y su madre. Tenían por costumbre contarse todos los detalles de su vida, pero desde que ella se había comprometido con Lucio los celos cegaban los ojos de su hermana y la relación fue cambiando. Desde niñas, Camila había vivido para Carolina: la cuidaba, la aconsejaba, la guiaba, la quería. Ella era la intelectual, la más bella, la adulada, y Carolina se había convertido en su sombra desde pequeña. Camila

la hacía partícipe de sus amigas, de las salidas en grupo y hasta compartía con ella su vestuario. Su prioridad era Carolina, hasta que llegó Lucio y se enamoró por primera vez. Se mudó con él al poco tiempo y su hermana no le perdonó el abandono. La volvió loca durante los primeros meses: «Ya no me querés, no te importa nada de mí, tu única preocupación es ese hijo de puta, egoísta, arrogante, ¡el peor de todos!», solía decirle hasta el cansancio. Camila trataba de contentar a ambos pasando tiempo suficiente con cada uno; porque su marido también era exigente y celaba el amor hacia su hermana, tanto o más que Carolina a él. Cuando el adulterio de Lucio salió a la luz, Carolina aprovechó para sacar ventaja. Pero no logró su cometido: a pesar del dolor y la traición, Camila lo perdonó. Y ahora, con esta nueva relación, con la piel hirviendo todavía por el romance con su analista, la hermana arremetía de nuevo en su contra. Nadie que fuera objeto de amor de Camila complacía a Carolina. A pesar de sus treinta y cinco años, continuaba soltera y vivía con sus padres. Se le habían insinuado algunos hombres, pero ninguno la conformaba del todo.

La noche asomaba sus primeros pasos y se le antojó fresca. No había llegado a agarrar un abrigo, pero no le importó. Al menos llevaba su cartera; necesitaba estar sola.

Luego de despedirse de Patricio esa mañana, lloró como una tonta sin demasiada conciencia de las razones que la animaban a sufrir. Por eso se había propuesto despejarse, no pensar más en lo sucedido. Consiguió pasear con su familia y hasta disfrutó riendo de los comentarios espinosos de su hermana que aludían a las ventajas que sacaría Lucio de su viaje al quedarse solo tantos días en Buenos Aires. Pero el corazón de *Swarovski*, más las palabras que no entendía impresas en la tarjeta, la sacaron del impasse y le devolvieron esa nostalgia sin nombre que intentó alejar por unas horas. Patricio la perturbaba de nuevo, ahora también en ausencia.

Caminó por la Avenida Foch, se subió a un taxi y, como pudo, hablando mitad francés, mitad inglés, le indicó el destino al chofer. El taxista solo comprendió un nombre: *Champs Élysées*. Y la condujo hasta allí.

La calle de los Campos Elíseos era la principal avenida de París. Desplegada desde el Arco de Triunfo hasta la Plaza de la Concordia, se la consideraba la más elegante del mundo. Contaba con tiendas exclusivas y restaurantes atestados de turistas que pululaban en busca de prendas costosas y algún trago fuerte para resguardarse del clima imprevisto de la ciudad. París se caracterizaba por sus cielos grises, como si la tristeza despertara con el alba y fuera indiferente a la belleza. Considerada *la ciudad luz*, sin embargo los días parecían lánguidos y esos edificios imponentes solían estar siempre en sombras. Camila lo sabía por haberla recorrido con su amante el día anterior; Patricio se lo había contado en medio de arrumacos.

—En este lugar casi no asoma el sol. Pero la noche parisina es una de las más hermosas del mundo. La ciudad se enciende como una gran obra de arte, los puentes del Sena cobran vida y cada monumento susurra pedazos de la historia. Nada es más bello que París encendida... Por eso el amor acá resulta más fuerte que en cualquier otro sitio. Y más peligroso.

Camila recordaba las palabras de su analista mientras andaba sin rumbo por la tarde. Era cierto, las emociones desatadas en medio de un lugar tan bello producían un impacto diferente. ¡Cómo no enamorarse en las calles de París! Si todo parecía mágico, como en los cuentos. Sin embargo, pensó, toda persona puede tener un pie en un cuento y, al mismo tiempo, otro en una tragedia. Y ella estaba sintiendo las dos cosas.

Caminó un poco más y, al cabo de minutos, ubicó un bar multicolor que le había llamado la atención. Por varias horas se había olvidado de comer; los acontecimientos pasados le quitaron memoria y apetito. Eligió un plato de pastas y se la devoró en pocos minutos. Lo coronó con *crème brûlée*, el postre a base de crema, huevo y azúcar que le había hecho conocer su abuela Ivonne desde pequeña y que le fascinaba. Estaba por explotar, pero la cena le había devuelto el ánimo. Se fue de allí y continuó recorriendo las manzanas a pie. Se detuvo en bazares y comercios preguntando precios en los que halló abiertos por esas

horas; llevaba su corazón pendido del cuello. Continuó senda abajo en dirección al Museo del Louvre. Pasó por jardines inmensos y edificios públicos majestuosos. Bordoó el recodo que dibujaba la calle al final de los parques y descubrió que ahora sus pasos dejaban huella por la *Rue de Rivoli*. Al alcanzar el Jardín de las Tullerías se detuvo y creyó que le faltaba el aliento: estaba frente al hotel *Le Maurice*.

Se paró en la entrada, vacilante. Mientras la puerta giratoria dibujaba remolinos sobre el aire, ella dudaba si debía ingresar o no. La piel, erizada, le pedía a gritos que entrase, pero sus pasos inmóviles frenaban el impulso. Una mujer vestida de blanco franqueó la salida y pasó aprisa cerca de ella rozándole el brazo.

Patricio, su marido, la seguía.

—Camila...

—Patricio...

Duró solo un momento la sorpresa; se cruzaron apenas con una mirada. El corazón *Swarovski* encandiló su vista y él sintió esa puntada que sacude al pecho cuando el deseo hace ancla en la conciencia. Pero no podía detenerse, tenía que seguir a su esposa. Debía intentar una explicación para lo que acababa de suceder ahí. Aunque —sabía— le costaría convencerla de que en realidad no era esa la mujer que lo perturbaba. Allí estaba Camila, rendida ante él, con el suspiro girando en torno de su cuello, mientras su esposa arremetía paso lastimada por otra humillación. Por eso se fue tras ella sin decir más que su nombre, ¡*Ana!*, luego de haber pronunciado el de su amante y dejarla en soledad, con unos ojos humedecidos que lo siguieron hasta perderlo en la negrura.

Minutos después, las piernas continuaron su camino sin decisión razonada; Camila entró al hotel. Primero fue hasta el baño; su rostro requería compostura. Dos rayas negras irregulares sobre las mejillas delataban su estado de ánimo. El espejo le devolvía una imagen triste. Había visto a la mujer del analista devenido en su amante, y ahora *ella* se convertía en *la otra*. Sintió lo mismo al descubrir a su esposo con la joven secretaria, como si ver al hombre que juzgaba suyo en compañía de otra, disparase un efecto descendente en la jerarquía que hasta entonces ella creía ocupar. Concluyó, pues, que nada importaba el título oficial impuesto por meras convenciones para sentirse única. En su mente se planteaba un lugar diferente, doloroso, que ningún documento lograba modificar. Siendo la esposa legal de Lucio, su marido también la había convertido en *la otra*. Y con Patricio, aunque desde un lugar opuesto, le sucedía algo similar.

Se enjugó la cara bajo un chorro de agua helada que ofició de recompensa para sus ojos. La polvera que llevaba siempre en el bolso resultó más oportuna que otras veces: maquilló la palidez y la zozobra. Un poco más repuesta, dejó la coraza de ese baño para enfrentar de nuevo al mundo. Fue hasta el bar y se ubicó en la misma mesa que había ocupado el día anterior con su analista. Tres personas se estaba despidiendo. Camila quedó sola en el lugar. Le alcanzaron el Martini que pidió y, luego de dar las gracias, cerró los párpados y comenzó a relajar el cuello estirándolo a cada lado sobre los hombros. El grupo que se saludaba cerca de la entrada hablaba español, lo notó al instante.

—Descansá tranquila, Liliana. No te preocupes, Patricio y su mujer se llevan mal hace años —dijo Aldo luego de despedir a Katz—. No te atormentes pensando que vos ocasionaste esta discusión.

—Conozco poco acerca de la vida personal de Patricio —agregó—, pero no me gustaría causarle problemas en su matrimonio. Después de todo, Aldo, sabrás que él ya tuvo oportunidad de elegir, y decidió quedarse ahí.

Si bien Liliana no aludió expresamente a la relación íntima, el comentario dejaba entrever que algo

había pasado entre ambos. Aldo no era tonto, y ella demasiado hermosa para que un hombre pudiera reprimirse. Pero, como buen caballero, omitió lanzar opiniones al respecto.

—Que duermas bien. Mañana nos vemos en el congreso.

Camila quedó estupefacta, inmóvil; el trago suspendido al aire con su mano, mirando en detalle la belleza agresiva de esa rubia que se erigía como una novedad en la vida del analista y como una nueva competencia para ella.

Permaneció unos minutos más allí, tratando de tejer la maraña de hilos desordenados en su cabeza. Patricio ya había mantenido una doble vida alguna vez, las palabras de la mujer lo confirmaban. Pero el dato revelador no era tan simple: «Él ya tuvo oportunidad de elegir y decidió quedarse ahí». También había podido separarse de su esposa, y no lo hizo.

En realidad, aquellas eran cuestiones ya conocidas para ella; él mismo se las había confiado la noche que cenaron en el Barrio Latino. Sin embargo, otra vez se jugaba su lugar único en esta relación: al parecer no había sido Camila la primera —ni la única— amante del analista. En este caso —a menos que hubieran otras—, era la segunda. Por eso ahora debía sortear la sensación incómoda que generaba el hallazgo. Y no supo cómo hacerlo.

La noche terminó mal. Volvió al departamento con náuseas y mareos. Su madre y su hermana dormían profundamente; por suerte no escucharon sus pasos al llegar. Terminó inclinada sobre el inodoro, vomitando todo lo que había ingerido: las pastas, la *crème brûlée*, la escena de Patricio tras su mujer en llamas, las palabras de la rubia acelerando más verdades. El matorral de pasiones confusas salió de su boca para ensuciar el agua. Quedó vacía y exhausta.

Se desplomó sobre la cama sin quitarse la ropa; solo desabrochó el colgante que ya comenzaba a apretarle el cuello. Real o imaginario, sentía más pesados los brillantes. Entonces, aliviada de la carga de manera ilusoria, pudo dormir y olvidar todo cerrando los ojos por unas horas.

La mente se apagó por un rato, sin embargo no le dio mucha tregua. Soñó con la casona de Córdoba, donde pasó los veranos más bellos que recordaba. Allí estaba la abuela Ivonne escondiendo el corazón *Swarovski* en su alhajero mientras ella jugaba con los perros en el jardín. No pudo descifrar la cara del hombre que la observaba desde el ventanal de la planta baja y pitaba un puro que dejaba columnas de humo espeso sobre el aire. Camila trataba de mirarlo, pero el despunte del sol se lo impedía. Solo un contorno asomaba entre los haces de luz que bañaban la tarde. Oyó una voz por la espalda que gritó su nombre, ¡Camila!, pero al darse vuelta nadie apareció. Descubrió sombras con brazos extendidos moverse entre las luces, como fantasmas sin rostro que clamaban por su presencia. Y luego ya no vio más nada.

El sueño cesó de repente, o quizás ella no quiso recordarlo al despertarse. No le sería fácil poder aceptar el mensaje que su interior le estaba develando.

* * *

—¡Hipócrita! ¡Mentiroso!

Patricio no podía calmar a su mujer que a grito vivo desplegaba su furia en las calles parisinas. Le aferró los hombros y le dijo:

—¿Te podés tranquilizar, Ana?

—¡No! ¡No quiero tranquilizarme! Hace años que tratás de dejarme contenta con tus explicaciones. Pero eso es lo que menos te sale. ¡No me dejás contenta! ¡No soy feliz con vos, Blanchet!

—¿Entonces qué estás reclamando, para qué viniste a París? ¿Para ver si podías serlo, o solo para confirmar que no lo eras?

—¡No me vengas con tus interrogantes laberínticos de psicología barata! Conmigo, no.

—Tenés razón, Ana. Con vos, no. Ahora calmémonos, por favor. —La abrazó. —Vamos al hotel para hablar tranquilos. —Ella apaciguó el ímpetu y exhaló un suspiro ruidoso que ayudó para alejar el fastidio.

—Está bien —dijo a secas. Y se dejó conducir por el brazo de su marido.

Patricio la sostuvo mientras caminaban las cinco cuerdas que los separaban del *Maurice*. No hablaron más durante el trayecto. Él aletargó la marcha para acompañar el ritmo de su esposa. A pesar de sentir su cercanía —que percibía más frágil que enojada en ese instante—, otras imágenes se colaron en su cabeza: los dedos de Liliana que buscaban provocarlo, las facciones deformadas de su mujer al verlos, los diamantes *Swarovski* brillando sobre el pecho de Camila y sus ojos abiertos, pidiendo el mismo cobijo que clamaban desde que la conocía. Andaba con la mirada al frente, pero con la vista vacía en la noche francesa. ¿Qué locura estaba viviendo? Tres mujeres en un mismo escenario: la madre de su hija, su ex amante y el amor al que ahora se daba permiso. Buena manera de definirlo, pensó.

Ana, en cambio, miraba las baldosas concentrada en el movimiento de sus zapatos de tacón. Patricio la guiaba. Algunas lágrimas habían comenzado a rodar por su rostro y terminaban en el suelo. Pensaba en Ámbar, a quien había dejado sola en Buenos Aires. Sintió culpa por haberla abandonado. No deseaba lastimar a su pequeña, sino protegerla todo lo que pudiera. Para eso debía seguir al lado de su marido. Alejar al padre de la niña resultaría traumático para ella. Sí, para ella... ¿Quién más importaba en esta historia, sino *ella*?

No levantó el mentón hasta llegar al dormitorio del hotel.

Por suerte para el hombre, el lugar se había despejado.

—Te pido algo —comenzó Ana sentada al borde de la cama—: si no vas a decir la verdad, mejor no digas nada.

Patricio la miraba de pie.

—Entiendo que lo que viste pudo haberte confundido. —Ella elevó la comisura de sus labios en una mueca irónica.— ¿Me dejas hablar?

—Hasta ahora no dije nada. Y vos tampoco —contestó.

El hombre caminó hasta el bar, sirvió dos copas con vino tinto y le alcanzó una a su esposa.

—¿Hay algo por qué brindar? —soltó Ana.

—Necesitamos relajarnos un poco.

—Mejor ponemos alcohol en lugar de la verdad, ¿no? —y sorbió un trago largo.

La Verdad...

«La sangre de los ancestros viaja por nuestras venas y quien no elabora su pasado está condenado a repetirlo, usted lo sabe», le había dicho hace poco Felipe Karlton, su analista.

VIII

El tamaño imponente y la incomparable acústica lo posicionaron dentro de los cinco lugares más afamados de su clase. Considerado uno de los teatros de ópera más importantes del mundo, el Colón era la meta soñada de cualquier artista académico. Diseñado por arquitectos de origen italiano, que lo colmaron de vestigios renacentistas con terminaciones de calidad, constituía la consagración indiscutida para quienes lograran plasmar su nombre en la cartelera artística.

Nacida en 1928 de padres italianos, Martha Brunnetti se empapó de música desde pequeña pues su padre era un tenor destacado que había ganado fama en los alrededores de su pueblo. Primero con él y luego con un profesor de renombre, educó la técnica vocal de su garganta y acumuló repertorio, adquiriendo además formación en piano y violoncello. Pero el canto lírico era su pasión.

A los veinte años encabezó un concierto en el *Club Italiano* y fue descubierta por el ojo atinado de Rodolfo Bruzón, destacado representante con buenas influencias en el medio, quien le consiguió una audición ante el director musical del Teatro Colón en la que Martha brilló iniciando los primeros pasos de un camino que la llevaría al éxito.

A lo largo de sucesivas temporadas de esplendor, interpretó *Carmen*, *La Boheme*, *Madame Butterfly*, *Tosca*, *La Traviata*; óperas que la mantuvieron en actividad constante consagrándola como una de las mejores voces de la época.

Bruzón, quince años mayor que ella y con una viveza criolla que no se esforzaba por disimular, se convirtió al poco tiempo en su manager y amante. Pero la relación se mantenía oculta entre bambalinas: el hombre era casado y tenía hijos pequeños.

Martha deseaba los contactos de Rodolfo en las esferas más altas del circuito mucho más que al hombre que se escondía tras ellos, y no consideraba al sexo un problema para conseguirlos. De hecho, tampoco lo disfrutaba plenamente: aunque no se diera mucha cuenta, jamás había alcanzado un orgasmo. Pero aquello no le importaba en absoluto: la potencia de su voz la llenaba de éxtasis mucho más que cualquier varón.

En las calles no solo se hablaba de la tesitura de su canto, sino también de su belleza. De piel blanca, mirada azul intensa y una voz que tocaba el cielo, era la perfección inmaculada de la ópera.

De los pasos por la cama de su mentor surgió la consagración definitiva, pero también el giro inesperado que tomaría su vida en poco tiempo. Al cabo de seis meses de encuentros eróticos intensos, sin haberlo deseado, Martha Brunnetti quedó embarazada de Rodolfo Bruzón. La noticia la angustió de tal manera que lloró enfurecida en la soledad de su camarín durante varias noches, antes y después de salir a escena. Decidió no confesarlo a su amante, quien jamás imaginó el asunto que la afligía. Con el fin de evitar sus insistencias, ella le comentó que se trataba de una cuestión sin importancia. Pero debía hacer algo para remediarlo.

A través de preparaciones caseras que una nodriza del barrio le había ofrecido trató de perder la criatura. Primero intentó con infusiones de hierbas que no dieron resultado. Luego la mujer le indicó que introdujera el tallo y las hojas de una planta de perejil en el interior de la vagina para relajar el cuello uterino hasta lograr la expulsión del feto. Si bien Martha sintió contracciones y dolor abdominal, no tuvo

sangrado ni rastros de pérdida.

Nada.

Entonces la nodriza sugirió que probara con raíz de algodón, cuya corteza estimula la contracción uterina que provoca el aborto. Sin embargo, este intento también resultó vano; el embrión parecía prendido a su matriz como un engendro, como una bacteria que le arruinaría la vida y su carrera, y de la que no podría deshacerse jamás.

Un poco por sus ruegos a un Dios en el que no creía, y otro tanto atribuido a la suerte —según pensó más tarde—, el oasis llegó pocas semanas después, una tarde congelada que acrecentó las molestias en su ojo derecho. Como la irritación era ya demasiado visible, y también el malestar, decidió acudir al oftalmólogo para liberarse de la dolencia pues esa noche tenía presentación en el Colón y necesitaba sentirse bien para estar a la altura de las circunstancias, como de costumbre.

El consultorio de Marcel Blanchet, exitoso cirujano en la materia, hervía de gente aquel día. Pero Martha no tenía tiempo para aguardar mansamente su turno; la gala comenzaría en pocas horas y debía salirse cuanto antes de allí para probar atuendo y maquillaje.

—¿Le puede decir al doctor que Martha Brunnetti debe verlo cuanto antes? —se acercó a la secretaria sin preámbulos.

La mujer la miró desconcertada y enseguida le contestó con aspereza:

—El doctor está con una paciente en este momento, no puedo interrumpirlo. Además, señorita, tiene cuatro personas adelante.

—Por más que tenga un ojo irritado, puedo ver y darme cuenta de lo que pasa alrededor. Precisamente, por eso le pido que lo interrumpa para decirle que yo estoy acá presente y que me urge entrar a la consulta. ¿Sería capaz de hacerlo, por favor? —selló Martha con una sonrisa mentirosa.

La mujer lanzó un suspiro de fastidio, la miró con expresión poco feliz y se levantó de su escritorio en busca del médico.

Marcel Blanchet estaba despidiendo a su paciente cuando la secretaria entró al despacho.

—En la sala hay una mujer quisquillosa que insistió para que lo interrumpiera. Disculpe, doctor.

—¿Y qué desea esa mujer quisquillosa, Susana? —sonrió Blanchet.

—Dice que no tiene tiempo para esperar su turno; hay varias personas adelante. Habló de algo urgente y quiere que la atienda ahora mismo.

El médico frunció el entrecejo sorprendido.

—¿Quién es?

—Martha Brunnetti.

El rostro de Marcel Blanchet relajó la mordedura del ceño.

—¿La cantante de ópera? —exclamó.

—No la conozco, doctor.

¡Pero Blanchet sí la conocía! Era amante de la música clásica y había presenciado sus conciertos varias veces, embelesado por su voz y su hermosura.

—Hágala pasar —ordenó al instante.

Martha, satisfecha, dirigió otra vez una sonrisa fraguada a la secretaria antes de ingresar al consultorio.

El médico ya la esperaba parado en el umbral. Y al mirarlo de frente y percatar el brillo intenso que salpicó sus ojos al verla, una idea tomó forma en su mente al instante.

Blanchet era galante, tenía prestigio y buena posición; solo faltaba conocer su estado civil. En una charla cordial que Martha procuró extender a pesar de su prisa inicial, se enteró de que era soltero y no tenía compromisos. Entonces utilizó su encanto para seducirlo allí mismo, en su propio suelo, bajo la lupa que sostenía con esa mano inmensa que le agrandaba la vista pero no lograba espiar sus pensamientos. Y el médico, que no podía ver más allá de la ciencia, cayó de inmediato en la trampa y

terminó desposando a la beldad más deseada por esos tiempos, a la voz milagrosa que la convertía en un ser inigualable, pero con las entrañas llenas por la semilla de un hijo que no era suyo.

La garganta lírica y el oftalmólogo prestigioso mantuvieron relaciones íntimas en la misma semana en que se conocieron y se casaron tres meses después, luego de que la novia, con disimulo alarmante y emoción bien figurada, confesara a su prometido que había quedado embarazada en los primeros cruces.

¡Es una bendición!, pensó Blanchet. Y su novia, complacida, se inició así en una nueva faceta de su arte: ahora debería interpretar su mejor papel y guardar el secreto hasta la tumba.

A pesar de haberlo pasado mal, con mareos y vómitos excesivos, Martha no dudó un segundo en continuar con su trabajo durante todo el embarazo. Compositores de la talla de Vincenzo Bellini, Richard Wagner, Giuseppe Verdi y Giacomo Puccini sonaban en los teatros más importantes del mundo; la cantante no permitiría que un hijo no deseado le impidiera seguir brillando en la época de oro del canto lírico, bajo las luces de Buenos Aires que por entonces era epicentro mundial de manifestaciones artísticas.

El vestido elegido esa noche, como todas las demás, se ceñía a su talle con el afán de simular los cinco meses de gestación. De estilo medieval, piedras en colores verde y azul bordaban el corset que delineaba una *ve* bajo el busto. Una falda pomposa de escaso brillo completaba el atuendo. Si bien ese día se había sentido pésimo, el maquillaje abundante y la opulencia de su parada en escena ocultaban el malestar. Se la veía radiante, y se la escuchaba aún mejor.

Para preparar su instrumento, antes de cada presentación relajaba las cuerdas vocales con un ritual cuyos pasos seguía siempre en el mismo orden: primero una cucharada de miel para cubrir la garganta, luego tres vasos de agua a temperatura ambiente y, durante la hora previa a la función, una serie de respiraciones profundas que llenaban los pulmones de aire y liberaban la tensión del cuerpo mejorando la voz y la concentración. Inhalaba, sostenía unos segundos y exhalaba lentamente. Después rotaba la cabeza, los hombros, y volvía a comenzar. Los ejercicios resultaban tranquilizadores, muchos más desde que la criatura crecía en su seno.

El mármol de Verona que trazaba las escalinatas de la entrada recibía un tumulto de gente vestida de gala. Columnas talladas, espejos altos, arañas suntuosas y vitrales de la prestigiosa casa *Gaudin* de París, conformaban el escenario perfecto para que la burguesía se sintiera en su salsa. Mujeres de la alta sociedad porteña, caballeros de alcurnia, políticos y militares almidonados; todos apresuraban el paso para ubicarse en el salón con forma de herradura y entregarse a la emoción que haría vibrar los tímpanos y el pecho en igual medida.

El telón se corrió y un soplo reverberó en la sala: allí estaba ella, radiante, iluminada, con los cabellos negros prolijamente recogidos, con la mano derecha sobre el corazón mostrando una sonrisa blanca frente a la platea, agradeciendo, disfrutando del encuentro con su público, sabiendo que en momentos más se elevaría hasta alcanzar el éxtasis.

Desde la primera fila su marido la miraba embelesado. Y detrás del escenario, Rodolfo Bruzón la esperaba para cogerla en su camarín, con la garganta caliente todavía, pues había descubierto que al terminar cada función la vulva de Martha estaba húmeda y violenta, como su voz; entonces él aguardaba allí para disfrutarla. Después de todo era su derecho, solo gracias a él la joven había pasado del anonimato a la fama en cuestión de meses, y gracias a él también su sexo se afiebraba durante los conciertos; saberlo allí presente anhelando el encuentro le mojaba las piernas. Por lo menos eso creía Rodolfo, y la entrega de la hembra se lo confirmaba.

Para Martha, sin embargo, era una costumbre que no la inquietaba ni la complacía, una cuestión mecánica a la que debía responder con devoción en pos de intereses artísticos. Nada más. Había tratado de disuadir sus deseos con el tema de su estado, pero aquello solo servía para acrecentarlos; el hombre parecía gozar de su gravidez y de sus formas en lugar de rechazarlas, como ella misma hacía al mirarse en el espejo. Odiaba ver cómo su cuerpo se iba transformando en una masa redonda mientras el vientre

crecía recordándole a cada momento que jamás volvería a ser una mujer libre. Hijo y matrimonio no buscados ni queridos amenazaban con alejarla de sus sueños. Al menos Bruzón la mantendría en contacto con lo que de verdad le interesaba: su carrera. Y por ello su condescendencia con él.

El primer acto cerró con una nota impecable que la cantante hizo flotar bajo la cúpula del techo. Luego del aplauso vivaz el Salón Blanco se llenó de gente que buscaba estirar músculos y beber un trago. Decorado con muebles de estilo francés, la alfombra roja se extendía frente a la platea balcón especialmente diseñada para autoridades nacionales. Cerca de la embocadura de escena se veía el palco privado del Gobierno, cuyas molduras de oro lo destacaba de los demás. Y allí estaba el flamante presidente Perón, luego de haber sido reelecto por el sesenta y dos por ciento de los votos, luego de haber despedido los restos de su esposa, Evita, quien lo dejó solo con el dolor de un pueblo en las espaldas y con el corazón de los argentinos detenido. Su causa, la de *ella*, su fuerza, sus amigos, lo sostuvieron.

Antonio Segundo Infraga Mitre, inseparable, le había sugerido ver la obra de esa beldad que estaba en boca de todos por esos días. Entonces Perón accedió con la condición de que Ivonne estuviera presente; la amiga de su mujer que también había quedado devastada por la partida.

Rodolfo Bruzón condujo a Martha hasta allí; sería la primera vez que lo vería en persona. Los soldados la reconocieron al instante y se apartaron de la entrada para abrirlle paso. Ansiosa, se acomodó los rizos antes de entrar. Tras el manager que la precedía, ingresó al palco con la sonrisa más ancha que de costumbre. Perón la vio primero, se puso de pie y le besó la mano.

—Además de su voz maravillosa, es usted una hermosura, jovencita. Un placer conocerla.

—El honor es mío, señor Presidente. Gracias por estar aquí.

—Le confieso que la energía que irradia sobre el escenario me recuerda al brío que impulsaba los actos de mi esposa —agregó Perón con tono suave—. Le presento a mis queridos amigos: Antonio Segundo y su mujer, Ivonne.

La amistad se inició al poco tiempo, luego de algunas galas que la francesa presenció tras haber quedado deslumbrada con su muestra y la opulencia del teatro Colón, pues le recordaba en espejo a la Ópera de París que había visitado en la cruzada de Evita por Europa, donde ella ofició de colaboradora más cercana.

El viaje le había ocasionado una discusión feroz con su marido, en la cual Antonio Segundo le abofeteó el rostro por primera vez. No pidió disculpas ni mostró arrepentimiento; la relación de su mujer con Eva Duarte lo enfurecía. En realidad, jamás le había caído en gracia esa actriz provinciana a la que juzgaba tan astuta como para embaucar los delirios de un hombre entrado en años para semejante amorío. Lo cierto fue que Perón terminó casándose con Evita, y ella se transformó en un personaje que Antonio Segundo detestaba con disimulo. Hasta se las había ingeniado para entablar esa relación con Ivonne que él consideraba oportunista, con el fin de enredar a su esposa en los asuntos de los pobres contra los oligarcas. ¡Eso era intolerable! Sin embargo, sus contactos con la milicia, la Iglesia y los malditos arrogantes que movían los hilos políticos y económicos del país dependían de su trato con Perón. Entonces debía tragarse las decisiones de Evita que contagiaban a Ivonne y la ponían en su contra.

Hasta que algo inesperado sucedió: al cabo de un año la dama desaparecía de la tierra y de sus vidas a una edad demasiado temprana para morir, pero bastante tarde como para torcer la voluntad de una mujer que nunca más volvería a respetarlo pues tenía la cabeza taponada por los ideales de la difunta. Y eso acrecentó una furia que lo llevaría a actuar de un modo inimaginable.

A esa altura Ivonne tenía treinta y ocho años, catorce más que la famosa artista. La diferencia de edad no impidió que entablaran un vínculo estrecho que duraría en el tiempo. Martha encontró la compañera leal en donde volcar sus penas, y por ello le confió su secreto más hondo; Lafont, una confidente cuyo atrevimiento le resultaba admirable y le recordaba a la primera dama desaparecida.

Pasó el tiempo e hicieron que sus esposos fraternizaran a través de ellas; así se sucedieron las cenas, reuniones compartidas y salidas a la ópera para vitorear a Martha.

Entre varias presentaciones y tantos eventos sociales la estrella se las ingeniaba para evitar pasar tiempo a solas con su marido. En realidad no lo deseaba, lo había cazado para casarse, merced a un ardid programado para darle un padre al bebé que latía dentro de ella y evitar la quiebra de su futuro. La vida como mujer ya estaba hipotecada, pero no su carrera y su prestigio.

Marcel, que se había especializado en Francia bajo la tutela del famoso oculista Carron Du Villars, fue uno de los primeros en practicar la técnica para curar la catarata en el país. Un poco porque su consultorio hervía de pacientes y por ello tampoco disponía de horas libres, y otro tanto también por su carácter sumiso, disfrazaba el rechazo de su mujer con buenos pretextos. Todo para poder excusarla.

En ese ambiente sin apego, el 15 de abril de 1953 nació Patricio, el primer y único hijo que tendrían los Blanchet.

El día del alumbramiento estuvo signado por un caos en la ciudad: en medio de una crisis económica que sacudía al país como consecuencia de precios inflados y desabastecimiento, un atentado producido por comandos civiles antiperonistas hizo estallar dos bombas durante una manifestación sindical en Plaza de Mayo, dejando el saldo de cinco muertos y más de noventa heridos. En una época donde el combustible se racionaba y el consumo de carne estaba vedado, el descontento social provocó rechazos al régimen peronista originando grupos opositores que planeaban clandestinamente su desestabilización; también se presumía la colaboración de algunas familias de la aristocracia porteña. La C.G.T. debía apoyar a su líder, y para eso convocaron a la Plaza sin imaginar que el nervio opositor no mediría los medios para alcanzar sus fines. Los hospitales se llenaron de manifestantes lesionados, las camas escaseaban y el personal no daba abasto.

Entre semejante ajetreo estaba Martha dando a luz prácticamente sola, pues los médicos corrían de un lado al otro para socorrer a las víctimas. Lo cierto fue que el pequeño no fue considerado ni siquiera por las enfermeras del nosocomio, que con premura lo trajeron al mundo y depositaron en el moisés sin limpiarlo ni atenderlo, pues debieron auxiliar a los malheridos que gritaban de dolor por las esquirlas incrustadas en el cuerpo.

El niño resultó tan precioso como travieso. Desde edad temprana buscaba llamar la atención, porque —en rigor— los ojos de su madre miraban a otra parte, y los de su padre, oftalmólogo de renombre que curaba las heridas de la vista, no lograban ver el padecimiento de su hijo frente a la carencia materna.

Patricio creció bajo una educación estricta que programó su madre con el afán de mantenerlo alejado de su falda. Colegio, instructores de piano, profesores de inglés y de francés, y hasta un historiador que conoció en uno de sus conciertos y contrató para su hijo una vez por semana. José Manuel Ortiz resultó un maestro agradable; daba clases a modo de cuentos intrigantes para dinamizar la rigidez histórica de los manuales. De allí, la pasión que Patricio sentiría más tarde por las leyendas del imperio romano y la mitología griega.

Como corolario de mucha instrucción y poco cariño, se aventuró a la vida en busca de miradas que no le dieran la espalda. Y un día inesperado se cruzó con Ana, comprometida con otro hombre por entonces, y allí se jugó una vez más su destino: esta vez ganaría la batalla y lograría ser libre. Ella debía elegirlo, simplemente porque ya había capturado su visión mientras la besaba sin pedirle permiso. Ana no solo había respondido al arrebató de su lengua, tampoco había cerrado los ojos mientras tanto. Arrugaba sus labios y lo miraba encendida. Y él, excitado, movido por sus pasiones más hondas, comprendió que por fin había encontrado lo que buscaba, y que la haría su esposa. Se lo propuso ese

mismo día, y ella no tardó en dar el sí que lo vivificaba. Patricio renació en los ojos de Ana, y más tarde se convirtió en afamado psicoanalista. Se sucedieron noches de pasión que lo colmaban, porque la deseaba de manera loca, inconsciente del verdadero empuje que azuzaba sus actos.

Hasta que su mujer, su amante, su redentora, dio a luz a su hija, y el nacimiento pulverizó la magia. Ana dejó de mirar a su marido para concentrarse en la niña. Abandonó a la esposa para convertirse en madre, la madre de Ámbar, y en la mente de Patricio ocupó el lugar de su propia madre, de Martha, la cantante indiferente que dejó que su llanto se acunara en manos de nodrizas extranjeras, mientras las suyas se ocupaban de las luces, el canto y los teatros. Así como Martha había privilegiado la ópera antes que a él, ahora Ana hacía lo propio con su hija, y lo dejaba nuevamente solo. Y como la indiferencia no se perdona, allí comenzó a morirse el deseo del hombre por ella, y allí también empezaron los problemas.

Patricio decidió retomar el análisis que ya había terminado. Descubrió que estaba reivindicando a su padre, marido fiel y rezagado y, por ello, él era indiferente con su propia esposa con el fin de redimir a Marcel Blanchet que no había podido hacer mucho con el rechazo de la suya. Sin embargo, a pesar de alejarse de la cama y, en parte, de la vida que compartían, Patricio no la abandonaba. Continuaba identificándose con su papá, quien, no obstante padecer la lejanía, jamás logró dejar a su mujer.

* * *

La belleza de la nueva amiga de su madre lo había impactado de entrada. Era tres años mayor que él, pero la diferencia entre ambos no resultaba un problema para Francisco. Desde que la conoció, Martha rondaba por sus sueños; era la inspiración del deseo caminando. Decenas de veces la imaginó desnuda sentada sobre su ingle, él apretando sus pezones hasta hacerla gritar de dolor mientras su pene le sacudía el vientre. Se masturbaba tres veces al día para calmar las erecciones que su mente provocaba al evocarla. Ella había recobrado la figura a poco de parir, y los pechos se le agrandaron de leche y de lujuria. Ahora la cantante lo miraba con sensualidad, le sonreía, lo incitaba... Francisco se percató enseguida de su cambio; ya no cargaba con el crío en las entrañas y parecía sentirse libre y exultante.

Alentado por su gemelo, Edgardo aceptó organizar el cumpleaños número veintiuno de ambos en la estancia cordobesa y le propusieron a Martha montar un show para que brillase en el evento. Tanto alboroto de gente resultaría ideal para escabullirse con la hembra. Entonces, ¿por qué no acceder a la idea que había diseñado Francisco? Sería una experiencia novedosa e inolvidable para ellos.

A sabiendas de que los Infraga Mitre no andaban con chiquitas, y además contaban con militares de rango entre los invitados, la joven aceptó el ofrecimiento y armó un pequeño repertorio para la fiesta.

Como de costumbre, la casa reverberaba de luces, comida exquisita y gentío de alcurnia vestido de seda. Ivonne y Martha terminaban de arreglarse frente al espejo de la cómoda principal.

—¿Qué le dijiste a Bruzón para que no viniera? —se intrigó la francesa.

—Que era una cena íntima con amigos y que mi marido estaría demasiado cerca como para jugueteos. Marcel está en la capital cordobesa desde hace una semana porque tiene varias cirugías programadas. Aunque la verdad, querida amiga, es que no tengo más ganas de acostarme con Bruzón. En realidad, nunca las tuve, pero me atraen demasiado sus influencias en el medio.

Ivonne dejó la polvera sobre la mesada y la miró de frente.

—¿Nunca estuviste enamorada, Martha?

Jamás le habían hecho esa pregunta. Se suponía que debía estarlo de su esposo, con quien decidió casarse a los pocos meses de relación. ¿A quién se le ocurriría que semejante belleza hubiera dejado la soltería por un descuido que le torció el destino y que —en rigor— no sentía el menor afecto por su

marido?

—No lo sé... —concluyó—. Nunca me detuve a pensarlo. Al enterarme del embarazo repentinamente apareció la solución: Marcel. Y me casé con él. Y luego nació Patricio, y...

—Y antes, antes de Bruzón o de Marcel, ¿hubo algún amor en tu vida?

Martha caviló unos segundos.

—No lo creo. No. El canto es mi única pasión.

—No imagino cómo se puede vivir sin un amor...

—Y vos, Ivonne, ¿cómo hacés para vivir sin amor? —Su amiga quedó perpleja frente a esa conclusión de la cual ella no tenía ninguna pista. —Me doy perfecta cuenta de que no estás enamorada de Antonio Segundo. Se les nota a los dos —selló.

—¿A los dos? —preguntó Ivonne sorprendida.

—Sí. ¡La cara de él es un fastidio! No tiene gestos amorosos con vos, más bien actitudes grotescas, te diría. Y, sobre todo, no hace el menor esfuerzo por disimularlo.

—No sabía que era tan notorio el asunto —resaltó Ivonne—. Pero es cierto, creo que tenemos un pacto tácito para seguir con este matrimonio. Jamás lo hablamos francamente, claro, a los dos nos convino continuar con la farsa sin dejar escapar nuestros sentimientos de la garganta. A mí, por mis hijos, y porque nada tengo más que esta familia en el mundo. Y a él, pues una separación en la sociedad presumida de la que forma parte desataría una catástrofe para el apellido del que se pavonea con orgullo.

—Se ve que no te caen nada bien los muchachos de la aristocracia —dijo Martha con ironía.

Ivonne se pegó más a ella bajando el tono de voz.

—No los soporto.

—¡A mí me encantan! —exclamó—. Lástima que a Marcel le falte un peldaño para ser oligarca...

—Es que todavía sos demasiado joven para darte cuenta de lo que eso significa.

—Entonces: vos también renunciaste al amor —concluyó su amiga.

—No se puede renunciar a lo que no se tiene. Además, eso no es una pregunta, sino una afirmación. Y te aseguro, *chérie* —se acercó hasta la oreja de Martha y susurró—: Estás equivocada. Ahora vamos, ya deben estar llegando los invitados.

Ivonne bajó las escaleras fiel a su estilo: espalda erguida, hombros abiertos, mirada extensa y sonrisa colorada. La seguía Martha, con un vestido de terciopelo color lavanda y los cabellos negros recogidos, salpicados por rizos desiguales. Eran hermosas y diferentes. Y esa noche fueron objeto de competencia en los comentarios masculinos. ¿Quién era más bella? La francesa le ganaba en elegancia y sutileza, y la artista en voluptuosidad y seducción. La primera, varios años mayor, tenía facciones de mujer avezada que inspiraba admiración y enamoramiento; la segunda, de rostro marfilado y pechos exuberantes exhibidos sin recato, incitaba a perder la cordura.

Edgardo y Francisco recibían las saluciones con gestos parcos que solo permitían leves inclinaciones de cabeza heredadas de las enseñanzas del abuelo Don Antonio: «Sean medidos, jovencitos. Las demostraciones de afecto son propias de las polleras. Los que usamos pantalones liberamos pasiones sobre el campo y solo hinchamos pecho amarrando las cuerdas del caballo por orgullo frente a la buena cosecha. Con las hembras nos divertimos, y luego volvemos a lo nuestro. El amor es cosa femenina, aunque la lengua castellana se haya olvidado de corregir el artículo que lo precede.» Dicho lo cual, los llenaba de obsequios que premiaban el buen entendimiento de la lección.

Cenaron abundante y pasaron a la galería. La famosa artista de la ópera daría un concierto al aire libre bajo un cielo estrellado y una luna llena que iluminaba el escenario. La voz sonó delicada en un principio, acariciando las notas como pétalos en aguas mansas. Algunos caballeros cerraron los párpados en estado de trance provocado por la melodía. Ubicado en la última butaca, en lugar de cerrar los ojos como los demás, Montier miraba el perfil de su amante, de la mujer que amaba con bravura dentro del dormitorio y con un silencio mortífero frente al mundo. Como era parte de los invitados desde hacía años,

y además uno de los castrenses que había sobrevivido a las divisiones generadas en el ejército a partir de la llegada de Perón, su presencia no faltaba jamás en las tertulias de los Infraga Mitre. De aquello se ocupaban Don Tito y María, quienes tenían a su cargo el visado de la lista y la entrega de invitaciones.

Resultaba tan frecuente ver al Teniente ahí, como a cualquiera de los amigos militares que habían quedado de la época de Uriburu, Justo y los que siguieron. Además, la poca atención que Antonio Segundo le prestaba a su esposa, le impidió advertir las miradas elocuentes, el roce de los cuerpos al cruzar paso y cualquier palabra susurrada al oído entre los amantes. Ellos actuaban con naturalidad, se sentaban juntos a la mesa y cuando podían conversaban en algún rincón de la sala.

Producto de algunas cuestiones laborales que mantuvieron ocupado a Montier durante esos meses, habían pasado tres semanas desde el último encuentro. Pero a esa altura ella deseaba las caricias de su amado mucho más que en los primeros tiempos. Por eso sus ausencias le dolían en el corazón, en los huesos y en la sangre. Por fin esa noche estaban de nuevo juntos, escuchando la música tomados de la mano, anhelando un espacio de soledad para desatar esa pasión que debían controlar delante de la gente.

La presentación de Martha finalizó y los aplausos se extendieron por varios segundos. Uno a uno se acercaba para congratularla y llenarla de elogios que ella recibía con sonrisa triunfante. Los gemelos se pusieron de pie al unísono y fueron a plantarle un beso a cada lado de sus mejillas. Ella, sobrecogida, desvió los ojos hacia los dos con gesto seductor.

—Feliz cumpleaños —les dijo en tono suave.

—Gracias por este regalo —se adelantó Edgardo.

—Una voz maravillosa, muñeca —selló Francisco tomándola por la cintura—. Dejemos a este grupo de veteranos y... ¡vayamos a emborracharnos para festejar! ¿Qué les parece?

—Pero... ¿qué le digo a mi marido? —preguntó Martha.

—No tiene que decir nada. El doctor Blanchet llamó en medio del espectáculo para excusarse; tuvo que asistir a una de sus pacientes que se había descompuesto. Dijo que no vendría.

—¿En serio? —sonrió ella—. Entonces, ¿qué estamos esperando? ¿Adónde me van a llevar?

Los hermanos deseaban alejarse con la cantante para beber a sus anchas y concretar el plan que tenía en mente Francisco. Sin que nadie los viera se escaparon por la puerta trasera de la cocina.

Llegaron hasta el Hotel Yolanda; ubicado en pleno centro de la villa cordobesa constituía un exponente majestuoso. Con más de cincuenta habitaciones, jardines extensos, canchas de tenis y una arquitectura de vanguardia, era elegido por los extranjeros y el sitio exclusivo para vacacionar de las familias adineradas de Buenos Aires.

Los Infraga Mitre eran conocidos de sus dueños, la familia Bezzecchi, oriunda de Italia, que había pisado tierra americana a principios de siglo. Antonio Segundo solía alquilar hacía tiempo uno de los dormitorios de la segunda planta, y si bien los gemelos estaban al tanto de esto, no sabían precisar por qué su padre gastaba tanto dinero en aquella renta teniendo estancia propia a pocos minutos de allí.

Ingresaron al bar con la excitación propia de acciones juveniles que se rebelan contra las prohibiciones de los adultos. Puesto que se estaba acercando la medianoche, quedaban pocos turistas en el lugar. Se sentaron en una mesa alejada de la entrada y ordenaron una botella de champagne. Los hombres, ubicados a cada lado de la joven, estaban ansiosos; ella, en medio de ambos, sonreía. No tenía por costumbre beber, sin embargo en ese momento deseaba perder la cabeza, interrumpir el recuerdo del armamento de su vida que le encajó un marido insulso y un hijo bastardo por la fuerza. Ahora estaba lejos de toda esa miseria, con dos muchachos de su edad, vigorosos, divertidos, que parecían adorarla. Valía la pena iniciarse en el culto de la bebida, para olvidar primero, y disfrutar después. Y así lo hicieron durante más de una hora. Llenaban copas y las vaciaban con apuro, mezclando burbujas, risas, palabras sucias y manos entrometidas que comenzaron a acariciar los brazos, las mejillas, los labios de la mujer, y luego se enterraron entre los senos y segundos después más abajo, en medio de los muslos cerrados que de a poco fueron dando permiso a las caricias. Martha les tomaba las palmas con sutileza, tratando de

impostar el decoro que no tenía. Pero los movimientos eran simuladores; el alcohol ya había afectado su razón y ahora solo deseaba tumbarse para disfrutar en paz. Sintió los dedos de Edgardo escaparse por adentro de su ingle, mientras Francisco le lamía el contorno de la oreja.

—Queridos, ya basta, ¿sí? —La voz salió en susurro, desfigurada.

Los hermanos, perdidos de excitación, respondieron casi al mismo tiempo:

—Vamos arriba, nena.

Se enteraron de que la habitación de su padre estaba ocupada esa noche, así que debieron pagar mucho más dinero por otra, y encomendaron al gerente reserva extrema: nadie debería saber que estaban allí con esa mujer.

La sostuvieron entre ambos y la depositaron sobre la cama con delicadeza. Martha se sentía mareada, sin embargo no paraba de sonreír, como si estuviese en una especie de trance que solo le daba regocijo. Así estaba su rostro, relajado, y su cuerpo blando los invitaba a continuar. Los gemelos se miraron comprendiendo al instante el mensaje de los ojos. Ella lo deseaba. Entonces había que dárselo. Le quitaron el vestido; Martha reía y dejaba escapar algunas frases.

—Me hacen cosquillas.

La desnudez de la hembra los dejó pasmados: los pechos eran grandes, los pezones tostados, las caderas anchas y el vientre jugoso, prometedor...

Edgardo internó su mentón dentro del pubis, le gustaba saborear la intimidad femenina antes de penetrarla. Francisco, en cambio, odiaba la práctica oral, incluso prefería no mirarla y por ello la abordaba por detrás. Pero ahí estaba esa belleza con la boca entreabierta, un poco por el vahído y otro tanto por la excitación del juego sexual que protagonizaba. Entonces Francisco decidió sacar ventaja: a horcajadas cerca de su rostro, introdujo el pene en sus labios y ella, sin reparos, comenzó a succionar con lengua habilidosa. No parecía estar tan ebria en ese momento. Edgardo se incorporó de repente; la escena de su hermano copulando sobre la cara de Martha lo excitó más todavía. Y la penetró al instante, moviéndose a ritmo acalorado. Ella sintió una molestia que no duró demasiado; su ingle se acomodó enseguida.

—¿Te gusta? —exhaló Edgardo. Pero la boca de Martha estaba ocupada con Francisco.

La lujuria se extendió durante toda la noche, alternando goce y bebida para impulsar aún más el desafío. Al colmar plenamente la demanda quedaron exhaustos. Se durmieron enredados sobre la cama, dejando el aire impregnado de olor a sexo.

A pocos metros de allí, en la habitación rentada, el padre de los gemelos violaba a la pobre Ailén, la india cuya familia mantenía hace tiempo a cambio de obsecuencia y sumisión. Como de costumbre, sujetaba sus manos con una cuerda y le entraba por atrás, magullando sus nalgas con una vara de madera. Lo calentaba observar cómo la piel se iba enrojeciendo al ritmo de sus azotes, y cómo los primeros gritos se convertían en llanto producto del dolor. Hacía más de cinco años que su esposa la había sacado de la casona con esa historia que supo inventar la difunta de Perón para que los niños proletarios pasaran sus vacaciones en Córdoba y las propiedades de los Infraga Mitre les dieran hospedaje.

En realidad, él jamás se había tragado el cuento; siempre creyó que se trataba de una trampa armada por ambas con el fin de deshacerse de la mucama. En un primer momento hasta pensó que la propia Ailén había confesado a Ivonne la relación que mantenían, en respuesta a la orden que él le había impuesto de un día para el otro que le impedía salir de la vivienda para visitar a sus hermanos. Por eso una tarde la buscó y la sacó de los pelos de la choza que ocupaba, la arrastró hasta internarse en la maleza, la desnudó por completo y le marcó la espalda con un cinturón de cuero. La muchacha se desvanecía de dolor con cada latigazo, pero Antonio Segundo no quería ser indulgente. La levantaba del suelo aferrando los cabellos, le apretaba el mentón y le gritaba:

—¡Cuando te conocí, secabas la yerba al sol y dabas mate usado a tus hermanos! ¡Yo te saqué de la miseria para llevarte a mi casa y me pagás con esto! ¡Pedí perdón, maldita india! —y comenzaba de nuevo con los golpes.

La castigaba por creer que ella había sido quien habló con su mujer y reveló sus pasiones más hondas, y con eso había traicionado su confianza. La joven se sacudía en medio de la tortura y la vergüenza, trataba de explicarle que de su boca jamás había salido una palabra. Pero su patrón estaba enajenado. Soltaba alaridos al viento, la insultaba, escupía sobre el pasto y la golpeaba de nuevo. Solo el desmayo de ella provocó la detención de su furia. No obstante, se ocupó de ayudarla a recuperar la noción y la violó allí mismo, media inconsciente como estaba, en el suelo que olía a excremento de caballos y al orín que ella había derramado sobre las gotas de sangre que manchaban la tierra.

Esa misma noche, anudados los cuerpos y las almas, Alberto Montier e Ivonne Lafont se reencontraban después de semanas de distancia. Se amaban en la casa de él, alejados de cualquier interrupción inoportuna.

A partir de aquella madrugada en que lo descubrió sacudiendo el esqueleto de la india, Ivonne ya conocía el camino que seguían los pasos de su marido al ausentarse. Primero lloró de rabia, y luego sintió impotencia por tener sus manos atadas para impedir esa injusticia. Lamentó por mucho tiempo no poder hacer algo para que la pobre muchacha pudiera liberarse de la humillación de ese hombre, sin advertir que en ella, Ivonne veía reflejada su propia historia. Hasta que conoció a Evita, esa mujer afanosa que le contagié sus bríos, y entonces llegó el alivio: al sacar a la india de su casa creyó que le salvaría la vida. Jamás supo que Antonio Segundo continuaba abusándola en la habitación alquilada de un hotel.

Si bien estaba acostumbrada a sus canalladas, a esa altura ya no le importaban en absoluto. En cambio, optó por valorar la libertad que las ausencias de su marido le dejaban para correr a los brazos del hombre que la amaba de verdad. Y lo hacía sin culpas.

Llegó veinte minutos después que Montier y entró con una copia de la llave que su amante le había otorgado desde el primer día. Pero no lo vio. El lugar no era demasiado grande: dos habitaciones decoradas con gusto, el living pequeño con un solo sillón, alfombra de vaca color marfil y un hogar a leña que siempre estaba encendido. Lo buscó por las piezas, la cocina y el baño. Nada. ¿Dónde se habría metido? Se quitó el abrigo y fue hasta la barra ubicada en una esquina para servirse una copa de coñac. Alberto le había enseñado que era un tipo de brandy elaborado a base de uvas blancas proveniente de su tierra, una ciudad francesa llamada Cognac. De exquisita fragancia, lo degustaba con él de varias formas: antes o después de hacer el amor, y también durante, cuando el hombre la rociaba con la bebida para lamer el alcohol sobre su piel.

Copa en mano se sentó frente al fuego sin encender la luz; las llamas iluminaban el ambiente. ¡Cuánto había hecho de su vida!, pensó. La joven paría que ofrecía cerveza en un bar parisino, desposada por un oligarca se convirtió en señora de la alta sociedad porteña. De pasar miseria en su país, ahora la veneraban militares y gobernantes en patria extranjera. Se casó según las formas pretendidas y hoy era una esposa infiel, igual que su consorte. Pero además, amaba a otro hombre que no era su marido. Sí, lo amaba como ama una mujer sufrida, sintiendo pasión y dolor en las entrañas. ¡Cuánta razón tenía Eva en alentarla para que lo abandonase! «Si te hubiese escuchado a tiempo, querida amiga... Si no te hubieras ido tan pronto...», balbuceó. El brillo de una lágrima asomó a sus ojos, pero no resbaló como otras veces. Justo en ese momento, el abrazo de Montier la tomó por sorpresa. No lo escuchó llegar; siempre la impresionaba. Alberto se quedó detrás, le apartó los cabellos y comenzó a besarle la nuca.

—No te muevas —le susurró al oído.

Sus manos se colaron en el escote tomándole los pechos acalorados producto de la fogata que ardía a

pocos metros. Mientras le apretaba los pezones, ella dejó escapar un suspiro. Levantó su falda, le oprimió los muslos y luego mojó sus dedos en la copa de coñac antes de meterlos en su vagina. Ivonne sintió su mano caliente y un ardor que le provocó más deseo. Alberto la exploraba percibiendo cómo la excitación iba en aumento con la medida de sus caricias. Y cavaba más adentro... Cuando la sintió confundida, delirando por él, se ubicó de frente, la ayudó a recostarse y fue en busca de su vientre. La lengua se bebió el placer que dejaba la mezcla de licor con su humedad femenina. Ivonne se arqueó y pidió, rogó, que se metiera en su carne. Pero Montier, enloquecido por los sabores de su hembra, no deseaba abandonarla todavía. Cuando ella no pudo más de exaltación, le tomó el rostro con ambas manos y con la fuerza de un orgasmo que no quería pedir permiso, lo atrajo para concederle saciedad a un cuerpo que ya dolía.

Montier la penetró con suavidad primero, recorriendo las paredes de su vulva, sintiendo cómo el pene se mojaba dentro de ella. De a poco comenzó a acelerar ritmo hasta terminar moviéndose con apremio, con la desesperación que le provocaban los besos de Ivonne sobre su cuello. La alfombra parecía responder a los embates y se deslizaba con los amantes por el piso. Ella lo mordía, le dejaba las marcas de esa pasión incontrolable que los unía a pesar de la distancia impuesta por la vida. Soltaron el goce en un grito al unísono de dos bocas amarradas con euforia, con ese ímpetu que parecía llevarse puesto el mundo. Y terminaron pegados, los cuerpos sudando por amor, uno encima del otro, hasta relajarse por completo.

Cuando la agitación se calmó, Alberto tomó su mano y la miró fijamente, con esos ojos profundos que la hicieron temblar desde el primer día.

—Voy a dejar a mi esposa —dijo con voz rotunda—. Nuestros hijos han crecido y ya no tengo más excusas. Además, no aguanto el alejamiento en que vivimos hace años. No quiero ser más su amante, no soporto compartirla con otro. Y quiero que usted haga lo mismo.

Ivonne quedó boquiabierta con la declaración; la mirada acuosa denotaba un embrollo de ideas y emociones. Habían hablado de esto varias veces, tratando de dar vueltas a una situación compleja para ambos. Pero siempre llegaban a la misma conclusión: los hijos, el escándalo, la ira de sus esposos; todo ello, en lugar de favorecerlos, los perjudicaría. Él era un Teniente importante del Ejército y ella la mujer de un aristócrata metido en las altas esferas del poder nacional, y amigo íntimo de los superiores directos de Montier. Era una locura.

—Mi amor... —balbuceó Ivonne—, jamás pudimos encontrarle una solución a esto, ¿por qué cree que ahora sería distinto?

—Porque tengo buenos informantes y sé que el parlamento de Perón logrará la ley de Divorcio Vincular. Eso va a salvarnos de cualquier protesta. No tenga miedo por la reacción de Antonio; ya no tendrá potestad legal para impedirlo.

Algunas lágrimas de esperanza comenzaron a brillar sobre el rostro francés.

—Pero... ¿qué sucederá si no se aprueba la ley?

—Eso no va a pasar, se lo aseguro. Todo el Congreso vota a favor de las inquietudes del Presidente. Y se está generando una distancia gravosa entre la Iglesia y el Gobierno, cada vez más tajante. Perón va a impulsar el proyecto para llevarles la contra, no hay vuelta atrás —sentenció—. ¿Va a seguirme como lo prometió? —La abrazó con decisión y comprimió su boca. —Por fin seremos libres para amarnos. —Le tomó el rostro. —No quiero compartirla más, ¡con nadie! No quiero que esas manos inmundas vuelvan a tocarla, no quiero que duerma en otro lugar que no sea al lado mío. Como le dije la primera vez, *voy a hacerla mía*, y así fue. Ahora le juro esto: nadie se va a interponer en nuestro camino. Usted y yo juntos, o moriré hasta conseguirlo.

IV

Desde 1943, la relación entre ejército y cúpula eclesiástica formaban una asociación intocable. Previo a las elecciones, la Iglesia respaldó a Perón con una carta pastoral que fue leída en todos los templos. El hombre provenía de las filas del G.O.U., logia cuya ideología había sido diseñada por capellanes, y parecía respetar los dogmas. Con su llegada al Gobierno, el vínculo continuó afianzándose. Sin embargo, no todos los sacerdotes adherían al oficialismo, ni todos los peronistas aceptaban las concesiones que se daban a la Iglesia, y muchos comenzaron de a poco a rebelarse.

La segunda etapa de su mandato fue denotando matices que molestaban a la curia. A esa altura, Perón constituía un poder estatal autónomo, con discursos que aludían al peronismo como la nueva doctrina cristiana. Evita, por su parte, se había convertido en una especie de divinidad a quien veneraban con insinuaciones religiosas, exaltando la caridad de sus obras, papel primordial de la Iglesia por excelencia.

—Ofrecer la residencia de Olivos para que las muchachas practiquen deportes, ¡es una locura anticristiana! —señaló el sacerdote sentado en el sofá de la biblioteca.

—La Unión de Estudiantes Secundarios no me parece una mala idea, pero que las mujeres hagan deporte en la estancia veraniega del Presidente, adhiero, es un acto inmoral —ratificó Don Antonio Infraga Mitre, que presidía la reunión en su casa porteña.

—Si al menos hubiera permitido la práctica de los jóvenes también, en lugar de enviarlos al predio deportivo de Núñez —agregó Germán Busi, Capitán de Fragata de la Marina de Guerra, quien formaba parte del grupo antiperonista del brazo naval de las Fuerzas Armadas.

—El hombre se está desviando hace tiempo. Hasta el momento nos mantuvimos al margen de la insistencia de los comandos civiles que reclaman nuestro apoyo desde hace años. Pero ahora, señores, creo que llegó la hora de ponernos en marcha. La situación se nos está escapando de las manos. Se dice con firmeza que logrará la sanción del divorcio vincular en el Parlamento y que autorizará la apertura de prostíbulos —señaló Antonio Segundo desde un extremo de la sala, a quien esos temas le crispaban los nervios.

—¡Eso sería intolerable! —El clérigo se levantó con energía del sillón. —Es ponerse literalmente en contra de la doctrina católica. No puede llamarse cristiano si trabaja para fines ajenos al dogma. ¡El artículo de *La Prensa* publicado la semana anterior, nos ataca de manera directa aludiendo a infiltraciones de la Iglesia en el Gobierno de Córdoba y en los sindicatos! Sus discursos salpican nuestro buen nombre y honor, ¡nos tilda de perturbadores! Hermanos de manos limpias han sido detenidos acusados de opositores por haber incumplido con su deber sacerdotal de argentinos. ¡Esto se ha vuelto insalubre!

—No queda otra salida —dijo Antonio Segundo acercándose más al grupo—. ¿Tienen alguna idea?

—El Cardenal Copello pidió reunirse a solas con él, pero no creo que esto se revierta. Las agitaciones han llegado muy lejos, está todo descarriado —contestó el abate.

—Por mi parte, ya tengo persuadidos a los de la base de Ezeiza. La inteligencia aeronáutica detectó

movimientos subversivos operados desde las más altas esferas, el contraalmirante Samuel Toranzo Calderón lidera uno de ellos. Olivieri, el Jefe de la Armada, no quiere asumir la conducción, pero tampoco desea impedirla. No nos delatará —comentó Busi—. Desde Ezeiza podremos construir un depósito clandestino para almacenar el armamento y programar la logística según lo planeado.

—Debemos ser cautelosos —interrumpió Don Antonio y sorbió un trago de jerez—, y gestionar el avance con inteligencia. Cada vez son más los presos políticos torturados. —Bajando la voz, agregó—: Si fracasamos en esta, estamos muertos.

Poco tiempo después, tal como los caballeros predecían, el Congreso votó la Ley 14.394 que incluía el divorcio vincular y se levantó la prohibición para ejercer el comercio de la prostitución en burdeles y casas de citas.

El arzobispo de Buenos Aires se reunió con Perón en febrero de 1955; sin embargo, tras una larga charla cuyos detalles pocos conocían, el Cardenal no pudo sofrenar los avances del Presidente en contra de sus preceptos. Por el contrario, las amenazas se convirtieron en realidad al paso de medidas que parecían disponerse con el fin de irritar cada vez más a sus nuevos opositores.

Poco después de la reunión, el Gobierno decidió suprimir los feriados con motivo religioso exceptuando el de Navidad. Al cabo de dos meses, el parlamento revocó la exención impositiva a las instituciones eclesiásticas y se convocó a una convención constituyente con el fin de evaluar la separación de la Iglesia del Estado, lo cual generó reacciones severas del Episcopado.

La grieta ya se había producido y era imposible de soldar.

* * *

Córdoba, 15 de Junio de 1955.

Estancia de Alberto Montier.

—¿Por qué desapareció durante tanto tiempo? —Ivonne se lanzó a los brazos de su amante en medio de una congoja.

—Tranquila, mi amor —decía Montier acariciando sus cabellos—. Tengo que decirle algo, escúcheme bien: se está armando una muy grande, y muy fea. No sé si van por el Gobierno o directamente por la cabeza de Perón.

—¿Qué? —soltó la mujer horrorizada tapándose la boca con una mano.

—Lo que digo. No quiero que se mueva de Córdoba. Se va a quedar acá durante algunos meses. Invéntese una excusa, cansancio, lo que sea. ¿Me entiende?

—¿De qué está hablando? Por favor, quiero saber todo.

—Se van a levantar contra el Gobierno. Eso es *todo*.

—¿Quiénes?

Montier soltó una carcajada tan débil como irónica.

—¿Quiénes? Altos Jefes del Ejército, civiles, radicales, comunistas, y...

—¿Quién más, Alberto? —preguntó ella.

—Y también algunos terratenientes. —Ivonne enmudeció antes de escuchar el final de su relato, pues ya sabía lo que seguía—. Su suegro, su marido, están todos metidos. ¡Esos hijos de puta lo financian!

—Por Dios... ¿Qué vamos a hacer nosotros? Nuestros hijos... —comenzó a llorar de nuevo.

—Por sus hijos no se preocupe, envíelos a alguna provincia para comprar más tierras, los negocios siempre son bienvenidos para esta gente. Por allá no va a pasar nada. El tema es la Capital. En una hora me voy para Buenos Aires, no sé si voy a llegar a tiempo para alertar del complot. Ojalá lo logre... Mi contacto no quiso hablar hasta hoy por la mañana; parece que se levantó arrepentido. Pero creo que ya es tarde.

—Entonces no se vaya —le suplicó ella aferrada a sus hombros—. Tengo miedo, Alberto.

El hombre le tomó el rostro entre las manos.

—Ivonne, seréne. Solo debe hacerme caso. Permanezca acá hasta que yo le diga que puede volver. ¿Está claro? —la abrazó con fuerza, la amó con rapidez, parado como estaba contra la pared del comedor, y se marchó.

* * *

Buenos Aires, 16 de junio de 1955

Bombardeo a Plaza de Mayo

Con el proceso revolucionario que generó Perón a la cabeza del Gobierno desde 1943, comenzó a diseñarse un nuevo destino para la patria en donde la oligarquía argentina fue perdiendo terreno. Para 1955 ya había pasado demasiado tiempo de concesiones y las políticas anticristianas generaban irritación en la derecha católica y el radicalismo, quienes años atrás eran aliados del General y habían colaborado con su llegada a la presidencia.

El plan estaba bien delineado: con el factor sorpresa como premisa, la aviación naval bombardearía la Casa Rosada cuando Perón estuviera reunido con su Estado Mayor. Pero como el ataque requería de apoyo terrestre, luego de la última detonación se activarían las células civiles con casi quinientos hombres armados que aguardarían en bares de los alrededores y, en medio del caos, tomarían la Casa de Gobierno secundados por infantes de Marina. Los granaderos que a esa altura quedarán con vida, con armas de principios de siglo menos sofisticadas que la de sus contrincantes, no resistirían semejante agresión. Pese a considerar la reacción popular que se avecinaría, los conspiradores confiaban en que el ambiente golpista movilizaría más tropas militares a su favor, y los opositores deberían rendirse frente a semejante despliegue, en lugar de combatir.

Los aviones partirían desde la base aeronaval de Punta Indio y el aeropuerto internacional de Ezeiza, que ya contaba con depósito para almacenar armamento y combustible, funcionaría como central de abastecimiento luego del ataque.

Un acto en homenaje a la memoria del General San Martín había sido programado por el Gobierno para el 16 de junio; las formaciones sobrevolarían la Catedral y la Plaza de Mayo soltando flores sobre la multitud. La oportunidad se presentaba en bandeja.

Noriega, Jefe de la conspiración en Punta Indio, ya contaba con los aviones cargados para el ataque. Busi, desde Ezeiza, había programado el reabastecimiento y recibía refuerzos de los infantes de Marina.

Si bien las naves estaban en vuelo desde la mañana, un cielo encapotado de nubes bajas impedía buena visibilidad, por eso la ofensiva debía aguardar su momento para desplegarse.

Entre tanto, Franklin Lucero, Jefe del Ejército, que ya estaba anoticiado de la toma de las bases de Punta Indio y Ezeiza por una reunión secreta que había mantenido la noche anterior con el Teniente Alberto Montier, sugirió al General Perón que saliera de la Casa de Gobierno y se refugiara en el Ministerio del Ejército. El Presidente lo hizo, sin embargo, omitió alertar a los demás de las sospechas

para que pudieran evacuar a tiempo el lugar.

Los comandos, cargados hasta los dientes, disimulaban la impaciencia tomando café en los bares, alertas para accionar cuando llegara el turno.

Montier se había congregado con un grupo de tres militares en un almacén de la Avenida Rivadavia, en donde aguardaban la llegada de una decena de oficiales para construir la barrera de protección. Pero un estruendo los sorprendió desde lejos: la primera bomba revolucionaria fue lanzada sobre la Casa Rosada a las 12.40 del mediodía, horas después de lo previsto por el plan, matando a dos personas en el acto. Luego una serie de aviones descargaron municiones sobre el objetivo desatando una onda expansiva que impactó sobre los cuerpos de cientos de civiles que terminaron desintegrados. Las personas que habían venido a disfrutar de una celebración que prometía flores desde el cielo, hallaron esquiras que volaban por el aire en dirección a ellos. Se estaba bombardeando la Capital a través de un fusilamiento aéreo pergeñado por verdugos sin rostro que buscaban el castigo sobre el mismísimo pueblo, fusilando tanto a enemigos como a manifestantes inocentes.

Mientras los infantes de Marina comenzaban la masacre en tierra firme, la Armada reaccionó atacando hileras de soldados desleales que avanzaban en camiones hacia la casa de Gobierno. La gente corría desesperada por la calle Perú y por Paseo Colón para alejarse de las balas; algunos no lograban salir a tiempo de la línea de fuego y quedaban atrapados en sus automóviles o bajo una lluvia de escombros. La Plaza de Mayo ardía entre columnas de humo que anunciaban una batalla donde nadie tenía certeza de los mandos. Se había desatado la locura en el centro mismo de la ciudad; era una guerra contra el pueblo.

Montier y sus colegas salieron a los saltos del lugar tratando de encontrar algún rincón donde protegerse. El Teniente logró llegar a la calle Perú y corrió en dirección al río. Sus piernas parecían las de un guepardo que dispara frente a la amenaza del cazador. En medio del caos que provocó la explosión, había perdido su arma y no contaba con más defensa que la astucia de su rango y la rapidez de su cuerpo. Por tres cuadras consiguió esquivar los proyectiles. A punto estaba de sondear una curva cuando vio un grupo de hombres armados que venían en dirección a él. En ese momento una bomba resonó cerca de sus oídos: una mujer cayó desmayada en medio de la calle y un niño, que no tendría más de cinco años, quedó inmóvil llorando junto al cuerpo sin vida. Miraba a todos lados aturdido, con la carita salpicada de sangre y terror. El humo de las granadas hacía sombra en su silueta.

Los soldados estaban a pocos pasos; Montier debía darse prisa: un poco más y llegaría a doblar para perderse entre la gente. Sin embargo, por sus venas corría el murmullo de un abuelo que le había puesto el pecho a las milicias de su propio pabellón, ingresando al galope de un caballo blanco en el campo de batalla para impedir una injusticia. El Gobierno de su patria lo había obligado a formar parte de la Guerra de la Triple Alianza contra la Nación del Paraguay que en 1865 había invadido la provincia de Corrientes. A pesar de eso, él no podía consentir esa masacre. Al ver el cuello enlazado de un oficial paraguayo a manos de las correas de un militar argentino de su bando, Don Conrado Montier avanzó hacia la línea de fuego y disparó a matar solo para liberarlo. Sabía que allí se estaba jugando su propio destino, no obstante decidió filtrarse en medio de una balacera que le quitaría el aliento en el mismo instante en que él liberaba a un hermano. Por eso, en lugar de seguir hasta la esquina, el Teniente Montier dio vuelta sus pasos hacia el pequeño y se lo llevó colgado de un brazo para alcanzar la vereda segundos antes de que otra bomba explotara a pocos metros de ambos. Cayeron en el umbral de un edificio antiguo. Lo había salvado, pero el coraje le costaría su captura. En ese momento, sintió cómo unas manos armadas desprendían de su cuello las manitos del niño y una capucha le cubría la cabeza antes de que el culetazo lo dejara inconsciente.

Perón, que ya estaba en el Ministerio junto al Jefe del Ejército, tuvo que ser protegido por escoltas que lo

auxiliaron ante el impacto de una munición que destruyó su oficina. De inmediato, lo trasladaron al sótano para resguardarlo.

A pesar del dominio de los golpistas, que habían sublevado la base de Punta Indio, Ezeiza y Morón, faltaba la adhesión de tropas castrenses —fieles al Presidente— para garantizar el éxito; los comandos civiles a esa altura ya estaban dispersados.

Mientras infantes de Marina y granaderos continuaban librando batalla desde el suelo, un comunicado de la Central General del Trabajo —CGT— llamó a la resistencia y convocó a todos los obreros a armarse para defender a Perón: había que dar la vida por el líder. Camiones repletos de hombres decididos a proteger al dirigente que azuzaba sus pasiones, marcharon hacia la plaza para cumplir con el designio mientras las balas cruzaban el aire.

Las tropas leales, que ya se habían concentrado, cercaron el Ministerio de Marina y las bases aeronavales, y entonces comenzó a sucumbir la estrategia y las ilusiones entraron en tiempo de descuento. La Marina inició los términos de la rendición y —entre tanto— treinta y seis aviones se llevaban a los sublevados hacia el Uruguay. El saldo: más de trescientas personas asesinadas, cientos de heridos, y los rebeldes a salvo en terreno vecino.

Perón, apenado por el suceso pero complacido con su gente, elogió por cadena nacional la actuación de los verdaderos soldados del Ejército y llamó a la quietud: no deseaba lamentar más muertes.

Esa misma noche, decenas de iglesias fueron incendiadas en franca oposición a la curia citadina. El Presidente ordenó la restauración de los templos profanados intentando una conciliación. También lo hizo con los empresarios, anunciando el fin del *período revolucionario*.

Por el lado de la oposición, el dirigente radical Arturo Frondizi rechazó cualquier tipo de acercamiento con el Gobierno Nacional pues lo consideraba el responsable de la tragedia de Plaza de Mayo. El partido conservador y el demócrata reclamaban la renuncia de Perón y lo que llamaban el fin de años de oscurantismo. Y entonces, a un mes y medio del bombardeo, el General hizo público su retiro que fue rechazado por los dirigentes peronistas, quienes convocaron a un paro con movilización a la Plaza. Si bien las masas obreras no produjeron incendios ni destrozos, la armonía con la oposición ya ni siquiera era un sueño.

Perón renunció el 19 de septiembre y se retiró a Paraguay para no regresar durante años. No obstante, la nueva conspiración militar que lo alejó del Gobierno no generó movilizaciones convocadas por la C.G.T., ni levantamientos del Ejército para defender al líder.

Había llegado el final del régimen peronista y del fanatismo que provocaba en sus seguidores. Pero nada estaba del todo dicho todavía.

* * *

17 de junio de 1955, 18.20 hs.

En algún cuartel del Ejército

Hacía más de un día que lo tenían encerrado en esa habitación oscura, donde el viento se filtraba por las aberturas de una ventana diminuta pintada de verde que impedía la visión. No le dieron agua ni comida. Orinó en un rincón de la pieza, como pudo. Tenía sed, hambre y frío. Mucho frío. Y no sabía quién había organizado su captura, ni por qué razón. Algunos nombres le vinieron a la mente: Calderón, Olivieri, Busi... Sin embargo, ellos no estaban al tanto de sus maniobras para coartar el levantamiento. ¿Tal vez el propio Franklin Lucero? Era descabellado. Se había reunido a solas con él para advertirle del asunto.

Quizás alguien más los había visto... Pero: ¿por qué no lo fusilaban de una vez como a tantos otros? En lugar de ello, lo aislaban de los demás, de los que ya habían muerto. ¿Con qué fin?

Alberto Montier no comprendía el verdadero motivo de su secuestro. Sin embargo, de algo estaba seguro: allí dejaría la vida. No contaba con nada para defenderse y los soldados de su confianza no tenían la menor idea de su paradero. Imposible escapar. Tal vez, y solo tal vez, lograra persuadir a su verdugo cuando diese la cara. Eso requería de gran astucia, la viveza que lo había mantenido a salvo durante años de enfrentamientos motivados por intereses gestados en el mismo seno de su casta: el Ejército.

Oyó movimientos en la cerradura. Alguien entró. Debido a los hilos delgados de luz que se filtraban por la ventana, solo pudo ver una sombra alta y la punta de unas botas lustradas. Nada más. La imagen disparó en su rostro el brillo intenso de una linterna. Montier, molesto por la repentina luminosidad sobre sus ojos, tapó su cara con el dorso de la mano para protegerse. Detrás de la sombra aparecieron dos personas más con una silla que ubicaron en medio de la habitación. Lo tomaron de ambos brazos y obligaron a sentarse, lo encapucharon, amarraron sus muñecas y los tobillos a las patas de madera y desaparecieron. La sombra quedó allí, inmóvil en el umbral, con la puerta ya cerrada a sus espaldas.

Montier advirtió que desde afuera habían dado luz al interior; ahora la pieza estaba iluminada pero él continuaba a ciegas producto de la capucha. Aspiró hondamente, intentando rescatar algún aroma conocido, un olor que le indicase a quién tenía enfrente. Nada halló que le diera pistas. No quería hablar hasta que el otro lo hiciera. Sabía que no encontraría respuestas por el momento. Se sentía extraño. Si bien debía temer por su destino, en ese instante por el cuerpo le pasaban otras cosas. Tenía ganas de saltar sobre ese desgraciado que lo tenía sometido, pero no podía moverse. Además, su vida estaba en juego, al límite, y por eso debía actuar con cautela. Esperaría.

La sombra comenzó a desplazarse a paso corto. Ahora Montier la percibía cerca de él, observándolo. La respiración de ambos se aceleró. De pronto el Teniente sintió un golpe que le dobló la mandíbula y casi lo tira al piso. Y luego el segundo, y después otro más. Le estaba rompiendo la quijada. La sangre que se escapó por la nariz y la boca dibujaba líneas irregulares sobre el cuello. El sujeto no paraba de golpearlo. Consiguió desmayarlo por unos minutos, pero se cercioró de que respirara todavía. Un balde de agua helada lo volvió a la conciencia. La sombra, que ahora estaba detrás, le quitó la capucha.

—Mostrá la cara, hijo de puta —balbuceó Montier con la cabeza gacha ensangrentada.

La sombra obedeció y colocó su figura frente a él. Lo primero que vio Alberto fueron sus botas de cuero relucientes. Con poca energía levantó el rostro, y sus ojos quedaron prendados de la mirada asesina de su victimario: Antonio Segundo era la sombra.

En un instante el Teniente acomodó las piezas: habían descubierto su amistad con los leales a Perón. ¿Por qué este hombre manchaba sus manos en la tortura si contaban con otros para ello?

—¿Qué hacés acá, Infraga Mitre? Esto es una cuestión entre soldados.

—Ajá, entre soldados... —repitió. Y, lleno de furia, le plantó otra trompada. —No sabía que mi esposa era un asunto de soldados. ¡Sos un hijo de puta! —aferró sus cabellos y le pateó la ingle.

Montier se retorció de dolor en la silla de madera. Se le había cortado el aire, por el golpe recibido y por la declaración que acababa de oír. Antonio Segundo sabía todo acerca del romance con su mujer, y lo había capturado para matarlo. En realidad, a esa altura lo que pasara con su vida no le importaba demasiado, pero con su desaparición, Ivonne quedaría desprotegida, a merced de la crueldad de ese salvaje que ahora pretendía hacer valer una moral de la que sus actos jamás pudieron honrarse.

—Creí que me habían detenido por ser leal al Presidente —soltó Montier un poco más repuesto.

—¿Te creés tan importante como para que perdamos tiempo con un delator de cuarta que no supo mantenerse del lado de las verdaderas fuerzas? No —Antonio Segundo hizo una pausa y sonrió con ironía —: Me dijeron que podrías haber escapado y, sin embargo, ¡te quedaste para salvar a un chico! —rió

más fuerte—, un niño que te aseguro ya está muerto. Además de soplón sos un idealista, que es lo mismo que decir: ¡un estúpido! ¿Pensaste que no estaba al tanto de las escapadas de Ivonne en medio de la noche? ¡¿Tan idiota me juzgaron?!

—¡El mismo idiota que se perdía durante días en la cama de esa pobre india que metiste en tu casa sobre las narices de tu esposa! —Antonio Segundo palideció. —Si creías que Ivonne no lo sabía, entonces sí sos un idiota.

—¿A vos qué carajo te importan las cuestiones de mi matrimonio?

Montier soltó una carcajada.

—¿Y a vos por qué te ofende tanto la forma que tiene tu mujer de manejarlas?

—¿Manejarlas? Cuando me enteré de que se encamaba con vos, ¡con vos!, no podía creer el chisme. Porque pensé eso en un momento, un chisme, no podía ser. Una dama de clase revolcada con un soldado sin honor, que apoyó el levantamiento de la neutralidad en una Guerra que no era nuestra. Un traidor como tu abuelo, que fue una vergüenza para su pueblo y por eso murió solo, pobre e ignorado. ¡Mi Ivonne! Pero después me lo confirmaron, personas muy cercanas a tu entorno, que ya no te tenían más respeto.

—Hablás de lealtad y de respeto sin tener la menor idea de lo que significan. Jamás tuviste respeto por tu patria, ni por tu esposa —interrumpió el Teniente.

—¿Acaso vos lo tuviste por la tuya? —increpó Antonio Segundo.

—Con mi esposa solo nos une un título legal ante la gente. Pero te advierto, cobarde: no te metas con ella ni con Ivonne —lanzó Montier entre dientes.

Su enemigo figuró una sonrisa.

—¿Me pedís, me advertís, que no me meta con tu mujer cuando vos te metiste con la mía?

—Nunca vas a comprender esa relación.

Antonio Segundo lo golpeó de nuevo con más potencia.

La mandíbula de Montier tembló por el impacto y la silla trastabilló pero logró quedar en pie. Respiraba con agitación; sin embargo, no sentía dolor a pesar de la golpiza; la adrenalina le había tomado todo el cuerpo. Las venas del cuello se tensaron y los músculos de sus brazos parecían haber aumentado de tamaño producto de la ira retenida. Infraga Mitre, parado frente a él; la mirada clavada en el entrecejo del militar, las fosas nasales abiertas dando paso al oxígeno que entraba y salía con ruido exagerado.

Se estaban midiendo. Uno llevaba la ventaja; el otro, no pensaba rendirse.

El Teniente había logrado desatar sus muñecas de la soga, pero los pies aún quedaban amarrados a las patas delanteras. Con la silla a cuestas, Alberto saltó sobre el cuerpo de Antonio Segundo y empezó a golpearle los riñones con la potencia de los hombres militares. En ese instante, las manos que se incrustaban en la parte baja del torso empuñaban toda la lucha de sus ancestros contra los opresores de las clases indefensas. Su oponente comenzó a quedarse sin aire; se doblaba ante cada golpe. Montier era unos centímetros más bajo que él, sin embargo le ganaba en fortaleza y entrenamiento. Logró tirarlo al suelo. No le quedaba otra opción más que eliminarlo; de lo contrario, Antonio Segundo se llevaría su vida. Rodaron sobre el piso en una lucha a muerte: el honor también estaba puesto en juego. De pronto, Alberto pudo inmovilizarlo atornillando los dedos en su garganta.

—¡No vas a tocarlas nunca más, ni a la tuya ni a la mía! Fuiste demasiado lejos con esto, miserable —y apretó más contra la nuez para sacarle el aire.

Morado, casi sin ventilación, Infraga Mitre no podía moverse. Intentó un último ademán y con la poca energía que le quedaba le cruzó una pierna entre las patas de la silla que el Teniente tenía aferrada a sus tobillos. Por un instante, las manos de Montier perdieron fuerza y Antonio Segundo aprovechó el momento para buscar el revólver que mantenía escondido en la cintura.

Entonces se oyó un disparo, y los cuerpos dejaron de moverse.

X

Los últimos días de junio se aproximaban y ella no tenía noticias de su paradero.

Si bien el caos provocado por el bombardeo había cesado, los informes que llegaban desde Buenos Aires no parecían muy alentadores. Un cambio radical se estaba sembrando en el país; los matutinos ya reflejaban el asunto de manera directa.

Siguiendo las indicaciones de su amante, Ivonne permanecía en Córdoba. Su hijo Edgardo había desaparecido sin aviso, pero todos suponían que iba en busca de la judía entrerriana que lo tenía loco. Francisco, que a esa altura era un reflejo del padre y marchaba siempre tras sus pasos, aún no había regresado de la Capital.

Una vez más, la francesa contaba las horas en soledad en medio de la incertidumbre. Los diarios hablaban de una masacre generada por los rebeldes al régimen y de la ofensiva exitosa de los leales. Se publicaron algunos nombres de oficiales del Ejército de alta graduación que ella conocía, como Samuel Toranzo Calderón y Aníbal Olivieri, pero nada acerca del Teniente Alberto Montier. La ansiedad de Ivonne se acrecentaba por la noche, cuando esperaba en vano su llegada.

María, que la veía sufrir hacía años, se había alegrado con la noticia que la mujer le comunicó días atrás: con el divorcio de ambos por fin lograrían ser libres. ¡Gracias, General, por permitirnos la venganza frente a las injusticias!, clamaba mirando la foto enmarcada de Perón que colgaba en la pared de su dormitorio.

Entrado el nuevo mes, Ivonne recibió el llamado de su marido: permanecería en Buenos Aires junto a Francisco durante varias semanas para terminar asuntos urgentes que requerían de su presencia. ¿Pero dónde carajo se había metido Edgardo?, preguntaba Antonio Segundo. Nadie sabía decírselo y, aunque lo suponían, obviaban tocar el tema con el señor. Por eso ella lo cubrió sin darle los detalles que conocía.

El paradero de Montier seguía siendo un misterio. Ivonne comenzó a inquietarse; ya no soportaba más su ausencia. Ávida de respuestas, ordenó a Don Tito partir para Buenos Aires. Si no lograba dar con el Teniente, debería buscar al cabo Juárez, su mano derecha. Y si no, a cualquiera que pudiera darle novedades. No debía regresar sin resultados. Y escribió una nota para él.

Querido mío:

Aunque desesperada desde su partida, me mantuve en Córdoba como usted me pidió. El golpe pasó, los días también, pero usted no aparece. Ya no puedo respirar, Alberto. Antonio Segundo llamó diciendo que volverá en unas semanas. Aguardo su regreso para comunicarle mi decisión de abandonarlo. Me voy con usted, mi amor. Envío a Don Tito porque me carcome la espera. Vuelva junto a mi corazón, si no, siento que muero. Suya por siempre,

Ivonne.

Don Tito partió una mañana muy fría, con el sol escondido tras un collar de nubes que opacaba el cielo.

«Prometo encontrarlo, mi señora», fueron las últimas palabras que pronunció antes de despedirse.

A pesar del viento congelado que la despeinaba, ella permaneció inmóvil en el umbral observando cómo se alejaba el automóvil. Don Tito le daría su mensaje y entonces Alberto volvería para rescatarla como había prometido, como solía hacer desde que se conocían. Ya la había librado de esa vida sin pasión que llevaba hace años para transformarla en una repleta de sueños. Ahora solo debía regresar y dar forma a todas las ilusiones que supieron construir juntos. «Si tu cuerpo no es mi grito, no puedo vivir», le había dicho alguna vez. Y a ella le dolía el alma de tan solo imaginar que algo pudiera haberle ocurrido.

María la vio tiritando, arrugando los hilos de su camisón de franela para soportar la temperatura del ambiente. Corrió hasta la puerta, le pasó el brazo por los hombros, y dijo:

—Vamos, mi niña. No se quede acá esperando que se va a pescar la gripe. Venga conmigo y le preparo un tecito. Basta de llorar, de ahora en más todo será alegría.

Una vez que la propia esposa de Montier le aseguró que nadie sabía de su destino, tres días le tomó a Don Tito ubicar al cabo Juárez. Si bien ya no era un muchacho, el chofer se percató al instante de que Juárez sentía la misma devoción por el Teniente que tenía años atrás. Se encontraron en un bar de la zona céntrica y, tras dos vasos de cerveza que bebió como agua, el cabo le confió lo que hasta el momento no había tenido el valor de decir frente a la familia de Montier. Hacía una semana lo habían encontrado en un descampado del sur de la ciudad con el estómago agujereado por un balazo de arma común que no pudo identificarse. Estaba muy golpeado, por lo que se suponía que lo habían torturado antes de matarlo. Al enterarse del asunto, el cabo primero lloró como una niña tonta durante horas, y luego decidió mover contactos para llegar al fondo de la cuestión. Tocó las puertas de varios oficiales conocidos sin hallar respuesta. Hasta que advirtió que debía encauzar la búsqueda entre los integrantes del bando golpista: allí daría con alguien que pudiera explicarle al menos el porqué.

Por fin, halló lo que esperaba: la secretaria de Busi continuaba en su oficina a pesar de la ausencia de su jefe; ya sin trabajo trataba de generar contactos para conseguir nuevo empleo. Juárez la sedujo con trato cordial y la llevó a la cama esa misma noche. Luego de escuchar en detalle su demanda, escribió en sus narices una carta de recomendación y le prometió una entrevista con oficiales allegados a Perón. La mujer, agradecida, no solo le concedió su intimidad sino toda la información que necesitaba: «El oligarca estaba como loco. Cuando le confirmaron que se trataba del tal Montier —yo jamás había oído ese nombre—, explotó como un desquiciado. Estaban reunidos en la oficina, con planos desplegados en el suelo para repasar la estrategia antes del bombardeo. Entonces entró un muchacho alteradísimo, creo que era su hijo porque lo llamaba *papá*. Yo intenté detenerlo para que no interrumpiera, pero me dio un empujón que por poco me tira al piso. Abrió la puerta enajenado y sacó a su padre de la reunión. Cuando estaba alejado del grupo bajó la voz y le dijo: *El Teniente Montier es el amante de tu esposa*. Creyeron que yo no los oía, sin embargo pude escucharlo claramente. A partir de ese día me enteré de muy poco porque intentaban callar cuando yo andaba cerca. Pero no soy tonta, estaban planeando matarlo».

* * *

—¡Asesino! ¡Asesino! —Apenas lo vio en la estancia, Ivonne se lanzó sobre el pecho de su marido con los puños cerrados. No paraba de gritar en medio de un caos de lágrimas: —¡Maldito! ¡Lo mataste! ¡Asesino!

Fue el mismo día que Don Tito le trajo la noticia cuando Antonio Segundo reapareció en Córdoba.

La mujer no tuvo tiempo de procesarlo, su esposo llegó horas más tarde y la encontró en un ataque que su presencia terminó por desbordar. Francisco no estaba con él, había decidido quedarse en Buenos Aires para ver a la dama Linares Basualdo que cortejaba.

Infraga Mitre le tomó las muñecas y la arrastró escaleras arriba. María y Don Tito, impotentes, quedaron plantados en la puerta de la cocina rogando a Dios que no le hiciera daño.

Una vez en el cuarto, Ivonne se desplomó sobre la cama y continuó llorando abrazada a una almohada. Antonio Segundo cerró con llave la puerta y enfrentó a su mujer.

—¿Cómo lo supiste?

Ivonne no respondió. Desgranaba su congoja delante de su esposo sin importarle lo que pensara de ella en ese momento.

—¡Te hice una pregunta! —se enervó él acercándose al borde del camastro.

Ella continuaba inmóvil; hundida en la almohada, con sus quejidos rebotando en la garganta. Él la agarró del brazo obligándola a ponerse de pie.

—¡¿Tan importante era ese maldito?! Un soldado mayor que vos, sin cultura ni fortuna. ¡¿Qué carajo le viste?! —sin soltarle la carne la sacudió mientras las espadas de sus ojos intentaban doblegarla

Con el rostro descompuesto, teñido de manchas coloradas, la esposa comenzó a hablar con intención.

—Estoy enamorada de ese hombre como nunca lo estuve de vos. —Y al instante, seguido de la frase que jamás debió decir, su marido le cruzó la cara con el revés de la mano abierta. Ivonne perdió el equilibrio y terminó tumbada nuevamente en la cama. Se tomó la mejilla que dolía; sus pupilas dilatadas parecían las de un felino en guardia. Lo miró con bravura; el llanto se había borrado y solo quedaba rabia.

Hacía tiempo que habían dejado de amarse en la intimidad, en realidad no se tocaban y poco se veían. Con las desapariciones de él, el lecho quedaba libre; cuerpo y corazón también. Pero ambos habían encontrado la forma de llenar esos espacios. Ella, con el hombre que adoraba hace años, con el amor medular que nacía de sus entrañas; él con la india que mantenía y calmaba sus antojos más hondos, esas pasiones cerriles que en general permanecen atadas. Y ahora, enfrentados por una verdad de la que no hacía falta decir mucho, no hallaban palabras para otros reproches. Nada más podían decirse. Por eso ella le fijaba la vista sin temor y él trataba de apaciguar su furia con ese golpe. Pero Antonio Segundo necesitaba más: sentir que seguía siendo el amo de la estancia, el heredero de una de las familias patricias más holgadas, el dueño de las tierras, del ganado y de las hembras. En especial, el dueño de esa que lloraba por otro en sus narices y que era nada menos que su esposa. Por eso, solo por eso, le arrancó la bata de seda que llevaba puesta y se lanzó encima de ella para reclamarlo.

A pesar de su dolor, Ivonne comprendió perfectamente lo que su marido deseaba. En ese momento, las palabras que Evita le lanzó en la revuelta ferroviaria volvieron a su mente: «Así es cómo se defiende una pasión». Entonces, animada por el eco de la mujer que supo enfrentarse a los mandos para proteger los corazones humildes de su pueblo, con un gesto helado que le endureció el perfil, estiró su brazo y tomó el puñal que tenía escondido debajo de la manta. Pegó la punta del cuchillo en la garganta de su marido y le escupió la cara. Él abrió los ojos y levantó las manos de su cuerpo en señal de asombro y rendición.

—Si me tocás, te mato —dijo ella con la sangre hirviendo y la voz seca—. Nunca más vas a ponerme un dedo encima, porque juro que no vivirás para contarlo. Y grabate bien las últimas palabras que voy a decirte en la vida, Infraga Mitre: ni la fuerza de tus puños sobre mi carne me hará olvidar jamás este amor.

Antonio Segundo oyó su expresión con una firmeza que no le conocía. Y por primera vez le tuvo miedo. Solo en una ocasión la había escuchado hablar así, en su discurso acerca de la neutralidad argentina en aquella cena con Perón. Y ahora, el peligro de muerte que las manos de Ivonne aventuraban, ponía en jaque toda su valentía. A pesar de ser el amo de la estancia y el dueño de las hembras, era

demasiado cobarde para aceptar morir al cuchillo de su esposa. Tanto su infidelidad como esa amenaza se convertían en un reto para su hombría. Sintió debilidad en todo el cuerpo; su pene se ablandó y comenzó a llorar como un niño: ella le había destrozado su potencia.

Avergonzado, se apartó y se puso de pie. Fue hasta la ventana de la habitación; no podía mirarla. Pensó en la deshonra que sentiría su padre si se enterara de esto. En ese instante recordó las frases que de chico le escuchaba decir y que solía repetir también a sus nietos: «Las demostraciones de afecto son propias de las polleras. Los que usamos pantalones liberamos pasiones sobre el campo. Con las hembras, solo nos divertimos». Él había liberado sus instintos más bajos con la india, la había domado como a los caballos de su estancia, y su esposa lo sabía. Por eso le había perdido el respeto.

Para Ivonne, su marido representaba todo lo que ella odiaba, y también la destrucción de aquello que alguna vez amó: la solidaridad de su padre con los humildes, los muertos por la guerra, el esfuerzo de Evita al servicio de una causa, los ideales de Montier y su valentía. A partir de ese día, no volvió a dirigirle la palabra. Seguían compartiendo la vida en común, pero en habitaciones separadas. Y como la indiferencia hiere más que cualquier daga, Antonio Segundo no pudo continuar visitando a la india ni se interesó por ninguna otra mujer. La actitud de Ivonne y luego su mutismo, lo habían castrado por completo dejándolo impotente frente al mundo.

* * *

Creada por la mujer de Perón durante su presidencia, la Fundación Eva Perón tuvo como objetivo proporcionar asistencia social a los desvalidos. Evita atendía durante horas a personas que llegaban de todo el país en busca de ayuda y se ocupaba de la distribución de alimentos, ropa, libros, máquinas de coser y juguetes para las familias más vulnerables de la sociedad. Promovió el armado de policlínicos en el Gran Buenos Aires, la creación de escuelas, hogares para ancianos, madres solteras y jóvenes que llegaban desde otras provincias para continuar sus estudios o trabajar. Debido a la gran cantidad de demandas, necesitaban contar con una sede y por eso encargó la construcción de un edificio en la Avenida Paseo Colón al 800; pero no pudo inaugurarlos dado su fallecimiento temprano.

En contra de su marido y sin que él supiera nada del asunto, tal como lo había hecho en vida de su amiga, Ivonne continuó trabajando en la Fundación. Sin embargo, las actividades fueron decreciendo de manera vertiginosa tras la muerte de Eva. Y en 1955, con el derrocamiento de Perón, el nuevo Gobierno dispuso la liquidación de la institución que por entonces se ocupaba de ayudar a miles de indefensos.

Ivonne lloró junto a sus compañeras sintiendo las manos atadas frente al derrumbe de los sueños que Evita había puesto en marcha años atrás. La frustración no encontraba aliciente en ninguno de los oídos cercanos al poder. Pensó en su amiga de labios morados, que llevaba en la visión de esos ojos de pueblo el dolor de los más débiles. Y luego pensó en Alberto, en aquellos ideales que solía proclamar con la mirada llena de utopías. Entonces decidió que seguiría militando en favor de esos ejemplos por los que había muerto el hombre que amaba, alineada a las voces que una desgracia física y un asesinato cruel habían sesgado.

Ingenió un plan y convenció a dos monjas que la acompañarían en su derrotero. Movié los contactos políticos que había dejado su amante y se instaló de contrabando en uno de los despachos del predio de Paseo Colón. Había ganado la simpatía del encargado, un hombre de edad que parecía ya no tener más sueños. La ayudaba a ingresar sin que la vieran, y la dejaba hacer su tarea en paz.

Todas las tardes, Ivonne recibía a decenas de mujeres y niños desamparados que pedían consuelo con el alma tibia a pesar de las injusticias. Por las noches, cuando en su propia casa dormían, la francesa escapaba de su dormitorio descalza y bajaba en puntillas de pie por las escaleras hasta llegar a la

biblioteca. Intentando hacer el menor ruido, hurgaba en el escritorio de Antonio Segundo, buscaba la llave de la caja fuerte que tenía escondida detrás de una pintura, y le robaba dinero para dárselo a los pobres. Tanto había guardado en ese cofre, que su marido no advertía ninguna falta. Lo hacía los días viernes de todas las semanas, porque sabía que recaudaba la paga de su cosecha y de negocios de los que ella no estaba al tanto. Pero eso no le molestaba en absoluto; lo importante era llevarse lo necesario para ayudar.

A pesar de su trabajo oculto al que dedicaba horas, Ivonne procuraba vestirse, peinarse y maquillarse de manera impecable al despuntar el día. Deseaba que su marido la viera siempre hermosa, que sufriera sabiendo que esa belleza la inspiraba otro hombre aunque ya muerto, y que jamás volvería a ser para él. Esa era una arista más de su venganza por haberle arrebatado a Alberto, y con ello endulzaba las lecciones que tan bien había aprendido de María.

Puesto que los labios cerrados de Ivonne le habían atrapado por completo sus antojos eróticos y ya no podía desear a ninguna otra mujer, Antonio Segundo canalizó toda su energía en el proceso político revolucionario del que formaba parte.

A partir del intento golpista del 16 de junio, las estrategias se fueron organizando con más prisa, pero también con mucha precisión. Los Infraga Mitre y sus amigos terratenientes prestaban apoyo económico al ala rebelde del Ejército, y mantenían reuniones cerradas con quienes manejarían el país en los próximos años. A sabiendas de lo que sucedería, a fines de agosto Antonio Segundo pidió a su esposa que permaneciera en Buenos Aires y no regresara a Córdoba hasta nuevo aviso.

Como los espacios verdes estaban llenos de recuerdos y a esa altura ya había perdido el entusiasmo por las sierras, a Ivonne le resultó fácil acatar el pedido de su marido. Además, su trabajo clandestino no le dejaba tiempo libre para escaparse de la Capital; hacía meses que no visitaba la estancia. Y no tenía pensado abandonar la ayuda que prestaba a los carenciados.

* * *

El 16 de septiembre, tal como estaba programado, la insurrección militar estalló en la provincia de Córdoba dando inicio a la Revolución Libertadora que se estaba gestando, mientras en distintos puntos del país comandos civiles se sublevaban ocupando edificios públicos para rendir apoyo a los rebeldes. Había llegado el fin.

Frente a la imposibilidad de continuar en el Gobierno, Perón renunció mediante una carta confusa escrita al General Franklin Lucero, su Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, y el 20 de septiembre pidió asilo en Paraguay.

El General de División, Eduardo Lonardi, se instituyó como nuevo Presidente Provisional de la Nación, estableciendo la sede del Gobierno en la ciudad de Córdoba; para los Infraga Mitre resultaba muy bueno tenerlos cerca. Por su parte, el cabecilla liberal, Almirante Isaac Rojas, fue designado Vicepresidente Provisional.

Una multitud de manifestantes antiperonistas se concentraron en la Plaza de Mayo con pancartas de apoyo a los nuevos dirigentes, aplaudiendo la salida de los *nazis* —como solían llamar a los depuestos— y vitoreando la llegada de la nueva República.

Sin embargo, el Gobierno militar continuaba dividido.

—Esto es solo un buen maquillaje. La *entente cordiale*, como le dicen. ¡El hombre pretende seguir negociando las conquistas sociales de los peronistas con los mismos peronistas! —decía enervado Don Infraga Mitre.

—Concebir estas maniobras implica darles tiempo para reorganizarse. Y sabemos muy bien que

pueden hacerlo porque cuentan con el apoyo de gran parte de la masa. No debemos permitirlo —acordó su hijo.

—Tienen razón, muchachos. Tenemos que erradicar al peronismo definitivamente de la vida política argentina —agregó Isaac Rojas, que se había puesto de pie—. Sus medidas laborales pactadas con el sindicalismo solo pretenden dejar atrás a todos ustedes, los terratenientes que fundaron e hicieron crecer esta nación. La economía debe ser dirigida por conservadores, ¡no por los gremios! La C.G.T. nos presiona para abstenernos de intervenir en los sindicatos. ¡Nos siguen amenazando con huelgas!

—Esto es inadmisibile. ¡Como si Perón siguiera al frente de la revolución! —saltó Antonio Segundo enfurecido.

—Formaremos una Junta Consultiva Nacional que presidiré yo mismo, y convocaremos a miembros de la Unión Cívica Radical, del Partido Socialista, del Demócrata Nacional, del Cristiano y Progresista. ¡Así les haremos frente! —exclamó Rojas con las cejas pobladas en alto.

—Cuentan con todo nuestro apoyo, Vicepresidente —selló Linares Basualdo, socio principal de Infraga Mitre y futuro consuegro. Y todos chocaron manos con fuertes apretones.

La Junta se reunió en el Congreso Nacional con más de trescientos invitados especiales. Y el 3 de noviembre el Presidente Lonardi fue depuesto de su cargo por un liberal, el General Pedro Eugenio Aramburu, mientras Rojas se mantuvo en la Vicepresidencia. Las explicaciones se basaron en su política de extremos totalitarios, incompatible con las convicciones democráticas de la Revolución Libertadora. Así, los liberales ganaron la batalla a los peronistas, adoptando mano dura contra ellos: disolvieron su partido, intervinieron gremios y encarcelaron a varios dirigentes sindicales que pretendían alzarse con otro paro general. Hasta se prohibió por decreto nombrar a Juan Domingo Perón.

Más tarde, el 9 de junio de 1956, un levantamiento cívico- militar contra el General Aramburu fue rápidamente abortado por el Gobierno. Pero su líder peronista, el General Juan José Valle, juntamente con treinta y dos civiles y militares, fueron fusilados por orden directa del Almirante Rojas. Con ausencia total de legalidad, sin juicios sumarios previos ni órdenes de ejecución, el Gobierno asesinó como escarmiento al peronismo. Fusilaron a quienes se atrevieron a defender al pueblo frente a una minoría oligarca que se reía inescrupulosamente de las opresiones que ellos mismos financiaban, mediante lazos estrechos con los sectores liberales del Ejército. Dentro de los caídos se encontraba el Cabo Juárez, que de esta manera unía su destino al de Montier, su admirado jefe desaparecido.

Así comenzó el ciclo de matanzas que originaría el terrorismo de Estado en las décadas venideras, durante el cual —como de costumbre— los Infraga Mitre quedarían a salvo.

* * *

En medio de los enfrentamientos, Ivonne prestaba ayuda en la sede de Paseo Colón a esas madres que cargaban en brazos a sus niños desnutridos.

—Están tomando algunos edificios cercanos a nosotros, señora —le dijo una monja al oído.

Ivonne retiró su mano de la mejilla del pequeño que estaba acariciando, se incorporó y tomó a la hermana del brazo con un ademán enérgico.

—No nos rendiremos —declaró en tono firme. La religiosa, presionada por la convicción que mostraba esa dama, asintió y salió en busca de los paquetes que estaban entregando esa tarde sin estar segura de lo que implicaría.

Algunos pasos se escuchaban cada vez más cerca; las botas parecían golpetear al unísono. Las mujeres formaron tres filas y comenzaron a acelerar el ritmo apurando la donación de los alimentos. Sudaban, se veían tensas, pero en ningún momento sintieron que las vencerían. A quienes ya habían

recibido ayuda, el encargado las orientaba por un pasaje secreto que daba a la parte trasera para que pudieran escapar sin ser vistas. Los minutos acercaban con más nitidez el repiqueteo de los borceguíes que ahora se oía a pocos metros. Ivonne se apuraba, lanzaba por el aire paquetes de fideos, leche y arroz para aquellas que por miedo intentaban fugarse antes de que les tocara el turno. De pronto, la puerta del despacho se abrió y un comando de jóvenes militares copó la sala.

—¡Arresten a estas traidoras! Y asegúrense de que no haya nadie más escondido. ¡Limpiemos los rincones de la basura peronista! —ordenó el cabecilla.

Dos muchachos sostuvieron a Ivonne del brazo cuando estaba a punto de salir corriendo.

—¿Adónde creés que vas? —La francesa intentó zafarse, pero ellos apretaron con más decisión. —Tranquila, ya no hay espacio para refugiarse, tomamos el lugar. Danos tu nombre —ordenó.

Ella sabía que si informaba que era la esposa de un Infraga Mitre, eso la salvaría del encierro. Pero también sabía quién deseaba ser en realidad. Había jurado no hablar más con Antonio Segundo y ello implicaba no volver a pronunciar su nombre. Y además, desde hacía años, ya no se consideraba su mujer. Por eso, a sabiendas de que ese apellido podría dejarla libre, eligió develar el grito de su sangre a pesar de la condena que imponía:

—Mi nombre es Ivonne... Ivonne Montier.

La trasladaron junto a las monjas al Asilo de Corrección de Mujeres dirigido por la Congregación de los Buenos Pastores. En ese momento y durante dos décadas posteriores más, las cárceles femeninas fueron administradas por religiosas que organizaban terapias rehabilitadoras con el fin de que las reclusas estuvieran preparadas para el trabajo, la educación y la buena moral para mejorar el espíritu extraviado que las impulsaba a delinquir. Las mujeres no debían desviarse de las conductas propias de esposas fieles y madres que engendraran hombres leales a la Patria. La valoración social femenina se reflejaba en sus virtudes como madre y esposa, o en la ayuda al prójimo de las jóvenes solteras. Cuando la moral era quebrantada, se las consideraba delincuentes y también pecadoras. Por ello, con el fin de redimir las ideas impuestas por las monjas tenían como objetivo la restitución al hogar de una mujer nueva, acorde con el modelo clásico: con pericia en costura, tejidos a máquina, lavado, planchado y todo lo referente al cuidado familiar.

La hermana Elena, Jefa del Asilo, recibió a las reclutas que ingresaron esa tarde. El ceño de la superiora estaba siempre fruncido, por lo cual no podía descifrarse si la raya que le surcaba el entrecejo era una marca profunda del rostro o una señal de enojo permanente. Hablaba poco, más bien se manifestaba con gestos imperativos muy elocuentes; así manejaba las reglas del lugar con extrema disciplina. Había dispuesto para las presas un orden del día bien definido: debían despertar a las seis de la mañana, asistir a la misa vespertina de las siete y desayunar a las ocho. Luego las celadoras pasaban revista de limpieza y arreglo personal, y después seguían los trabajos asignados a cada una con un escaso recreo al mediodía. Cenaban a las seis y media y debían decir sus oraciones antes de dormir.

El Asilo aglutinaba a prostitutas, ladronas, homicidas y presas políticas; todas en un mismo pabellón. En general, se trataba de jóvenes pobres, de poca educación, detenidas por delitos comunes. Sin embargo, en los últimos años el lugar se había llenado más de prisioneras políticas que delincuentes, por lo cual no daban abasto las camas ni los galpones para separarlas. Ivonne y las tres hermanas que ayudaban en la Fundación Evita fueron asignadas a un cuarto con veinte mujeres que estaban allí por otras causas. A las monjas se les ordenó quitarse el hábito y usar el uniforme de las reclusas; habían ofendido al Señor por involucrarse en cuestiones ajenas a su labor, y por ello debían ser tratadas como las demás.

La regla del silencio impuesta en el monasterio fue lo más impactante para la francesa, y lo que más le costó acatar con mesura. Las cautivas habían llegado enviciadas por el mal; para volver a la sociedad

primero debían convertirse en damas honradas y sin vicios. Por eso, la primera norma consistía en dejar de hablar, incluso estaba prohibido el murmullo, pues la fábula o el chisme eran generadores de habladurías.

No obstante, pasados algunos días Ivonne advirtió que no era necesario imponerse demasiado esfuerzo por evitar la charla pues, encerrada entre esas paredes de cemento, ya nada podía hacer por las demás como hasta entonces. Aparentemente su marido no había sido anoticiado de su captura; de lo contrario ya estaría haciendo los arreglos para liberarla. Mejor. No deseaba volver a su casa; a pesar de haberse ido hace tiempo, ahora ya no quería tener la obligación de regresar y mucho menos deberle ningún favor al hombre que tanto aborrecía.

—Una de las hermanas apresadas hace poco en la *razzia* del edificio Paseo Colón, me informó que fue detenida junto a ellas una dama de clase que no debería estar aquí. Y mencionó su apellido, señor. Su ingreso figura con otro nombre, así que no entiendo bien esta situación. Por eso lo mandamos llamar.

—Ajá —dijo el hombre sin hacer el menor gesto—. ¿De quién se trata, entonces, según sus registros?

—Venga, acérquese, por favor —pidió Sor Elena con una mueca adusta mientras señalaba sobre la ventana de su escritorio el patio del convento—. Es aquella que está sentada junto al aljibe. Dijo llamarse Ivonne Montier.

Sin desviar la vista de su esposa, Antonio Segundo percibió una tensión en los músculos de todo el cuerpo. Ella se había nombrado como la mujer de ese cobarde; había decidido renunciar a la libertad y permanecer enclaustrada en esa estúpida cárcel llena de religiosas por tener el tupé de hacerse pasar por la señora de un Don nadie que encima estaba muerto. ¡Seguía con ese asunto metido en su cabeza, la maldita!, pensó a punto de estallar. En ese instante los imaginó desnudos, gozando en sus narices, humillándolo como nadie lo había hecho jamás. Sin embargo, estaba acostumbrado a controlar sus emociones y, sobre todo, a manipular las ajenas. Por eso, apenas pasados unos segundos, giró en dirección a la Superiora y dijo:

—No la conozco.

* * *

Edgardo no tenía noticias de su madre. Antonio Segundo se había marchado a Córdoba con su hermano y no podía ubicar a nadie que supiera de su paradero. Intentó contactarse con alguna de sus amigas, pero ellas tampoco sabían nada. Estaba desesperado. Al cabo de una semana de búsquedas por lugares que Ivonne solía frecuentar, su padre regresó a Buenos Aires.

—No puedo encontrar a mamá —le dijo apenas lo tuvo enfrente—. Algo habrá pasado porque, al parecer, se la tragó la tierra.

Agachado sobre sus pies, Antonio Segundo intentaba quitarse las botas de cuero que llevaba puestas.

—Debe de haber viajado con alguna de esas monjas de caridad que heredó de su querida Eva. Los pobres la necesitan más que vos, muchacho —levantó el mentón y lo miró con una sonrisa sarcástica.

—Sabés que ella se mueve solo por acá. Hace meses que ni siquiera va a las sierras.

—Entonces, no tengo idea —y se paró ajustándose la camisa que se había salido del pantalón.

—Te estoy diciendo que tu mujer está desaparecida y a vos no se te mueve un pelo. ¿Cómo es posible? —Edgardo estaba asombrado, incrédulo ante su falta de preocupación.

Sin mirar a su hijo, como si no hubiese escuchado su pregunta, el hombre caminó descalzo hacia el espejo ubicado sobre la cómoda de su dormitorio. Observó que algunos de sus cabellos se habían

desalineado e intentó darles forma con los dedos. Edgardo esperó una respuesta que a poco advirtió no llegaría.

—Papá: ¿ocurrió algo que no sepa? —dijo con temor en la garganta.

—No te preocupes por ella —selló en un tono que indicaba el final de la charla.

El joven cambió el semblante. Era evidente que Antonio Segundo lo sabía. Debía seguir indagando hasta lograr que le dijera la verdad. Esta vez no se daría por vencido como tantas otras por miedo a los arranques de furia que bien le conocía cuando lo desafiaban.

—Entonces vos sabés dónde está —concluyó.

Su padre ya no le contestaba. Se había calzado unos zapatos cómodos y se dirigía hacia la puerta para abandonar la habitación.

—¡Papá! —gritó Edgardo—. ¡Te estoy preguntando dónde carajo está mi madre!

Infraga Mitre giró su cuerpo y en un ademán casi salvaje se acercó hasta la cara de su hijo.

—¡Te dije que no te preocuparas! —inquirió mirándolo directamente a los ojos—. Sin embargo seguís insistiendo. ¿Querés saber? Bien, ¡te lo voy a decir! —Levantó los brazos en un gesto contenido. —¡Tu madre es una traidora! —Edgardo abrió grande los ojos sin pestañear, pero continuaba sosteniéndole la mirada. —Hace años me pone los cuernos con un militar de cuarta y ahora se encarga de repartir ayuda clandestina a los enemigos de la Patria. Pero la descubrieron, porque no todos los traidores logran salirse con la suya. —Se había puesto colorado; las venas del cuello gruesas. —La encerraron en un convento para que, ¡al fin!, tuviera su merecido. —Apuntó con el índice el rostro de su hijo y continuó diciendo: —Y ni vos, ni yo, ni nadie moverá un dedo para sacarla de ese lugar. ¿Entendido?

El hombre no esperó la contestación de su hijo. Dio media vuelta y se fue a zancadas de allí.

Edgardo quedó perplejo, los dichos de su padre lo inquietaron. Un escalofrío le cruzó el cuerpo al imaginar a su mamá en esa cárcel. No podía permitirlo. A pesar de la advertencia de su padre, no la dejaría pudrirse encerrada en ese claustro, aunque eso implicara desafiar su autoridad como ya lo había hecho al enamorarse de Érica. En ese instante recordó el encontronazo que tuvieron cuando Antonio Segundo lo asaltó para que desistiera de casarse con esa judía. Y la respuesta que sin temor le devolvió por primera vez: «Dejo que la llares así solo porque no sos digno de pronunciar su nombre».

Hoy lo enfrentaría de nuevo para salvar a su madre; ella también se había jugado por él al plantarse en las narices de esa familia aristocrática y defender a la mujer que él había elegido desposar.

No fue necesario demasiado esfuerzo para dar con el convento que recibía a las presas políticas por esos días. Y Edgardo tardó apenas unas horas en llevarse de ahí la parte que más amaba de su linaje.

XI

Lucio estaba exultante. Estacionó el automóvil en el Aeropuerto de Ezeiza y esperó a su mujer en el sector *Arribos*. Más que llamarle la atención su decisión de interrumpir el viaje y regresar antes de lo previsto, lo desbordó de alegría la sorpresa. Creía que lo había resuelto por él, porque lo extrañaba y ya no soportaba la distancia. Poco tardó en concluir que no era así.

Todavía en el avión, Camila durmió poco a pesar de la comodidad de la clase ejecutiva. En su afán de salirse del embrollo en que se había metido desde su llegada a París, le pareció mejor volver al punto de inicio, es decir, a los brazos de su marido.

Su madre y Carolina partían para Niza cuando ella les informó que cambiaría la fecha de su pasaje. Las dos estuvieron en desacuerdo: ¿pretendía resolver semejante lío sentimental al lado de quien lo había provocado? Camila insistía en que no fue por Lucio que comenzaron sus confusiones con el analista. Nada tenía que ver él en ese asunto. Pero ambas estaban convencidas de que, si no hubiera sido por su infidelidad, a ella jamás se le hubiera ocurrido pagarle con lo mismo. «Buscaste venganza, Camila. ¡No lo niegues más!», le repetía Carolina casi sorda ante las palabras de su hermana. Y su madre asentía pues siempre acordaba con los comentarios de su hija menor.

No había vuelto a saber de Patricio desde la noche que lo vio salir del hotel pisando los talones de la mujer que lo precedía. Concluyó que era la esposa, la primera dama de su amante, quien tenía el privilegio de sus pasos. Y un puñal la atravesó a partir de ese instante, abriendo una herida que no pudo cerrarse en los días que siguieron. Pero hasta para el amor se necesitan límites, y ese había sido el suyo. Por eso se fue, para cambiar de escenario a pesar de que la herida voló con ella. ¿Cómo lo resolvería? No tenía idea. Aunque sí estaba segura de algo: a pesar de invadirla imágenes de su familia, no permitiría que esas vivencias diseñaran en espejo su destino.

Las manos de Lucio la apretaron tan fuerte que sintió una mezcla de sostén y resistencia al mismo tiempo. Le besó los labios con una boca ancha que parecía querer retener algo que ya juzgaba lejos. Ella lo dejó hacer, después de todo continuaba siendo su marido.

—¿Cómo la pasaste, hermosa? —inició él pasándole un brazo al hombro—. Dame esto —y le quitó el carro que llevaba las valijas.

—La pasé bien —disimuló ella—. París es una ciudad sublime, pero ya tenía ganas de volver. Sabés que no aguanto mucho la costa, así que mejor las dejé solas en Niza para que no tuvieran que soportar mis quejas. ¿Cómo va todo por acá?

—Todo igual. Los mismos problemas de costumbre con este país que siempre nos pone a prueba —dijo y cambió de tema—: Tu papá me llamó anoche para preguntarme a qué hora volvías. Se ve que Érica le comentó tu decisión.

—Ah... mirá vos. ¿Lo viste?

—No. Pasé las noches encerrado en casita, esperándote. —Camila lo miró de reojo sin voltear mucho el mentón.

Caminaron abrazados hasta el automóvil. Así emprendieron el regreso a casa.

A días del reencuentro, se impuso una salida. Cenarían en la casa de su prima Jacinta, hija del tío

Francisco. Era unos años mayor que ella y tenía tres hijos varones con poca diferencia de edad. A pesar de no ser muy unida a la familia, había decidido invitarlos para festejar su cumpleaños. Luego de la insistencia de su madre, Jacinta se recibió de psiquiatra para complacerla pero jamás ejerció. Como el título era para sus padres, lo colgó en la casa de ellos y se olvidó del asunto para dedicarse a disfrutar de la vida. No obstante, guardaba varios amigos que había conocido durante la carrera con quienes salía a comer y divertirse. A pesar de haber pasado por la universidad, era mundana, chismosa y altanera. Sin embargo, había conseguido ser madre, cuestión que a Camila le faltaba. Las primas jamás se habían llevado demasiado bien pues no lograban congeniar ideas: una, amante de la filosofía; la otra, de la frivolidad. Carolina, sin embargo, solía frecuentarla más seguido.

Como Érica continuaba en la Costa Azul, su padre vino solo y se mantuvo la mayor parte de la noche conversando con ellos. A pesar de la poca simpatía que tenía por el suegro, Lucio, que no deseaba incomodar a Camila, estuvo más cordial que de costumbre y hasta logró disfrutar de las anécdotas extravagantes que contaba Infraga Mitre para acaparar la atención de los presentes. Con frecuencia lo lograba: corpulento y de voz seca, generaba admiración y respeto. El apellido familiar dejaba impronta en la sangre. Y eso se notaba.

Al finalizar la comida, se concentraron en una sala decorada con muebles de estilo donde sirvieron torta y champagne para brindar. Sobre el estante de la chimenea resaltaban fotos de la familia. En el centro, el rostro sugestivo de la abuela Ivonne enmarcado con bordes de plata y, a su lado, en un retrato más grande, el porte desafiante del abuelo Antonio Segundo.

Jacinta sopló velas y recibió aplausos afectuosos. Camila permaneció rezagada; bebía en un rincón de la habitación. De pronto le llamó la atención un folleto ubicado en el extremo del mármol que resaltaba la cara de un hombre serio con un habano encendido en la mano. Era medio calvo, de barba recortada con prolijidad. De inmediato lo reconoció: el médico vienés. Tomó el boletín y lo leyó con detenimiento.

La Universidad de Córdoba invita a las Jornadas que se realizarán el 23 de mayo de 2001 con motivo de la Conmemoración del 145 Aniversario del nacimiento de Sigmund Freud. Cena de gala 21.00 hs. en el Hotel Regina. Se ruega confirmar asistencia.

La reacción que siguió no estuvo meditada, ni Camila acusó de inmediato su razón. Disimuló el folleto entre los pliegues de su chaqueta y fue en busca de la cartera que colgaba del placard próximo a la entrada. Allí lo guardó para llevárselo, y regresó al salón poco después.

* * *

Patricio Blanchet pudo sortear las conjeturas de su esposa respecto de la escena que presenció y salir airoso del asunto. Sin entrar en detalles, lo resolvió tomando su sexo como en las primeras épocas de noviazgo, con una fogosidad que ella anhelaba hacía años y que las ausencias de él coartaban a menudo. En realidad, lejos de motivarse con una mujer a la que ya no deseaba, lo hizo provocado por el ardor reprimido que sentía por otra. Esos nudos que en algún momento debió ligar para templar su pasión por Camila, y que luego la promesa de una noche con Liliana Duarte liberó por un rato, lo ayudaron para saciar a su mujer y dejarla tranquila por un tiempo.

Permanecieron en la capital francesa durante cuatro días más. Patricio recorrió con Ana las calles de París, liberó su tarjeta de crédito en cada comercio y cenó en lugares importantes intentando evadir temas ásperos que pudieran empañar la reconciliación que ambos, por motivos diferentes, se impusieron.

El viaje de regreso los encontró de buen humor, cosa extraña en una pareja acostumbrada a discutir hasta en los buenos ratos.

Patricio bebió licor durante todo el vuelo y recién allí relajó la tensión de los últimos días. Entonces aparecieron los verdaderos pensamientos, aquellos que se intentan alejar para que no perturben pero al volver lo hacen con más fuerza. Su esposa se durmió tranquila por estar de nuevo a su lado. Aunque supiera que nunca más sería como antes, ella pretendía sentirlo de esa forma.

El marido la miró desde su asiento: a pesar de los años continuaba siendo bella. Volteó el mentón hacia la ventanilla, afuera estaba muy oscuro, no tenía más imagen que la de su rostro deformado en el cuadrado de plástico. Así se veía: sin forma. Los ojos le brillaron sobre el vidrio, un poco por el alcohol guardado en las retinas y otro tanto por el sentimiento de vacío que apareció en ese momento. Recordó qué diferente se había sentido durante el viaje de ida, donde el pulso parecía salirse del cuerpo. Un cuerpo motivado, sediento de Camila: la mujer que lo inquietaba como jamás pensó le sucedería de nuevo.

En su juventud había tenido un amor que provocó las mismas sensaciones. Carmela se llamaba la joven. Parecido a *Camila*, pensó levantando una ceja en señal de sorpresa. Y luego llegó Ana, la esposa que eligió para que fuera madre. Eran tan distintas... Ana: presumida, soberbia, de voz elevada, y en el fondo temerosa de sus propias verdades. Camila: suave, gentil, de tono armonioso, y en lo profundo salvaje y arriesgada. Se había arriesgado con él —a qué negarlo—, tomando los anhelos por las astas sin lograr dominar las embestidas. Al igual que los toros, también imprecisos en sus embates, de lo contrario matarían siempre al instigador. El recuerdo mordió en su entrepierna insinuando una excitación que no terminó de tomar forma. En su lugar, se llenó de aire, lo retuvo unos segundos y luego exhaló con fuerza. Necesitaba hablar con Felipe Karlton. Su vida se había complejizado, cuestión natural para una mente obsesiva. Pero él no debía hacer oídos sordos al asunto, y mucho menos continuar esquivando el camino deseante que ahora se abría más que nunca ante sus ojos.

Lo decidió entonces: llamaría a su analista al pisar suelo argentino.

* * *

El día de la sesión llegó y —tal como habían acordado previo al viaje— Camila debía presentarse en el consultorio de Patricio en su horario habitual.

Luego de dar vueltas en la cama durante horas y transformar su cabeza en un espiral que no paraba de compungirse, la noche previa no pudo dormir bien. Animada por el alcohol, permitió que Lucio se le acercara al regresar de la fiesta de su prima por primera vez desde que se vieron de nuevo.

Él parecía feliz: había logrado retenerla porque ella lo había perdonado, y ahora tenía la necesidad de recuperar también su cuerpo femenino. Intentó con ademanes suaves, apenas unas caricias en los hombros para calibrar la reacción de su mujer. Sabía que Camila adoraba el contacto de sus manos en la piel y que eso la predisponía para el sexo.

De espaldas, ella sintió sus dedos moverse como en tantas ocasiones en varios años de relación; sin embargo, esta vez no era como aquellas veces. Su marido ya no ocupaba el lugar de privilegio que había tenido siempre; ahora pensaba en Patricio y deseaba que solo esas manos la tocaran. Por ello, en ese momento Camila no soportó el roce con la boca de Lucio cuando él se acercó para besarla. No era una sensación de rechazo; simplemente falta de ganas, ausencia total de erotismo por él. Estaba desnuda frente a su esposo, sin embargo sus ojos solo veían la imagen del analista entre las sombras. Entonces, con una mezcla de furia y desencanto, se puso de pie y enfrentó a Lucio como una leona.

—Podés hacer lo que quieras de tu vida, pero no conmigo. ¿Creíste que ibas a cogerme así nomás

después de lo que pasó?

—Pensé que ya lo habíamos superado... —contestó él desconcertado.

—¿Superado? —Soltó una risa irónica. —Todavía no sé por qué sigo al lado tuyo y vos creés que ya lo superamos.

—Por favor, tranquilizate —le suplicó él intentando un abrazo.

Ella se corrió aún más. El cuarto estaba oscuro. Camila, sin ropas, enfrentaba a su marido con una desnudez hiriente. Lo desafiaba en medio de la noche, desplegando sobre él un enojo provocado por otros hombres: un abuelo que había herido a su mujer comportándose como un canalla, un padre que había sido desleal con la suya y el analista que la había seducido más allá de los permisos; todos ellos representaba Lucio en ese instante, las heridas del pasado y las de ahora. Porque en realidad, ya se había calmado su enfado con él, pero en ese momento reaparecía una violencia disfrazada que no encontraba mejor sitio para expandirse. Y su esposo estaba allí, queriendo entrar en un cuerpo que ya no le pertenecía pues él había dejado una grieta por donde los deseos de ella se escaparon. Y hoy tenían por dueño otro nombre.

Para dejarla en paz, Lucio juzgó mejor dormir en el living. Camila amaneció de malhumor, cansada y con el ceño fruncido. Por suerte su marido decidió salir temprano para empezar el día. Ella debía componerse para enfrentar la cita que tenía programada.

Patricio terminó con el paciente anterior con tiempo suficiente como para serenarse. No obstante, los minutos le trajeron más ansiedad. ¿Vendría?, se preguntaba una y otra vez. No habían tenido más contacto desde aquella última noche que la vio parada frente al hotel, con el collar encendido revelando un corazón en llamas producto del encuentro. Había lamentado tanto haberse ido... Pero se afligió después, cuando ya era demasiado tarde para remordimientos.

En rigor, convenía que no se apareciera. Mas el rigor no rige los anhelos, y él —debía aceptarlo— se moría por verla llegar.

El timbre sonó y concluyeron las dudas. Con torpeza caminó hasta la puerta, acomodó el cuello de su camisa blanca, y abrió.

En lugar de Camila apareció en el umbral el encargado del edificio para informar que por la tarde cortarían el agua debido a la limpieza de los tanques. Patricio intentó ser cortés y lo despidió luego de algunas palabras escuetas.

Cuando el hombre se fue, se recostó en el diván. Jamás se ubicaba en el sillón de sus pacientes, pero esta vez algo lo llevó hacia allí. Dobló los brazos debajo de su cabeza y suspiró mirando el reloj que marcaba los minutos de la ausencia. El tic tac de las agujas era apenas sonoro; compases de dos por cuatro parecían llenar el aire, y la espera. Cerró los ojos, la imaginó desnuda y la libido empezó a recorrerlo. Dejó que su cuerpo respondiera a su antojo, calculando los segundos que llenaron los minutos y luego las horas, hasta quedarse dormido.

Sin haberlo decidido de un modo consciente, él continuó esperándola durante toda la tarde, aunque sabía que Camila no vendría.

* * *

Luego de una semana de infierno, en la que no faltaron autoreproches, Felipe Karlton le concedió una cita. Sin pretender ser medido, habló con precisión y escasos miramientos.

—Usted se equivocó. Lo suyo fue un suicidio, se suicidó como analista. El fin de la cura implica que

su paciente pueda *amar*, pero no que tenga que amarlo a *usted*. Esto constituye nuestra Biblia, y usted lo sabe bien. Sin embargo, se corrió del lugar del analista y apareció como *sujeto* y, por eso, se enamoró. Usted estaba allí para escuchar, no para amar. No obstante, respondió a la demanda de amor de su paciente en lugar de articularla. Como sospechábamos, las cuestiones que usted no pudo resolver aquí, en este diván, debido a sus resistencias, han sido, pues, nocivas para su función. Pero no se atormente, Patricio, siempre quedan restos de inconsciente sin analizar. —Felipe se puso de pie dando por finalizada la sesión. Caminó hacia la salida y antes de abrir la puerta para despedirlo, agregó: —Debería dar un paso al costado como analista. Como hombre, haga lo que quiera. Después de todo, a diferencia de su padre, si usted se cree digno de un amor que no sea ciego, entonces... ¿por qué no?

La reflexión final permaneció clavada en medio de su frente durante días. Sabía que él la había formulado con ese fin, para incitarlo a buscar un camino diferente más allá de las dudas y las culpas. Un amor que no sea ciego... A pesar de su profesión de oftalmólogo, su papá no había podido construirlo, por eso Felipe le hacía hincapié en su historia. Para que Patricio se diera permiso a una relación diferente de la que armó su padre, a un amor que no *viera* a partir de un fantasma vendado y que tampoco se diluyera cuando los ideales del inicio de cualquier relación se ensombrecen. Sobre todo, un amor que lo rescatara de su impotencia para poder amar. A partir de entonces, no le fue fácil continuar como si nada hubiera pasado. Porque no solo había escuchado a Felipe como analista, también como hombre había llegado hasta ahí para buscarse.

* * *

Lucio, que no deseaba romper la tregua que se había armado en su vida marital, por la cual creía haber recuperado a su esposa y confiaba en que sanarían las heridas, no puso objeciones a la decisión de Camila de viajar a Córdoba y permanecer unos días en la casa de las sierras. Su esposa le había dicho que profesionales importantes hablarían en unas jornadas de filosofía, y él aceptó con el solo fin de no perturbar sus emociones.

Si bien Camila estaba decidida a irse, no sabía bien para qué iba. Desde París, no había vuelto a contactarse con Patricio. Ni él llamó ni ella se presentó más a las sesiones. Resultaba evidente que la relación se había quebrado: tanto la profesional como la personal. Era consciente de que existía la posibilidad de ver a Patricio en las Jornadas; a pesar de tener el consultorio lleno de pacientes le gustaba participar de esos eventos. Y ello fue determinante para decidirse a hacer el viaje, aun sin demasiadas certezas.

Como no sentía ganas de manejar tantos kilómetros, decidió tomar un micro. Para sortear las horas llevó el libro de Nietzsche que tanto le gustaba y que ya había leído alguna vez: *Más allá del bien y del mal*. Releyó los párrafos que había resaltado entonces y una especie de llave comenzó a abrirse en su mente:

«Rodeaos de amigos semejantes a un jardín o al reflejo del sol en el agua, pues cuando cae la tarde el día ya no es más que un recuerdo... Más de uno se dedica a perturbar y a maltratar su propia memoria, para así, al menos vengarse de su único cómplice. No son las cosas peores las que nos causan más vergüenza. Detrás de una máscara no hay más que felonía... ¿De qué cosa debe el espíritu librarse y hacia qué debe lanzarse después?... Saber distinguir entre lo que hay que aprender y lo que hay que olvidar... Conseguir un ideal, es superarlo al mismo tiempo... Las mismas pasiones arden a un ritmo diferente en el hombre y en la mujer; he ahí la causa de sus interminables malentendidos... Una conciencia bien aleccionada nos acaricia, y al mismo tiempo nos hace sentir la mordedura de su doble intención... ¡Si quieres estar seguro de que la cadena es resistente, muérdela!... Lo que se hace por amor

siempre se hace más allá del bien y del mal.»

En sus oídos sonaba el *Nocturno Opus 9 N° 2* de Chopin sobre el piano; aquella melodía que había deleitado su primer encuentro con Patricio en la habitación del *Le Maurice*.

Cerró los ojos, apoyó el libro sobre el pecho y se concentró en las notas musicales que impactaban sobre sus sentidos, como si cayera una a una, a su ritmo, para marcar los pensamientos que siguieron a la lectura. ¿De qué, o de quién, debía librarse su espíritu y hacía dónde lanzarse luego?

Imágenes comenzaron a venir en su ayuda: Ivonne y un amor verdadero que pagó con la muerte su falta de coraje para ser libre; su abuelo Antonio Segundo y la amante que atormentaba con una conciencia dudosa que la gente desconocía —la abuela le había contado todo—; Edgardo, heredero de mandatos que abogaban por igualar el modelo de un padre con demasiada presencia en su cabeza; su mamá, educada para servir sin protestar, sin saber cuán fuerte era su voz para el esposo. Y ella... que arrastraba esa historia, que portaba un apellido singular y una espada clavada en medio del pecho que tenía por nombre una palabra: *Venganza*.

«Más de uno se dedica a perturbar y a maltratar su propia memoria, para así, al menos vengarse de su único cómplice.» Ciertamente era que, los recuerdos, resultaban ser sus cómplices. Pero... ¿estaba dispuesta a seguir intentando *vengarse* de ellos, o se animaría a tomar un camino diferente para terminar con la repetición que su mente le imponía?

Quizás el viaje a las sierras tuviera que ver con eso, con el paso que ahora daba una mujer distinta que había decidido jugar de otro modo las cartas de su vida y abandonar las huellas de un pasado que parecía tener fuerza de destino. De pronto, pensó que a esa altura ella misma debía darse la bienvenida rescatando con más potencia la entereza de las mujeres de su linaje, que debieron soportar con hidalguía insultos y humillaciones, en lugar de seguir aferrada a sus historias.

Con esa idea se durmió, cargada de una energía tan intensa que hasta la resguardó de ese insomnio que soportaba hace tiempo, mientras Chopin seguía tocando en sus oídos.

A pesar de que la invitación a las Jornadas incluía el hospedaje en el Hotel Regina, Camila prefirió parar en la estancia de su familia.

Llegó entrada la noche y sintió el frío meterse por la piel de su abrigo de lana. María ya no estaba con ellos, había muerto hacía años de un paro cardíaco que la dejó tumbada sobre las baldosas negras de la cocina. Y Don Tito, que había decidido marcharse a la ciudad, dejó el cargo a Matilda, su única hija, cuya madre falleció al darla a luz.

Matilda y su esposo vigilaban la casa y, a pedido de su padre, cuidaban en especial las flores que con dedicación plantó y amó María en su intento por dar a los ojos de su niña la luz que habían perdido. La mirada de Ivonne siempre estuvo cargada de nostalgia, la niñera lo sabía porque había aprendido a leer sus emociones. Solo una cosa iluminaba ese rostro: sentir a Montier cerca o saberlo con ella a pesar de la distancia. Hasta que el marido se ocupó de borrarlo y, más allá del esfuerzo, María jamás pudo ayudarla a recuperar aquel brillo. Ni las flores más bellas sirvieron de consuelo. Sin embargo, allí estaban todavía, engalanando el jardín de los Infraga Mitre, aunque ya nadie se detuviera a mirarlas como antes.

Pocas eran las veces que la familia visitaba la chacra; jamás volvió a resplandecer como en aquellos tiempos. A sus pisos de roble faltaban las huellas de militares erguidos y de obispos vestidos con túnicas inmaculadas que venían a pactar con los patronos de su destino. Pero, sobre todo, se notaba la ausencia de esa belleza imperial de la dueña de casa, objeto de comentarios masculinos lujuriosos, y del arrogante marido que solía lanzar humo de cigarrillos sobre el rostro.

Camila saludó con afecto, como su abuela le había enseñado a tratar a los sirvientes. Tomó una sopa tibia que Matilda ya tenía preparada para ella y se fue a descansar escaleras arriba. Por la mañana, antes de dirigirse a la capital cordobesa para asistir al inicio de las Jornadas, la visitaría. Sentía deseos de verla y hablarle de los cambios de su vida. Ella, solo ella, le daría las respuestas que faltaban.

De la mujer hermosa quedaba poco, porque ya no estaban los bríos de la juventud que exudan entusiasmo en la piel y en los gestos. La frescura se había marchado hacía tiempo, quizás más pronto de lo debido según la lógica de los años; cuando un dolor prematuro invade el alma las marcas se reflejan en el rostro. Las arrugas no le quedaban mal, sin embargo avisaban de una vida sufriente que ya no tenía mucho más para decir. Varias fueron las noches en las que suplicó al Señor que la llevara, a veces entre sollozos y otras en silencio. Mas el plan del universo no tenía pensado liberarla tan pronto de ese cuerpo que dolía, de esa mente que se había quedado sin razones cuando le arrancaron sin aviso su última razón.

La muerte de su esposo le trajo alivio y la independizó por completo de sus decisiones. Pasado un tiempo, apareció lo que buscaba hacía años para ser libre. La pequeña casa que Montier solía alquilar en las sierras para sus encuentros, testigo de un amor pasional que les torció la suerte, por fin estaba a la venta pues sus dueños habían muerto en un accidente. De inmediato ordenó al abogado de la familia ponerse en contacto con los herederos y pagar el precio que pidieran sin discutir un ápice la oferta. Pidió a su contador realizar los trámites para disponer del dinero suficiente y compró la propiedad.

Al cabo de tres días, con una valija mediana en la que juntó algo de ropa y cosas íntimas, abandonó la estancia y se mudó al lugar donde habían quedado encerrados sus sueños. María se encargaría de traerle lo demás. Ahora, lo más importante estaba hecho. Había vuelto al hogar, a su esencia, porque había logrado volver a él.

El humo que escapaba por la chimenea, signo característico de su casa, delataba que ya estaba despierta y había azuzado brasas desde temprano.

Desde que los primitivos descubrieron el fuego, venciendo a la oscuridad y al frío, se lo consideró un arquetipo de poder, un elemento sagrado. La danza a su alrededor de casi todos los pueblos de la antigüedad invocaba espíritus invencibles y ofrendas a los dioses. Para la mitología griega constituía la llama sagrada de su conocimiento, que luego Prometeo (2) les robaría para entregárselo a los hombres. Apreciado como símbolo de purificación y sacrificio, tenía además el poder de invocar a las deidades. Hestia (3) (o Vesta en la mitología romana), venerada por los griegos como la diosa del Fuego del Hogar, fue la única que se mantuvo al margen de las disputas divinas del Olimpo y conservó para siempre su anonimato pues rechazaba cualquier invitación amorosa con el afán de permanecer virgen. Era la personificación de la Tierra y del fuego que ardía en sus entrañas y, por ende, protegería los hogares. Adorada como la diosa protectora del bienestar de toda la humanidad, Roma le construyó un templo en su honor —*Aedes Vestae*— en donde siempre ardía un fuego sagrado en representación del que hervía en el pecho de los hombres por acción de Vesta. La fogata debía estar custodiada en todo momento, pues el consumo de su llama implicaba desgracia.

Ella nada sabía de todos estos cuentos, sin embargo aquellos mitos debieron haber viajado a través del tiempo por la sangre de sus ancestros pues jamás, ni en los días calurosos del verano, dejaba que los leños se apagaran. El fuego encendido era la marca, el símbolo y el testigo del erotismo y la voluntad de dos amantes que se jugaron la vida por amor; sinónimo del hogar que ambos habían construido.

Camila estacionó el auto frente a la entrada. Antes de bajar estiró la mano derecha hacía el asiento de atrás para buscar el obsequio que le había traído. Caminó el sendero angosto hasta llegar a la puerta de madera y tocó timbre. Cada vez que la visitaba sentía lo mismo: ansiedad por ese abrazo con olor a familia, a esencias de campo y de verdades.

Ivonne abrió con esa hermosa sonrisa que siempre mantenía pintada de rojo y le estiró los brazos; su nieta se aferró a ella durante segundos.

—Hola, abuela, ¡qué hermoso estar acá después de tanto tiempo! Te extrañaba mucho.

—Y yo también a vos, *chérie*. Pasá, que tengo listo el té con las masas que te gustan recién salidas del horno.

Camila entró y la acompañó hasta la cocina para ayudarla con la bandeja. El aroma a vainilla con notas de limón inundaba el ambiente y la transportaba a su infancia. Se ubicaron en el living, cerca del hogar encendido.

—¿Cómo estás? —preguntó Ivonne, intuyendo que alguna pena estaba arrugando esa mirada que ella conocía bien.

—Confundida... —soltó Camila bajando los párpados hasta sus manos. Y tomó un sorbo de té que le supo tibio a la garganta y las emociones.

—¿Las cosas con Lucio?

Camila amagó una mueca que pareció querer formar una sonrisa.

—¿Cómo podés saber tanto de mí estando tan lejos, abuela?

Ivonne sonrió y le tomó las manos.

—Desde pequeña, cuando te tuve por primera vez en mis brazos, sentí que eras un poco mía. No lo digo por el parentesco de la sangre, sino por algo indescifrable que me pasó aquí, en el pecho, mientras te acunaba para calmar tu llanto.

—No me lo habías dicho nunca —señaló la nieta.

—Hay cosas que no necesitan ser dichas, Camila, simplemente nos pasan. Como el *amor*, por ejemplo, que no tiene otra palabra que lo diga, basta que nos pase para que pueda decirse a sí mismo sin ser nombrado.

—Es hermoso lo que decís —los ojos de Camila brillaban—. Lo mío tiene un poco que ver con eso que no puede decirse, pero me pasa.

Ivonne asintió moviendo apenas la cabeza, dando tiempo a su nieta para que hablara como mejor le saliera.

—Lucio me engañó, lo descubrí con otra. Lo seguí, lo vi. Y tuve mucha bronca. No eran celos, más bien rabia, de saberme una más en la historia del linaje familiar que va por eso. Por la infidelidad, la estafa, la venganza. —Ivonne permanecía en silencio. —Comencé a analizarme; necesitaba respuestas. Y...

Se hizo una pausa que la abuela no interrumpió.

—Empecé a sentirme atraída por Patricio, mi terapeuta, un hombre de aspecto fuerte pero demasiado serio que no parecía interesarse en mí de ese modo. El análisis fue duro, *es* duro. Toqué temas familiares enquistados que me dejaron perpleja, hablé mucho de tu historia. Después surgió el viaje a París... Y allí estaba él, en el avión, sentado al lado mío para terminar de enloquecerme.

—No comprendo esa parte. ¿Decidieron viajar juntos?

—No. Por lo menos yo no sabía que vendría. Pero él sabía de mi vuelo. Ahora que lo pienso, creo que él sí lo decidió.

—¿Y qué pasó después? —Ivonne no le soltaba las manos.

—Me besó ahí mismo, me atrapó y me llevó con él. Compartimos dos días y noches mágicas, inolvidables, hasta que su mujer llamó diciendo que se venía a París. Imaginate... se acabó la magia. Yo me fui con mamá y Carolina que estaban también en Francia. Él, no sé... Supongo que se quedó para dar explicaciones.

—¿Sabías que era casado?

—Lo supe en el avión.

—Y ahora que volviste, ¿qué pasó?

—Sí, volví... a mi casa, a dormir en la cama con Lucio después de haberme sentido mujer como nunca antes con otro hombre. No volví yo, abuela, ni tampoco mi cuerpo. Volvió Camila, un nombre, un

reflejo de aquello que soy y no sé donde está —y rompió en llanto.

Ivonne la sostuvo como cuando niña, pero no dijo nada. Dejó que la angustia discurriera en su abrazo. *Ese* era el espacio que su nieta había venido a buscar para llorar. Las palabras sobraban. Más tarde hablaría, desde lo más profundo, sabiendo de su dolor porque ella misma lo sufrió alguna vez quedando prendida de un abismo para siempre. Trataría de exponerlo así, sin matices, con la crueldad que tienen los sentimientos hondos que dejan huella imborrable. Para que Camila lograra algo distinto con su vida. De lo contrario, los años la encontrarían avivando el fuego de un hogar que ya no tenía dueño y unos labios rojos que esperaban el beso que jamás llegaría.

Terminaron el té, comieron las masas de vainilla con aroma a limón, hablaron de cosas ajenas al amor y, por fin, la congoja cedió su intensidad.

—Cuando uno es joven, Camila, como vos, las cuestiones de la vida se ven con ojos de pasión, de posibilidad, hasta de atropello. Aparecen situaciones que nos ponen en una esquina en la cual debemos decidir si frenar o atropellarnos. Sin embargo, esas son dos opciones extremas: quedarnos quietos o avanzar corriendo. Y así vivimos los humanos, mucho más en la juventud, que carece de sentimientos precavidos.

—¿Vos creés que hay otra forma de vivir?

—Sí, *chérie*, lo creo. Sin vivir tan al filo, con más pausa. La pasión nos vuelve vulnerables y, si bien convoca a los sentidos, también los hace explotar al mismo tiempo que los aviva.

—Jamás me habías hablado así. Al contrario, siempre me enseñaste a jugarme entera por lo que quería. Y también a vengarme para calmar ansiedades. *La venganza es lo único que calma*, ¿te acordás?

—Sí, lo recuerdo. Pero ahora soy vieja, Camila, con arrugas que llegaron demasiado temprano para acabar con mi sonrisa. Para los ancianos, las cosas no son tan sencillas, ni tan extremas. Y para mí, que pasé por esta vida con esa premisa, te aseguro que luego de haber vivido mucho tiempo estoy convencida de que estaba equivocada.

—Entonces... ¿qué hay de la *venganza*? Porque hasta llegué a pensar que provoqué y accedí a mi relación con el analista simplemente para vengarme de Lucio y de toda la mierda que estaba saliendo precisamente allí, en su consultorio, y gracias a su ayuda.

—Es lógico que hayas actuado según las prescripciones —sonrió—. Ahora decime, *chérie*, después de la *venganza*... ¿te sentís aliviada?

—No, para nada. Estoy peor que antes. Más confundida, incómoda, ávida de... no sé qué exactamente.

—Que estés incómoda es muy bueno. —Camila la miró levantado las cejas en señal de sorpresa.

—La comodidad es enemiga del deseo; el deseo trae incomodidad porque es imprudente. Avasalla, enciende, y a veces también lastima.

—¿Eso te pasó a vos con el Teniente?

—Sí. Desde que conocí a Alberto nunca más volví a sentirme en armonía. Pero esa molestia le daba energía a mi cuerpo para seguir adelante. Era su alimento. Sin embargo, esa pasión fue tan fuerte que me dejó a ciegas frente al mundo, y no pude enfrentar mi verdad a tiempo para liberarme de esa vida sin vida en la que yo también jugaba mi parte. No fui inocente en mi destino, nadie lo es. Estuve a punto de hacerlo, pero fue tarde y él apareció muerto por mi culpa.

—¿Por qué decís eso?

—Porque si yo hubiera actuado como debía, en el momento justo, me hubiera separado de tu abuelo a tiempo y Alberto seguiría con vida.

—Decisiones que uno debe tomar en un instante, como si la vida fuese un tren que no vuelve a detenerse en el mismo lugar, un juego que no tiene revancha.

—Lo es. No hay vuelta atrás, por más que a veces pareciera que nos da una segunda chance, uno se juega su estrella en cada decisión. La muerte te sorprende a la vuelta de la esquina, y entonces el juego

terminó. El problema es que jamás sabremos cuál será su esquina.

Camila estaba emocionada. Las palabras justas, crueles pero sinceras de esa mujer que había sufrido tanto, sacudieron sus poros. Quizás por eso había llegado hasta ahí, movida por esa energía inconsciente que la empujaba a saber más de sí misma, a encontrar respuestas para una mente alterada por interrogantes nuevos. Estaba amarrada a una vida que ya no la satisfacía y debía resignar algo para volver a amar antes de que la hallara la muerte. ¿Sería posible?

Se levantó para buscar su bolso. Tomó la tarjeta y se la enseñó a Ivonne. Ella leyó el mensaje escrito en tinta negra:

Tu me manques comme un fou. P. Blanchet.

—¿Qué significa? —pidió Camila.

Ivonne se quedó muda observando el papel. De inmediato reconoció el apellido y recordó al hijo de Martha, y su profesión. Patricio, el amante de su nieta, era el niño despreciado por su amiga fallecida.

—Abuela... —dijo Camila esperando una respuesta. La mujer levantó la vista, su gesto cálido se había ensombrecido.

—*Te extraño como loco.*

—Entonces, ¿cómo sigo?

Ivonne intentó recomponer la actitud acogedora que venía sosteniendo. Había decidido no hablar del asunto que ella bien conocía, por lo menos no por el momento. Ni Camila ni él lo merecían a esa altura de las circunstancias. Por eso, en lugar de contar una historia de dolor, cambió la expresión del rostro, acarició la mejilla de su nieta, y dijo:

—Buscá el amor, *chérie*, no la venganza. Eso es lo único que calma.

2- Prometeo es un Titán hijo de Jápeto y, la oceánide Clímene. Fue castigado por Zeus por robar el fuego a los dioses y llevarlo a los humanos.

3- Pacífica diosa griega, hija de Cronos y Rea, hermana mayor de Zeus.

XII

Sin conocer cómo debía vestirse para estas ocasiones, la muchacha se arriesgó con una falda ceñida color uva, camisa de seda en tono pastel y chaqueta recta completando el conjunto. El cabello suelto estaba más rebelde que de costumbre, el viento se empecinaba en despeinarlo. Tacones altos y bolso en mano se dirigió hasta el salón de eventos de la universidad para acreditarse como su prima: Jacinta Infraga Mitre.

El lugar hervía de intelectuales célebres, estudiantes y algunos artistas que pudo reconocer sin recordar sus nombres. Según el programa que le habían dado en la entrada, hablarían personalidades importantes del mundo psicoanalítico argentino e invitados de otros países.

Con el fin de poder ampliar más la visión, se ubicó en una de las butacas traseras y comenzó a salpicar la vista por cada uno de los rincones. Sin saber que buscaba, lo buscaba. Aunque la mayoría ya se encontraba presente y estaban a punto de comenzar, pensó que Patricio podría retrasarse o —también— haber decidido no venir. Una puntada recorrió la garganta hasta su pecho; angustia la llamaban estos eruditos. Con poco control de sus emociones, trezaba los dedos ajustando presión en los nudillos. La ansiedad le estaba tomando el cuerpo y las ideas. La charla con su abuela la había dejado sensible.

Durante el trayecto a la ciudad, recordó cada uno de sus dichos, que a esa altura parecían más advertencias que palabras sueltas. «El deseo trae incomodidad, porque es imprudente. Avasalla, enciende, y a veces también lastima.» Su matrimonio estaba muerto porque se había vaciado de ganas. Ahora lo entendía claramente. Cierto era que sentía una especie de comodidad en saberse casada con Lucio hace años, teniendo casa propia y una vida social armada que ayudaba a pasar los inviernos. Pero tener una casa no implicaba haber construido un hogar, y el deseo ya no estaba allí para poder armarlo. Lo encontró de la mano de su análisis y se confundió con la figura del hombre que lo dirigía. ¿Se confundió?

Si bien Patricio le había mencionado algo al respecto, hasta el momento no había pensado en esa posibilidad. Confundir el afecto por el analista con un amor verdadero, *real*... Sin embargo, se sintió plena en sus brazos, anhelante de su sexo, conmovida con las frases que escapaban de su boca y le provocaron admiración por primera vez desde que tenía memoria. Jamás había admirado a nadie más que a los maestros de filosofía que adoraba. Ningún hombre había logrado conmoverla: ni su abuelo amén de su cariño, tampoco su padre y mucho menos, su marido. Las figuras masculinas estaban devaluadas y las mujeres eran simples víctimas de sus engaños. De los engaños de ellos, y de los suyos propios. Nadie es inocente de su destino, había dicho la abuela. Recién ahora lo advertía del todo. Ellas mismas se engañaban ubicándose en lugares sufrientes, imaginarios. Como si algo les indicara que solo allí podrían dar con el sentido de la vida. Pero ahora Ivonne le entregaba una sabiduría distinta que, si bien había llegado tarde para ella, por lo menos intentaba conducir a su nieta hacia otro rumbo, al lugar de quien sabe de su deseo y se anima a ponerlo en juego. Y eso implicaba asumir riesgos.

La jornada comenzó y se sucedieron las ponencias de los participantes. Patricio brilló por su ausencia y Camila terminó por aflojar tensiones. Después de todo, no sabía si el analista vendría a Córdoba. Se había aventurado hasta allí sin certezas. Quizás fuera esa la fuerza que llevaba más carga, la

despojada de convicciones, aunque los sueños se volvieran espejismos y las quimeras se hicieran polvo con el primer suspiro del viento.

En lugar de regresar a las sierras, decidió pasear por la ciudad hasta la hora de la cena. En el auto alquilado traía la ropa que usaría luego para el evento; podría cambiarse en el baño de algún bar.

A pesar de la tarde fría, caminó sin prisa a cielo abierto. A su paso se cruzó con parejas jóvenes que andaban de la mano, pero un anciano de barba descolorida llamó su atención. Estaba sentado en un banco de la vereda; hombros caídos, sin esperanzas, y ojos acuosos fijos en el silencio. Ella lo miró con sensaciones que no supo de dónde provenían; se detuvo pero el hombre no advirtió su presencia. No era ciego, pensó, sin embargo ya no había mirada en su visión. Camila sintió pena. No sabía nada de su historia, pero era evidente que estaba terminando una vida sin demasiadas emociones, o quizás en la soledad del desamor por la falta de familia.

Continuó la marcha con ese pensamiento y en su cabeza resonaron las palabras de su abuela, que también sentía faltas hacía años. La voz de Ivonne comenzó a mezclarse con el recuerdo de los gemidos de Patricio entre sus piernas. ¿Cómo podía enlazar ambos sonidos? ¿Se estaría volviendo loca?, sonrió. Y, casi al unísono, volvió a pensar en Lucio, en ese matrimonio que arrastraba tirado de los pelos hace tiempo y que ya no tenía más espacio para continuar. Por eso llegó a una conclusión al despuntar la noche: dejaría a su marido de una vez, aunque debiera abandonar el departamento que los dos habían adquirido con esfuerzo, porque sabía que Lucio no aceptaría salir de allí.

Se cambió en el baño de la universidad: vestido negro de cuello alto, collar de piedras regalo de Ivonne, pelo tirante en una coleta que bajaba por el escote de la espalda, rimel y toque de rubor en las mejillas. Bella...

Si bien la hermosura de Camila no era la de su abuela, se parecían en ese andar elegante que capturaba miradas en cualquier sitio. Y, especialmente esa noche, la observaron más que de costumbre pues no era habitual que una mujer luciera tan distinguida en ámbitos académicos, por más fiesta de gala que hubiese. Pero ella no tenía idea del protocolo que regía para estos eventos, por eso se plantó en medio del salón con su estilo refinado y los modales propios de la aristocracia.

La bandeja en mano de un mozo jovial le convidó una copa de champagne que Camila juzgó tibia. —Gracias —sonrió.

Una muchacha delgada que le recordó a la amante de su marido, se acercó para pedirle su apellido e indicarle la mesa que tenía asignada. Estuvo a punto de dar su verdadero nombre, pero al instante advirtió que estaba allí impostando a su prima por la invitación que le habían hecho a ella, y entonces contestó como debía y todo salió perfecto: mesa 13. El número de la desgracia, pensó. Aunque, a decir verdad, siempre lo consideró al revés.

Cuando se arrimó a la 13 ya estaban todos ubicados. Sobraba una silla que miraba al escenario; desde ahí no podía verse la puerta de entrada al salón. Saludó con amabilidad y se sentó. Dos mujeres la observaron con ojos entrecerrados, intercambiando gestos que Camila no logró descifrar, al tiempo que los cuatro varones no le quitaban la vista. Sin preámbulos, el hombre que tenía a su derecha se le acercó inhalando con desparpajo cerca de su cuello.

—¡Qué rico perfume! —soltó—. Mario Silva, encantado. Y le tendió la mano.

Ella respondió estrechando sus dedos y eso fue suficiente para que él comenzara con una insistencia que la torturó durante toda la noche. A pesar de lo escueto de sus respuestas, Camila no halló la forma de pararlo. Le contó que era dermatólogo, especialista en enfermedades llamadas psicósomáticas que el

psicoanálisis ayudaba a destrabar. En realidad, poco le importaba toda su perorata, pero Mario parecía no darse cuenta.

El señor que tenía enfrente, persuadido de su incomodidad, le guiñó un ojo e intentó sacarle conversación al tal Mario interesándose por su profesión. Por suerte, logró que el médico desviara su atención por un momento y ella se distendiera para comer en paz.

Una voz de locutor anunció la presentación de Michelle Torrent, invitado especial de la escuela francesa que hablaría luego de la cena.

En la mesa escaseó el diálogo; solo algunas alusiones a las ponencias de la tarde, a la gran cantidad de gente que había asistido esa noche y a la temperatura de las bebidas.

Camila miró a su alrededor intentando localizar a Patricio, pero no lo vio. No sentía desilusión, pues tampoco estaba segura de encontrarlo allí. Sin embargo, debía reconocer que se había arreglado pensando en él. Suspiró apenas en señal de resignación y continuó cenando.

Tras el postre, el presentador alzó nuevamente el micrófono y se hizo oír con más potencia.

—Señoras y señores, espero que hayan disfrutado de esta comida magnífica. Ahora, tal lo prometido, invitamos a subir al doctor Michelle Torrent.

Sonaron aplausos y luego se hizo un silencio absoluto.

Camila vio cómo un hombre de casi sesenta años se paró frente a la audiencia que lo esperaba con ansiedad para escucharlo. Desconocía su prestigio, sin embargo, el ambiente ceremonioso de la noche delataba su importancia.

Torrent saludó en francés: *Bonsoir, mes amis*, y luego prosiguió en un español bastante claro:

—Desde hace tiempo la cultura ha tomado nuestros conceptos teóricos y los ha incorporado al lenguaje cotidiano. De allí que no nos asombra escuchar en cualquier lugar que se hable acerca del Complejo de Edipo, de los actos fallidos o de las traiciones que comete el Inconsciente. Esta importante presencia del psicoanálisis, sin embargo, trae aparejado un riesgo: no son pocos los analistas que han quedado presos del juego dialéctico propuesto por las distintas lecturas que la palabra propone. En esta ocasión, me interesa marcar los alcances clínicos del concepto de Goce. El Goce...

Camila se vio de pronto subyugada por el discurso de Torrent, se olvidó de Mario y de su insistencia, y comenzó a registrar cada una de sus frases enlazándolas con cada uno de sus tormentos. Siempre había creído que el goce tenía que ver con el máximo placer sexual, pero ahora el francés decía que, por el contrario, estaba relacionado con un plus que alimentaba el dolor con riesgo de producir angustia e incluso, en ocasiones, podía llevar a la muerte. Mientras lo escuchaba señalar aquellas relaciones sufrientes que algunos sujetos se empecinan en sostener, pensó en su historia y se preguntó si todo lo que esas mujeres habían perdonado tenía que ver con esta fuerza destructiva de la que hablaba el tal Torrent, más que con el intento de conservar la familia o evitar una vergüenza. Se imaginó a su abuela espiando fascinada por la comisura de una ventana cómo su marido tenía sexo con otra; recordó las mañanas en que su madre las despertaba para enseñarles las marcas de lápiz labial en el cuello de las camisas de su papá, y se vio a sí misma abrazando a Lucio aún después de haber visto el mismo día cómo otros brazos lo rodeaban para besarlo. Esos episodios: ¿tendrían que ver con la búsqueda y satisfacción del Goce que mencionaba el francés?

Una ovación la quitó de sus cavilaciones. El doctor Torrent agradeció con gestos de cordialidad y bajó del escenario.

—Estuvo brillante —señaló la mujer de melena corta.

Era sensual y exuberante. Camila la observó más detenidamente que al inicio y tuvo la impresión de haberla visto antes.

—Sí, lo conozco bastante, estudié en un seminario con él. No es muy amable pero sabe tanto... Fue discípulo directo de Lacan —agregó el hombre de su rescate.

De repente, la rubia plantó su mirada por encima de la cabeza de Camila. El rescatista se paró de

inmediato para dar la bienvenida a quien le había borrado la sonrisa a esa mujer dejándola inmóvil en el asiento.

—¡No creí que vinieras!

Tras sus hombros, Camila oyó:

—No quería perderme por nada del mundo esta conferencia.

El recién llegado bordeó la mesa para saludar a la rubia que le rodeó el cuello con sus brazos. Se miraron a los ojos durante algunos segundos, y Camila creyó que moriría.

—Buenas noches —saludó Patricio a los demás. Hasta que llegó a ella, y entonces le faltó aire para seguir hablando.

Justo en ese instante el sonidista aumentó el volumen de la música y estalló el baile. Mario, ya entrado en copas, se acercó nuevamente a su compañera.

—¿Bailás conmigo, muñeca?

Camila, que en ese momento recordó dónde había visto a la mujer, giró el mentón y, por primera vez, le sonrió.

—Me encantaría.

Aldo Park lo invitó con una copa de tinto. Patricio, agradecido, se la bebió en pocos minutos. Los hombres, todavía de pie; Liliana Duarte, sentada en su lugar, conversando con su amiga íntima acerca del encuentro.

—Te esperábamos en la Jornada, ¿qué te pasó? —preguntó el amigo.

—Una urgencia con un paciente grave me impidió tomar el vuelo anoche. Tuve que pasarlo para hoy.

—¿Conocés a la morocha?

—¿Por qué la pregunta?

—Porque te cambió la cara cuando la viste.

—Es una larga historia. Algún día te voy a contar —selló Patricio. Y su amigo entendió que no debía seguir insistiendo.

La pista no estaba muy concurrida, por eso las curvas de Camila se llevaron todas las miradas. No tenía ganas de bailar, mucho menos con la cintura enlazada por el brazo del tal Mario que la había hostigado durante horas. Sin embargo, una fuerza interior movía su cuerpo con destreza y se dejaba llevar por el hombre que resultó ser un buen bailarín. Ella, concentrada en la música que ardía sobre los tablonces de madera, no desviaba los ojos del rostro de su compañero que, a esa altura, estaba capturado por su gracia. No deseaba pensar. Patricio había aparecido para enredarse con la rubia de la cual ya tenía noticias, y por eso su mente no paraba de atar cabos. Danzó durante varios minutos con Mario: antes un pesado inquisidor, ahora su salvavidas para enfrentar nuevas verdades. Él la ayudaba a girar, la sostenía en ese momento de desequilibrio. En cada maniobra la pegaba más a su pecho, creyendo que esa noche la llevaría a su cama. Poco tardó en advertir que se había equivocado, juzgándola más tarde solo una histérica más.

Sentado a la mesa junto a Aldo Park, Patricio Blanchet aparentaba controlar sus emociones. No obstante, piel adentro la sangre hervía en sus venas. Pensaba que Camila estaba intentado provocarlo, pero no estaba seguro qué relación la unía con ese caballero que parecía babearse frente a ella. ¿Se trataría de Lucio, su marido? Las palabras de su amigo acudieron para apaciguarlo.

—La volvió loca toda la noche. Traté de distraerlo con algunos comentarios, pero es evidente que el tipo logró seducirla de algún modo. De no querer mirarlo siquiera, ahora la tiene en sus brazos y a lo mejor termine desnudándola en su cuarto. La histeria femenina es hermosa, ¿no te parece?

—Tan hermosa que nos convierte en unos pelotudos más impotentes de lo que en general somos.

—¿Qué te pasa con esta mujer? —se animó Aldo.

Patricio lo miró fijamente.

—Es una paciente de la que estoy enamorado.

* * *

La cama estaba fría. Los huesos no dolían por la danza; al ceder la tensión psíquica recién comienza a quejarse el cuerpo. Pensaba en Patricio... Sus ojos la miraron atónitos, no esperaban semejante encuentro. Ella lo vio desde la pista mientras bailaba en brazos de otro. En las vueltas, en los medios giros, lo alcanzaba con la vista. Sobre la mesa el codo y su puño cerrado cubriendo los labios; él la miraba siguiendo con atención sus movimientos. Poco había soportado tremendo juego y terminó escapándose hacia una de las terrazas del edificio para fumar junto a su amigo Aldo Park. Al rato, al comprobar que el incentivo de su baile no volvía, Camila acusó un dolor intenso de cabeza y se fue de la fiesta tras sus pasos. Ahora, en la calma del hogar, sentía las sábanas pesadas sobre los muslos. Deseaba dormir, desaparecer de ese mundo que la maltrataba y despertar en un sitio alejado donde nadie supiera de su vida. Recordó el llamado que le hizo a Lucio aquella tarde solo para cumplir con el manual de la buena esposa. Y, sobre todo, la frialdad que experimentó al cortar la comunicación. Las lágrimas asomaron lentamente atravesando el rostro. Ya no lo quería. ¿Por qué entonces le mordía la conciencia? El llanto se hizo más fuerte y comenzó a balbucear para sus adentros. ¡Maldito Lucio que se ocupó de enfriar los años y los sueños! Y maldito Patricio que ilusionó su corazón con una tibieza distinta que, en definitiva, terminaba dejándola sola de nuevo.

La descarga la dejó exhausta y provocó que se durmiera al cabo de unas horas, con las mejillas negras por los surcos del rímel que mostraban su dolor.

Las sábanas molestaron durante toda la noche, en especial por las vueltas que dio antes de poder dormir. Entró en un sueño confuso: Lucio estaba medio borracho en una fiesta de disfraces y ella, vestida y maquillada como una prostituta, intentaba escapar por un pasillo oscuro sin poder encontrar la salida. En un momento unas manos poderosas la tomaron desde atrás por las caderas. De pronto se encontró en su cama, de cara al colchón, rodeada de penumbras y sin descubrir qué estaba sucediendo. La oscuridad, el ensueño y las caricias que no cesaban de meterse entre sus piernas, la confundían aún más. Comenzó a excitarse. Sintió cómo unos dedos buscaron la humedad que bajaba por los muslos y se metieron ahí, en la vagina, para animarla hasta lograr un quejido. Comenzó a moverse contra el plumón cuando una lengua empezó a lamerla. Un raptó de conciencia le hizo pensar que a lo mejor no se trataba de un sueño. Intentó darse vuelta, pero una presión firme sobre la espalda le impidió moverse. Recién allí lo supo: la estaban violando.

A pesar de lo que parecía inevitable, una excitación la quemaba entera mientras esas manos continuaban sujetándola contra su voluntad. ¿Contra su voluntad? No lograba ver ni moverse. Podría haber gritado para pedir ayuda. Pero, debía reconocerlo, no deseaba privarse de semejante deleite. ¿Qué estaba sucediendo?

La boca comenzó a ganarle la cintura, trepó hasta el cuello y le mordió la oreja. Entonces sintió la potencia del pene clavarse en ella. Gimió de dolor, pero quería que continuara. Los dedos encerraron los cabellos de la nuca; el cuerpo del hombre pedía espacio y la empujaba con más fuerza. La otra mano apretó su garganta para regular el aire. Ah... Ella creyó que moriría: de asfixia y de placer. La falta de oxígeno generaba humedad nueva en su vagina. Sin poder hablar, rogaba que él se diera cuenta del punto límite para evitar matarla; el goce, siniestro, iba en aumento. Pocos segundos pasaron hasta que el

orgasmo se desató en su vientre. Él también acabó gritando su nombre con un sonido gutural, como animal que agradece la entrega de su hembra.

El reloj de bronce que tantos años marcó las emociones de su abuela en esa habitación, ya no funcionaba. Trató de mirar a través del ventanal para adivinar la hora. Sabía que Matilda se levantaba muy temprano y que estaría revoloteando por la casa con la primera brisa. Por un instante recordó al violador que la había atacado de esa forma. Ladeó su cabeza en un intento por descubrirlo y recién entonces cayó en la cuenta de que estaba sola, que todo había sido un sueño. En su pesadilla no había podido verlo y ahora, con los vaivenes del despertar, las imágenes comenzaban a hacerse más vagas todavía. En ese momento percibió un olor especial, conocido. Y como algunos aromas transportan al lugar en donde alguien fue feliz, Camila advirtió que había soñado con el hombre que amaba en silencio. Las imágenes de su mente, las caricias de Patricio caladas en su cabeza, le habían inflamado la vulva hasta hacerla gozar por él también dormida.

Con una mano en la frente sacudió su cabeza. Él había estado ahí, ella lo sentía en todo el cuerpo. Y sin embargo no estaba. Tal como había estado esos días en París y luego desaparecido de su vida. Observó una vez más aquel reloj de pared que parecía haberse detenido en el tiempo en que su abuela había dejado de amar en las sombras. En ese instante, se reconoció en ella. En esa casa, en esa habitación, Ivonne penó por un amor clandestino durante años, y ahora *ella* sufría la misma pena recostada en una cama que guardaba los secretos más hondos de su historia.

Solo pocos minutos le llevó tomar la decisión.

El sol no había asomado todavía. Tenía por costumbre despertar con el amanecer; en rigor, le costaba dormir desde hacía años. Pero hoy había sucedido algo especial.

Llegó a la ciudad, estacionó a pocas cuadras y decidió continuar a pie; amaba la sensación del aire liviano sobre el rostro. En sus pasos cargaba muchas emociones, algunas tan dolorosas que pausaban la marcha. Sabía que por esta vía no había lugar para ella y que, a pesar de sentirse enamorada, esta no sería *su* historia de amor. Lo comprendió en París, al verlo correr tras su mujer frente a sus ojos. Sin embargo, recién en este espacio, que encerraba las herencias más fuertes de su pasado, pudo darle forma en la conciencia.

Los pensamientos acompañaban su andar bajo la luz de un cielo lleno de conjeturas. La sombra de su cuerpo la precedía; se proyectaba más larga y con intenciones. No obstante, ni su sombra lograba darle esperanzas a un futuro armado de ilusiones que estaban diseñadas con el trazo de otros tiempos. En realidad, siempre había deseado tener una posición diferente, pero con Lucio tampoco lo había conseguido. Y esta relación con su analista, lejos de ubicarla en el terreno soñado, la ponía de nuevo en la senda de repeticiones de su vida. No quería ocupar más el lugar de todas las mujeres de su familia; ahora no solo anhelaba ser la elegida sino la única: del placer, no del dolor.

Habían despertado demasiado temprano al sereno que dejaban a cargo de la conserjería nocturna como para que estuviera de buen humor. Una mujer solicitaba la llave de una habitación en la que se hospedaba otra persona. Increíble.

—Me dijeron que usted desea acceder al cuarto de un huésped.

—¡Don Tito! —exclamó Camila al verlo.

El anciano que aún estaba medio dormido, apoyó sus anteojos sobre la parte superior de la nariz y

abrió la vista en señal de sorpresa.

—¡Camila! —una sonrisa relajó los músculos faciales y sus brazos se abrieron para estrecharla—.

Pero, ¿qué hace por aquí, mi niña, a estas horas de la madrugada?

—¿Cómo está usted, Don Tito? Vine a visitar a la abuela, estoy parando en la casona de las sierras.

—Hace tanto que no ando por ahí... —Tomó su frente con la mano. —Ya no puedo... Matilda viene a verme acá de vez en cuando. Sabe, niña, cuando voy para esa zona los recuerdos muerden en el pecho, ¿vivo?

—Lo entiendo. —Subió las cejas en un movimiento lento. —No tenía idea de que trabajaba aquí —mintió.

—Estoy ya por los dos años, mire usted.

—Ahora sí me quedo más tranquila. Necesito un favor.

—Dígame, pues, ¿en qué puedo servirla?

—Debo entrar al cuarto de una persona, es por un tema de vida o muerte —simuló Camila con gesto adusto.

—¿Pasó algo grave?

—Nada que incumba a nuestra familia, pero sí a otra gente.

—Podemos llamarlo por teléfono.

—No, Don Tito. Le agradecería que no hiciera eso. Es algo demasiado doloroso y tengo que decirlo personalmente. Además, no quiero asustarlo.

—¿Pero no se asustará más si usted ingresa al dormitorio en mitad de la noche, niña?

—Es que me estaba esperando. No pude venir antes —siguió inventando Camila—, por eso le aseguro que no se va a sorprender.

Don Tito, que tenía un afecto especial por ella, y además creía absolutamente en su palabra, se tragó todo el cuento y accedió a su pedido.

—Está bien, pues. Si necesita ayuda, lo que sea, me avisa de inmediato —le rogó.

Camila tomó el ascensor ubicado al final de un pasillo color lavanda. No estaba nerviosa; las sensaciones de su cuerpo se habían quietado. Ubicó la habitación 304, se quitó los zapatos y procuró hacer el menor ruido posible al ingresar.

Patricio dormía de lado con el rostro hacia la ventana. Ella, inmóvil, cerró los ojos para acostumbrarse a la penumbra y se quedó unos instantes escuchando el sonido de su sueño. Sin intención, de manera inconsciente, comenzó a seguir el ritmo de su respiración, profunda, embriagante. Recordó el orgasmo que había tenido horas atrás, en medio de una noche confusa y atrevida. No supo si en ese momento exhaló un poco más fuerte, pero algo debió haberlo despertado pues él se movió en la cama, buscó a tientas el velador y lo encendió. Entonces la vio, descalza, observándolo.

—Camila...

Sin prisa, ella sorteó los pasos que los separaban y se sentó junto a él. Apoyó un codo pequeño sobre la mesa de luz y dijo:

—Hace muchos años, muy cerca de acá, en medio de las sierras, un Teniente del Ejército Argentino se metió en la cama de una mujer burguesa que tenía dueño y cambió su destino para siempre. Era un militar de convicciones, muy valiente, que decidió jugarse la vida por un amor. Hoy, yo vengo desde aquellas sierras y de esa misma cama, luego de haber despertado de un sueño fuerte, y me meto en esta habitación también sin pedir permiso, para hablar con el hombre que cambió mi vida.

Patricio la miraba desconcertado; Camila continuó con tono convencido:

—Pero mi intención es otra: quiero agradecerte. Porque gracias al análisis y a lo que pasó entre nosotros en Francia, logré saber cuál es el lugar que deseo y el que no quiero ocupar más. Aunque

entendí aquella noche en París que no tengo tu amor, recién ahora me doy cuenta de que sí puedo tener el mío. Mi abuela tuvo un marido que no la amó ni la respetó; mi madre uno que la amó mucho, pero también le faltó el respeto; yo quiero las dos cosas: un hombre que me ame y me respete.

Patricio, que a esa altura esperaba un reencuentro apasionado, lágrimas, erotismo o quizás algunas frases de cariño, quedó mudo ante sus ojos. No con la abstinencia silenciosa propia del analista, sino como alguien que se ha quedado sin palabras y, por ende, angustiado. Camila lo enfrentaba con la pregunta más importante para un hombre: ¿quién era él como objeto de amor para ella? Su deseo, entonces, ¿no tenía que ver con él?

En ese momento la vio como nunca la había visto: enigmática, misteriosa, tal vez porque no lograba descifrarla. Enamorarse de un cuerpo prohibido no podía ser sin consecuencias; a esa altura ambos lo sabían. Sintió dolor en el alma, lugar donde las emociones no engañan, y no pudo emitir una palabra. Tampoco ella dijo nada más. Se calzó los zapatos, se quitó del pecho el corazón y lo depositó sobre la tarjeta en la mesa de luz. En ese acto simbólico, Camila no le estaba devolviendo solo un obsequio; parte de sus afectos se iban también con él.

Cuando salió a la calle ya había amanecido. Se detuvo frente al cristal de una mueblería vieja. Un espejo antiguo de bordes claros reflejó su imagen. Se miró unos instantes y algo desconocido le llamó la atención. Un rasgo distinto asomaba en su mirada: el atisbo de dignidad que hacía años venía buscando.

Entrada la mañana, Patricio se fue rumbo al café más cercano. El día estaba gris producto de algunas nubes desordenadas en el cielo. Se ubicó en la mesa que daba al ventanal con la vista perdida. Sacó del bolsillo el sobre que ella le había dejado y leyó la tarjeta reconociendo su letra de inmediato: *Tu me manques comme un fou*. Un suspiro escapó de su boca. Pidió al mozo un expreso doble sin azúcar. Se lo bebió despacio, pues en los momentos de angustia el tiempo suele ser un buen aliado. Entre sorbos asomaba a su mente lo sucedido. Había sentido un sobresalto luego de verla parada frente a él. Y al instante se excitó al mirar sus pies descalzos caminando hasta la cama. Pero la promesa del encuentro pasional se desvaneció de pronto cuando ella comenzó a darle las gracias, en vez de echársele encima. Gracias por haberla ayudado a modificar su posición y hacerle comprender cuál era el lugar que deseaba para su futuro. En un principio se incomodó con sus palabras, pues implicaban una despedida definitiva como paciente y, peor aún, como mujer. Sin embargo, ahora la comprendía más que nadie. Porque había sido su analista y porque también había sido su hombre.

En realidad, él tampoco había tenido el espacio que hubiera deseado en las mujeres importantes de su vida. Su madre, su esposa, incluso su hija, no le dieron jamás las respuestas a su deseo. ¿Qué lugar ocupaba como hijo en el corazón de una mujer que jamás quiso tenerlo, que lo abandonó de niño a manos de nodrizas y que nunca pudo darle alma de madre? ¿Cuál tenía en los arrebatos de una esposa que lo aceptaba solo por comodidad o por capricho? Y su hija, atormentada por los arranques maternos en su contra: ¿podría realmente quererlo?

La entereza que había mostrado Camila al enfrentar preguntas dolorosas acerca del lugar que ocupaba en el amor de los otros, no solo lo había dejado sin palabras, también lo hacía dudar de su propia dignidad. Hasta el momento, no había tenido el valor de formularse esos interrogantes que llevaban hasta su verdad más profunda. Y en esa mañana espesa que comenzó de manera inusual, Patricio comprendió que también él debería darle las gracias.

XIII

Sintió que esta vez no se trataba de una más de sus discusiones, ahora ella hablaba en serio.

Apenas vuelta de las sierras, había despertado esa mañana y volteó para mirarlo de frente. «No soy feliz», soltó en lugar de *buenos días*.

Él, que solía desparramar palabras en una elocuencia que algunos envidaban, no pudo hablar. La mirada se abrió en señal de sorpresa, más que por lo dicho, por lo que eso ponía en juego. Y, en lugar de emplear alguna de sus estrategias para animarla a seguir, no logró decir nada en ese momento: su mujer le estaba quitando sus mejores armas.

Luego de una ducha fresca, Camila salió del baño envuelta en una bata. Al piso llegaban las últimas gotas de agua que vería saltar de su cabello negro, espejo de esa relación que estaba acabando su desangre.

Lucio permanecía recostado sobre el respaldo de la cama; no se había movido desde que ella habló. La miró desde ahí, intentando ubicar en sus ojos la tregua que ya no estaba, y echó a llorar como un niño.

Los hombres siempre se convierten en niños cuando enfrentan el dolor. Pues la angustia genera la misma sensación de desamparo que se experimenta en la infancia. No era esta la primera vez que Lucio se ponía así. También lo había hecho al ser descubierto en su engaño. Camila, sin embargo, sí había reaccionado de otra forma. Ahora no corrió a su amparo como entonces, acariciando a quien la había lastimado como una madre que protege a su hijo de un rechazo. Se quedó inmóvil, sintiendo cómo su pelo mojaba la espalda y sus ojos empañaban ese amor que tanto supo sentir por él en otros tiempos. Una lágrima resbaló por su mejilla, símbolo de un duelo que no sería fácil, pero que había decidido comenzar.

—Por favor no te vayas... —rogaba Lucio en medio de su llanto. Pero si hay algo que un buen enamorado debe guardarse es la súplica degradante frente al desamor. Intentar retener a quien no ama, no es más que olvidarse del amor por sí mismo.

No fueron necesarias más palabras para que él se diera cuenta de que su mujer se le escapaba de las manos. En un principio creyó que podría recuperarla, pero la ilusión no duró demasiado. No eran felices, debía aceptarlo y no empujar más una relación que ya estaba en medio del abismo. Así todo, continuó con su insistencia durante algunos días, logrando de esa forma que Camila estuviese cada vez más segura de su resolución.

Al cabo de una semana, terminaron los pedidos y apareció de nuevo esa parte egoísta que Lucio siempre terminaba mostrando. Le planteó un razonamiento inmaduro y falaz que la dejaba otra vez sin la contención propia de un hombre: si había resuelto terminar la relación, entonces debería ser ella quien dejara el hogar que compartían.

Camila, que lo conocía más que nadie y esperaba esa reacción, ya había reservado un departamento en la zona de San Telmo. Y así se lo comunicó sin contradecirlo.

—¿Alquilaste? ¿Te vas a San Telmo? —Lucio no podía entender la rapidez con que se había manejado. Y la falta de emoción que denotaban sus actos. —¿Así nomás tirás nuestros años a la basura? ¿Tan sencillo te resulta abandonar tu casa y a tu esposo?

—Así como fue para vos engañar a la tuya: a tu casa y a tu esposa —contestó ella, e inmediatamente se disculpó—: Perdón, no quiero entrar en el juego de siempre. Basta. Ahora es distinto. La verdad, no me resulta nada fácil hacer esto. Al contrario, fueron meses de intentar comprender sin alcanzar respuestas, sobre todo tratar de perdonarte y perdonarme. Te juro que estoy en ese camino. Duele, y estoy sufriendo mucho. Pero tomé una decisión y me hago cargo.

Lucio se dejó caer en el sofá, apoyó los codos sobre sus rodillas, bajó el mentón hacia las palmas y comenzó a llorar de nuevo. Pero Camila, que ya no soportaba más escenas, había comprendido que también en esto cada uno estaba solo. Por eso se acercó hasta la entrada y antes de cerrar la puerta tras sus pasos, le informó:

—Me voy en unos días.

Armaba una valija grande; guardaba ropa y recuerdos. Había intentado que la emoción no le ganara al impulso que venía sosteniendo durante horas, deshaciéndose de cosas viejas, vaciando armarios y llenando baúles para su nueva casa. Hasta que, oculta entre las hojas de uno de sus libros, apareció una foto que a pedido de ella Ivonne le había entregado hacía años. Su abuela sonreía como jamás la vio reír desde que tuviera memoria. Montier la tomaba de la cintura con postura desafiante; el porte y su gesto serio ganaban jerarquía en el retrato. Parados frente al hogar encendido de una casa clandestina, igual se veían felices. Una pregunta se coló en su mente en ese momento e hizo que Camila detuviera su tarea: ¿cómo se podía sostener un amor? Su abuela lo había logrado sin apuntar con el dedo hacia las cosas que faltaban, sino poniendo la vista en aquello que su enamorado se había esforzado por darle. Esa era una buena forma de cimentar una relación duradera. Ellos sí estaban jugando su deseo con fervor, sin ataduras, más allá de los límites y sus circunstancias. El azar decidió que no saliera bien porque él terminó muerto. Pero aquel final no implicaba una derrota, sino todo lo contrario, honraba la victoria de haber peleado hasta el último día por un ideal, a manos de una pasión.

Por eso ella se estaba yendo de ese lugar ahora. Porque no encontraba en Lucio esfuerzo alguno por entregarle algo distinto. Y porque, a esa altura, tampoco tenía más nada bueno para darle. Así como el amor se construye con una sucesión casi ciega de ilusiones, del mismo modo se destruye con una suma encadenada de desengaños. Y las decepciones habían sido muchas, y fuertes. Allí solo quedaban rastros de amargura.

* * *

La mancha en la frente del caballo tenía forma de diamante y parecía querer tocar el horizonte. Los cascos repiqueteaban sobre el césped en un galope intenso, pero él era buen jinete y sabía cómo manejarlo. De niño su madre se había ocupado de que estuviera lejos de la casa, por eso le enseñaron a cabalgar tres veces a la semana durante muchos años.

Su compañero de ruta se llamaba Hidalgo. Hacía bastante que no lo visitaba. Antes solía montarlo los fines de semana, cuando se escapaba a la estancia familiar huyendo de las obligaciones, y de su mujer. Solo allí se sentía libre, en comunión con el animal y los murmullos de la tarde. Ahora el viento sacudía en su cara las vergüenzas. Estaba lleno de vergüenzas. No por la situación que esa mañana había vivido con su esposa, sino porque ella lo confrontaba con su impotencia máxima: las ataduras de quien no puede echar mano a su destino para ser feliz.

Recién llegado de Córdoba, con el bolso en la mano todavía, Ana, fuera de sí, le gritó que se marchara.

—¡La tenías guardada en tu escritorio, era *esta!* —le dijo, y desenrolló el retrato de Camila que el dibujante de Montmartre había pintado. Lo rompió en cuatro pedazos que hizo volar por el aire y alzó la mano para cruzarle la mejilla.

Patricio le sostuvo el brazo y la miró con una intención que ella desconocía. Y Ana, que sabía hasta dónde podía tensar el hilo, desistió. Él volvió a tomar el bulto que había dejado en el piso, abrió la puerta por la que recién había entrado y se marchó de nuevo.

Ella lo siguió exaltada y le recordó que no podía abandonar a su hija. Pero las palabras más crueles no fueron suficientes para que él cediera paso, entonces empezaron las súplicas con tinte amenazante. No obstante, nada lo detuvo esta vez.

Había vuelto al hogar luego de sentirse miserable. En vez de correr tras la sombra de Camila e intentar retenerla, decidió regresar al infierno. El sitio donde no era aceptado, donde lo avergonzaban, el lugar en el que se reencontraba con el niño sufriente que había sido, con esa infancia que no dejaba de doler en su sangre.

Cabalgó por varios minutos sujetado al animal, tratando de que el galope le lavara la conciencia y lo dejara emancipado de tanta culpa. Se perdió por el campo más allá de los límites de su propiedad, en medio de reproches que lo acometían con afán de ganarle otra batalla.

El caballo había sido desde siempre su mejor aliado; hoy ambos podían sentirse el pulso. Recordó la primera vez que lo trajeron; con su pelo reluciente parecía un ejemplar de la aristocracia. Decidió nombrarlo *Hidalgo*, como un emblema quijotesco de nobleza. Sin embargo, ahora que lo pensaba bien, advirtió que ese mote significaba más: *hijo de algo o de alguien*. En sus inicios, se otorgaba el título de *Hidalgo* como reconocimiento a un caballero. Es decir que, en un acto inconsciente proyectado en el nombre de su caballo, Patricio intentó ser reconocido como el hijo que nunca había podido sentirse. De alguna forma, necesitaba luchar por su hidalguía y allí estaba el compañero fiel de sus primeros años para redimirlo.

Descubrió que algunas lágrimas asomaban a sus ojos y recordó que hacía cinco años, desde el velorio de su madre, no lloraba. Respiraba liviano, con esa letanía de quien está cansado de su historia. Camila lo había confrontado con las cadenas de un pasado que observaba cómo se alejaban sus anhelos. Porque los mandatos inconscientes se jactaban de sus dolores y le daban la orden de sufrir, de permanecer allí donde lo desconocieran, donde el amor fuera sinónimo de desaprobación y de amargura. Las palabras que escuchó de su madre cuando tenía once años al regresar de la escuela mientras hablaba con una amiga íntima, no dejaron jamás de rebotar en su cabeza: «Nunca quise a este niño —decía frente al espejo del baño—, pero sabemos que la vida no nos da lo que queremos, y si lo hace, llega demasiado tarde». Patricio salió corriendo y se encerró en su dormitorio. Las mejillas se le habían puesto rojas; hoy podía sentir el mismo calor de entonces. Recordó que sus manos habían empezado a temblar y que no pudo controlarlas. Bastante debió haber durado el episodio pues no salió del cuarto ni para comer. Como nadie lo obligaba a cenar, el niño se presentaba a la mesa cuando tenía ganas. Su padre, en general, solía llamarlo con un grito cansino, como si comprendiera su falta de deseo por compartir una mesa vacía de familia. Porque, aunque a veces ambos —con su mujer— estuvieran sentados, la casa era un nido ahuecado y el aire, viciado de ausencias.

Quizás esa frase, sellada a fuego en su memoria, había marcado su camino y dirigido cada una de sus elecciones. También Camila había llegado demasiado tarde. Lo sabía.

La noche se acercó y su amigo ya estaba fatigado. Ahora marchaba al trote, un aire de velocidad intermedio de dos tiempos. Sintiendo que su dueño necesitaba un descanso, el caballo se detuvo en medio de la nada. Tal como solía hacer en su juventud, Patricio apoyó su pecho sobre el lomo de Hidalgo y empezó a llorar más fuerte. Estaba rodeado de oscuridad y de tristeza.

El pronóstico anunciaba una tormenta. A pesar de eso, su padre había pedido verla hoy. Combinaron encontrarse en un bar a medio camino; Camila no entendió por qué tanta urgencia hasta que lo tuvo enfrente.

—Lucio me contó lo que decidiste —empezó sin preámbulos.

—¿Lo que decidí?

—Sí, separarte, irte del departamento.

—No es exactamente así —aclaró ella con leve sonrisa.

—No veo la gracia en esto y no me gusta que mi hija deje su casa y a su marido. ¿Te volviste loca?

—Hubiera preferido que me preguntaras ¿por qué?, en lugar de esto, papá —Camila se puso tensa.

—Te lo estoy preguntando.

—No sé si tengo ganas de contarte las cuestiones de mi pareja. Especialmente si me encarás de esta forma.

—Lo que pasa en tu matrimonio tenés que arreglarlo ahí adentro. ¡No escapándote y abandonando el hogar! —Edgardo hablaba con los dientes apretados.

—No tengo más ganas de arreglar nada. Además te recuerdo que ya estoy grande para que vengas a darme sermones acerca de la vida y de cómo manejar una pareja.

—No importa la edad que tengas, siempre vas a ser una Infraga Mitre. Y en esta familia jamás hubo un divorcio.

—¿De qué me estás hablando? ¿Lo único que te importa es no manchar el nombre? ¡Un apellido ya manchado por el mismo abuelo Antonio!

—¡No te permito que hables así! —su padre abrió más la boca y las palabras salieron amenazantes —: Jamás ensuciamos nuestro honor. ¡Jamás! —agregó con el dedo índice en alto.

Camila bajó la mirada hacia el mantel. Las imágenes pasaban por su mente como ráfagas de viento y tiempo. En realidad, lo sucedido entre su abuelo y la pobre india nunca dejó de dar vueltas en su cabeza. Ivonne se lo había confiado una tarde de primavera. También estaba su hermana Carolina; las tres solían disfrutar de esos momentos a solas en donde la abuela contaba anécdotas de su vida en Francia, y luego su peregrinar por la alta sociedad porteña que la esperaba con las uñas afiladas para destrozarla. Ella logró salir airosa de ese asunto, sin embargo no todas fueron rosas. Existía clavada en su alma una daga que sus nietas desconocían. Y entonces, entrada la primera hora de una noche mansa, les relató una historia de amor y sufrimiento. Así se anoticiaron las nietas de que la francesa había vivido una pasión prohibida, y que su abuelo fallecido había sido un canalla, un asesino y un cobarde.

Carolina no dio demasiado crédito a las aventuras alocadas que Ivonne les había detallado. Sabía de su decisión de mudarse sola a una casa vieja en donde jamás se apagaban los leños, y por ello la juzgaba un poco loca. Pero Camila, que no acordaba en nada con las suposiciones de su hermana, creyó todos los dichos de la abuela y entendió su dolor como nadie la había comprendido desde la muerte de María. No obstante, como cualquier verdad, imaginar semejante novela familiar tuvo su costo: a partir de ese momento Camila no pudo sacarse de la cabeza esa trama de amores, de erotismo y traición que salpicó la vida de sus ancestros.

—Supongo que tratás de negarlo en un intento por defenderte de tanta vergüenza, papá —acotó de pronto.

Edgardo cambió el semblante.

—¿Me estás analizando? ¿Usás toda esa porquería que aprendiste en tus reuniones para...?

—Sesiones —interrumpió Camila.

—Como se diga. Lucio me contó que desde que entraste en ese jueguito de la terapia parecés otra,

que algo cambió, que te lavaron el cerebro.

—No parezco, soy otra —enfaticó—. Porque saber de tu verdad puede asustar, claro, pero ayuda a enfrentar lo que no tenés más ganas de padecer. Vos pretendés que yo me coma el cuento de una dinastía honorable —sonrió—. El abuelo Antonio violaba a una jovencita de apenas dieciséis años simplemente porque ella tenía hambre. Y tuvo el descaro de asesinar al amante de la abuela para impedir que fuera feliz. Vos le faltaste el respeto a mamá saliendo con otras mujeres, nosotras lo sabemos, aunque tu esposa se haya encargado de cubrirte ante la gente. No más cuentos, papá. Esta es una familia de hombres desleales y mujeres que callan su desdicha. Pero yo ya no tengo ganas de callarme.

—¿De dónde sacaste esta rebeldía?

—¿De dónde la voy a sacar? De la parte de vos que no me da vergüenza, de la que me siento orgullosa, de ahí viene mi rebeldía. De un hombre que fue capaz de escaparse de la ciudad al interior del país en busca de una mujer judía, que desafió a su familia y a la sociedad aristócrata que vivía bajo sus reglas porque creía en el amor. Dejame creer en el amor, papá... —dijo con la voz quebrada.

Edgardo Infraga Mitre, que parecía defender con su vida la dignidad de su apellido, ahora se había quedado sin palabras. Su hija le había escupido sobre el rostro los sucesos más vergonzosos de su linaje. Y luego le resaltaba el único gesto de dignidad del que podía jactarse.

En toda prole suele haber misterios, incluso algunas cuestiones sabidas y nunca dichas. Pero en las familias patricias argentinas existían secretos ocultos por generaciones, que muchas veces jamás eran descubiertos. Así creía él que había sucedido con el enredo de su padre con la india, pues solo años más tarde de ello habían sabido los gemelos, por la boca del gerente del Hotel Yolanda que un día de varias copas les contó para qué solía Antonio Segundo alquilar una habitación ahí. Sin embargo hoy, por los dichos de Camila, advirtió que la cuestión había sido un disimulo a voces, y que sus hijas también sabían los detalles del asunto. No obstante, le resultaba más bochornoso que supieran de sus propias andanzas.

Durante varios segundos no supo qué decir. Ahora él miraba el mantel cabizbajo, sopesando argumentos que justificaran una vida repleta de indecencia. Pero no pudo darles forma y, en lugar de hablar, sus ojos se humedecieron. Por fin, levantó la vista.

—Perdón... —fue lo único que logró pronunciar.

Quedaron por un momento en silencio, hasta que Edgardo se animó a seguir.

—Yo amé a tu madre siempre, desde el primer día que la vi. Me equivoqué en faltarle el respeto, es cierto. Pero te juro que daría mi vida por ella.

—Lo sé, y mamá también lo sabe. De eso podés estar orgulloso. —Camila le tomó la mano. —Ese hombre que fuiste sigue vivo, papá. Vive dentro mío, acá —se palmó el pecho—. Por eso tomé esta decisión. Porque no solo heredé tu apellido; además llevo en la sangre tu coraje.

* * *

Patricio volvió a su casa al cabo de dos días. Ana, que ya se había tranquilizado, lo recibió de buen ánimo y sin más cuestionamientos. Suponía que se había escapado a la estancia; siempre se refugiaba ahí cuando ella lo arrastraba al borde. Pero también, siempre regresaba. Perdonar sus amoríos —como creía— era el costo que debía pagar para retenerlo. Y con ello conservaba el estilo de vida que tenían y ese lugar que no pensaba dejar libre para otra.

Ana no lo supo sino hasta la medianoche, cuando él decidió que había llegado el momento. Estaba ya a punto de acostarse; su marido la miraba desde el pasillo que daba a los dormitorios. Era bella, un manjar en estado de madurez para cualquier otro hombre; a él le causaba alteración tenerla cerca.

La llamó desde el extremo del corredor y le pidió que se sentara en el sofá que daba al ventanal más

amplio de la vivienda. Pocas estrellas se avistaban desde allí; la noche, sin embargo, parecía más serena. Ella recogió la falda de seda de su camión y se acomodó junto a él.

—Me voy de casa y quiero el divorcio —soltó Patricio al instante.

Ana abrió los párpados y aspiró con un sonido grave sosteniendo el aire.

—¿Qué?...

—No quiero discutir algo que tengo decidido. No voy al campo para regresar en unos días. Esta vez no voy a volver y quiero que lo sepas.

Por primera vez en años, en lugar de iniciar un escándalo ruidoso, ella comenzó a llorar casi en silencio. Miraba hacia afuera, buscando un punto fijo para evitarlo. Gotas pequeñas caían de sus ojos sin esfuerzo, advirtiendo que esto se trataba de algo distinto, como si la vida que ambos habían sostenido hasta entonces la hubiese preparado para ese final inevitable que ahora aparentaba afrontar con entereza. Estaba triste, un tanto perdida, pero no sentía deseos de retenerlo con la catarata de insultos y amenazas como otras veces. En cambio, habló con voz seca y contundente.

—Es por ella.

—No. Es por mí.

EPÍLOGO

Seis meses después

Una corona de nubes blancas.

El lugar olía a césped recién cortado: el aroma de sus primeros años. La vista se perdía en ondulaciones verdes salpicadas por algunas flores apenas marchitas. Decenas de árboles de diferente tamaño delineaban los pasillos, la Iglesia y el panteón. Un jardín diseñado para ornamentar la eternidad, pensó.

Sentada frente a su tumba, leyó la carta que ella le había escrito meses antes de morir:

Querida mía:

Recién, hace pocos minutos, se fue el médico de la familia con la noticia. Como ya te enterarás, estoy muriendo de cáncer. El doctor sugirió un tratamiento que, según sus dichos, es muy invasivo y te deja calva, pero no garantiza la cura. Imaginate: ¡yo pelada! De ningún modo, le dije. Además —él también lo sabe—, LA estoy esperando hace tiempo... Pero antes necesitaba escribir estas líneas para volcar sobre el papel lo que llevo en el alma.

Nuestra última conversación, hace casi un mes si mal no recuerdo, me dejó un poco inquieta. Estabas tan desorientada... como quien, en la mitad de su vida, se da cuenta de que no ha sabido vivir. Creo que esto tiene que ver con tus interrogantes. Por eso te dejo uno más: ¿Has sabido vivir?

No intentes una respuesta inmediata a esta pregunta; es probable que ni siquiera la encuentres algún día. No obstante, es interesante hacérsela en algún momento pues, si bien no te permite modificar el pasado, te hace responsable de las decisiones que podrás tomar de aquí en más.

Sos una mujer inteligente, demasiado emotiva y, por eso, llena de cargas. Cargás con palabras que te dijeron otros, pesadas, hirientes, que han cumplido muy bien su cometido: ubicarte en sitios de sufrimiento. Yo fui una de las personas que abonaron esa mente frágil y arcillosa de la niña que fuiste. Te llené de imágenes que hablaban de mi historia, haciéndola, entonces: tuya. Y así fuiste por la vida, con la infidelidad de otros hombres en tus hombros mientras crecía la joven que luego amaría ya con reservas, con la resignación de otras mujeres en los suspiros, con la sed de venganza de rencores ajenos que desconocías. Perdón por eso, Camila...

Los adultos no nos damos cuenta del daño que pueden ejercer algunos dichos, aunque a veces simulen ser cosas simples contadas a modo de anécdotas en tardes de confianza. Tu madre otro tanto hizo con esas niñas que veían por delante las marcas de una relación donde también faltó el respeto. No es casual que Carolina no pueda armar pareja, y que vos estés pensando en deshacerla. Las comprendo, ahora más que nunca.

Como te dije aquella vez, lo único que puede calmar las ansiedades de un pasado de tormenta es el amor, no la venganza. Pero no a cualquier costo. Un amor por el que no haya que pagar tanto.

Porque el enamorado siempre paga un costo por desear. Todos los que hemos sentido en carne viva una pasión, lo sabemos.

Quiero donarte esta casa: el hogar que supe construir pero no fui capaz de sostener. Hací lo que quieras con ella, mientras no vivas aquí. Esa fui yo, y vos no debés seguir mi camino. Sí te doy permiso para apagar el fuego de la chimenea, pues lo llevo encendido conmigo para siempre. Y espero que a partir de ahora, puedas serenar tu corazón de huellas ajenas para buscar el latido que te haga feliz.

Perdón por esta letra, que delata más años que gracia. Y perdón, también, por esta despedida.

Mi cariño, Ivonne.

P.D: No olvides pintar mis labios de rojo, así él podrá reconocerme...

Camila no lloró como las primeras veces. Ahora, en cambio, acarició el papel esbozando una sonrisa. Metió la mano en su bolso, ubicó el bolsillo más pequeño y sacó lo que buscaba. Luego de inclinarse para besar la tumba, estiró el brazo y removió la foto de la abuela sobre la lápida.

En su lugar colocó el retrato de Ivonne en brazos del Teniente.

* * *

En sus orígenes, el barrio de San Telmo había sido asiento de trabajadores portuarios que se ubicaron en las cercanías de la Plaza Dorrego y la actual calle Defensa; más tarde fue habitado por familias patricias tradicionales de la urbe. Debido a la epidemia de fiebre amarilla de 1871, en busca de mejores condiciones sanitarias los aristócratas se trasladaron al norte y decidieron alquilar sus propiedades a inmigrantes europeos que por la misma época comenzaban a poblar la Patria. Cantidad de extranjeros de otras lenguas se instalaron en los llamados conventillos; para muchos se convirtieron en sus viviendas permanentes. No obstante, aquel barrio de construcciones viejas era considerado hoy casco histórico de la ciudad por su gran valor simbólico y constituía una de las mejores zonas de Buenos Aires.

Rodeado de caserones coloniales y calles de adoquín, invitaba al paseo de turistas por iglesias, museos, comercios de diseño vanguardista, anticuarios y hasta una feria de artesanías donde se hallaban reliquias de otros tiempos. Cantidad de artistas callejeros, músicos y bailarines salpicaban los rincones de cada manzana. Quizás por eso, o tal vez por saber que se trataba del lugar de los bohemios por excelencia, a ella le recordaba a Montmartre.

Lo recorría cada mañana, saludaba a los puesteros de la feria que ya la conocían y se ubicaba siempre en el mismo bar para tomar su cortado espumoso y leer algún libro. Había logrado acomodarse sin demasiadas pretensiones; el juicio de divorcio estaba en su momento más complejo porque Lucio se negaba a entregarle la mitad de sus bienes con la esperanza de recuperarla. No obstante, poco le importaba todo eso, estaba feliz en sus primeros pasos por la Facultad de Filosofía y Letras como para inquietarse por un pasado que había quedado lejos.

Sin embargo, ese día debió privarse de aquel ritual que tanto le gustaba; la esperaban en una galería de arte de la zona para la entrevista laboral que deseaba hace meses. Se puso un traje, los tacones a los que ya estaba desacostumbrada, y sostuvo su cabello con un broche pues la humedad le daba aspecto desprolijo. A punto estaba de salir cuando sintió que alguien llamaba a su puerta. Con un dejo de sorpresa preguntó:

—¿Quién es?

Se produjo un silencio que no duraría mucho.

El hombre que aguardaba en el umbral no sabía si ella aceptaría abrirle, pero había llegado hasta ahí

decidido. Y ahora no pensaba dar marcha atrás.

Agradecimientos

Al Grupo Editorial Planeta, por seguir apostando a mi obra. A ellos, mi gratitud y emoción.

En especial, mi agradecimiento profundo a Nacho Iraola: por su confianza y ese ímpetu que da seguridad y siempre alienta el trabajo de un autor.

A mis editoras, las queridas Ana Wajszczuk y Mercedes Güiraldes, por la dedicación minuciosa que ponen en su trabajo, por el tiempo, y también por el cariño. Las quiero.

A Mario Blanco e Ingrid Müller por el hermoso diseño de tapa que realizaron.

A Gabriel Machado por su profesionalismo, generosidad y esas fotos que solo él logra con su arte.

A Yanina Iorio, por su maquillaje perfecto.

A Martín Izquierdo, productor, amigo, por ocuparse en quienes confía con ese estilo particular, una mezcla de apego y obsesión, que lo hace inigualable. A él, mi afecto más profundo.

A la Lic. Claudia Palau, por ayudarme a vivir más feliz.

A mis padres, porque me apoyaron desde que tengo memoria.

A Romina y Marcos, mis hermanos, por ser parte de mi alma, siempre...

A Gabriel Rolón, mi compañero, por su ayuda, su pasión y su amor único.

A los lectores, porque dejo mi sangre en el papel para ellos.

Wila, Cinthia

El cuerpo prohibido / Cinthia Wila. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires 2016.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-04-3843-8

1. Narrativa Argentina. 2. Novelas Históricas. I. Título.

CDD A863

© 2016, Cynthia Wila

Primera edición en formato digital: octubre de 2016

Digitalización: Proyecto451

Este archivo es una corrección, a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados.

Si llega a tus manos debes saber que no deberás colgarlo en webs o redes públicas, ni hacer uso comercial del mismo. Que una vez leído debe ser archivado o destruido. En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-04-3843-8